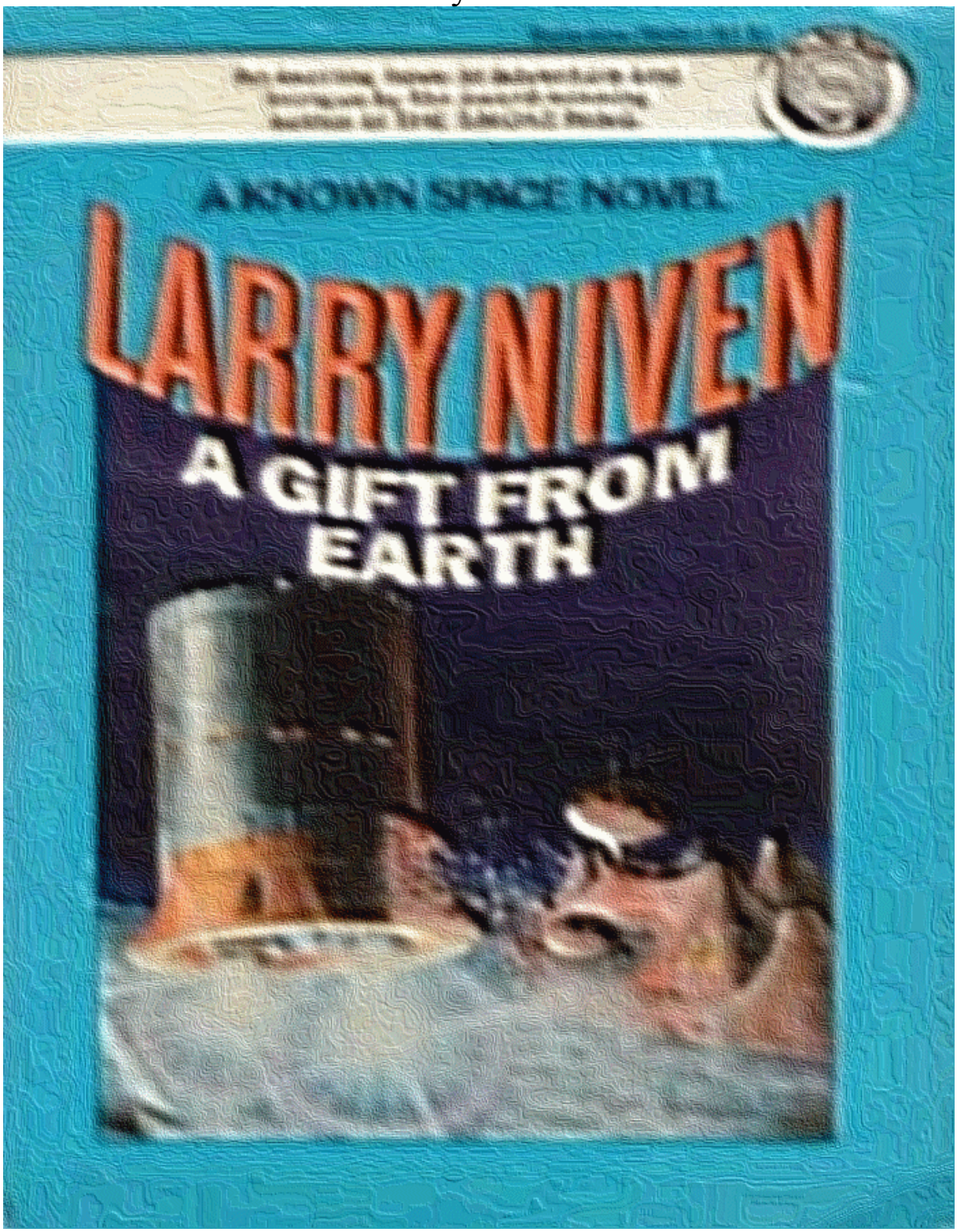
UN PRESENTE DE LA TIERRA

Larry Niven



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Hank
Un buen crítico, un buen amigo

Capítulo primero - EL RAMROBOT

Un ramrobot fue el primero en ver Monte Lookitthat.

Los ramrobots han sido siempre los primeros visitantes a los mundos que luego fueron colonizados. Eran estatorreactores robotizados de exploración; usando una ilimitada provisión de combustible —colectado del hidrógeno interestelar— podían navegar a velocidades que se aproximaban a la de la luz. Hacía ya tiempo que las Naciones Unidas habían enviado tales exploradores a las estrellas cercanas, en busca de planetas habitables.

Una peculiaridad de los primeros ramrobots era que no se mostraban muy exigentes. El destinado a Proción, por ejemplo, había tomado tierra en Lo Conseguimos durante la primavera del planeta. Si el aterrizaje hubiera ocurrido en verano o invierno, cuando el eje del astro atravesaba la corona solar, el robot habría sensado un viento de dos mil cuatrocientos kilómetros por hora. El ramrobot destinado a Sirio había explorado las dos delgadas bandas habitables de Jinx, pero no había sido programado para reportar las otras peculiaridades del planeta. Y el ramrobot que llegó a Tau Ceti —el IRR#4— había tomado tierra en la mesea de Monte Lookitthat.

Sólo la meseta superior del monte es habitable. El resto del planeta es un silencio negro, ardiente y eterno, inútil para cualquier propósito. La meseta era demasiado pequeña para que la seleccionara una colonia, si es que hubieran podido elegir; pero el IRR#4 había hallado un punto habitable, y eso era todo lo que se sabía.

Las naves carguero coloniales, que zarparon siguiendo a baja velocidad a los ramrobots, no estaban construidas para regresar. Los pasajeros habían de quedarse adonde llegaran, siempre. Y por eso Monte Lookitthat fue colonizado, hacía ya más de trescientos años.

Una bandada de móviles policiales se alinearon tras del hombre en fuga. Él podía oírlos zumbar, como gordos moscardones de verano. Ahora —demasiado tarde ya— estaban empleando toda su potencia. En el aire, esto los hacía alcanzar los ciento sesenta kilómetros por hora; suficiente velocidad para una región habitada tan pequeña como la de Monte Lookitthat, pero por esta vez, insuficiente para ganar la carrera. El perseguido estaba ya a pocos metros del borde.

Unos chorros de polvo hicieron erupción por delante del fugitivo. Al menos, la policía Consolidada había decidido arriesgarse a dañar su cuerpo. El hombre mordió el polvo como un títere lanzado con rabia, y se dio la vuelta, sujetándose una rodilla. Luego fue a gatas hacia el filoso borde de la Meseta, arrastrándose sobre la rodilla restante y sus dos manos. Se sacudió una vez más bajo los impactos, pero siguió en marcha. Al llegar al borde, miró hacia adelante: contra el vacío azul, un móvil descendía directo hacia él.

Con la punta de su lengua asomando entre los dientes, Jesús Pietro Castro dirigió el aeromóvil hacia la furiosa, agonizante, barbada cara del hombre. Unos centímetros demasiado abajo, y chocaría el móvil contra el borde; demasiado arriba, y perdería la oportunidad de noquearlo y retenerlo en la Meseta. Aceleró hacia adelante con dos de los impulsores…

Demasiado tarde. El hombre se había marchado.

Un rato después, Castro se acercó al borde y miró hacia abajo.

A menudo Jesús Pietro Castro había visto grupos de chiquillos acercarse excitados y temerosos al borde del vacío, mirando hacia las ocultas raíces de Monte Lookitthat, y retándose unos a otros a acercarse más. Recordaba haber hecho lo mismo cuando niño; la espectacularidad de la vista no había disminuído desde entonces.

Sesenta y cinco kilómetros más abajo, estaba la verdadera superficie de Monte Lookitthat, el planeta. La gran meseta de Monte Lookitthat tenía una superficie de la mitad del tamaño de California. El resto del globo era un horno negro, lo suficientemente caliente como para derretir plomo, oculto por una atmósfera seis veces más densa que la terrestre.

Mattew Keller había cometido en forma deliberada uno de los peores crímenes: se había lanzado hacia el vacío por el borde de la meseta, llevándose consigo un par de ojos y otro de riñones, un hígado, kilómetros de venas y arterias y sus doce glándulas; arruinando todo lo que podía haber ido al banco de órganos, para salvar las vidas de aquellos cuyos cuerpos lo necesitaban. Hasta su valor como fertilizador, no poca cosa en una colonia de sólo trescientos años de edad, era ahora nulo. Sólo su proporción de agua volvería algún día a la meseta, para caer como lluvia en los lagos y ríos, o como nieve en el gran glaciar del norte. Por ahora, sin embargo, estaría secándose y ardiendo en el odioso calor de allí abajo.

¿O habría conseguido detener su caída?

Jesús Pietro Castro, Jefe de la Policía Consolidada, se retiró del borde, no sin algún esfuerzo. La informe neblina de abajo provocaba a veces extraños pensamientos y alucinaciones, como la más odiosa de las cartillas Rorschach, aquella que era toda blanca. Alguna vez se había sorprendido pensando en que, cuando su tiempo llegara —si alguna vez sucedía—, aquélla era la mejor manera de terminar. Pero tal cosa era una traición a la sociedad.

El mayor cruzó con él una mirada, con llamativa reluctancia.

—Mayor —dijo Jesús Pietro—, ¿cómo consiguió escapar ese hombre de usted?

El mayor extendió los brazos, con las palmas hacia arriba.

—Lo perdimos en los árboles por un rato. Cuando rompió a correr hacia el borde, le tomó a mi gente unos minutos ubicarlo.

—Y ¿cómo fue que logró alcanzar los árboles? No, no me diga cómo se liberó. Explíqueme cómo fue que sus móviles no pudieron cazarlo *antes* de que llegara a la arboleda.

El mayor dudó un segundo más de lo necesario.

—Habéis estado jugando con él —dijo Jesús Pietro—. No podía refugiarse entre sus amigos, u ocultarse en ningún sitio, por lo que habíais resuelto pasar un rato divertido.

El mayor bajó la mirada al suelo.

—Usted ocupará su lugar —dijo Jesús Pietro.

El campus tenía pasto y árboles, columpios y otros juegos, y un pequeño tiovivo. La escuela lo rodeaba por tres lados: un edificio histórico de coral arquitectónico, pintado de blanco. El cuarto lado, cerrado por un alto cercado de parras domesticadas montadas sobre tutores de madera, corría a lo largo del borde de la meseta Gamma, un alto acantilado pendiente sobre el lago Davidson, en la meseta Delta.

Matt Leigh Keller estaba sentado, meditando, bajo un árbol de las vertientes. Otros niños jugaban a su alrededor, pero ignoraron a Matt. Lo mismo hicieron las dos maestras custodios. La gente solía ignorar a Matt cuando quería estar solo.

El tío Mattew se había ido. Había tenido un destino tan horrible, que la gente prefería no hablar de ello.

La policía Consolidada había venido a la casa, ayer al atardecer; se habían retirado llevando al grande y hermoso tío de Matt. Sabiendo que estaba destinado al Hospital, él trató de detener a aquellos altos hombres uniformados, pero ellos se habían mostrado gentiles, paternales pero firmes, y un chico de ocho años no podría detenerlos. Era una abeja contra cuatro tanques.

Pronto los programas tridi de la colonia anunciarían la detención de su tío y pronunciarían los cargos, y mostrarían la grabación de su ejecución. Pero eso no importaba ya, era sólo relleno. El tío Matt ya no volvería.

Una picazón en sus ojos alertó a Matt de que se pondría a llorar en cualquier momento.

Harold Lillard detuvo su alborotada carrera cuando se dio cuenta de que estaba solo. No le gustaba estar solo. Harold tenía diez años y era grande para su edad, y necesitaba de los otros alrededor. Era preferible que fueran más pequeños, a los que pudiera dominar. Echando una desamparada mirada alrededor, observó a un niño sentado bajo un árbol, al borde del campo de juegos. Era lo suficientemente pequeño, y estaba lo suficientemente lejos de las maestras guardianas.

Se acercó.

El chico bajo el árbol alzó la mirada hacia él.

Harold perdió el interés. Vagó con una expresión despreocupada, moviéndose hacia los columpios.

El ramrobot de exploración interestelar IRR#143 zarpó del acelerador lineal de Juno. Deslizándose por el vacío entre las estrellas, se veía como un enorme insecto de metal, que hubiera sido construido a la carrera y en forma improvisada. Excepto por el contenido de su bodega de carga, era idéntico a sus últimos cuarenta predecesores. Su proa contenía el estatorreactor, un cilindro masivo y blindado con un gran agujero en el centro. Sobre sus laterales había dos grandes motores de fusión, apuntados en un ángulo de diez grados hacia atrás, montados en unas curiosas estructuras soldadas, que parecían las recogidas zarpas de una mantis. El fuselaje era pequeño, conteniendo sólo una computadora de vuelo y un tanque de combustible interno.

Juno quedó eclipsado cuando los motores de fusión entraron en funcionamiento. Inmediatamente, el alambre enrrollado a popa comenzó a soltarse. El cable tenía cincuenta kilómetros de largo y estaba hecho de cadenas moleculares Sinclair trenzadas. Sujeta al final de este cable iba una cápsula de plomo tan pesada como el mismo ramrobot.

Configuraciones idénticas a esa habían ido por cientos a las estrellas. Pero ésta era… distinta.

Al igual que los ramrobots #141 y #142, ya en viaje hacia Jinx y Wunderland, y el #144, que aún no se había construido, el IRR#143 acarreaba las semillas de una revolución. Esa revolución estaba aún en proceso en la Tierra misma. Allí era silenciosa y ordenada, pero no sería igual en Monte Lookitthat.

La revolución médica que había comenzado en los albores del siglo XX había sostenido a todas las sociedades humanas por quinientos años. Norteamérica se había adaptado a la ginebra de algodón de Eli Whitney en menos de la mitad de ese tiempo. Como sucedió con la ginebra, los efectos nunca se extinguirían del todo. Pero ya la sociedad retornaba a lo que una vez había sido normal. Lentamente, pero de manera sostenida. En el Brasil, una pequeña pero creciente alianza promovía la remoción de la pena de muerte para los infractores de tráfico recurrentes. Habría mucha oposición, pero al final ganarían.

Empujado por dos lanzas de brillante luz, el ramrobot se aproximó a la órbita de Plutón. Tanto Plutón como Neptuno estaban ambos en la zona opuesta del sol, y no habría naves cercanas que sufrieran los efectos del campo magnético.

El generador del estatocolector se puso en funcionamiento.

El campo cónico se formó muy lentamente, pero cuando al fin dejó de oscilar, superaba los trescientos kilómetros de diámetro. La nave comenzó a acelerar lentamente, muy lentamente, a medida que el cono recogía hidrógeno y polvo interestelar. Y seguiría acelerando. El tanque de combustible interno estaba cerrado ahora, y lo estaría durante los próximos doce años. El alimento de la nave durante ese período sería la fina materia interestelar que entraba en el campo colector.

En el espacio cercano, los efectos del campo magnético eran mortales. Nada que tuviera al menos un notocordio podría sobrevivir dentro de la tormentosa zona de quinientos kilómetros de diámetro que rodeaba a un estatocolector en funcionamiento. Por cientos de años se había procurado diseñar un escudo magnético lo suficientemente eficiente para

permitir que los ramrobots fueran guiados por humanos, pero las investigaciones no habían dado fruto. Se dijo que tal cosa no era posible, y era cierto. Un ramrobot podía acarrear semillas y embriones animales fertilizados, procurando que estuvieran correctamente protegidos y ubicados a una buena distancia por detrás del generador; pero los humanos debían conformarse con viajar en naves lentas, llevando consigo su propio combustible, viajando a menos de la mitad de la velocidad de la luz.

El ramrobot #143 aumentó notablemente su velocidad a medida que pasaban los años. El sol se volvió primero una estrella brillante más, y luego sólo una mota anaranjada. El empuje del estatocolector se convirtió en algo terrorífico, pero estaba más que compensado por el aumento de la cantidad de hidrógeno captado y desviado al motor de fusión. Los telescopios ubicados en los puntos troyanos de Neptuno ocasionalmente detectaban la estable luz de fusión del ramrobot: un microscópico y feroz punto blancoazulado, contra el amarillo de Tau Ceti.

El universo se modificó y cambió. Por delante y detrás del ramrobot las estrellas se acumularon, hasta que Sol y Tau Ceti estuvieron sólo a un año luz de distancia relativa. Por entonces, Sol era del color rojo de los rescoldos, y Tau Ceti había virado al blanco resplandeciente. El par de enanas rojas conocido como L726-8 —que estaban en el curso de la nave— se veían color amarillo brillante. Y todas las estrellas restantes se veían aplastadas siguiendo el eje del movimiento, como si alguien muy pesado se hubiera sentado sobre el universo.

El ramrobot #143 alcanzó el punto medio de su trayectoria —a 5,95 años luz de Sol— y siguió su marcha. El volteo estaba aún a años luz de distancia, puesto que el estatocolector desceleraría la nave a lo largo del viaje.

Pero un relé saltó en la computadora: era tiempo de enviar un mensaje. El estatocolector osciló, y la luz se apagó en sus motores, mientras el ramrobot colectaba la potencia necesaria para enviar un rayo máser. Durante una hora el máser se mantuvo encendido, apuntando derecho al frente, para alcanzar el sistema de Tau Ceti. Luego los motores volvieron a encenderse y el ramrobot volvió a acelerar, siguiendo muy de cerca a su propia emisión máser, que viajaba por delante de él.

Una fila de quinceañeros se formaba a las puertas de la estación de chequeos médicos, cada uno llevando una botella de forma cónica con un líquido amarillento en su interior. Uno por uno fueron entregando sus botellas a una enfermera con cara de caballo, y luego se corrieron a un costado, esperando nuevas órdenes.

Matt Keller era el antepenúltimo de la fila. Cuando el chico que estaba antes que él se movió a un lado, y la enfermera extendió la mano hacia Matt sin apartar la vista del teclado, él examinó críticamente el contenido de su propia botella.

—No se ve muy bien —dijo.

La enfermera lo miró con furiosa impaciencia. ¡Un mocoso colonista le hacía perder el tiempo!

—Mejor lo hago de nuevo —dijo Matt en voz alta, y se bebió el líquido.

—Era jugo de manzana —dijo más tarde, esa misma noche—. Casi me cogen cuando lo metía dentro de la estación médica. Pero debíais haber visto su cara; se puso del color más curioso.

—Pero, ¿porqué? —le preguntó su padre, sumido en un honesto ofuscamiento—. ¿Porqué molestar a la señorita Prynn? Sabes que ella es en parte tripulante… Y esos registros médicos van directamente al Hospital.

—Creo que estuvo divertido —anunció Jeanne. Era la hermana de Matt, un año menor que él, y siempre estaba de su lado.

La sonrisa de Matt pareció huir de su rostro dejando algo sombrío en su lugar, y haciéndolo ver mayor de lo que sus años declaraban.

—Eso fue por el tío Matt.

El señor Keller miró a Jeanne, y luego al chico.

—Continúa pensando de esa forma, Matthew, ¡y terminarás en el Hospital, igual que él! ¿Porqué no puedes simplemente olvidarlo?

La evidente preocupación de su padre modificó el talante de Matt.

—No te preocupes, Gengis —dijo con soltura—. La señorita Prynn probablemente lo olvide enseguida. Suele ser así conmigo.

—Tonterías. Si ella no te reporta, será sólo porque es muy buena persona.

—Eso lo dudo bastante… —dijo Matt.

En una pequeña sala de recuperación, dentro de la sección de tratamientos del Hospital, Jesús Pietro Castro se sentó en su cama por primera vez en cuatro días. Su operación había sido sencilla, aunque importante: ahora tenía un nuevo pulmón izquierdo. También había recibido una orden perentoria de Millard Parlette, que era un tripulante puro: debía dejar de fumar de inmediato.

Aún podía sentir los tironeos del adhesivo quirúrgico interno, mientras se sentaba para hacer frente a cuatro días de papeleo acumulado. La pila de formularios que su ayudante estaba colocando en la mesa auxiliar se veía desproporcionadamente gruesa. Suspiró, tomó una lapicera y comenzó el trabajo.

Quince minutos más tarde, arrugó el ceño frente a una queja intrascendente —sólo una broma pesada—, y comenzó a arrugar el papel. Pero lo volvió a alisar, y lo leyó nuevamente.

—¿Matthew Leigh Keller?

—Convicto de traición —dijo al instante el comandante Jansen—. Hace seis años. Escapó por el borde de la meseta Alfa; en los registros figura que ingresó al banco de órganos.

Pero no lo había hecho, recordó repentinamente Jesús Pietro. El predecesor del comandante Jansen había ido al banco en su lugar. Sin embargo, Keller seguramente había muerto.

—¿Y qué hace jugando bromas pesadas en una estación de chequeos médicos?

Después de meditar un momento, el comandante Jansen dijo:

—Keller tenía un sobrino.

—¿Tendrá unos quince años ahora?

—Tal vez. Lo chequearé.

El sobrino de Keller, pensó Jesús Pietro para sí. Podría seguir el procedimiento estándar, y cargarlo con una reprimenda…

No. Dejémosle pensar que nada ha sucedido. Démosle espacio para que se mueva, y un día… reemplazará el cuerpo que su tío desperdició.

Jesús Pietro sonrió. Comenzaba a reír, pero el dolor lo apuñaló en las costillas y tuvo que desistir de hacerlo.

El morro del generador ya no era brillante y reluciente. Su superficie era un conglomerado de grandes y pequeños pozos, los cráteres dejados por el polvo interestelar al labrar su camino dentro del campo estatocolector. Había pequeños cráteres donde fuera: en los motores de fusión, en el fuselaje, incluso en la carga de arrastre, cincuenta kilómetros mas atrás. La nave lucía como terminada por arenado grueso.

Pero el daño era sólo superficial. Más de cien años habían pasado desde que los robustos estatocolectores habían sufrido sus últimas mejoras de diseño.

Ahora, a ocho años y medio de viaje desde Juno, el campo estatocolector se apagó por segunda vez. Las llamas de fusión se habían convertido en dos brillantes candelas azules, entregando apenas un vigésimo de g. Lentamente la bobina comenzó a enrollar de nuevo el cable, hasta que la bodega de carga encajó en su sitio en el fuselaje.

La maquinaria pareció hesitar, y luego sus dos motores cilíndricos se apartaron del fuselaje, extendiéndose en los extremos de sus sujeciones, parecidas a zarpas de mantis. Por

un momento formaron ángulo recto con la nave, y luego lentamente los brazos se contrajeron. Ahora los motores apuntaban al frente, frenando levemente el avance del ramrobot.

La bodega de carga se desplazó entonces por una guía acanalada en forma de U, que corría a lo largo del fuselaje, hasta que quedó en el frente de la nave. Lentamente la bobina volvió a extender el cable hasta que llegó a su máxima longitud, ahora por delante del fuselaje.

Entonces el estatocolector se encendió otra vez. Los motores rugieron a máxima potencia, y ahora su larga estela de hidrógeno fusionado en helio atravesaba el campo magnético de captación del generador.

A 8,3 años luz de Sol, casi exactamente en la línea entre Sol y Tau Ceti, se encuentran las dobles enanas rojas L726-8. Su principal característica es que son las estrellas de menor masa conocidas por el hombre. A pesar de ello, son lo suficientemente masivas como para haber capturado una fina envoltura de gas interestelar. El ramrobot aprovechó eso para frenar poderosamente, incorporando a través del campo estatocolector las trazas de gas de la estrella doble.

La nave continuó frenando. El universo se infló de nuevo, poco a poco; las estrellas fueron recuperando su aspecto y colores normales. A 11,9 años luz de Sol, 150 millones de kilómetros antes de llegar a Tau Ceti, el estatocolector se apagó completamente. Una variedad de sensores se extendió, y comenzó a escrutar el cielo cercano. Luego se cerraron y sellaron.

Nuevamente la nave entró en movimiento. Había de alcanzar su destino ahora con las reservas de su tanque interno.

Tau Ceti es una estrella G8, unos cuatrocientos grados más fría que Sol y con sólo el cuarenta y cinco por ciento de su luminosidad. El mundo de Monte Lookitthat cumple una órbita casi circular, a 108 millones de kilómetros de su primaria.

El ramrobot se acercó al planeta. Se movía cautelosamente, debido a los factores de falibilidad considerados en el programa de su computadora de a bordo. Sus sensores olieron:

Sin luna. Temperatura superficial: 316 ºC, con leves variaciones. Atmósfera: opaca, densa, venenosa cerca de la superficie. Diámetro: 12 300 kilómetros.

Algo se asomaba por el horizonte del planeta. En el espectro visible, semejaba una isla en un mar de niebla, con una topografía como rodajas de fiambre apiladas: mesetas planas y escalonadas, separadas por abruptos acantilados. Pero el ramrobot #143 discriminaba más radiaciones que la de la luz visible. Había temperatura, presión y atmósfera similares a las terrestres.

Y también dos estaciones de radio emitiendo señales.

Se orientó hacia las señales. El ramrobot #143 no tuvo que decidir a cuál acudir, puesto que sólo las separaban cuatrocientos metros. Provenían, de hecho, de las dos antiguas naves coloniales de Monte Lookitthat, y la distancia entre ellas estaba cubierta por la estructura del Hospital, de modo tal que ya no parecían naves sino las extrañas torres de un extraño castillo de poca altura. Esto el ramrobot no lo sabía, y tampoco necesitaba saberlo.

Eran señales, y punto. El ramrobot #143 comenzó a descender.

El suelo vibraba suavemente bajo las suelas de sus pies, y alrededor de él sonaban estruendos sordos y constantes. Jesús Pietro Castro caminaba a paso firme por los laberínticos y retorcidos pasadizos del hospital.

Si bien se encontraba en una situación de extrema urgencia, jamás se le hubiera ocurrido correr. No estaba en el gimnasio, después de todo. En lugar de ello, se movía como un elefante, que no puede correr, pero sí caminar lo suficientemente rápido como para dejar atrás a un hombre corriendo. Sus ojos miraban ominosos desde debajo de sus prominentes arcos superciliares y sus abundantes y canosas cejas. Su bigote de facineroso y el cabello sobre su cabeza también eran blancos y abundantes, haciendo notable contraste con la atezada piel de su rostro. Los agentes de la policía Consolidada se ponían alertas al verlo pasar, quitándose de

su camino como peatones que esquivan un bus de pasajeros. ¿Era su rango lo que los asustaba, o su masiva e imparable mole? Quizá ni ellos lo supieran.

Al desembocar en el arco de piedra que formaba la entrada del Hospital, Jesús Pietro miró hacia arriba y vio una chispa blancoazulada sobre su cabeza. Apenas la había visto, ya se había esfumado. Un momento después, el trueno que todo lo impregnaba murió a lo lejos.

Un móvil lo estaba aguardando. Si acaso hubiera que haberlo llamado, alguien lo hubiera lamentado. Se trepó a él, y el chofer de la Consolidada despegó al instante, sin esperar órdenes. El Hospital se perdió por detrás de ellos, con sus muros y el campo raso de sus terrenos defensivos.

La entrega del ramrobot flotaba hacia abajo, pendiente de su paracaídas.

Otros móviles se hallaban en el aire, cambiando erráticamente de curso mientras sus conductores intentaban adivinar dónde aterrizaría finalmente el punto blanco. Sería en los alrededores del Hospital, por supuesto; el ramrobot habría sido guiado hasta una u otra de las naves. El Hospital había crecido como un organismo vivo, como un arrecife de coral, desplegándose entre las antiguas naves espaciales.

Pero el viento era algo fuerte.

Jesús Pietro frunció el ceño. El paracaídas se desviaría por encima del acantilado. No caería en la meseta Alfa, donde la tripulación había construido sus hogares y ningún colono sería tolerado, sino en las regiones colonistas más allá del borde.

Así fue. Los móviles se abalanzaron como una bandada de gansos salvajes, siguiéndolo por sobre los acantilados de cien metros de altura que separaban la meseta Alfa de la Beta, donde los bosques de árboles frutales se alternaban con sembrados de grano y vegetales, y con praderas de cría de ganado. No había vivendas en Beta, porque los tripulantes no deseaban tener tan cerca a los colonos. Pero eran los colonos quienes trabajaban allí, y a menudo retozaban también.

Jesús Pietro tomó el transmisor.

—Órdenes —dijo—. El bulto aterrizará en Beta, sector veintidós, aproximadamente. Destinad cuatro escuadrones a nuestra zaga. No molestéis bajo ninguna circunstancia a móviles o tripulantes, pero arrestad a cualquier colono que encontréis en un radio de ochocientos metros del punto de descenso de la carga. Retenedlos para interrogatorio. Y hacedlo rápido.

El bulto pasó rozando un sembrado de cítricos, y tomó tierra en el borde más lejano.

Era una plantación de limoneros y naranjos. Uno de los últimos ramrobots había traído sus ancestros alterados genéticamente, junto con otros milagros de la ingeniería biológica terrestre. Estos árboles no albergaban ningún tipo de parásitos. Crecían donde fuera. No competían para crecer con otros cítricos igualmente alterados. Su fruto permanecía maduro durante diez meses al año, y cuando dejaba caer el fruto para desperdigar las semillas, lo hacía por intervalos escalonados, para que constantemente hubiera cinco sextos de árboles con frutos maduros.

En su ceñuda necesidad de luz solar, los árboles acomodaban sus hojas y ramas formando una cubierta completa y opaca, por lo que por debajo de ellos parecía como si fuera un bosque virgen. Toda una serie de hongos crecía a sus pies, importados sin cambios desde la Tierra.

Polly había recolectado ya un par de docenas. Si alguien la interrogaba, ella simplemente diría que había ido al bosque de cítricos a recolectar hongos. Para el momento que su hipotético interrogador arribara, ella ya habría escondido la cámara.

A pesar de que la temporada de servicio estaba a un mes en el futuro, un importante número de colonos se encontraba en la meseta Beta. En los bosques, en las llanuras, o trepando los acantilados como deporte, cientos de hombres y mujeres hacían excursiones o picnics. Algún despierto oficial de la Consolidada hubiera encontrado muy improbable su distribución. Y otros varios los hubieran reconocido como Hijos de la Tierra.

Librodot

Pero la carga del ramrobot había elegido aterrizar en el área cubierta por Polly. Estaba cerca del límite de la foresta cuando oyó un sonoro *bump*. Se movió velozmente pero en silencio hacia el lugar. Gracias a su oscura piel y sus negros cabellos, era casi invisible en la penumbra del bosque. Corrió eludiendo los troncos a uno y otro lado, se escondió detrás del último de ellos, y observó.

Un gran objeto cilíndrico yacía en la pradera, al borde del bosque. Una hilera de cinco paracaídas se retorcían bajo el viento.

De modo que así era como se veía, pensó. Parecía tan pequeño para provenir de tan lejos… Pero debía ser sólo una mínima porción del ramrobot; la parte principal debía estar yendo de regreso a casa.

Pero era esto lo que contaba. El contenido de la carga de un ramrobot nunca era trivial. Por seis meses, desde que llegara el aviso por máser, los Hijos de la Tierra habían estado planeando capturar la cápsula de carga del ramrobot #143. En el peor de los casos, podían pedir rescate por ella; en el mejor, quizá les proveyera de armas para luchar contra la Tripulación.

Cuando iba a dejar su cobertura en el bosque, vio a los aeromóviles. Al menos treinta de ellos fueron aterrizando en derredor de la carga.

Se mantuvo oculta.

Jesús Pietro Castro se portaba en forma irreconocible para sus soldados, pero era evidente para ellos el motivo. Todos los hombres y mujeres —excepto dos o tres— eran descendientes puros de los primeros tripulantes. Sus choferes —incluyendo el de Castro— se mantenían prudentemente sentados en los móviles. Castro se mostraba obsequioso y deferente, y muy cuidadoso de rozar un codo, pisar un pie, o meterse en el camino de alguno.

Como resultado de ello, su vista estaba bloqueada cuando Millard Parlette, descendiente en línea directa del primer capitán de la astronave *Planck*, abrió la cápsula y expuso el interior. Pero pudo ver cuando el anciano extrajo algo a la luz del sol, para apreciarlo mejor.

Era un sólido rectangular de bordes redondeados, y había sido empacado en un material elástico que ahora se estaba desintegrando. La mitad inferior era metálica, mientras que la superior era de un remoto descendiente del vidrio, tan duro como el acero dulce, pero tan transparente como un cristal de ventana. Y dentro del vidrio flotaba algo sin forma aparente.

Jesús Pietro dejó caer la mandíbula. Miró con extrema atención: entrecerró las pestañas, sus pupilas se dilataron. Sí, sabía lo que era eso. Era lo que el mensaje vía máser había informado seis meses atrás.

Un gran presente… y un gran peligro.

—Este ha de ser nuestro secreto mejor guardado —dijo Millard Parlette, con una voz de goznes sin aceitar—. No debe escaparse una sola palabra acerca de ello. Si los colonos se enteraran, todo estallaría. Hemos de decirle a Castro que… ¡Castro! ¿Dónde demonios está Castro?

—Aquí, señor.

Polly guardó la cámara en su estuche y comenzó a alejarse hacia el centro de los bosques de cítricos. Había tomado varias fotos, dos de ellas con ampliación telescópica de la cosa dentro del recipiente. Sus ojos no la habían visto con claridad, pero seguramente la película la mostraría en detalle.

Trepó a un árbol, con la cámara pendiendo de su cuello por una correa. El follaje le dificultó el paso, pero luchó para seguir trepando, más y más arriba entre las protectoras hojas. Cuando al fin se detuvo, tenía todo el cuerpo cubierto por el ramaje. Estaba oscuro como las cavernas de Plutón.

En pocos minutos, la policía coparía el área. Para desplegarse, sólo esperaban a que los tripulantes acabaran de marcharse. No era suficiente con hacerse invisible; tenía que haber suficiente follaje como para bloquear los infrarrojos que exhalaba su cuerpo.

Librodot

No podían hacerse reproches por haber perdido la cápsula. Los Hijos de la Tierra no habían sido capaces de descifrar el mensaje máser, pero los tripulantes sí. Conocían el valor de la carga…, pero también Polly lo conocía ahora. Cuando los mil ochocientos colonos de Monte Lookitthat supieran lo que había en la cápsula…

Cayó la noche. La policía Consolidada demoró a todos los colonos que pudo encontrar. Ninguno había visto la cápsula luego de que cayera, y todos fueron liberados luego del interrogatorio. Poco más tarde los agentes se repartían por la zona, auscultando cada trozo de terreno con detectores de infrarrojos. Había varias zonas de calor en el lugar donde se había ocultado Polly, y todas fueron rociadas con aturdidores sónicos. Polly nunca se enteró de que había sido alcanzada. Cuando a la mañana siguiente despertó, se sorprendió de encontrarse perchada aún en las ramas. Esperó hasta mediodía y luego se deslizó por el puente Beta-Gamma, con la cámara oculta bajo las setas recolectadas.

Capítulo II - LOS HIJOS DE LA TIERRA

El campanario de Campbelltown emitió cuatro estruendosas notas. El frente de onda sónico se desparramó desde la ciudad, cruzando campos y carreteras, decreciendo en volumen al avanzar. Pasó sobre la mina sin detenerse, pero los hombres alzaron la cabeza, bajando sus herramientas.

Matt sonrió por primera vez ese día; aún había tiempo de saborear una cerveza fría.

Desde la mina la senda corría colina abajo. Llegó a Cziller's cuando el lugar comenzaba a llenarse. Ordenó un pichel, como siempre, y se bajó el primer jarro sin respirar. Una suerte de brisa descendió sobre él. Escanció el segundo cuidadosamente de costado, evitando golpear una cabeza. Se sentó sorbiéndolo, mientras más y más hombres, terminada ya la jornada de trabajo, se volcaban hacia la taberna.

Al día siguiente era sábado; por dos días y tres noches, podría olvidar a las bestezuelas poco confiables con que se ganaba la vida.

Un codo golpeó su cabeza, pero lo ignoró: era un hábito que sus ancestros habían traído desde la superpoblada Tierra y conservado. Pero la segunda vez, tenía el jarro en su boca; con la cerveza chorreando por su cuello se giró para lanzar una suave reprimenda.

—Lo siento, amigo —dijo un hombre pequeño y oscuro, de negros y lacios cabellos. Tenía un rostro delgado y sin expresión, y el aire de un cansado funcionario. Matt le echó una ojeada.

—Hood —dijo.

—Sí, ese es mi nombre, pero yo no te conozco a ti —respondió con un matiz de pregunta el hombrecillo.

Matt sonrió, porque le gustaban los alardes. Se llevó las manos al cuello y abrió su camisa hasta el pecho.

—Prueba otra vez —invitó.

El funcionario se hizo hacia atrás y sus ojos captaron la delgada cicatriz en el pecho de Matt.

—Keller…

—Correcto —dijo Matt, y subió el cierre.

—Keller. Que me maldigan —dijo Hood; por su parquedad, parecía reservarse las palabras para una emergencia—. Al menos siete años… ¿Qué has estado haciendo?

—Coge esa silla —Hood vio que se liberaba, y se acomodó en ella incluso antes de que su ocupante terminara de levantarse—. He estado haciendo de niñera a unos gusanos mineros. ¿Y tú?

Repentinamente, el otro perdió la sonrisa.

—Hum… Me recuerdas por esa cicatriz, ¿verdad?

—¡Oh, no! —dijo Matt, con explosiva sinceridad—. Todo el asunto fue mi culpa. De todas maneras, ha pasado ya mucho tiempo.

Así era. Matt cursaba el octavo grado ese día otoñal, cuando Hood entró en el cuarto de clases pidiendo prestado un sacapuntas. Fue la primera vez que lo vio: tenía su misma talla, aunque obviamente Hood era mayor; un muchacho de otra clase, aunque pequeño y apocado. Desafortunadamente, la maestra estaba fuera en ese momento. Hood cruzó el salón sin mirar a nadie mientras afilaba su lápiz, y se encontró bloqueado por una pandilla de mocosos gritones; para él, un recién llegado a la escuela, deben haber semejado una horda de caníbales. Matt estaba en primera fila, blandiendo una silla al estilo de un domador.

Hood salió corriendo descontroladamente, aterrorizado. Había dejado la afilada punta del lápiz clavada en el pecho de Matt.

Fue una de las pocas veces en que Matt actuó de bravucón; para él, esa cicatriz había sido un símbolo de deshonra.

—Bien —dijo Hood, mostrando su alivio—. Entonces, ¿eres un minero ahora?

—Exacto, y me pesa cada minuto. Lamento el día en que Tierra nos envió esas pequeñas víboras.

—Debe ser mejor que cavar uno mismo.

—¿Eso crees? ¿Quieres que te ilustre al respecto?

—Espera un momento —Hood terminó su bebida con gesto heroico—. Listo.

—Un gusano minero tiene unos doce centímetros de largo por dos de ancho; los han mutado a partir de las lombrices de tierra. Su boca está orlada de pequeños dientes diamantados. Ingieren minerales metálicos por placer, pero para que sobrevivan hay que alimentarlos con unos bloques de comida sintética, que es diferente para cada especie de gusano…, y hay una especie por cada metal a extraer. Eso complica las cosas. Tenemos seis especies diferentes en la mina, y debo asegurarme de que cada una tenga un bloque de comida a su alcance.

—No suena tan complicado. ¿Es que no pueden procurarse su propio alimento?

—En teoría, sí. En la práctica, no siempre. Pero eso no es todo. Lo que libera al metal de la mena que el gusano ingiere, es una bacteria que llevan en el estómago. Los gusanos defecan los granos de metal alrededor de los bloques, y luego nosotros los recogemos. Pero esas bacterias son muy delicadas, y si mueren también lo hacen los gusanos, porque la mena atasca sus intestinos. Cuando eso sucede, los otros gusanos se los comen, para recuperar el metal. El problema es que, de cada seis gusanos que son comidos, cinco son de la especie incorrecta.

—¿Los gusanos no pueden distinguirse entre si?

—Qué va. Ingieren los metales equivocados, los gusanos equivocados, luego atacan los bloques equivocados… De todas formas, aunque hicieran todo bien, no duran más de diez días. Fueron diseñados de esa manera, porque sus dientes se desgastan muy rápido. Se supone que deberían alimentarse como locos para compensar eso, pero la verdad es que cuando están en plena tarea, no tienen tiempo de hacerlo. Por eso constantemente hemos de pedirle a la Tripulación una nueva remesa.

—O sea que dependes de ellos…

—Obvio. Y hemos de pagarles lo que se les ocurra pedir.

—¿Pudieran estar envenenando a propósito los bloques de comida?

Matt lo miró, sobresaltado.

—Te apuesto a que eso es exactamente lo que están haciendo. Envenenándolos… o haciendo escasear los nutrientes, con lo que ahorran dinero al mismo tiempo. No permiten que los criemos nosotros mismos, por supuesto. Los muy… —pero Matt se tragó las palabras. Después de todo, no había visto a Hood en años, y a la Tripulación no les agradaba que se les insultara.

—Hora de cenar —dijo Hood.

Terminaron sus cervezas y marcharon al único restaurante de la ciudad. Hood deseaba ponerse al día respecto a los compañeros de la escuela; no era de hacer amigos fácilmente. Matt, que sabía de algunos, lo complajo. Hablaron de negocios y de sus profesiones. Hood era docente en Delta. Para sorpresa de Matt, el chico introvertido que había conocido una vez se había transformado en un ameno narrador. Había conservado su dicción precisa y despojada de efectos, lo que hacía que sus bromas fueran aún más divertidas. Ambos tenían trabajos decentes, que les proveían de dinero suficiente para vivir con cierta comodidad. En realidad, no había verdadera pobreza en ningún lugar de la Meseta. No era el dinero de los colonos lo que les interesaba a los tripulantes, como puntualizó Hood en el transcurso de la comida.

—Sé donde hay una fiesta —dijo Hood, mientras terminaba su café.

—Y… ¿estamos invitados?

—Sí.

Matt no tenía planes para esa noche, pero prefirió asegurarse.

—¿Los colados son bien recibidos?

—Tratándose de ti, serás bienvenido. Te gustará Harry Kane, el anfitrión.

—Bien, me has convencido.

El sol se escondía tras del borde de la meseta Gamma cuando salieron. Dejaron sus bicicletas detrás de la casa. Mientras caminaban hacia la entrada, el sol se mostró nuevamente: un semicírculo rojizo, sobre el eterno mar de nubes más allá del borde prohibido. La residencia de Harry Kane estaba a sólo cuarenta metros del vacío. Se detuvieron un momento a contemplar la puesta de sol; luego rumbearon hacia la casa.

Era un gran chalé de un solo piso, distribuído en cruz, con las bulbosas paredes típicas de la arquitectura coralina. No se intentó ocultar la procedencia del material de construcción. Matt nunca había visto una casa sin pintar, pero tuvo que reconocer que hacía un efecto admirable. Los restos del globo formador original —que daban a toda construcción coralina su forma abultada— habían sido retirados cuidadosamente. Las paredes exteriores habían sido pulidas, mostrando un brillante color rosado. Aún después del ocaso, la casa brillaba suavemente.

Como si estuviera orgullosa de su origen netamente colonista.

La arquitectura coralina era otro presente de los ramrobots. Esta manipulación genética del coral marino ordinario era el material de construcción más barato que se conocía. El único costo real lo constituía el globo de plástico que guiaba el crecimiento del coral y encerraba su alimento, el que era difundido por el aire. Todos los colonos vivían en edificios hechos de este material; muy pocos habían sido construidos en piedra, madera o ladrillo, aún en los lugares donde se encontraban fácilmente estos elementos. Pero la mayoría intentaba que sus viviendas se asemejaran a las de la meseta Alfa. Con pintura, madera, metal y falsa piedra, usando poderosas pulidoras para alisar las inevitables irregularidades, procuraban imitar a los tripulantes.

A la luz del día, o en plena oscuridad, la casa de Harry Kane era claramente atípica.

Al abrir la puerta, el ruido los abrumó. Matt se detuvo un momento en el umbral para permitir que sus oídos se ajustaran al nivel sonoro. A pesar de estar a casi doce añor luz de la Tierra, este reflejo seguía vivo, herencia ancestral del bullicio producido por diecinueve mil millones de personas. Si no podías mantener una conversación mientras mil borrachos gritaban en tus orejas, daba lo mismo que fueras sordo. Y esto era así desde al menos cuatro siglos atrás. La gente también había conservado otros hábitos: el salón estaba atestado, pero las pocas sillas dispuestas estaban vacías.

La habitación era espaciosa, y la barra, ubicada en la pared opuesta a la entrada, enorme. Matt gritó:

—Harry Kane debe vivir de fiesta en fiesta…

—¡Seguro! Acércate, te lo presentaré.

Matt captó tramos de conversación a medida que se abría camino por el cuarto. Tal vez la fiesta recién comenzaba, porque unos cuantos parecían no conocer a nadie; sin embargo,

todos tenían sus tragos. Eran de todas las edades y profesiones. Hood había dicho la verdad: si un colado no era bienvenido, nunca lo sabría, porque nadie lo reconocería como uno.

Las paredes estaban terminadas igual que en el exterior, de un brillante rosa coralino. El piso estaba cubierto de pared a pared con una alfombra de pasto mutado; era plano, excepto contra las paredes. No cabía duda de que había sido alisado luego de que la casa había terminado de crecer, y removido el globo que le daba forma; pero Matt supuso que debajo de la alfombra no habría ladrillo o madera, sino el sempiterno coral.

Llegaron a la barra luego de algunos empujones. Hood se alzó sobre el mostrador tanto como pudo —que a causa de su baja altura no fue mucho— y llamó:

—¡Harry! Dos vodka con soda, y me gustaría que conocieras a… Demonios, Keller, ¿cuál era tu nombre de pila?

—Matt.

—Matt Keller; nos conocemos de la primaria.

—Un gusto, Matt —dijo Harry Kane, y se acercó a estrecharle la mano—. Me alegro de verte, Jay.

El anfitrión era de la altura de Matt y considerablemente robusto; su ancha cara estaba dominada por una deforme nariz y una sonrisa de oreja a oreja. Se veía igual que un cantinero. Sirvió los tragos en vasos enfriados y se los alcanzó.

—Disfrútenlo —dijo, y fue a atender a dos recién llegados.

—Harry cree que la mejor forma de conocer a todos es jugar al cantinero durante las primeras horas. Luego le pasa la tarea a algún voluntario.

—Bien pensado —dijo Matt—. ¿Jay es tu nombre?

—Jayhawk. Uno de mis ancestros era de Kansas; es un pájaro simbólico de su tierra.

—¿No es curioso que hayamos necesitado ocho años para conocer nuestros nombres?

En ese momento, parte de la concurrencia descubrió a Hood, y vinieron a su encuentro; éste apenas tuvo tiempo de sonreír antes de verse en medio de las presentaciones. Matt se sintió aliviado. Estaba seguro de haber visto que Harry Kane le pasaba algo a Jay junto con su trago. Los modales lo abstuvieron de hacer preguntas, pero había despertado su curiosidad y prefería olvidarlo.

Los que se unieron a ellos eran cuatro hombres y una mujer. Matt sólo le prestó atención a ella.

Su nombre era Laney Mattson. Tenía unos veintiseis años, cinco más que Matt, y él la hubiera superado en altura por un par de centímetros si ella no hubiera llevado tacones y un peinado alto. No era sólo alta sino también voluminosa, con amplias caderas y grandes pechos tras su profundo escote. Se veía más bonita de lo que era, pensó Matt; sabía maquillarse. Actuaba con rimbombante exuberancia, y una alegría del tamaño de su humanidad.

Los hombres también eran veinteañeros, todos mayores que él. Cualquiera de ellos se vería bien bailando con Laney: eran enormes. Matt sólo retuvo de ellos una impresión de conjunto: voces resonantes, fuertes apretones de manos y amables rostros sonriéndole desde el rosado techo. De todas formas le agradaron, aunque no podía diferenciarlos entre sí.

Hood lo volvió a sorprender. Sin levantar la voz, sin perder su monotonía, sin forzar el cuello para mirar a nadie a la cara, tomó el control de la conversación. Fue él quien llevó el tema de la charla a los días escolares. Indujo a uno de ellos a contar de un simple truco que había usado para modificar los circuitos de las lectoras del aula, con lo que durante todo el día mostraron las lecciones patas arriba. Matt se sorprendió relatando su anécdota de la botella de jugo de manzana introducida a la estación médica de Gamma, y lo que hizo con ella. Uno de los que había estado escuchando atentamente la conversación, comentó que una vez había robado el auto de una familia de Tripulantes que estaban de picnic en Beta. Había configurado el autopiloto para que circundara la meseta a trescientos metros del borde, sobre el vacío. Se mantuvo volando durante cinco días antes de caer en la niebla, mientras varios policías de la Consolidada lo miraban.

Librodot

Matt observó a Jay y Laney mientras conversaban. La chica apoyaba uno de sus largos brazos sobre los hombros de Hood; la cabeza del hombrecillo apenas llegaba a su mentón. Ambos hablaban al mismo tiempo, terminando las oraciones del otro, contando atropelladamente recuerdos, anécdotas y bromas; compartiéndolas con todos, pero hablando entre ellos.

No era amor, pensó Matt, pero era similar. Una inmensa satisfacción de haberse conocido mutuamente. Satisfacción y orgullo.

Lo hizo sentir un poco solitario.

Matt cayó entonces en la cuenta de que Laney usaba un audífono. Era tan pequeño y tan parecido al tono de su piel, que resultaba casi invisible dentro de su oreja. Hubiera podido jurar que no estaba allí.

Si Laney necesitaba un audífono, era penoso que no pudiera ocultarlo mejor. Hacía ya unos cuantos siglos que, en planetas más civilizados, la gente usaba diminutos dispositivos de plástico laminado insertos bajo la piel, por encima del hueso mastoideo. Tales cosas no existían en Monte Lookitthat. Si ella hubiera sido una Tripulante, podría haber reemplazado sus oídos gracias al banco de órganos…

Los vasos se vaciaron y uno de los escoltas de Laney volvió con refuerzos. El grupo primero creció y luego se dividió en varios grupos más pequeños, siguiendo el eterno capricho de toda fiesta. Durante un momento, Matt y Hood se vieron solos en medio de un bosque de espaldas y codos.

—¿Quieres conocer a una linda muchacha?

—Oh, siempre quiero.

Hood se volvió para marcar el camino, y Matt descubrió en su oreja la misma extraña coloración que había observado en Laney. ¿Desde cuándo Hood tenía problemas de oído? Debía ser su imaginación, favorecida por el alcohol. Para empezar, los pequeños adminículos parecían insertos demasiado profundamente como para ser removibles.

Pero una cosa de ese tamaño tranquilamente podría haber sido lo que Hood recibió junto con su trago.

—Es la forma más sencilla de llevar a cabo la redada, señor.

Jesús Pietro se sentó deferentemente en la silla, las manos sobre el escritorio: el ícono del hombre inteligente y dedicado a su trabajo.

—Sabemos que los miembros suelen irse de la casa de Kane en parejas o en cuartetos. Los recogeremos en el exterior. Si acaso dejaran de salir, quedarán atrapados dentro; entonces ingresaremos.

Tras su máscara de deferencia, Jesús Pietro estaba molesto. Por primera vez en cuatro años tenía la posibilidad de hacer una gran redada entre los Hijos de la Tierra…, y Millard Parlette había elegido esa misma noche para visitar el Hospital. ¿Porqué justo esa noche? Sólo vino una vez en los últimos dos meses, gracias a los Demonios de la Niebla… Una visita de la Tripulación siempre alteraba a sus hombres.

Al menos, el viejo había venido directamente hacia él. Cierta vez Parlette lo había citado en su domicilio particular, y eso había sido terrible; pero aquí Jesús Pietro estaba en su elemento. Su oficina era prácticamente una extensión de su personalidad. El escritorio tenía forma de *boomerang*, rodeándolo en ángulo obtuso, lo que le proporcionaba mayor espacio de trabajo. Frente a él había dispuestas tres sillas, de distinto grado de confort: Tripulación, personal del Hospital y colonos. La oficina era grande y casi cuadrada, pero la pared a sus espaldas formaba una leve curva. Las tres restantes eran rectas y de color pastel, cómodas para su vista, mientras que la que daba a su espalda era de un metal negro y pulido: era parte del fuselaje exterior de la nave *Planck*.

La oficina de Jesús Pietro estaba apoyada contra la fuente de la mitad de la fuerza espiritual de Monte Lookitthat, y la mitad de la energía eléctrica también: una de las dos

naves que habían traído a los hombres a este mundo. Sentado en su escritorio, Jesús Pietro sentía el poder latir a sus espaldas.

—Nuestro único problema —continuó— es que no todos los invitados de Kane están involucrados en la conspiración. Al menos la mitad de ellos son empleados como camuflaje. Separarlos tomará bastante tiempo.

—Ya veo —dijo con voz chillona el hombre viejo.

Tenía la alta y esquelética apariencia del Quijote, pero sus ojos no mostraban locura alguna. Al contrario, eran muy cuerdos y siempre estaban alerta. Durante unos doscientos años el hospital había mantenido en perfecto funcionamiento su cuerpo, su cerebro y su mente. Incluso era probable que no supiera cuánto de su tiempo había sido "tomado prestado" de los colonos convictos por crímenes.

—¿Por qué ha de ser esta noche? —preguntó el anciano.

—¿Por qué no, señor?

Jesús Pietro entendió lo que quería decir, y su mente pensó rápido. Millard Parlette no era ningún tonto. El anciano era uno de los pocos tripulantes que estaba dispuesto a aceptar cualquier tipo de responsabilidad. La mayoria de los treinta mil tripulantes de Monte Lookitthat preferían inventar maneras cada vez más complejas de pasar el tiempo: deportes, modas de vestir que cambiaban de acuerdo a media docena de complicaciones, vacilantes reglamentos, rígidas y ridículas formas sociales. Parlette prefería trabajar…, a veces. Había escogido ser la autoridad a cargo del Hospital. Era competente y rápido; si bien se presentaba muy raramente, siempre parecía saber lo que sucedía, y era muy difícil engañarle.

—Ayer llegó la cápsula del ramrobot. Anoche sus hombres fueron a rastrear posibles espías en el área. Esta noche planea usted la mayor redada en cuatro años. ¿Cree acaso que alguien se le escapó de entre las manos?

—Oh no, señor… —esto no satisfaría a Parlette, pensó Castro—. Pero en esta instancia puedo permitirme mejorar mi apuesta, incluso cuando sea algo seguro. Si algún colono tuviera noticias del envío del ramrobot, tendría que estar en la casa de Kane esta noche, aunque los demonios le obstruyeran el camino.

—No apruebo las apuestas —dijo Parlette. Jesús Pietro buscó en su mente una respuesta adecuada—. Y tú has decidido no arriesgarte. Muy bien, Castro. Ahora, ¿qué se hizo de la cápsula?

—Creo que el personal del banco de órganos ya la desempacó, señor. Y el… contenido ha sido almacenado. ¿Le gustaría verlo?

—Sí.

Jesús Pietro Castro, jefe de la Consolidada, la única autoridad armada en todo el mundo, se levantó de su silla para actuar de guía. Si se apresuraba, tal vez podría llegar a tiempo para supervisar la redada… Pero no era prudente dar prisas a un tripulante.

Hood había dicho la verdad; Polly Tournquist era hermosa. Una muchacha pequeña, de tez oscura y serena; definitivamente, Matt quería conocerla mejor. Polly tenía una suave y larga cabellera del color de la noche cerrada, ojos castaños y una sonrisa que emergía incluso cuando quería parecer seria. Se veía como alguien que guarda un secreto, pensó Matt. Ella no habló, sólo escuchaba.

—Las habilidades parapsicológicas no son un mito —insistía Hood—. Cuando la *Planck* abandonó la Tierra, ya había todo tipo de dispositivos psiónicos para amplificarlas. La telepatía era casi confiable. Ellos…

—¿Cómo "casi confiable"?

—Lo suficientemente confiable para entrenar personas que leyeran la mente de los delfines, o para que los telépatas fueran llamados como testigos expertos en juicios por asesinato, o que…

Librodot

—Bueno, bueno —dijo Matt. Era la primera vez en la noche que veía excitado a Hood, aunque dedujo por las actitudes de los otros que montaba en ese potro muy a menudo—. Y ¿dónde están ahora esas brujerías tuyas?

—¡No son brujerías! Mira, Kell… Matt, cada uno de estos poderes psiónicos dependen un poco de la telepatía. Se ha comprobado. ¿Sabes cómo examinaron a nuestros ancestros, antes de enviarles al espacio durante treinta años para no volver?

Matt se sentía como el tonto que respondía en un dúo de cómicos.

—Tenían que estar en órbita de la Tierra durante un tiempo…

—Sí. Cuatro candidatos en un transbordador, en órbita durante un mes. Ningún telépata hubiera podido soportarlo.

Polly Tournquist seguía el debate como si viera un partido de tenis, girando la cabeza para mirar al que estuviera hablando. Su amplia sonrisa, su cabello meciéndose gentil, hipnóticamente… Era todo un placer verla. Ella sabía que Matt la estaba observando. Ocasionalmente sus ojos pestañeaban, como invitándolo a compartir una broma.

—Pero, ¿por qué no, si tiene compañía?

—La compañía equivocada. En cualquier lugar del planeta, un telépata latente está rodeado por decenas de miles de mentes. En el espacio, sólo tres. Y no puede escapar de ninguna de ellas ni siquiera por una hora, y esto durante un mes entero…

—¿Cómo supiste de todo eso, Jay? ¿Por libros? Menos mal que no tienes a nadie con quien experimentar…

Los ojos de Polly destellaron mientras seguía el debate. Las orejas de Hood enrojecieron. El negro cabello de Polly se mecía en todo su largo, y cuando descubrió su oreja derecha durante un instante, Matt adivinó otro audífono.

Así que *tenía* en verdad un secreto. Y, finalmente, Matt pensó que sabía de qué se trataba.

Trescientos años atrás, la *Planck* había llegado a Monte Lookitthat con seis tripulantes y cincuenta pasajeros en animación suspendida. El relato se encontraba en las cintas de historia; decía cómo el ala volante circular se había sumergido en la atmósfera y había sobrevolado durante horas la impenetrable bruma, donde los instrumentos detectaron gases venenosos y una temperatura mortalmente elevada. Entonces una gran masa apareció sobre el horizonte, una montaña truncada de sesenta y cinco kilómetros de alto por unos cuantos centenares de largo. Era como un nuevo continente, flotando sobre el impalpable mar blanco. La tripulación había quedado boquiabierta, hasta que el capitán Parlette dijo: «¡Look it that!» [1].

Nunca escrita, pero ampliamente conocida, era la historia del aterrizaje. Los pasajeros fueron despertados de uno en uno para encontrarse viviendo en una instantánea dictadura. Aquellos que objetaron la idea —y fueron pocos—, murieron. Cuando descendió la *Arthur Clarke*, cuarenta años después, el modelo se repitió. La situación seguía siendo idéntica ahora; excepto por el crecimiento de la población, nada había cambiado en los últimos trescientos años.

Desde el principio hubo un grupo revolucionario. Su nombre había cambiado varias veces, y Matt no tenía idea de cuál sería el actual. Nunca había conocido a un rebelde, y no tenía particular deseo de ser uno de ellos. Nunca lograron otra cosa que proveer al banco de órganos del Hospital. ¿Cómo iban a poder lograr algo, si la tripulación controlaba cada arma y cada vatio de energía en Monte Lookitthat?

Si esto era un nido de rebeldes, entonces estaba bien camuflado. Muchos de los colados no llevaban audífonos, y parecían ser los únicos que no conocían a nadie en la fiesta. Como él mismo. En medio del alboroto de una fiesta genuina, cierta gente escuchaba voces que sólo ellos podían oír.

[1] En inglés, «¡Mirad eso!». *(Nota del Trad.)*

Librodot

Matt dejó volar su imaginación. Los del círculo interior debían tener una ruta de escape en alguna parte… y si la policía apareciera, la utilizarían en medio del genuino pánico generado. Matt y sus compañeros del círculo exterior eran gente prescindible.

—Pero ¿por qué todos esos poderes ocultos deben estar conectados a la telepatía? ¿Tiene sentido para ti, Jay?

—Ciertamente. ¿No comprendes que la telepatía es un rasgo de supervivencia? Cada humano que desarrolla un poder psíquico, debe tener desarrollada la telepatía primero. Los demás poderes vienen después, porque es menos probable de que te saquen de una mala situación…

Matt abandonó la idea de irse. Sería más seguro, de acuerdo; pero al menos por un rato había escapado de los remilgados gusanos mineros, de los venales tripulantes que los procreaban y de los otros múltiples problemas que hacían de la vida lo que era. Y la curiosidad lo picaba locamente. Quería saber cómo pensaban, cómo actuaban, cómo se protegían a sí mismos, qué tenían en mente. Quería saber…

Quería tratar a Polly Tournquist. Ahora más que nunca. Era pequeña, adorable y frágil; seguro que cada hombre que la había conocido había sentido deseos de protegerla. ¿Qué hacía que semejante chica tirara su vida por la borda? Porque, en realidad, era eso lo que estaba haciendo. Tarde o temprano, en el banco de órganos faltarían hígados saludables, o piel viva o algún trozo de intestino grueso, en un momento en que hubiera escasez de crímenes en la Meseta. Entonces la Consolidada organizaría una redada, y Polly sería desmembrada para aprovechar sus partes.

Repentinamente, a Matt le urgió convencerla de que se fuera de allí, que se fuera con él a otra parte de la Meseta. Pero, ¿podrían esconderse en una región tan escasa?

Probablemente no, pero…

Pero ni siquiera sabía que él lo había adivinado todo. Si acaso se enterara de que había descubierto su secreto, podrían llegar a matarlo. Tendría que cerrar el pico.

Eso echó a perder las cosas. Si tan sólo hubiera interpretado el papel de observador, mirando y sin decir nada… pero él no era del tipo observador. Ahora estaba involucrado. Se reencontró con Jay y le cayó bien, al igual que Laney Mattson y Harry Kane, e incuso podía llegar a enamorarse de Polly Tournquist. Esta gente estaba poniendo sus vidas en peligro, ¡y también la suya! Y no podía hacer nada al respecto…

El hombre de pelo al rape seguía allí.

—Jay —dijo, en una mala imitación de paciencia—, estás tratando de decirnos que en la Tierra tenían los poderes psíquicos bajo control cuando los padres fundadores zarparon hacia aquí, ¿no? Bueno, ¿qué han hecho desde entonces? Todo tipo de progresos en ingeniería biológica. Sus naves mejoran constantemente. Ahora los ramrobots vuelven a casa por sí solos. Pero, ¿qué hicieron acerca de los poderes psíquicos? Nada, absolutamente nada. ¿Y por qué?

—Porque…

—Porque es todo superstición. Brujería, mitos…

Oh, cállate, pensó Matt. Todo eso era un camuflaje para lo que realmente estaba pasando, y él no era parte del asunto. Salió del círculo de la conversación, esperando que nadie lo notara… excepto Polly. Nadie lo notó. Fue hacia el bar para que le llenaran el vaso.

Harry Kane había sido reemplazado por un chico algo más joven que Matt, quien no duraría más de media hora si no dejaba de probar todas sus mezclas. Matt bebió su trago, y se dio cuenta de que era vodka casi puro. Cuando giraba se encontró con Polly, quien rompió a reír al ver su cara fruncida.

Los sospechosos, en número de media docena, estaban profundamente dormidos contra una de las paredes del vehículo patrulla. Un médico de la Consolidada, vestido de blanco, levantó su cabeza al entrar Jesús Pietro.

Librodot

—Señor, creo que estos tres deben ser colados. Los otros tienen unos mecanismos en sus orejas.

Afuera la noche era tan negra como siempre, en el cielo sin luna de Monte Lookitthat. Jesús Pietro había dejado a Millard Parlette de pie frente a la pared de vidrio del banco de órganos, contemplando… lo que fuera que estuviera mirando. ¿Vida eterna? Muy improbable. Incluso Parlette —que contaba ciento noventa años de edad— moriría cuando su sistema nervioso central dejara de funcionar. No se pueden transplantar cerebros sin que vengan con su propia memoria incluída. ¿En qué estaría pensando Parlette? Tenía una expresión realmente extraña.

Jesús Pietro tomó la cabeza de un sospechoso entre sus manos y la giró, para ver lo que había en su oreja. El cuerpo giró también, limpia y tranquilamente.

—No veo nada.

—Cuando intentamos remover el mecanismo, se evaporó. También el de aquella mujer. La chica sigue teniendo el suyo.

—Bien.

Se agachó para poder ver bien. Bastante metido en el oído, demasiado como para que los dedos lo alcanzaran, había algo de color negro mate, con el borde de un rosa muy similar a la piel.

—Traiga un micrófono.

El hombre hizo una llamada. Jesús Pietro esperó impacientemente por alguien que le trajera uno. Alguien eventualmente lo hizo. Jesús Pietro lo sostuvo contra la cabeza de la chica y subió el volumen del amplificador.

Por entre el crujido del audio detectaron ruidos ambientales.

—Sujételo aquí —dijo Jesús Pietro.

El médico acostó a la chica de lado y adhirió el micrófono a su cabeza con cinta. Los estruendosos ruidos se detuvieron entonces, y el interior del vagón se llenó con el latido de sus arterias.

—¿Cuánto hace que la última de estas personas dejó la reunión?

—Fueron estos dos, señor. Hace unos veinte minutos.

La puerta a sus espaldas se abrió para dejar paso a dos hombres y dos mujeres inconscientes traidos en camilla. Uno de los hombres tenía un audífono.

—Obviamente, no tienen una señal para marcar que el paso está libre —dijo Jesús Pietro—. Tontos.

Ahora bien, si había estado siguiendo a los Hijos de la Tierra…

Pensando bien el asunto, quizás enviaran señuelos, miembros prescindibles. Si los primeros que salían no volvían, mandarían más, en forma aleatoria, mientras los líderes escapaban.

Escapar, ¿por dónde? Sus hombres no habían hallado rutas de escape, y el sonar tampoco había detectado túneles…

Pasaron unos segundos antes de que Jesús Pietro notara que el micrófono estaba hablando. El sonido era muy tenue. Rapidamente apoyó la oreja contra el parlante.

—Quédense hasta que tengan ganas de irse, luego váyanse. Recuerden que ésta es una fiesta ordinaria, de puertas abiertas. Sin embargo, quienes no tengan nada importante para decir, deberían retirarse antes de la medianoche. Los que deseen hablarme, usen el canal habitual. Recuerden: no intenten quitarse los audífonos; estos se disolverán por sí mismos a las seis en punto. Ahora, ¡disfruten!

—¿Qué dijo? —preguntó el médico.

—Nada importante. Me gustaría estar seguro de que ése que habló era Kane… —Jesús Pietro asintió brevemente al médico y a los dos policías—. Cuiden de esto —dijo, y salió a la noche.

—¿Por qué te fuiste? Se estaba poniendo interesante.

—No lo creo. Mi vaso estaba vacío, y de todas maneras esperaba que me siguieras.

Polly rió.

—Debes creer en milagros…

—Es cierto. ¿Por qué te has ido tú?

Rodeados entre paredes de personas, ahogados en una catarata de voces humanas, Polly y Matt, no obstante, conservaban algo parecido a la privacidad. Los modales y el desinterés impedirían a los demás escucharlos. Siendo que nadie podía oírlos, ¿durante cuánto tiempo podía alguien estar concentrado en dos conversaciones diferentes? Podrían haber estado en un cuarto para ellos solos, un cuarto de blandas paredes y duros codos, un cuarto tan pequeño y privado como una cabina telefónica.

—Creo que Jay no se puede quitar de la cabeza ese asunto de los poderes psíquicos —dijo Polly.

No había contestado su pregunta, lo cual estaba bien para Matt. Había esperado deslizarse sin ser notado del discurso de Hood; era afortunado en ese sentido. Pero el hecho de que Polly hubiera venido a hacerle compañía era nuevo y diferente, y disfrutaba adivinando sus motivos.

—¿Habla de ello todo el tiempo?

—Sí. Piensa que si tan sólo pudieramos… —la chica se detuvo. Escondía algo—. Olvidate de Jay. Hablame sobre ti.

De modo que le habló sobre los gusanos mineros, la vida cotidiana y la escuela en el sector nueve, en la meseta Gamma. Mencionó a su tío Matt, que había muerto por ser un rebelde, pero ella no picó el anzuelo. Polly habló luego de su adolescencia, a cientos de millas de distancia, cerca de la Universidad de la Colonia, y describió su trabajo en la Estación Retransmisora de Energía de la meseta Delta. Pero en ningún momento mencionó su audífono.

—Luces como una chica que guarda un secreto —dijo Matt—. Creo que debe ser por tu sonrisa.

Polly se acercó más a él —lo que era bastante cerca— y bajó la voz.

—¿Sabes tú guardar un secreto?

Matt sonrió de costado para demostrar que sabía lo que se avecinaba, pero de todos modos ella lo dijo:

—Yo también.

Y eso fue todo. Pero ella no se alejó. Se sonrieron mutuamente a centímetros de distancia, nariz con nariz, momentáneamente contentos con un silencio que, a un hombre no habituado al ruido, le hubiera parecido el área central de un ataque aéreo. Polly era adorable. Su rostro era un cebo peligroso; su figura pequeña y ágil, aunque muy femenina, ondeaba con una gracia de bailarina bajo su verde y holgado vestido. Por un momento Matt miró en silencio dentro de sus ojos, y se sintió muy bien. El momento pasó, y mantuvieron una pequeña charla.

El flujo de la multitud los llevó al centro de la habitación. Una vez se abrieron camino de vuelta al bar para una recarga, luego dejaron que la muchedumbre los empujara nuevamente. Había algo hipnótico en el continuo ruido de la multitud, algo que podría haber explicado por qué la gente seguía emborrachandose desde hacía más de quinientos años: el monótono ruido de fondo, que fue largamente usado en hipnosis. El tiempo dejó de existir por un rato, y luego llegó el momento en que Matt sabía que si le pedía a Polly que se fuera con él, ella aceptaría.

Pero no tuvo la oportunidad.

Algo había cambiado en el rostro de Polly. Parecía estar escuchando algo que sólo ella podía oír. ¿A través del audífono? Estaba listo para fingir que no lo había notado, pero no tuvo la oportunidad para eso tampoco. De repente, Polly se alejó entre la multitud; no como si estuviera apurada, sino como recordando algo que debía hacer, algún pequeño detalle del que

debía ocuparse en ese momento. Matt intentó seguirla, pero el mar humano se cerró detrás de ella.

El audífono, se dijo a sí mismo. La habían llamado. Pero él se mantuvo en el bar, resistiendo al apremio por irse. Se sentía ya bastante beodo, y se alegró de ello. No creía que hubiera sido por el audífono. Todo el asunto le parecía ya muy familiar. Demasiadas chicas habían perdido el interés en él tan repentinamente como Polly. Se sentía más que decepcionado, estaba herido. El vodka le ayudó a matar el dolor.

A las diez y media pasó del otro lado del bar. El chico que estaba jugando al barman estaba felizmente borracho y contento de dejarle su puesto. Matt estaba seriamente borracho. Entregaba las bebidas con dignidad, atento pero no obsequioso. La multitud se estaba disipando. Era la hora de dormir para la mayoría de los habitantes de Monte Lookitthat; en la mayoría de las ciudades se estarían enrollando las aceras para guardarlas hasta el amanecer. Estos revolucionarios debían levantarse tarde. Matt servía automáticamente los tragos, aunque ya no tomaba más.

El vodka empezó a escasear. Y no había nada más que vodka, vodka hecho con azúcar, agua y aire por una de las bacterias educadas en la Tierra. Dejemos que se acabe, se dijo Matt con amargura. Podía imaginar el alboroto.

Le sirvió a alguien vodka con pomelo, a pedido. Pero la mano con el trago no desapareció para dejar lugar a otra persona. Lentamente Matt se dio cuenta de que la mano pertenecía a Laney Mattson.

—Hola.

—Hola. ¿No necesitas un reemplazo?

—Imagino que sí.

Alguien cambió lugares con él —uno de los altos escoltas de Laney— y fue conducido a un sofá que milagrosamente estaba desocupado. Matt se hundió en él. El mundo empezaría a girar si cerraba los ojos.

—¿Siempre tomas tanto?

—No. Alguien me ha fastidiado[2].

—¿Quieres contarme acerca de ello?

Giró para mirarla. De alguna manera sus ojos, borrosos por el vodka, vieron a través del maquillaje de Laney que su boca era muy ancha y que sus ojos verdes eran extrañamente alargados. Pero portaba una sonrisa de simpática curiosidad.

—¿Alguna vez has visto a un hombre de veintiún años que se mantenga casto? —la miró de reojo, tratando de captar su reacción.

Las comisuras de la boca de la muchacha se torcieron de manera extraña.

—No.

Ella intentaba no reírse, notó Matt. Se dio la vuelta.

—¿Por falta de interés, acaso?

—¡No! Rayos, no.

—Entonces ¿por qué?

—Se olvidan de mí —Matt comenzaba a sentirse sobrio, gracias al tiempo y al esfuerzo que le costaba responder—. De repente, la chica que estoy seduciendo… —gesticuló, con brusco ademán—…olvida que estoy ahí. No sé por qué.

—Levántate.

—¿Eh?

Sintió que la mano de Laney tiraba de su brazo. Se puso de pie. La habitación giró y Matt se percató de que no estaba para nada sobrio, y que se había sentido más estable sentado. Pero siguió al tironeo de su brazo, aliviado de no haberse caído. Lo siguiente que supo fue que todo estaba negro como una tumba.

—¿Dónde estamos?

[2] Juego de palabras intraducible. *Bugged* significa en inglés tanto "fastidiado" como "microfoneado"; Matt hacía referencia a la intromisión del auricular de Polly, y Laney entendió otra cosa. *(Nota del Trad.)*

No hubo respuesta. Sintió unas manos quitándole la camisa, manos con uñas afiladas que se enganchaban en el pelo de su pecho. Luego sus pantalones cayeron.

—Así que es eso… —dijo con gran sorpresa; había sonaba tan tonto que se acobardó.

—No te pongas tan nervioso —dijo Laney—. Demonios de la Niebla, ¡estás asustado! Ven aquí. Cuidado, no tropieces con algo…

Logró salir de sus pantalones sin caerse. Sus rodillas golpearon contra alguna cosa.

—Tírate boca abajo —ordenó Laney, y así lo hizo.

Estaba sobre su vientre en una matriz de gomaespuma, rígidamente tenso. Manos más fuertes de lo que debían ser masajearon los músculos de su cuello y hombros, como amasándolos. Se sentía maravillosamente. Quedó tendido allí, con sus brazos hacia afuera como un cisne buceador, sintiendo cómo se aflojaba su cuerpo a medida que los nudillos de Laney se deslizaban por los costados de sus vértebras y los finos dedos daban nueva forma a sus tendones.

Cuando estuvo bien y dispuesto, se volvió y la alcanzó.

A su izquierda había una pila de fotos de treinta centímetros de altura. Delante suyo, tres fotos más, que parecían tomadas por alguien inexperto. Jesús Pietro las apartó de sí, y luego las tomó nuevamente y volvió a observarlas. Escribió un nombre debajo de una de ellas. Las otras no le sonaron, asi que las desechó, volviéndolas al montón. Se puso de pie y se estiró.

—Comparen estas fotos con los sospechosos que ya hemos recogido —dijo a un ayudante.

El hombre saludó, tomó la pila de fotografías y dejó la oficina voladora, yendo hacia los carros patrulla. Jesús Pietro lo siguió afuera.

Al menos la mitad de los invitados de Harry Kane estaban ya en los carros. Las fotografías habían sido tomadas esa misma noche, mientras los comensales entraban por la puerta principal. Jesús Pietro, con su fenomenal memoria, había identificado a un buen número de ellos.

La noche estaba fría y oscura. Una cruda brisa soplaba a través de la Meseta, arrastrando el aroma de la lluvia.

Lluvia.

Jesús Pietro levantó la vista para ver el cielo; la mitad estaba rasgado y cubierto. Podía imaginarse intentando conducir una redada en medio de un diluvio. La idea no le hizo ninguna gracia.

De vuelta en su oficina, cambió el interfono adaptándolo a todos los canales.

—Ahora escuchen esto —dijo, en voz alta—. Comenzando la fase dos… ahora.

—¿Siempre nos ponemos tan nerviosos?

Laney se rió suavemente. Ahora ella podía reírse todo lo que quería, si quisiera.

—No tan nerviosos como tú, pero creo que todos deben haber sentido un poco de miedo la primera vez.

—¿Tú también?

—Claro. Pero Ben lo manejó bastante bien. Buen hombre ese Ben.

—¿Dónde está ahora? —Matt sintió algo de aprecio por Ben.

—Él… Bien, se ha ido —su tono de voz hizo comprender a Matt que debía dejar el tema. Supuso que fue capturado llevando un audífono, o algo por el estilo.

—¿Puedo prender la luz?

—Si puedes encontrar el interruptor —dijo Laney—, enciéndela.

Ella no esperó que lo lograra, siendo que la oscura habitación era desconocida para él. Pero lo consiguió. Matt se sentía increíblemente sobrio y tranquilo. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Laney tumbado junto al suyo, apreciando la intrincada ruina en la que se había

Librodot

convertido su peinado, recordando el roce de la suave y cálida piel, sabiendo que podría volver a tocarla cuando quisiera. Era un poder que nunca había sentido. Entonces dijo:

—Eres muy bonita.

—El maquillaje mejora una cara perfectamente olvidable.

—Una cara inolvidable —era verdad, ahora—. Y no llevas ningún maquillaje sobre tu inolvidable cuerpo.

Un cuerpo con una infinita capacidad para amar, un cuerpo que era casi demasiado grande para ser sexy.

—Debería usar una máscara entonces, no ropas.

—Concitas más atención de la que deseas.

Rió con toda su boca, y él descansó la oreja sobre su ombligo para disfrutar el terremoto que producían las ondas de sus músculos abdominales.

La lluvia cayó de golpe, tamborileando contra las gruesas paredes de coral. Dejaron de hablar para escuchar. De repente Laney clavó sus dedos en el brazo de Matt y susurró:

—Redada.

Quiso decir lluvia[3], pensó Matt, volteando para mirarla. Estaba aterrorizada, sus ojos, fosas nasales y boca estaban dilatados. ¡Quiso decir redada!

—Tienes una forma de escapar, ¿no?

Laney negó con la cabeza. Estaba escuchando voces, inaudibles para él, en su audífono.

—Deben tener alguna forma de salir. No te preocupes, no quiero saber nada sobre ello. No estoy en peligro —Laney lo miró sobresaltada, y Matt agregó—. Claro que noté los audífonos… pero no es asunto mío.

—Sí que lo es, Matt. Fuiste invitado para que pudiéramos echarte una ojeada. Todos traemos «forasteros» ocasionalmente. Algunos son invitados para unirse a nosotros.

—Oh.

—Te he dicho la verdad. No hay forma de escapar. La Consolidada tiene métodos para encontrar túneles. Pero hay un escondite…

—Bien.

—Sin embargo, no podremos alcanzarlo. La Consolidada ya está dentro de la casa. La han llenado con gas adormecedor. En cualquier momento se va a colar por debajo de la puerta.

—¿Y las ventanas?

—Estarán esperándonos allá afuera…

—Podemos intentarlo, al menos.

—De acuerdo.

Se levantó y se puso el vestido. Nada más. Matt no desperdició el tiempo. Arrojó un gran cenicero de mármol contra la ventana y pasaron a través, agradeciendo a los Demonios de la Niebla que en Monte Lookitthat no se pudiera fabricar vidrio irrompible.

Dos pares de manos se cerraron es sus brazos antes de que sus pies tocaran el suelo. Matt pateó y escuchó a alguien decir «¡Uff!». Por el rabillo del ojo observó a Laney saltar de la ventana y salir corriendo. Bien; retuvo la atención de los policías para que ella pudiera escapar. Sacudió los brazos tratando de zafarse del apretón, pero una carnosa mano descargó una tonelada contra su mandíbula. Se le doblaron las rodillas. Una luz brilló en sus ojos, y se contrajo.

La luz dejó de enfocarlo. Matt hizo un último y frenético intento por soltarse, y sintió que uno de sus brazos se liberaba. Lo hizo girar a su alrededor. Su codo chocó solidamente contra carne y hueso: una inequívoca e inolvidable sensación. Y se encontró libre, corriendo.

Sólo una vez en la vida había golpeado a alguien de semejante manera. Le pareció que debía haber desparramado la nariz del hombre por toda su cara. Si la Consolidada lo atrapara ahora…

[3] Juego de palabras intraducible. *Raid* (redada) y *rain* (lluvia) tienen una pronunciación muy similar. *(Nota del Trad.)*

El pasto estaba húmedo y resbaladizo, y era poco confiable. En una ocasión pisó una roca lisa mojada y resbaló por el pasto sobre su mejilla y hombro. Dos veces fue iluminado por un reflector, y cada vez se tiró al piso y se quedó donde estaba, mirando hacia atrás para ver de donde provenía la luz. Cuando el foco giraba para alumbrar otro lugar, volvía a correr. La lluvia debió de haber engañado a las luces y los ojos detrás suyo; la lluvia y la suerte de Matt Keller. Los relámpagos brillaban sobre su cabeza, pero no estaba seguro si el clima lo ayudaba o lo perjudicaba.

Incluso cuando ya estuvo seguro de que no lo perseguían, siguió corriendo.

Capítulo III - EL AEROMÓVIL

—Listo.

Millard Parlette empujó su silla hacia atrás y observó la máquina de escribir con satisfacción. Su discurso estaba sobre el escritorio, con la última página encima, boca abajo. Tomó la pila de papeles con sus largos y nudosos dedos y rápidamente los acomodó.

¿Debía grabarlo ahora?

No, mañana por la mañana. Lo revisaría esa noche, para asegurarse de no omitir nada. No debía exponer hasta pasado mañana. Había tiempo para grabar el discurso con su propia voz, y luego pasarlo una y otra vez hasta aprendérselo de memoria.

Pero tenía que revisarlo. La Tripulación *debía* comprender de qué iba el asunto. Durante mucho tiempo habían vivido como una clase regente por mandato divino. Si acaso no se pudieran adaptar…

Incluso sus propios hijos. No hablaban a menudo sobre política, pero cuando lo hacían, Millard Parlette notaba que no discurrían en términos de poder, sino de derechos. Y los Parlette no eran distintos de los demás. En aquellos momentos, Millard Parlette ostentaba un verdadero ejército de hijos, nietos, bisnietos y etcétera; incluso tenía que esforzarse para verlos a todos lo bastante seguido. Aquellos que habían sucumbido a los gustos predominantes en la Tripulación —curiosos estilos de modas, imposturas elegantes, y todos los demás juegos que utilizaban para cubrir su aburrida realidad— lo habían hecho sobre todo por resentimiento hacia él. La tripulación promedio era absolutamente dependiente del hecho de que él también era un tripulante.

¿Y si el equilibrio de poder de pronto cambiara?

Estarían perdidos. Durante mucho tiempo habían estado viviendo en un universo falso, bajo supuestos equivocados; y ahora serían diezmados.

¿Qué oportunidad había de que escucharan a un viejo, al representante de una generación muerta?

No. Sólo dudaba porque se sentía cansado, se dijo. Arrojó el discurso sobre el escritorio, se puso de pie y abandonó el estudio. Por lo menos, podría obligarlos a escucharle. Por orden del Consejo, a las dos en punto del próximo domingo cada tripulante pura sangre del planeta estaría frente a su tridi. Si pudiera hacerles entender… Debía hacerlo.

Tenían que comprender la dudosa bendición que había traído el ramrobot #143.

La lluvia llenaba la casa de coral con un incesante tamborileo. Sólo la policía Consolidada se movía dentro y fuera. Cuando el comandante Jansen entraba por la puerta del frente, estaban a punto de sacar en camilla al último colono inconsciente.

Encontró a Jesús Pietro repantigado en una silla del living, y puso el puñado de fotos a su lado.

—¿Qué se supone que es eso?

—Estos son los que todavía no hemos capturado, señor —dijo Jansen.

Jesús Pietro se enderezó, consciente una vez más de su mojado uniforme.

—¿Cómo se te escaparon?

Librodot

—No puedo imaginarlo, señor. Nadie escapó después de haber sido avistado.

—No hay ningún túnel secreto; las sondas los hubieran encontrado. Uff…

Jesús Pietro pasó rapidamente las fotos. La mayoría tenían nombres debajo, aquellos que había recordado y apuntado esa misma noche.

—Éste es el núcleo —dijo—. Si podemos encontrar a estas personas, anularemos a los Hijos de la Tierra. ¿Dónde podrán estar?

El ayudante no respondió; sabía que la pregunta era retórica. El Jefe se recostó hacia atrás, con su mirada fija en el techo.

—¿Dónde estarán?

—No hay túneles de escape. No han huído por el subsuelo.

—No han salido. Hubieran sido detenidos…, o vistos, en todo caso. A menos que haya traidores en la Consolidada… —dijo Pietro Castro—. Pero no los hay. Punto.

—¿Podrían haber llegado al borde? No, eso está mejor cubierto que el suelo firme. Pero los rebeldes tienen la deplorable tendencia de saltar al vacío cuando están acorralados.

—¿Un aeromóvil? Los colonos no pueden poseerlo, no legalmente, y ninguno ha sido reportado como robado últimamente.

Pero Jesús Pietro siempre estuvo convencido de que al menos un tripulante estaba involucrado con los Hijos de la Tierra. No tenía pruebas, ni sospechosos; pero sus estudios de historia evidenciaban que una revolución siempre se desplaza de arriba hacia abajo en la estructura social.

Un tripulante podría haberles suministrado un móvil para el escape. Habrían sido vistos, pero nunca detenidos. Ningún oficial de la Consolidada habría detenido un aeromóvil…

—Jansen, averigua si fue visto algún móvil durante la redada. Si así fue, hazme saber cuántos… y quiero también sus descripciones.

El comandante Jansen se marchó sin mostrar su sorpresa ante la peculiar orden.

Un oficial había encontrado el nido de los limpiadores: un nicho en la pared sur, cerca del piso. El hombre se metió en él y cuidadosamente sacó de allí a dos adultos inconscientes y cuatro cachorros, los acomodó en el suelo y volvió a entrar para retirar el jergón y el plato de la comida. El nicho tendría que ser investigado.

Las arrugadas ropas de Jesús Pietro se iban secando lentamente. Se sentó con los ojos cerrados y las manos entrelazadas sobre su barriga. Al poco tiempo abrió los ojos, suspiró y frunció el ceño levemente, hablando consigo mismo.

Jesús Pietro, esta es una casa muy rara.

Si. Casi demasiado colonista, se dijo, con tono disgustado.

Jesús Pietro pasó la vista por las rosadas paredes de coral, el liso y arenoso piso que se curvaba hacia arriba en los bordes de la alfombra para acompañar la curvatura de las paredes… No era un mal efecto, si una mujer estuviera viviendo aquí. Pero Harry Kane era soltero.

¿Cuánto dirías que cuesta esta casa, Castro?

Oh, cerca de mil estelares, sin incluir los muebles. Éstos deben costar dos veces más. Las alfombras, noventa estelares si compraras una y la dejaras esparcirse. Dos limpiadores, un casal, cincuenta estelares.

Y ¿cuánto costaría agregarle un sótano a la casa?

Demonios de la Niebla, ¡qué idea loca! Los sótanos tienen que ser excavados a mano, ¡por seres humanos! Costaría veinte mil estrellas con facilidad. Se podría construir una escuela con ese presupuesto. ¿A quién se le ocurriría excavar un sótano debajo de una casa de arquitectura coralina?

—Ciertamente. ¿A quién? —se dijo en voz alta.

Avanzó enérgicamente hacia la puerta.

—¡Comandante Jansen!

Lo que siguió fue muy plausible para ser confuso. Jesús Pietro se retiró a la oficina voladora mientras un grupo entraba a la casa con una sonda. Sí, había un gran espacio abierto debajo de la casa. El mayor Chin quería encontrar la entrada, pero tal cosa podría llevarles toda la noche, y los ruidos podrían alertar a los colonos. Jesús Pietro retuvo su curiosidad y ordenó explosivos.

Fue un desastre. Los rebeldes habían armado algunos ingeniosos aparatos a partir de materiales que cualquiera hubiera considerado inofensivos. Dos hombres murieron antes de que se pudieran lanzar granadas de gas adormecedor.

Cuando todo estuvo en calma, Jesús Pietro siguió a los grupos de demolición dentro del sótano. Encontraron a uno de los rebeldes inconscientes recargado sobre un interruptor de hombre muerto[4]. Siguieron las pistas hasta una bomba casera lo suficientemente grande como para hacer volar el sótano y la casa entera en miles de pedazos. Mientras desconectaban la bomba, Jesús Pietro estudió al hombre, anotando mentalmente el preguntarle si se había acobardado. Había descubierto que tal cosa sucedía a menudo.

Detrás de una de las paredes había un móvil de tres años de antigüedad, un modelo de cuatro asientos con una fea raspadura en el faldón de efecto suelo. Jesús Pietro no pudo descubrir ninguna manera de sacarlo del sótano. Supuso que habrían construído primero el sótano y luego la casa encima, pero el móvil había permanecido allí desde el principio. Había ordenado a sus hombres que cortaran la pared, así el móvil podría ser posteriormente remolcado, si acaso valía la pena. Tendrían que despedazar la casa, prácticamente…

Había un rastro de pisadas, con una puerta trampa encima. Jesús Pietro, examinando la pequeña bomba debajo de dicha puerta, se felicitó a sí mismo —con la intención de que el mayor Chin lo escuchara— de no haber permitido que se buscara la entrada. Quizás la hubieran encontrado. Se retiró la bomba y abrieron la puerta trampa. Arriba estaba el living; una sección asimétrica de la alfombra de pasto había sido rota al abrir la puerta. Cuando la trampa se cerrara, la alfombra crecería de vuelta en veinte minutos.

Después de que los muertos y los inconscientes fueran llevados a los carros patrulla, Jesús Pietro caminó entre ellos, comparando las caras con sus fotos. Estaba pleno de júbilo. Había capturado a Harry Kane y toda su lista de invitados, con la sola excepción de un hombre. El banco de órganos sería abastecido durante años. No sólo para la tripulación —quienes siempre tenían reservas de todos modos—, sino que también habría repuestos para los buenos servidores del régimen. En otras palabras, para sirvientes civiles tales como Jesús Pietro y sus hombres. Incluso los colonos saldrían beneficiados. No era del todo inusual dar tratamiento en el Hospital a un colono que lo mereciera, si los suplementos médicos eran suficientes. El hospital atendía a todos los que podía. Eso hacía que los colonos tuvieran presente que la Tripulación regía en su nombre y guardaba sus intereses.

Y los Hijos de la Tierra estaban desmembrados. Todos capturados menos un hombre, y de acuerdo a su foto, no era un miembro lo suficientemente antiguo como para ser peligroso.

No obstante, Jesús Pietro clavó la fotografía en el cartel de anuncios del Hospital y envió una copia al noticiero, con el mensaje de que se lo requería para interrogarlo.

No fue sino hasta el alba, cuando se aprestaba a dormir, que recordó quién era el dueño de esa cara. Era el sobrino de Matthew Keller, seis años después de que hiciera ese truco con el jugo de manzana.

Se veía igual que su tío.

La lluvia paró poco antes del amanecer, pero Matt no lo supo. Se había quedado dormido al refugio del risco y la gruesa masa de árboles que protegían de la caída hacia la meseta en que se hallaba.

El acantilado era el que separaba Beta de Gamma. Había llegado a ese lugar en algún momento de la pasada noche: mareado, cansado, empapado y sin aliento. Podría haberse

[4] Un interruptor de hombre muerto es el que normalmente está cerrado, y para mantenerlo abierto hay que mantenerlo presionado. *(Nota del Trad.)*

derrumbado ahí o seguir corriendo en forma parelela a la base del barranco. Había elegido descansar. Si la Consolidada lo encontraba, nunca se despertaría; lo sabía cuando se echó a dormir. Pero estaba demasiado cansado como para que le importara.

Se despertó alrededor de las diez, con una terrible jaqueca. Le dolían todos los músculos por la carrera y por haber dormido en el suelo. Sentía la lengua como si toda la Consolidada hubiera marchado calzada con medias transpiradas sobre ella. Se quedó acostado boca arriba, mirando haciaa las copas de los árboles que sus ancestros habían llamado pinos, y trató de recordar.

Demasiadas cosas comenzaron y terminaron en una noche.

La gente que había conocido parecía apiñarse alrededor suyo. Hood, Laney, los cuatro hombres altos, el chico borracho detrás del bar, las carcajadas del hombre que robó el móvil a un tripulante, Polly, Harry Kane, y el bosque de codos anónimos y voces chillonas.

Pero todo eso se había ido. El hombre que le había producido la cicatriz. La mujer que lo evitó. El amable huésped y cantinero. Y… ¡Laney! ¿Cómo pudo perder a Laney?

Todos se habían ido. Durante los próximos años quizás aparecieran en forma de ojos, arterias, venas, injertos de cuero cabelludo…

A esta altura, la policía estaría buscándolo a él.

Se sentó, y cada uno de sus músculos gritó. Estaba desnudo. La Consolidada debía de haber encontrado sus ropas en el dormitorio que compartió con Laney. ¿Podrían saber con certeza que esas ropas eran suyas? Y si no podían, de todas maneras se preguntarían cómo hizo para cruzar el campo en cueros. En los paseos de la Tierra había nudistas licenciados, y en Wunderland ni siquiera se necesitaba licencia; pero en las Mesetas no había ningún sustituto para la ropa.

No alcanzaba a despertarse. Por ahora, no podía probar que no era un rebelde. Tenía que conseguir ropas de alguna manera, y rogar que no lo estuviesen buscando todavía.

Se puso en pie, y volvió a golpearlo el recuerdo. Laney. Laney en la oscuridad, mirandolo a la luz de la mesilla de noche. Polly, la chica con un secreto. Hood, cuyo primer nombre era Jayhawk… La náusea lo invadió, se dobló hacia delante y tuvo arcadas. Detuvo los espasmos a pura determinación. Su cabeza le latía. Se enderezó y caminó hacia el borde del bosque de la vertiente.

A derecha e izquierda, los árboles se extendían a todo lo largo de la base del acantilado. La meseta Beta se cernía sobre él, inaccesible a no ser por el puente, que se encontraba a varios kilómetros hacia la izquierda. Delante de él, un ancho prado con algunas cabras pastando. Más allá, las casas. Casas en todas direcciones, espesamente aglomeradas. Su propio hogar se encontraba a seis kilómetros de distancia. Nunca llegaría hasta allí sin que lo detuvieran.

¿Qué habría pasado en casa de Harry? Laney había dicho que había un escondite. Y varios se habían ido antes de la redada… Alguno de ellos quizá hubiera vuelto. Podrían ayudarlo.

Pero… ¿lo harían?

Tenía que intentarlo. Quizás alcanzara la casa de Harry, si gateaba hasta allí por el prado. Tal vez la suerte de Matt Keller le acompañara. Nunca podría llegar a la propia.

La suerte lo acompañó, esa extraña suerte que parecía esconder a Matt cuando no deseaba que lo vieran. Llegó a la casa dos horas después, con rodillas y vientre teñidas de verde e irritadas por el pasto.

El terreno alrededor del chalé estaba surcado por huellas de rodados. Toda la Consolidada debió haber tomado parte en la redada. Matt no vio guardias, pero se movió cuidadosamente por si se hallaran dentro. Cualquiera podía dispararle —tanto los de la Consolidada como los rebeldes—, aunque quizá se demoraran para hacerle algunas preguntas primero. Como por ejemplo: «¿Dónde están tus pantalones, amigo?»

Librodot

No había nadie adentro. Una familia de limpiadores yacía contra una pared, por delante de su saqueado nido. Muertos, probablemente, o drogados. Los limpiadores evitaban la luz; hacían su trabajo por la noche. La alfombra mostraba un agujero abierto a traves del pasto, que descendía a un hoyo bien construido bajo la casa. Las paredes del living estaban manchadas con marcas de explosiones y rayones de balas de piedad. Así también se encontraba el sótano, cuando Matt bajó para mirar.

No había nadie, y había poco equipamiento. Unas marcas sobre el suelo mostraban donde había habido maquinaria pesada, y otras en donde habían sido hechos destrozos o quemazones. Había cuatro burdas puertas y las habían abierto mediante fuego. Una llevaba hacia una cocina, otras dos llevaban a unos depósitos vacíos. Una pared entera yacía en el piso, pero el artefacto detrás de ella estaba intacto. El agujero que había quedado al quitar dicha pared era lo suficientemente grande como para sacar la máquina de allí, pero de seguro no saldría por la puerta trampa del living.

Era un aeromóvil, del tipo usado por todas las familias de la Tripulación. Matt nunca había visto uno desde tan cerca. Allí estaba, del otro lado de la pared, sin ninguna posibilidad de sacarlo afuera. ¿Para qué demonios querría Harry Kane un móvil que no pudiera salir volando?

Tal vez esto había sido la causa de la redada. Los autos estaban estrictamente prohibidos para uso de los colonos. Los empleos militares de los autos eran obvios. Pero ¿por qué no se advirtió antes el robo? Debía de estar allí cuando la casa fue construida.

Matt recordó entonces una historia oída la noche anterior. Algo sobre un móvil robado, que había sido programado para volar en círculos alrededor de la meseta hasta que se le acabara el combustible. Sin duda el móvil había caído en la niebla, mientras unos furiosos e impotentes tripulantes lo observaban. Pero… ¿y si sólo había escuchado la versión oficial? Supongamos que el combustible no se acabó; tal vez se había sumergido en la niebla, rodeado la meseta por debajo, y elevado en donde Harry Kane podría haberlo enterrado en un sótano oculto…

Probablemente, nunca lo sabría.

Las duchas todavía funcionaban. Matt tiritaba cuando entró, pero el agua caliente lo descongeló en un momento. Dejó que el agua chorreara por su nuca, lavando las manchas de pasto, la suciedad y el sudor viejo de su cuerpo, y cayera en chorros a sus pies. La vida aún era soportable. A pesar de todos estos horrores y fracasos, la vida era soportable siempre que hubiera duchas calientes.

En ese momento cayó en la cuenta de algo y, metafóricamente, sus orejas se alzaron.

La redada había sido grande. La Consolidada había capturado a todos los concurrentes a la fiesta. Por la cantidad de huellas de neumáticos, probablemente habían capturado incluso a los que se fueron antes, y los habían puesto a dormir al salir hacia sus casas. Probablemente habían regresado al Hospital con unos doscientos prisioneros.

Algunos eran inocentes, Matt sabía eso. Y la Consolidada, por lo general, era justa con las sentencias. Los juicios siempre eran a puerta cerrada y sólo se publicaban los resultados, pero la Consolidada prefería no condenar a inocentes. Algunos sospechosos volverían del Hospital.

Eso no les tomaría mucho tiempo. La policía podía liberar a todos los que no llevaran audífonos, y mantendría un ojo sobre ellos en el futuro. Pero todo el que usara un auricular sería considerado culpable.

Sin embargo, tomaría tiempo reducir a unos cien convictos rebeldes a sus partes constituyentes. Según dichas probabilidades, Laney, Hood y Polly quizá aún estuvieran vivos. Ciertamente no podían matarlos a todos tan pronto.

Matt salió de la ducha y empezó a buscar ropas. Encontró un armario que debía de haber pertenecido a Harry Kane, porque los bermudas eran demasiado anchos y las camisas

Librodot

demasiado cortas. De todas formas logró vestirse, sujetando la camisa y el pantaloncillo plegados con el cinturón. A cierta distancia, no se notaría.

La ropa ya no era problema. Pero el que ahora enfrentaba era mucho peor.

No tenía ni idea de cuánto tardarían en detectarlo y separarlo de entre el montón, aunque imaginó que les llevaría bastante hacerlo bien. No sabía si la Consolidada, encabezada por el temido Castro, preferiría interrogar a los rebeldes primero. Pero sí sabía que a cada minuto que pasaba, las posibilidades de cada uno de los invitados se reducían. En el momento actual, las probabilidades eran buenas.

Y Matt Keller tendría que ir por la vida en adelante sabiendo que desaprovechó la oportunidad de salvarlos.

Pero… no era una oportunidad propiamente dicha, se recordó a sí mismo. No tenía manera de llegar a Alfa sin que le dispararan. Tendría que cruzar dos puentes vigilados.

El sol del mediodía brilló a través del diáfano aire iluminando un mundo limpio y ordenado, en claro contraste con la destruida concha de coral a sus espaldas. Matt vaciló en el umbral, y volvió resueltamente al desdentado agujero en el living de Harry Kane. Sabía que no hallaría lo que buscaba. El sótano era el corazón de la fortaleza rebelde, un corazón que había fallado. Si la Consolidada hubiera dejado pasar aunque sea una sola arma…

No había armas en el auto, pero encontró un interesante surtido de cicatrices. La rasgada tapicería mostraba pernos adheridos a las expuestas paredes de metal, pero éstos habían sido cortados o arrancados de raíz. Matt encontró seis zonas que debían de haber sido soportes de cañones. Y un depósito al fondo debía guardar granadas de mano caseras. O quizá sandwiches; Matt no podía saberlo. La Consolidada había retirado todo lo que pareciera un arma, pero el móvil no parecía dañado. Presuntamente volverían y lo desenterrarían si valía la pena el esfuerzo.

Subió al móvil y miró el tablero, pero no le decía nada. Nunca había visto el panel de instrumentos de un aeromóvil. Había estado cubierto y cerrado con candado, pero el candado estaba tirado roto en el piso y la cubierta estaba suelta. ¿El candado sería de Harry, o del dueño original?

Se sentó en el poco familiar vehículo, reacio a irse, porque significaría lo mismo que rendirse. Cuando vio un botón rotulado «ignición», lo apretó. Nunca había escuchado el ruido de un motor en marcha.

Una feroz detonación lo hizo convulsionarse como una rana electrocutada. Vino todo en un solo estallido, como si fuera un disparo escuchado por una mosca sentada en un barril. ¡Harry debía haberle puesto algo para reventar la casa! Pero no, todavía estaba vivo. Y la luz del día lo bañaba.

La luz del día.

Cuatro pies de tierra habían desaparecido sobre su cabeza. La pared limítrofe de la casa estaba en su campo de visión. Se recostó. Harry Kane debe haber sido un genio con los explosivos. O haber conocido a alguien que lo fuera. Hablando de eso, Matt podría haber hecho el mismo trabajo. Los gusanos mineros no lo hacían todo.

La luz del día. Y el motor estaba en marcha. Podía escuchar un leve zumbido ahora que sus oidos se recuperaron del estallido. Si conseguía volar el móvil…

Habría tenido que cruzar dos puentes vigilados para llegar a Alfa. En cambio, ahora podría volar hacia allí… si aprendía a hacerlo sin matarse.

O podría irse a casa. No repararían en él ahora que estaba vestido, más allá de que las ropas no le sentaran bien. Los colonos solían atender a sus propios asuntos, dejando que la Tripulación y la Consolidada mantuvieran el orden. Se cambiaría, quemaría esas prendas, y ¿quién le iba a preguntar dónde había estado el fin de semana?

Matt suspiró y volvió a examinar el tablero. No podía irse ahora. Quizá más tarde, cuando chocara el móvil o lo detuvieran en el aire. No ahora. La detonación que había liberado su camino era un presagio, y no podía ignorarlo.

Librodot

Veamos. Cuatro palancas en cero. Propulsores: 1-2, 1-3, 2-4, 3-4. ¿Por qué esas pequeñas palancas estaban situadas de a pares? Jaló una hacia él. Nada.

Una pequeña barra con tres señales: neutro, tierra y aire. Estaba en neutro y la movió a tierra. Nada. Si Matt hubiera determinado la altitud sobre la tierra con el número de centímetros de despeje que quería, los propulsores —unos poderosos ventiladores entubados— ya habrían arrancado; pero él no sabía eso. Movió la palanca hasta «aire».

El móvil alzó la proa.

Estuvo en el aire antes de que se diera cuenta. En medio de la desesperación, movió todas las palancas de los propulsores, tratando de evitar que el móvil volcara en el aire por el método inconsciente de jalar cada una de a poco. La tierra fue disminuyendo de tamaño hasta que las ovejas de Beta se convirtieron en manchas blancas y las casas de Gamma parecieron pequeños cuadrados. Finalmente, el aeromóvil comenzó a nivelarse.

Eso no significaba que pudiera relajarse.

Los propulsores 1 y 2 se encontraban delante, a izquierda y derecha respectivamente, mientras que el 3 y el 4 se situaban detrás, a izquierda y derecha. Bajando la palanca 1-2 descendía el frente del auto; 3-4, la parte trasera; 1-3, el lado izquierdo y 2-4 el lado derecho. Mantuvo el móvil nivelado, y comenzó a pensar que tenía un talento natural para manejarlo.

Pero… ¿cómo avanzar?

Había cuadrantes de altitud y rotación, pero no hacían nada. No se atrevió a tocar de nuevo el interruptor de las tres posiciones. Pero… ¿y si inclinaba el móvil hacia delante? Debiera bajar la palanca 1-2.

La bajó sólo un poco, y el móvil comenzó a inclinarse lentamente. ¡Luego muy rápido! Subió la palanca nuevamente. La inclinación se detuvo cuando el suelo de la Meseta ya se encontraba frente a él, como una pared vertical. Antes de que la pared lo golpeara en la cara, enderezó el automóvil, esperó hasta que sus nervios dejaran de saltar, entonces… lo volvió a intentar.

Esta vez empujó la palanca 1-2 un poco, esperó tres segundos y la jaló luego con fuerza. Funcionaba, luego de haberse acostumbrado un poco. El móvil comenzó a moverse hacia delante con su nariz inclinada.

Afortunadamente se encontraba de frente a la meseta Alfa. De lo contrario habría tenido que volar hacia atrás, y hubiera llamado la atención. No sabía como hacer girar el vehículo.

Estaba yendo bastante rápido. Y fue aún más rápido cuando activó una perilla marcada «aletas». El móvil tambien comenzó a bajar. Matt recordó las persianas venecianas instaladas bajo los cuatro propulsores. Volvió la perilla a su lugar y eso emparejó la altitud. Debía ser lo correcto, dado que el móvil seguía moviendose hacia delante.

El aeromóvil se bamboleaba demasiado. Pero Matt se enfrentó con la vista más espectacular que jamás hubo conocido.

Los campos y huertas boscosas de Beta pasaban por debajo. La meseta Alfa era perfectamente visible a este nivel de vuelo. El acantilado Alfa-Beta no era más que una línea torcida con un salvaje río al pie, el río de la Gran Catarata. Su corriente lanzaba destellos azulados dentro del pronunciado canal que había cavado su cauce. Acantilado y río acababan en el borde al vacío de la izquierda, y el rugido de la catarata traspasó la cobertura plástica de la cabina. Hacia la derecha había una tierra de interminables, dentadas e inclinadas planicies, suavizándose y difuminándose en la azul distancia.

Pronto cruzaría el acantilado y debía girar hacia el Hospital. Matt no sabía exactamente cómo era, pero estaba seguro de reconocer los enormes cilindros huecos de las astronaves. Unos pocos autos sobrevolaban Beta, ninguno demasiado cerca, y muchos otros se veían sobre Alfa, numerosos como mosquitos. No lo molestarían. No había decidido todavía qué tan cerca del Hospital aterrizaría; probablemente estaría prohibido —incluso para los tripulantes— el aterrizar muy cerca. Aparte de eso, estaba bastante seguro de que no lo distinguirían. Un móvil era un móvil, y sólo los tripulantes volaban en móvil. Cualquiera que lo viese tenía que suponer que era un tripulante.

Librodot

Cometía un error natural; Matt nunca supo en qué se había equivocado. Tenía buen juicio y era equilibrado, y estaba volando el móvil lo mejor posible. Si alguien le hubiera dicho que un tripulante de diez años de edad lo hubiera hecho mejor, le habría dolido.

Pero un chico de diez años nunca hubiera elevado un móvil sin presionar el interruptor que activaba los giróscopos.

Como siempre, aunque mucho más tarde de lo corriente, Jesús Pietro desayunaba en la cama. Como de costumbre, el comandante Jansen se sentaba cerca, tomando café, listo para los encargos y para responder preguntas.

—¿Acomodó bien a los prisioneros?

—Sí, señor, en el vivero. Todos menos tres; no teníamos lugar suficiente.

—¿Y esos tres ya están en el banco de órganos?

—Sí, señor.

Jesús Pietro se comió una tajada de pomelo.

—Esperemos que no supieran nada importante. ¿Qué pasó con los colados?

—Los separamos de los que tenían audífonos y los dejamos en libertad. Afortunadamente terminamos antes de las seis. A esa hora se evaporaron los auriculares.

—Evaporados, ciertamente. ¿No quedó nada?

—El doctor Gospin tomó muestras del aire. Quizá encuentre residuos.

—Igual no es importante. Sin embargo es un buen truco, considerando los pobres recursos de esa gente —dijo Jesús Pietro.

Después de cinco minutos de ininterrumpidos ruidos al sorber y masticar los alimentos, quiso saber abruptamente:

—¿Qué pasó con Keller?

—¿Quién, señor?

—El que se nos escapó.

Y después de tres llamadas telefónicas, el comandante Jansen pudo decir:

—No hay reportes de las áreas colonistas. Nadie dice haberlo visto. No intentó volver a su casa, ni contactó a sus parientes, o a alguien que conociera profesionalmente. Ninguno de los policías que participaron en la redada reconoció su cara. Bueno…, nadie admitirá que se le escapó.

Más silencio, mientras Jesús Pietro terminaba su café. Entonces:

—Arregla que los prisioneros sean traídos a mi oficina uno a uno. Quiero averiguar si alguien vio el aterrizaje de ayer.

—Una de las chicas llevaba un rollo de fotos, señor, del tamaño tres. Deben haber sido tomadas con una lente telescópica.

—¿Eh? —por un momento, Jesús Pietro denunció lo que estaba pensando. Si se llegara a enterar Millard Parlette …—. No sé por qué no me dijiste eso antes. Trátalo como confidencial. Ahora ponte a ello. No, espera un minuto —lo llamó, cuando ya Jansen se dirigía hacia la puerta—. Una cosa más. Quizá haya otros sótanos que no conocemos. Destina dos grupos con sondas y que busquen casa por casa en Delta y Eta.

—Sí, señor. ¿Con prioridad?

—No, no, no. El vivero ya está demasiado lleno. Diles que se tomen su tiempo.

El teléfono interrumpió la marcha de Jansen. Atendió, escuchó y entonces demandó:

—Bueno, ¿por qué llama aquí? Espere —y con un toque de ironía reportó—. Un móvil se aproxima, señor, conducido de una forma imprudente. Naturalmente, tenían que llamarlo a usted personalmente.

—Pero… ¿por qué diablos…? Hum. ¿Puede que sea de la misma marca y modelo que el que se encontraba en el sótano de Kane?

—Lo preguntaré —lo hizo—. Lo es, señor.

—Debí haber imaginado que había una manera de sacarlo del sótano. Diles que lo obliguen a bajar.

Librodot

Los geólogos (no me compliquéis la vida con esta palabra) creen que el Monte Lookitthat es geológicamente reciente. Unos pocos cientos de miles de años atrás, parte de la corteza del planeta se hubo derretido. Posiblemente una corriente de convección en el interior había hecho correr más magma caliente de lo común, lo suficiente como para derretir la superficie; o tal vez un asteroide había tenido una violenta y encarnizada muerte. Una lenta erupción siguió al suceso, el viscoso magma emergiendo y enfriándose una y otra vez, hasta formar una meseta de sesenta y cinco kilómetros de altura, con lados estriados y una cumbre bastante lisa.

Tuvo que ser reciente. Una anomalía tan absurda no podía resistir mucho tiempo a la erosión de la atmósfera del planeta.

Y por ser reciente, la superficie era filosa y dentada. El límite norte era el más alto, tanto que había un glaciar de deslizamiento permanente, y era demasiado frío para ser habitable. Generalmente los arroyos y las correntadass provenientes del glaciar se unian al Cenagoso o al Gran Catarata, los cuales habían tallado profundos cañones al fluir por las tierras más al sur. Ambos cañones terminaban en espectaculares cascadas, las más altas del universo conocido. Por lo general todos los ríos se dirigian al sur, pero había algunas excepciones porque la superficie del Monte Lookitthat era muy poco homogénea, un laberinto de mesetas separadas por acantilados y simas.

Algunas mesetas eran llanas; algunos acantilados eran lisos y verticales. La mayoría se encontraban hacia el sur. En el norte, la superficie estaba minada de bloques apoyados de cualquier manera y profundos lagos de formas curiosas; esa tierra hubiera sido cruel hasta para una cabra de montaña. Sin embargo, estas regiones algún día serían habitadas, como sucedió con las Rocosas en la Tierra, que ya estaban cubiertas de barrios residenciales.

Las naves coloniales había aterrizado al sur de la meseta más alta; los colonos fueron obligados a instalarse en los planos inferiores. A pesar de ser el grupo más numeroso, cubrian una menor superficie, ya que como la Tripulación disponía de aeromóviles, podía fabricarse residencia en las alturas y acceder cómodamente a ellas, algo imposible de lograr por los colonos y sus bicicletas. Pero de todas formas la meseta Alfa aún era de la Tripulación, y para muchos era mejor vivir algo apretado allí con sus pares que en el espléndido aislamiento de las cabañas montañesas.

Por eso, la meseta Alfa se encontraba atestada.

Sobrevolando la superficie de Alfa, Matt pudo ver las casas; variaban enormemente en tamaño, color, estilo y materiales de construcción. Matt había vivido siempre entre el coral, y las viviendas de Alfa le parecieron todo un descontrol, como si fueran los escombros de la explosión de una máquina del tiempo. Había un grupo aislado de desiertos y tambaleantes chalés de coral, cualquiera de ellos mucho más grandes que la casa de un colono. Dos o tres eran incluso tan grandes como la antigua escuela primaria de Matt. Cuando el coral arquitectónico llegó a la Meseta, la Tripulación lo había reservado para su uso, pero más tarde pasó de moda para siempre y ahora sólo lo usaban los colonos.

Ninguno de los edificios cercanos parecía tener más de dos pisos, aunque un día habría rascacielos, si la Tripulación seguía reproduciéndose. Pero en la distancia se elevaban dos torres, alzándose sobre una amorfa construcción de piedra y metal. Sin duda era el Hospital, justo frente a sus ojos. Matt comenzaba a resentirse por las tensiones del vuelo; tenía que dividir su atención entre el tablero de instrumentos, la tierra y el Hospital. Estaba acercándose, y comenzaba a apreciar el tamaño del edificio.

Cada una de las naves de transporte colonial había sido construida para alojar seis tripulantes en adecuada comodidad, y cincuenta colonos en estasis.

Cada nave tenía un compartimiento de carga, dos motores de fusión y un depósito lleno de agua, usada como combustible para los motores. Y todo eso hubo de acomodarse en la doble pared de un cilindro hueco, con la forma de una lata de cerveza abierta por ambos lados con un abrelatas. Las naves habían sido como alas volantes de sección circular. En el tránsito

Librodot

entre mundos giraban sobre su eje para proporcionar gravedad por fuerza centrífuga; y el vano vacío en el casco interior —que contuvo una vez dos globos desechables llenos de hidrógeno— ahora estaba ocupado sólo por dos estabilizadores cruzados en ángulo recto, hacia popa.

Las naves eran grandes. Como Matt no podía ver el interior vacío que la Tripulación llamaba el ático, parecían mucho más masivas de lo que en realidad eran. No obstante, estaban sumergidas en la desordenada construcción que era el Hospital. La mayor parte del Hospital tenía dos pisos, pero había algunas torres que llegaban hasta la mitad de la altura de las naves. Algunas debían ser centrales eléctricas, pero no sabía que podía haber en las demás. El Hospital estaba rodeado por un kilómetro de roca lisa y estéril, tan árida como estaba la Meseta antes de que las naves sembraran una ecología seleccionada con cuidado. Desde el borde del perímetro, una delgada y única lengua de bosque llegaba hasta cerca del Hospital.

Todo lo demás había sido removido. Matt se preguntaba por qué la Consolidada habría dejado esos árboles.

Una ola de entumecimiento lo golpeó y pasó, seguida de una oleada de pánico. Un aturdidor sónico. Por primera vez miró detrás de sí. Veinte a treinta aeromóviles patrulleros de la Consolidada se dispersaban tras su estela.

El aturdidor lo golpeó otra vez, ahora en forma oblicua. Matt empujó el regulador 1-3 a fondo. El móvil se hundió hacia la izquierda, inclinándose cuarenta y cinco grados o más antes de que lo moviera para estabilizarlo. Avanzó hacia la izquierda a velocidad creciente, hacia el precipicio de la Meseta Alfa.

El entumecimiento lo alcanzó de lleno, y le hizo apretar los dientes. Habían estado tratando de obligarlo a aterrizar; ahora buscaban que se estrellara antes de que pudiera atravesar el borde y accediera al vacío. Tenía la vista turbia y no podía moverse. El móvil se inclinó, deslizándose a través del espacio hacia la tierra… o hacia el vacío.

El entumecimiento menguó un poco. Trató de mover las manos, pero no consiguió más que una contracción. Entonces el sónico lo cruzó otra vez, aunque con menor intensidad. Supuso que sabía por qué. Estaba escapando de la policía; ellos preferían no sacrificar la altitud en favor de la velocidad, por no arriesgarse a golpear el borde de la meseta. Eso era un juego para el desesperado.

Por sus velados ojos, Matt vio el oscuro borde del acantilado trepar hacia él. Lo eludió sólo por un par de metros. Ya podía moverse otra vez, aunque de forma inconexa, y giró la cabeza para ver los móviles caer tras de él. Tenían que creer que lo habían perdido, pero querían verlo caer.

¿A qué distancia abajo estaba la niebla? Nunca lo supo. Varios kilómetros, seguramente. ¿Decenas, quizá? Los policías sobrevolarían la zona hasta que lo vieran desaparecer en la niebla. Ya no podría volver a la Meseta; lo atontarían, esperarían, y luego limpiarían lo que quedara después del accidente. Había sólo una dirección hacia donde ir ahora.

Matt hizo que el móvil volteara completamente en el aire, con la cabina hacia abajo.

Los policías lo siguieron hacia el vacío, hasta que sus oídos comenzaran a restallar. Entonces revolotearon, esperando. Esto fue minutos antes de que el móvil fugitivo se perdiera de vista, volando al revés del todo, una oscura mota trazando una leve línea de sombra por la niebla, vacilando al borde de la visión humana. Se había ido.

—Qué manera de irse al infierno —dijo alguien. Esto pasó por el intercomunicador, y hubo varios gruñidos de acuerdo.

La policía regresó al hogar, lejano ahora por encima de ellos. Sabían perfectamente bien que los móviles no eran herméticos. Casi, pero no completamente. Incluso en años recientes algunos hombres habían guiado sus móviles por debajo de la cota de la Meseta para demostrar su valentía, y calibrar a qué altura podrían bajar antes de que el aire se tornara venenoso. Y el nivel estaba bastante por encima de la niebla. Alguien llamado Greeley había intentado

incluso el atrevido truco de dejarse caer en su móvil con los propulsores funcionando en vacío, descendiendo todo lo que pudiera antes de que la niebla venenosa penetrara en su cabina. Se había dejado caer seis kilómetros y medio, con los gases calientes y nocivos silbando alrededor de la cabina, antes de volverse. Había sido lo bastante afortunado para regresar poco antes de haber pasado a mejor vida. El Hospital había tenido que sustituir sus pulmones. En la Meseta Alfa todavía era una especie de héroe.

Ni siquiera Greeley hubiera girado al revés su móvil, lanzándolo hacia el fondo. Nadie que supiera algo sobre móviles lo haría. ¡Podría deshacerse en el aire!

Pero esto no preocupaba a Matt. Él sabía poco sobre maquinaria. Los extraños animales domésticos de la tierra eran prioridades para los colonos, pero la maquinaria era un lujo. Los colonos necesitaban casas baratas y árboles frutales fuertes, y mantas que no tuvieran que ser hechas a mano. No necesitaban lavavajillas, refrigeradores, afeitadoras eléctricas o aeromóviles. La maquinaria compleja era fabricada por otras máquinas, y la Tripulación era cuidadosa respecto de las máquinas que entregaba a los colonos. Esa maquinaria era otorgada siempre en público. El vehículo más complejo que Matt conoció nunca era una bicicleta. No se pensó que un móvil pudiera volar sin encender los giróscopos, pero Matt lo había logrado.

Él tuvo que descender hasta la niebla para escapar de la policía. Mientras más rápido cayera, más lejos los dejaría.

Al principio, el asiento se apretó contra él con la fuerza plena de los propulsores; aproximadamente una gravedad y media del Monte Lookitthat. El silbido del viento se elevó hasta un aullido, aún con la insonorización de la cabina. El aire lo contuvo en su sitio, aunque cada vez menos, hasta que se compensó el empuje de los propulsores; luego se encontró en caída libre. ¡Y caía aun más rápido! Luego el aire comenzó a cancelar la gravedad, y Matt vio que se caería hacia el techo del vehículo. Había sospechado que estaba haciendo algo inusual con el móvil, pero no sabía cuan inusual era. Cuando la fuerza del viento y la gravedad comenzaron a desalojarlo de su asiento, intentó sujetarse de los apoyabrazos y miró frenéticamente en busca de algo que lo retuviera allí. Encontró los cinturones de seguridad. No sólo lo retuvieron, una vez que logró sujetárselos, sino que le tranquilizaron. Obviamente estaban pensados justamente para ese propósito.

Se estaba poniendo oscuro. Incluso el cielo se oscurecía, visto bajo sus pies, y los móviles patrulleros habían desaparecido de la vista. Muy bien. Matt desplazó los reguladores de propulsión a punto muerto.

La sangre que se precipitó a su cabeza amenazó con desmayarlo. Alzó el móvil haciéndolo girar a la derecha. La presión de la atmósfera lo aplastó profundamente en su asiento, con una fuerza que ningún hombre había sentido desde la época de los cohetes químicos, pero podría soportarlo por un tiempo. Lo que no podía soportar era el calor. Y el dolor en sus oídos. Y el hedor del aire.

Puso en marcha los propulsores otra vez. Quería dejar de bajar, lo más rápido posible.

Llegados a esto, ¿cómo iba a saber cuándo se detenía su descenso? Alrededor del aeromóvil no había una niebla tenue, sino una borrosa y oscura cerrazón que no daba ninguna indicación de su velocidad. Vista desde arriba, desde la Meseta, la niebla era blanca; desde aquí abajo, negra. Perderse en este infierno sería terrible. Al menos, sabía cuál era el camino para subir: la niebla se veía ligeramente más clara en aquella dirección.

El aire se sentía en sus pulmones como melaza ardiente.

Una vez que apuntó correctamente el móvil, echó los reguladores a fondo, pero de todos modos el gas entraba sigilosamente en la cabina. Matt se tapó la boca con la camisa y trató de respirar a través de la tela. No servía. Algo parecido a una pared negra surgió en medio de un borrón de niebla, y pudo volcar el móvil apenas a tiempo para evitar estrellarse contra el costado de Monte Lookitthat. Se quedó cerca de la pared negra, mirándola pasar por encima de él. Sería más difícil de detectar si se mantenía en la sombra del precipicio.

La niebla desapareció. El móvil salió disparado hacia arriba, hacia la brillante luz del sol. Cuando supuso que ya estaba suficientemente lejos de la asquerosa niebla, y cuando ya no

Librodot

podía respirar otro segundo el caliente veneno, abrió la escotilla. El móvil se zamarreó de lado, e intentó girar sin control. Un huracán rugió por la cabina. Estaba caliente, recio y espeso aquel huracán, pero podía respirarse.

Matt detectó el borde de la Meseta por encima de él, y retrajo los reguladores un poco a fin de reducir la velocidad. Entonces, su tripa se dio vuelta como un chanclo. Por primera vez desde que había entrado en el móvil, tenía tiempo para sentirse enfermo. Su estómago intentó vaciarse, su cabeza se le partía por los repentinos cambios de presión, y los aturdidores de la Consolidada se tomaron su revancha retorciendo y sacudiéndole los músculos largos. Mantuvo el móvil vertical, más o menos derecho, siempre frenando, hasta que se puso a nivel del borde de la Meseta. Había un muro de piedra allí, a lo largo del borde. Movió el móvil de lado, lo detuvo cuando vio que había pasado por sobre la pared, lo inclinó por conjetura y esperanza hasta que estuvo horizontal e inmóvil en el aire, y luego lo dejó caer.

El móvil se apoyó en su vientre. Matt abrió la puerta, pero se detuvo antes de salir. Lo que realmente quería hacer era desmayarse, pero había dejado los propulsores girando en vacío. Encontró el control de Neutro-Tierra-Aire y lo empujó hacia delante, sin mucho cuidado. Se sentía cansado y enfermo, y sólo quería recostarse.

El control cayó en la posición de Tierra.

Matt tropezó al salir por la puerta. Tropezó, porque el móvil se elevaba. Se elevó a diez centímetros de la tierra y comenzó a deslizarse. Durante su experimentación con los controles Matt debió haberle puesto una altitud de tierra, de modo que el móvil ahora era un vehículo de efecto suelo. Por más que trató de alcanzarlo, se deslizó lejos de él. Se quedó mirándolo en cuatro patas, mientras el aeromóvil se deslizaba a través de la tierra desigual, golpeaba contra el muro y seguía, de nuevo contra el muro y seguía. Siguió así hasta que rodeó el final del muro y pasó por sobre el borde. Matt se arrojó sobre su espalda y cerró los ojos. No se preocupó si nunca veía un móvil otra vez.

El mareo, los efectos secundarios del aturdidor, el aire envenenado que había respirado, los cambios de presión… todo le cayó encima con fuerza, y se sintió morir. Luego, por etapas, los dolores comenzaron a abandonarlo. Nadie lo encontró allí. Una casa estaba cerca, pero tenía la apariencia de estar vacía. Después de algún tiempo, Matt se sentó y se examinó.

Su garganta dolía. Tenía un regusto extraño y desagradable en la boca.

Todavía se encontraba sobre la meseta Alfa; sólo la Tripulación se tomaría el trabajo de construir paredes a lo largo del borde al vacío. Entonces, se encontraba en problemas. Sin un móvil jamás podría abandonar la Meseta Alfa, de la misma manera que jamás hubiera llegado allí, en primer lugar.

Pero la casa era de coral arquitectónico. Más grande que aquéllas a las que estaba acostumbrado, pero todavía de coral. Lo que significaba que debía estar abandonada desde aproximadamente cuarenta años atrás.

Tendría que arriesgarse, porque necesitaba un escondite. No había árboles cerca, y aun los árboles eran peligrosos como escondite; serían muy probablemente frutales, y alguien podría venir a buscar manzanas… Matt se levantó y se movió hacia la casa.

Capítulo IV - EL INTERROGADOR

El Hospital era el nexo de control del mundo. No era un mundo grande, y la región habitada sumaba apenas unos 50 000 kilómetros cuadrados; pero aquella región requería mucho control. También requería considerable energía, enormes cantidades de agua generando electricidad en el río de la Gran Catarata, y un seguro de asistencia médica. El Hospital era grande, complejo y diversificado. Dos naves espaciales coloniales de cincuenta y seis plazas formaban sus esquinas este y oeste. Ya que las naves era cilindros huecos, con las escotillas abriéndose hacia el interior —al ático, como había sido llamado el hueco interior

Librodot

cuando las naves rotaban entre las estrellas y el eje del fuselaje era "arriba"—, los pasillos en aquella zona eran enroscados, parecidos a un laberinto y complicados para orientarse.

Por eso, el hombre joven en la oficina de Jesús Pietro no tenía ni idea de dónde estaba. Incluso aunque hubiera logrado abandonar la oficina sin escolta, se habría encontrado irremediablemente perdido. Y él lo sabía.

—Usted estaba sobre el interruptor de hombre muerto —dijo Jesús Pietro.

El hombre asintió con la cabeza. Su pelo rubio arena estaba cortado al viejo estilo del Cinturón, copiado del aún más viejo mohawk[5]. Había sombras bajo sus ojos como si se debiera a la falta de sueño, pero era evidentemente señal de su completa depresión, porque había estado durmiendo desde su captura en el sótano de Harry Kane.

—Usted se acobardó —lo acusó Jesús Pietro—. Procuró caerse sobre el interruptor de modo que no se cerrara.

El hombre alzó la mirada. La rabia desnuda pintaba su cara. No hizo ningún movimiento, porque no había nada que él pudiera hacer.

—No se sienta avergonzado. El interruptor de hombre muerto es un truco viejo, pero casi nunca se utiliza en la práctica. La persona a cargo de él demasiado probablemente cambiará de opinión en el último segundo. Es una…

—¡Esperé no despertar jamás! —gritó el hombre.

—…reacción instintiva. Hay que ser un psicótico para suicidarse. No, no me diga nada sobre el asunto. No estoy interesado. Quiero oír sobre el móvil en su sótano.

—Usted piensa que soy un gallina, verdad?

—Esa es una fea palabra.

—Yo robé aquel móvil.

—¿Usted? —el tono escéptico era genuino. Jesús Pietro no lo creía—. Entonces quizás pueda decirme por qué el robo pasó desapercibido.

El hombre se lo dijo. Habló con impaciencia, exigiendo que Jesús Pietro reconociera su coraje. ¿Por qué no? No había quedado nadie atrás a quien pudiera traicionar. Viviría mientras Jesús Pietro Castro estuviera interesado en él, y tres minutos más. La sala de operaciones del banco de órganos estaba a tres minutos de allí. Jesús Pietro escuchó cortésmente. Sí, recordaba el aeromóvil que había rodeado insultantemente la Meseta durante cinco días. Le había costado un infierno convencer al joven Tripulante dueño del vehículo de que lo dejara estar. El tipo había sugerido —incluso exigido— que uno de los hombres de Castro se dejara caer sobre el móvil desde otro vehículo, que se trepara a la carlinga, y lo trajera de regreso. La paciencia de Jesús Pietro se había acabado y lo había mandado a paseo, y entonces este joven que estaba frente a él había arriesgado su vida ofreciendo cortésmente ayudar al tripulante a realizar la hazaña.

—Entonces lo sepultamos al mismo tiempo que construimos el sótano —terminó el preso—. Y luego dejamos al coral crecer sobre el móvil. Teníamos grandes proyectos… —volvió a la desesperación anterior, pero continuó hablando, mascullando casi—. Le montamos armas, depósitos para granadas… Robamos un cañón aturdidor sónico y lo instalamos en la ventanilla trasera… Pero ahora ya nadie lo aprovechará.

—El móvil fue usado.

—¿Qué?

—Esta tarde. Keller consiguió escapársenos anoche. Volvió a la casa de Kane esta mañana, tomó el móvil y voló en él casi hasta llegar al Hospital antes de que lo detuviéramos. Sólo los Demonios de la Niebla saben lo que pensaba hacer.

—¡Qué bueno! El último vuelo del… Bien, nunca nos pusimos de acuerdo para ponerle un nombre al vehículo. Nuestra fuerza aérea. Nuestra gloriosa fuerza aérea. ¿Quién fue el que lo hizo?

—Keller. Matthew Leigh Keller.

[5] Un peinado estilo *punk*, con los lados de la cabeza afeitados y una cresta de cabello desde la frente a la nuca. El estilo *punk* no existía cuando Niven escribió la novela. *(Nota del Trad.)*

Librodot

—No lo conozco. ¿Qué estaría haciendo con mi móvil?

—No juegue conmigo. No tiene porqué protegerlo ya: lo condujimos fuera del borde. Un metro setenta y ocho, veintiún años, pelo castaño, ojos azules…

—Le aseguro que nunca lo he conocido.

—Bien. Adiós.

Jesús Pietro pulsó un botón bajo su escritorio. La puerta se abrió.

—Espere un minuto. Oiga, espere…

Mentira, pensó Jesús Pietro, después de que el hombre fue retirado. Probablemente mintió sobre el móvil también. En algún sitio en el vivero, el hombre que realmente había robado el móvil esperaba sus preguntas. Si es que fuera robado… Podría haber sido suministrado por un miembro de la Tripulación, por el hipotético traidor que imaginaba Jesús Pietro.

Se preguntaba a menudo por qué la Tripulación no le suministraría drogas de la verdad. Habrían sido fáciles de fabricar usando las instrucciones traídas por las bibliotecas de las naves. Millard Parlette, con suave humor, había una vez tratado de explicarle el motivo:

—Ya poseemos sus cuerpos —había dicho él—. Los desmontamos bajo el pretexto más leve; y si consiguen llegar al estadio de muerte natural, los tenemos de todos modos; al menos, lo que se puede rescatar. ¿No debemos al menos conceder a los pobres bastardos la intimidad de sus propias mentes?

Esto siempre le había parecido una actitud peculiarmente sensible, proveniente de un hombre cuya vida dependía en gran manera del banco de órganos. Pero había muchos otros que, por lo visto, opinaban lo mismo. Si Jesús Pietro quería que sus preguntas fueran contestadas, tenía que depender de su propia y empírica psicología.

Polly Tournquist. Edad: veinte. Altura: un metro cincuenta y cinco. Peso: cuarenta y cinco. Llevaba puesto un arrugado vestido de fiesta al estilo colono. A los ojos de Jesús Pietro, nada de esto le ayudaría. Era pequeña y cobriza, y comparada con la mayoría de las mujeres que trataba Jesús Pietro, demasiado musculosa. Eran músculos de trabajo, no de tenis. Los callos estropeaban sus manos. Su cabello, echado simplemente atrás, tenía un leve rizo natural, pero ningún rastro de haber sido peinado por un estilista.

Si hubiera sido «tomada» por alguno de la Tripulación, cosa que solía hacerse bastante seguido, hubiera tenido acceso a los cosméticos disponibles en la Meseta Alfa, y habría sabido cómo verse hermosa. Entonces ya no se habría agriado, a medida que los callos se fueran yendo de sus manos y el tratamiento cosmético suavizara su piel. Pero, como la mayor parte de los colonos, había envejecido más rápido que un miembro de la Tripulación.

Era sólo una joven muchacha colonista, igual a otras miles que Jesús Pietro había visto en sus años de policía.

Ella soportó durante un minuto completo la dura mirada de Jesús Pietro antes de de quebrarse:

—¿Y bien?

—¿Y bien? Usted es Polly Tournquist, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Usted tenía un filme sin revelar consigo cuando fue recogida anoche. ¿Cómo lo consiguió?

—Prefiero no hablar de ello.

—Pienso que finalmente lo hará. Mientras tanto, ¿de qué quisiera usted hablar?

Polly pareció desconcertada.

—¿Lo dice en serio?

—Muy en serio. He entrevistado a seis personas hoy. El banco de órganos está lleno, y el día se termina. No tengo ninguna prisa. ¿Sabe usted lo que significa el hecho de que ese filme fuera hallado en usted?

Ella asintió con la cabeza cautelosamente:

—Me lo imagino. Sobre todo después de la redada.

—Ah. Ve usted el punto, ¿verdad?

—Está claro que no tienen más uso para los Hijos de la Tierra. Fuimos siempre un poco peligrosos para ustedes…

—Exagera mucho el peligro, se lo aseguro.

—Pero hasta ahora nunca han hecho un verdadero intento por eliminarnos. Porque siempre les hemos servido como centro de reclutamiento… ¡para sus malditos bancos de órganos!

—Usted me sorprende. ¿Sabía eso cuándo se unió a ellos?

—Yo… estaba bastante segura de ello.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

Ella extendió sus manos.

—¿Por qué lo hacen todos? No puedo soportar el modo en que las cosas están ahora. Castro, ¿qué le pasará a su cuerpo cuando *usted* muera?

—Me cremarán. Soy un anciano.

—Usted es de la Tripulación; ellos le cremarían de todos modos. Sólo los colonos terminan en los bancos.

—Sólo soy mitad tripulante —dijo Jesús Pietro. Su deseo de conversar era genuino, y no había ninguna necesidad de reticencia con una muchacha que ya estaba, a todos los efectos, muerta—. Cuando mi… podríamos decir… mi pseudopadre alcanzó la edad de setenta años, estaba lo suficientemente viejo como para necesitar inyecciones de testosterona. Salvo que eligió un modo diferente de conseguirlo…

La muchacha pareció aturdida, luego horrorizada.

—Veo que comprende. Poco después su esposa, mi madre, quedó embarazada. Debo confesar que ellos me trataron casi como a un tripulante. Los amo realmente a ambos. No sé quién sería mi verdadero padre. Puede haber sido un rebelde, o incluso un ladrón.

—Para usted no hay ninguna diferencia, supongo… —el tono de la muchacha era salvaje.

—No. Volviendo a los Hijos de Tierra —dijo Jesús Pietro enérgicamente—, usted tiene toda la razón. No os necesitamos más, ni como centro de reclutamiento, ni para ningún otro objetivo. El vuestro era el grupo rebelde más grande sobre Monte Lookitthat. Tomaremos los demás a medida que vayan cayendo.

—No entiendo el motivo, a menos que… el banco de órganos fuera obsoleto ahora, ¿verdad? Pero… ¿por qué no publicar la noticia? ¡Tendría que ser una celebración mundial!

—Ése es precisamente el motivo por el cual no transmitimos la noticia: ¡la gente de vuestra clase, que habla sin pensar! No, el banco de órganos no ha quedado obsoleto. Es sólo que necesitaremos un menor suministro de materia prima. Y como medio de castigo para el delito, el banco sigue siendo tan importante como siempre lo ha sido.

—Vosotros, hijos de puta… —dijo Polly. Su cara estaba roja, y su voz destilaba una furia helada, a medio controlar—. ¡Teméis que pudiéramos rebelarnos en masa, si supiéramos que estábamos siendo asesinados sin motivo!

—Usted no morirá sin motivo —explicó Jesús Pietro con paciencia—. El propósito tuvo sentido desde el primer trasplante de riñón entre gemelos. Y aún desde que Landsteiner clasificó los grupos sanguíneos primarios, en 1900. ¿Qué sabe acerca del móvil en el sótano de Kane?

—Prefiero no decirlo.

—Se está haciendo la difícil…

La muchacha sonrió por primera vez.

—He oído eso antes, muchas veces.

Su reacción sorprendió a Jesús Pietro. Sintió un chispazo de admiración, seguido de una caliente ola de lujuria. De repente, la desaliñada muchacha colonista era la única mujer en el

universo. Jesús Pietro mantuvo su rostro helado mientras la ola retrocedía. Esto tomó varios segundos.

—¿Y qué hay de Matthew Leigh Keller?

—¿Quién? Quiero decir…

—Usted prefiere no hablar, ya veo. Señorita… Tournquist, probablemente sepa que no hay drogas de la verdad en este mundo. En las bibliotecas de las naves están las instrucciones para fabricar escopolamina, pero ningún Tripulante me autorizará a usarla. De ahí que he desarrollado métodos diferentes… —la vio ponerse rígida—. No, no se preocupe. No sentirá ningún dolor. Me destinarían al banco de órganos si descubrieran que empleo la tortura. Sólo le concederé un agradable descanso.

—Creo que interpreto lo que usted quiere decir. Castro, ¿de qué material está hecho? Usted mismo es mitad colono… ¿Qué le ata a la Tripulación?

—Debe haber un orden público, señorita Tournquist. En todo Monte Lookitthat hay sólo una fuerza para el orden público, y ésa es la Tripulación —Jesús Pietro pulsó el botón de llamada.

No se relajó hasta que se la llevaron, y a pesar de ello se descubrió agitado. ¿Habría notado la mujer aquellla ola de deseo? ¡Qué cosa tan embarazosa! Pero quizá haya asumido que él sólo estaba enojado. Por supuesto.

Polly cruzaba el laberinto de pasillos cuando de repente recordó a Matt Keller. La dignidad de su pose, asumida en beneficio del par de hombres de la Consolidada que la escoltaban, se ablandó bajo el pensamiento. ¿Por qué estaría interesado Jesús Pietro en Matt Keller? Él ni siquiera era un miembro. ¿Significaría eso que había logrado escapar de la redada?

Fue muy rara aquella noche. Le había gustado Matt; le había interesado. Y luego, de repente… Oh, debe haberle parecido como que ella quiso sacárselo de encima. Bien, ya no importaba. Pero la Consolidada tenía que haberlo soltado; no era más que un colado a la fiesta.

Y Castro… ¿por qué le había dicho todo eso? ¿Formaba parte de la cura del ataúd? Bien, lo resistiría todo lo que pudiera. Dejemos que Castro se preocupe sobre quién más sabría la verdad sobre el ramrobot #143. Ella no lo había dicho a nadie, pero… déjemosle preocuparse.

La muchacha miró a su alrededor, maravillada, las paredes y el techo combados, la pintura pelada y descolorida, la escalera espiral, el enmarañado y marchito parche marrón que alguna vez fue el césped de interior. Echó una mirada al polvo que levantaban sus pies al caminar, y pasó las manos por las paredes de coral, allí donde la pintura había desaparecido. Su flamante vestido, alegremente coloreado, parecía llamear en la penumbra de la casa desierta.

—Es muy raro —dijo ella. Su acento de tripulante era extraño y melodioso.

El hombre, que estaba en jarras, alzó un brazo para agitarlo sobre sí.

—Así viven los colonos, de esta manera —dijo él, con el mismo acento—. Exactamente. Puedes ver sus casas desde el aeromóvil, de camino al lago.

Matt sonrió mientras los veía subir las escaleras. Él nunca había visto una casa de coral de dos pisos como ésta; los globos serían demasiado difíciles de inflar, y el primer piso tendería a hundirse, a menos que se mantuvieran dos presiones distintas. ¿Por qué no iban a la meseta de Delta, si querían saber cómo vivían los colonos?

Pero, ¿por qué lo harían? Seguramente sus propias vidas eran más interesantes.

Qué gentes extrañas eran. Era difícil entender lo que decían, no sólo debido al acento, sino porque ciertas palabras significaban cosas distintas. Sus caras eran extrañas, con esas amplias fosas nasales y los pómulos altos y prominentes. Respecto de las personas que Matt trataba a diario, se veían frágiles y débiles, aunque a tal punto elegantes y hermosos que se

preguntó sobre la virilidad del hombre. Andaban por la casa como si fueran los dueños del mundo.

La casa desierta había sido un fiasco. Pensó que todo estaba perdido cuando la pareja de tripulantes apareció, paseando, señalando y mirando fijamente como si estuvieran en un museo. Pero con algo de suerte, estarían en el piso de arriba durante algún tiempo.

Matt se desprendió silenciosamente de la oscuridad del armario sin puertas, recogió la cesta de picnic de los visitantes, y corrió de puntillas hacia la entrada. Había un lugar donde podría esconderse, un lugar en el que debía haber pensado antes.

Saltó por sobre el bajo muro de piedras con la cesta de picnic en una mano; había un labio de granito de un metro de ancho en el lado que daba al vacío. Matt se sentó con las piernas cruzadas contra el muro; su cabeza quedaba unos centímetros por debajo de la coronación y sus pies a un palmo del abismo de sesenta y cinco kilómetros al infierno. Entonces abrió la cesta de picnic.

Había más que suficiente para dos, pero se lo comió todo: huevos, emparedados, un pomo de natillas y un termo de sopa y un puñado de aceitunas. Después pateó la cesta y los restos de envoltorio plástico al vacío. Sus ojos los siguieron hacia abajo.

Considerad lo siguiente:

Cualquiera puede ver el infinito al alzar la vista en una noche clara. Pero sólo en el pequeño mundo de Monte Lookitthat se lo puede ver mirando hacia abajo.

Bueno, no es realmente el infinito, sino un infinito aparente. Tampoco lo es el cielo nocturno, realmente. Se pueden ver incluso algunas galaxias cercanas; pero aunque el universo resultara ser finito, podemos apreciar sólo una muy pequeña parte de él a simple vista. Matt podía ver el infinito aparente mirando directamente abajo.

Pudo ver la cesta de picnic caer, cada vez más pequeña… hasta que se perdió de vista.

El envoltorio plástico. Revoloteando abajo… hasta que no lo vio más.

Entonces, solamente quedó la niebla blanca.

En un día aún lejano todavía, el fenómeno recibiría el nombre de «trance de la Meseta». Era una forma de autohipnosis, bien conocida por los ciudadanos de la Meseta de ambas clases sociales, y se diferenciaba de otras formas de hipnosis en que casi cualquiera podía caer por accidente en tal estado. Al respecto, el trance de la Meseta se compara con los antiguos y mal certificados casos de la hipnosis de carretera, o a estudios más recientes respecto de la “mirada lejana”, una forma de trance religioso endémico del Cinturón de Sol. La mirada lejana le ataca a un minero asteroidal que se pasa demasiado tiempo contemplando una estrella solitaria, con el telón de fondo del espacio desnudo. El trance de la Meseta comienza con una mirada larga y soñadora hacia abajo, al vacío nebuloso.

Durante las últimas ocho horas, Matts no había tenido oportunidad para relajarse. Tampoco lo conseguiría esa noche, y no quiso ponerse a pensar en ello. Aquí estaba la posibilidad, de modo que se relajó.

Cuando al fin volvió en sí, lo hizo con con la insidiosa sospecha de que había pasado mucho tiempo. Yacía de lado, con la cara sobre el terrífico borde, con la vista en la insondable oscuridad inferior. Era de noche. Y se sentía maravillosamente.

Hasta que recordó.

Se alzó y trepó con cuidado sobre el muro. No convenía resbalar estando a menos de un metro del borde, y él era a menudo torpe cuando estaba nervioso. Ahora sentía el estómago como si lo hubieran sustituido por un modelo plástico de demostración de una clase de biología. Había cierta inestabilidad en sus miembros.

Se alejó del muro un corto trecho y se detuvo, extraviado. ¿Hacia dónde estaba el Hospital?

Maldita sea, pensó. Esto es ridículo.

Bien, había una colina a su izquierda; se veía brillar algo de luz por detrás de su negra silueta. Intentaría por allí.

Librodot

La hierba primero, y luego la tierra terminaron cuando alcanzó la cumbre. Ahora había sólo piedra bajo sus pies desnudos, piedra y polvo de roca, intacto por trescientos años desde la época del programa de instalación de la colonia. Estaba en la cresta de la colina, y a sus pies veía el Hospital. Estaba a menos de un kilómetro y resplandecía, completamente iluminado. Por detrás de él, y a uno y otro lado había otras luces, luces de casas, ninguna en un radio de un kilómetro del Hospital. Contra el brillo de fondo, apreció la lengua negra de bosque que había notado esa mañana.

En una dirección no completamente opuesta al camino bordeado de árboles que llevaba a la entrada principal del edificio, una recta línea iluminada corría del Hospital hacia un racimo de edificios ubicados en el perímetro de la región desnuda. Debía ser un sendero de suministros.

Podría alcanzar el bosque moviéndose a lo largo del borde de la ciudad. Los árboles lo cubrirían hasta que alcanzara el muro, pero de pronto el asunto le pareció demasiado sencillo. ¿Por qué dejaría la Consolidada aquella zona de fácil escondite en medio de un campo raso y llano? Esa lengua de bosque debía estar cargada de equipo detector.

Comenzó a cruzar la roca arrastrándose sobre el vientre.

Se detuvo con frecuencia. Era cansador moverse de esa manera. Y, peor que eso, ¿qué iba a hacer cuándo se viera dentro? El Hospital era grande, y no sabía nada sobre el interior. Las ventanas iluminadas lo preocuparon. ¿No dormía nunca el personal? Las estrellas brillaban luminosas y frías. Cada vez que se detenía a descansar, el Hospital estaba un poco más cercano, y más cercano el muro que lo rodeaba. Se inclinaba hacia fuera, y del lado que enfrentaba a Matt no había ninguna abertura en absoluto.

Estaba a unos cien metros del muro cuando vio el alambre. Estaba montado en unas grandes clavijas metálicas de unos treinta centímetros de altura, asentadas en la roca y dispuestas cada treinta metros. El desnudo alambre era de un metal cobrizo, mantenido tenso a un palmo del suelo. Matt no lo tocó. Cruzó por encima de él con mucho cuidado, procurando mantener una baja figura, pero sin tocarlo en ningún momento.

Muy ligeramente, escuchó el sonido de una alarma dentro del muro. Matt se detuvo donde estaba. Luego dio una vuelta y pasó sobre el alambre de un salto. Cuando cayó en la roca se quedó quieto y apretó los ojos. Sintió un débil entumecimiento, como el que produciría un aturdidor sónico; claramente estaba fuera de rango. Se arriesgó a echar una mirada detrás de él. Cuatro reflectores lo cazaban a través de la roca desnuda. El muro desbordaba de policías.

Se dio vuelta, por miedo a que vieran su cara brillar. Unos sonidos zumbaban en la noche. Las balas de piedad picaban alrededor de él, unas espinas vítreas llenas de anestésicos que se disolvían en la sangre. No eran armas tan precisas como las de plomo, pero alguna pronto le acertaría…

Una luz se fijó en él. Y luego otra, y una tercera. Del muro vino una voz:

—¡Cese el fuego! —el zumbido de las armas acabó. La voz habló otra vez, aburrida, autoritaria, tremendamente amplificada—. Usted, levántese. Si puede andar muévase, o le conduciremos si es necesario.

Matt hubiera querido volverse conejo y cavar una madriguera. Pero ningún conejo hubiera hecho el menor progreso en la polvorienta piedra. Se levantó, y alzó sus manos en el aire.

No hubo ningún sonido, ningún movimiento.

Una de las luces dudó, y se apartó de él. Luego las demás. Se movieron un rato en arcos arbitrarios, cruzando el campo raso con haces de luz. Entonces, una tras otra, se apagaron.

La voz amplificada habló otra vez. Parecía ligeramente perpleja.

—¿Qué hizo sonar el alerta?

Otra voz, apenas audible en la serena noche:

—No sé, señor.

—Tal vez un conejo. De acuerdo, falsa alarma.

Las figuras sobre el muro desaparecieron. Matt estaba de pie absolutamente solo, con sus brazos en lo alto. Un momento después los bajó y se alejó.

El hombre era alto y delgado, de cabeza grande y alargada y una boca breve e inexpresiva[6]. Su uniforme de la Consolidada estaba tan limpio y arreglado como si se lo hubiera calzado por primera vez un momento antes. Se sentó al lado de la puerta, aburrido aunque acostumbrado; era un hombre que se había pasado la mitad de la vida sentado y esperando.

Cada quince minutos se pondría de pie para echar una mirada al ataúd.

Parecía haber sido construido para Gilgamesh, o Paul Bunyan. Era de roble, al menos en el exterior. Los ocho diales dispuestos a lo largo de uno de los bordes parecían haber sido rescatados de otra parte y montados en el ataúd por un carpintero de escasa habilidad. El hombre delgado y dolicocéfalo se levantó, se acercó al cajón y contempló los diales durante un minuto. Algo podía salir mal, después de todo. Entonces tendría que actuar deprisa. Pero nada estaba mal; volvió a su silla y siguió esperando.

Problema:

La mente de Polly Tournquist tiene la información que se necesita. ¿Cómo llegar a ella?

La mente es el cuerpo. El cuerpo es la mente.

Las drogas interferirían con su metabolismo. Podrían hacerle daño. Uno se arriesgaría, pero no permiten usar drogas, de todos modos.

¿Tortura? Se podrían lastimar unas pocas uñas, doblar unos huesos. Pero no sería ése todo el daño. El dolor afecta las glándulas suprarrenales, y eso complica todo. Un dolor prolongado puede producir efectos permanentes sobre un cuerpo útil para la provisión médica. Además, la tortura no es algo ético.

¿Persuasión amistosa? Uno podría ofrecerle un trato. Su vida, y un reestablecimiento en alguna otra región de la Meseta, a cambio de lo que uno quiere saber. No estaría nada mal, y de todos modos el banco de órganos está lleno… Pero ella no accederá. Ya conocía el tipo. Estaba seguro de ello.

Entonces le otorgamos un agradable descanso.

Polly Tournquist era un alma sola en el espacio. Aún menos que eso, pues no había nada alrededor de ella que pudiera ser identificado como «el espacio». Ningún calor, ni frío, ni presión, ni luz, ni oscuridad, ni hambre, ni sed, ni sonido.

Ella había tratado de concentrarse en el latido de su corazón, pero hasta eso había desaparecido. Era demasiado regular. Su mente lo había eliminado, sumergiéndolo en el fondo no discernible. De manera similar sucedió con la oscuridad, tras de sus ojos vendados: la oscuridad era uniforme, y ya no pudo verla. Podía estirar sus músculos bajo los suaves vendajes que la envolvían y ligaban, pero no tenía ningúna sensación, ya que sólo podía moverse pequeñas fracciones de centímetro. Su boca estaba en parte abierta; no podía abrirla más, ni cerrarla debido a la boquilla de gomaespuma. No podía morderse la lengua, ni encontrarla siquiera. De ninguna manera podía producirse una sensación de dolor. La paz inefable de la cura del ataúd la abrigó en sus delicados pliegues y se la llevó, gritando silenciosamente, hacia la nada.

¿Qué había sucedido?

Matt se sentó encogido al borde de la hierba, sobre la colina justo encima del Hospital. Sus ojos se volvieron hacia las iluminadas ventanas. El latido de su corazón golpeaba contra sus rodillas.

¿Qué pasó? Ellos me tenían. ¡Me tenían!

[6] De hecho, Castro es mencionado en toda la novela como *the Head* (esto es, el Jefe, pero también la Cabeza), como un juego de palabras intraducible entre el tamaño de su cabeza y el puesto que desempeñaba. Hemos conservado la traducción de "el Jefe", en esos casos. *(Nota del Trad.)*

Librodot

Se había alejado de allí. Desconcertado, indefenso, abatido, había esperado que la voz amplificada gritara las órdenes de aprehenderlo. Pero nada había sucedido. Era como si, de pronto, lo hubieran olvidado. Entonces Matt se había alejado con la sensación de la muerte en sus espaldas, esperando el entumecimiento de un aturdidor sónico, el pinchazo de una bala de piedad o el rugido de la voz del oficial.

Gradualmente, contra toda razón, se había hecho a la idea de que no iban a venir a por él.

Entonces corrió.

Sus pulmones habían dejado de torturarlo hacía varios minutos, pero su cerebro todavía giraba. Quizás nunca se detendría ya. Había corrido hasta casi sufrir un colapso, aquí en lo alto de la colina; pero el miedo que lo condujo no era el terror al banco de órganos. Había huido de una cosa imposible, de un universo irracional. ¿Cómo pudo alejarse de aquel llano de muerte sin que un solo ojo lo viera? Eso era cosa de magia, y sintió miedo.

Algo había suspendido las leyes ordinarias del universo para salvar su vida. Nunca había oído de nada que pudiera hacer eso… excepto los Demonios de la Niebla. Y los Demonios no eran más que un mito; lo supo apenas fue lo bastante crecido. Los Demonios de la Niebla eran un cuento de viejas para asustar a los niños, como el reverso de Santa Claus. Quienes supusieron la existencia de unos seres poderosos en la niebla más allá del borde del mundo habían seguido una tradición más vieja que la historia, quizás tan vieja como el hombre. Pero nadie creía en los Demonios de la Niebla. Era como la Iglesia de Finagle, de los mineros del Cinturón de Sol, cuyo profeta era Murphy. Una broma medio amarga. No más que algo que sirve para perjurar.

Me tenían atrapado, y me dejaron ir. ¿Por qué?

¿Podrían haber tenido algún objetivo? ¿Habría alguna razón para que el Hospital dejara que un colono llegara hasta sus mismas paredes, para luego dejarle libre?

Podía ser que el banco de órganos estuvieran lleno… Pero debía haber suficiente espacio para mantener guardado a un preso hasta que se necesitaran sus partes.

Pero… si acaso pensaran que él era un tripulante… ¡Sí, tal vez fuera eso! Una figura humana sobre la meseta Alfa… por supuesto, asumirían que era alguien de la Tripulación. Pero, ¿y eso qué? Seguramente alguien se habría acercado para interrogarle, al menos…

Matt se levantó y comenzó a caminar describiendo un apretado círculo, en la cima de la baja colina. La cabeza le daba vueltas. Había estado en las fauces de la muerte, y había sido liberado. ¿Por quién? ¿Por qué? Y ¿qué iba a hacer ahora? ¿Volver allí, para darles otra oportunidad? ¿Caminar hacia el puente de Alfa a Beta y cruzarlo, con la esperanza de que nadie lo viera? ¿Saltar hacia el acantilado, agitando enérgicamente sus brazos intentando volar?

Lo peor era que no podía asegurar que tal cosa no funcionara. Magia, magia. Hood había estado hablando de magia…

No, él no había hablado de eso. De hecho, Jay se había vuelto colorado de tanto negar que la magia estuviera implicada. Había hablado de poderes psíquicos… Pero Matt había estado tan ocupado mirando a Polly que ahora no podía recordar nada de lo que Hood había dicho.

Eso era tener muy mala suerte, porque era su única explicación. Había que concluir en que tenía algún poder psíquico, aunque no tuviera la más remota idea lo que esto implicaba. Al menos… era ponerle un nombre a lo que había pasado.

—Tengo un poder psíquico —se dijo en voz alta. Sus palabras sonaron con extraña precisión en el silencio de la noche.

Muy bien. ¿Y entonces? Si Hood había entrado en detalles respecto a la naturaleza de los poderes psíquicos…, Matt no podía recordarlo. Pero podría ser que fuera justamente *razonable* la idea de bajar volando el acantilado de Alfa hacia Beta. Pero más allá de lo que hubiera de verdadero en los poco explorados poderes mentales del hombre, debían ser consecuentes. Matt podía recordar la sensación de que no sería notado si no quería que lo

Librodot

notaran, pero no había volado nunca; de hecho, ni siquiera recordaba haber soñado con el vuelo.

Tendría que conversar con Hood.

Pero Hood estaba en el Hospital. Incluso podría estar muerto ya.

Bien…

Matt tenía once años cuando Gengis, su padre, trajo dos regalos a casa. Eran unos aeromóviles en miniatura, del tamaño de sus manos, y brillaban azules en la oscuridad. Matt y Jeanne los había amado apenas los vieron, y para siempre.

Una noche dejaron los juguetes en un armario durante varias horas, pensando que se pondrían más brillantes cuando se acostumbraran a la oscuridad. Pero cuando Jeanne abrió el armario, habían perdido todo su brillo.

Jeanne estaba cerca de las lágrimas, pero la reacción de Matt fue diferente. Si la oscuridad privaba a los juguetes de sus poderes…

Los colgó al lado de una bombilla durante una hora. Cuando al fin apagó la luz, brillaron como pequeñas lámparas azules.

Un grupo de pequeñas nubes se extendieron a través de las estrellas. En todas direcciones las luces de la ciudad se habían apagado, excepto en el Hospital. La Meseta Alfa dormía en un silencio profundo.

Bien…

Había reptado hacia el Hospital, y había sido descubierto. Pero cuando se alzó del suelo, en medio de la deslumbrante luz de los focos, no pudieron verlo. El por qué de ello era tan mágico como antes, pero comenzaba a ver el modo de aprovecharlo.

Tendría que arriesgarse. Matt echó a andar.

Nunca planeó ir tan lejos. Si sólo se hubiera detenido antes de que fuera demasiado tarde… Pero ya era demasiado tarde, y tuvo al menos el tino de reconocerlo.

En estricto sentido, debería haber vestido algo brillante. Una camisa azul, un suéter color mandarina, pantalones verdes iridiscentes, un gorro escarlata con una S encerrada en un triángulo amarillo y… ¿gafas de bordes gruesos? Eso había sido mucho tiempo atrás, en la escuela primaria. Bien, qué importa; tendría que ir como estaba.

Una cosa apropiada: le gustaban los gestos extravagantes.

Rodeó el borde de la región desnuda hasta alcanzar los edificios. Comenzó a andar por las calles oscuras. Las casas eran fascinantes y extrañas; le hubiera gustado verlas a la luz del día. ¿Qué clase de personas viviría allí? Gentes vistosas, ociosas, felices, eternamente jóvenes y sanas. Le habría gustado ser una de ellas.

Pero notó algo peculiar en las casas. Heterogéneas en forma, color, estilo y materiales de construcción, tenían una cosa en común: todas daban la espalda al Hospital.

Como si el Hospital les causara miedo. O culpa.

Había luces más adelante. Matt se movió más rápido; había estado andando durante media hora. Sí, era el sendero de suministros, brillantemente iluminado desde ambos lados por sendas líneas de fanales, con poca separación entre los postes. Una línea de trazos, blanca, estaba pintada en el centro del camino.

Matt comenzó a caminar hacia el Hospital, siguiendo la línea blanca pero sin pisarla.

Otra vez sentía los hombros extrañamente rígidos, como si la muerte lo siguiera. Pero el peligro estaba frente a él. El banco de órganos eran la forma más humillante de morir. Sin embargo, Matt temía algo aún peor.

A lo largo del tiempo, algunas personas habían sido liberadas del Hospital, y contaron de sus procesos. No fueron muchos, pero al menos aún podían hablar. Matt imaginó algo de lo que le esperaba.

Librodot

Lo detectarían, le dispararían unas balas de piedad y luego lo acercarían en una camilla hacia el Hospital. Cuando despertara, sería llevado a su primera —y última— entrevista con el terrible Castro. Los ardientes ojos del Jefe lo examinarían, y su voz retumbaría:

—De modo que usted es Keller, ¿no es así? Sí, tuvimos que desmontar a su tío. ¿Y bien, Keller? Usted se acercó por aquí como si fuera un tripulante yendo a una cita. ¿Qué pensó que hacía, Keller?

Y… ¿qué iba a responder él?

Capítulo V - EL HOSPITAL

Dormido, Jesús Pietro parecía diez años mayor. Sus defensas —la rectitud de la pose, los fuertes músculos y el control de sus rasgos— estaban relajadas. Los claros y gélidos ojos estaban cerrados. Su pelo blanco, siempre intachable, lucía ahora desordenado, mostrando ahora el cuero cabelludo allí donde su cuidadoso peinado normalmente ocultaba la calvicie. Dormía solo, separado de su esposa por una puerta que nunca se cerraba con llave. A veces se removía en sueños, y otras, acosado por el insomnio, contemplaba el techo con sus brazos doblados tras la nuca y murmuraba para sí; tal era la causa por la cual Nadia dormía en la otra habitación. Pero esa noche descansaba tranquilo.

Él podría haberse visto como de treinta otra vez, con algo de ayuda. Bajo su piel envejecida, estaba en buena forma física. Tenía una respiración regular, en buena parte gracias al pulmón prestado; sus músculos eran duros bajo las sueltas arrugas y los escasos depósitos de grasa, y su digestión era buena. Los dientes, todos de trasplante, eran perfectos. Necesitaría una nueva piel, un nuevo cuero cabelludo, un nuevo hígado; sustituir varios esfínteres y otros músculos autonómicos y…

Pero se requeriría una disposición especial del Congreso de la Tripulación. Si llegara, sería una especie de reconocimiento por sus servicios, y la aceptaría si le fuera ofrecida… pero no iba a luchar por ella. Los trasplantes eran el derecho de la Tripulación, y también su recompensa más poderosa. Y Jesús Pietro no era… remilgado, pero de alguna manera sí reacio a cambiar partes de sí por las de algún forastero. Le parecía que perdía parte de su ego. Sólo el miedo a la muerte lo había hecho aceptar años atrás un nuevo pulmón.

Dormía silenciosamente.

Y las cosas comenzaron a tener sentido.

El filme sin revelar, en manos de Polly Tournquist. Alguien había escapado de la redada en casa de Kane. Anoche, la fuga de Keller. La persistente sospecha —aunque sólo era una intuición— de que la carga del ramrobot #143 era aún más importante de lo que había supuesto. Sábanas arrugadas, incómodas. Sus mantas, que eran algo pesadas. El hecho de que había olvidado cepillarse los dientes. Un cuadro mental, mostrando a Keller zambulléndose cabeza abajo en la niebla… volvió a obsesionarlo. Unos débiles ruidos allá fuera, en la zona del muro, ruidos de una hora antes. No lo habían despertado, pero su mente aún no tenía explicación para ellos. Las punzadas de lujuria provocadas por la muchacha en la cura de ataúd, y la culpa que siguió. Su tentación por usar aquella antigua técnica de lavado de cerebro para sus propios y privados objetivos, para hacer que la muchacha rebelde lo amara durante un tiempo… ¡Adulterio! Más culpa.

Tentaciones. Prisioneros escapados. La ropa de cama caliente, arrugada…

No había nada que hacer. Ya estaba despierto.

Yacía rígidamente sobre la espalda, los brazos cruzados, fulminando la oscuridad con la mirada. No servía de nada luchar contra ello. La noche pasada había alterado su reloj interno; había desayunado a las doce treinta.

¿Por qué seguía pensando en Keller?

Cabeza abajo hacia la niebla, con los propulsores empujando con fuerza sobre el forro de sus pantalones. Infierno encima y Cielo abajo, «subiendo» hacia lo desconocido; perdido

Librodot

para siempre, destruido completamente. El sueño del hindú, realizado en forma física. La paz de la total disolución.

Jesús Pietro se dio vuelta y activó el teléfono.

Una voz extraña dijo:

—Hospital… señor.

—Nombre.

—Sargento mayor Leonard V. Watts, señor. Turno noche.

—¿Qué pasa en el Hospital, sargento mayor?

No era una pregunta insólita. Jesús Pietro había preguntado lo mismo a primeras horas de la mañana durante los últimos diez años.

La voz de Watts era precisa:

—Permítame ver… Usted se marchó a las siete, señor. Siete treinta, el comandante Jansen ordenó la liberación de los invitados que recogimos anoche, aquellos sin el receptor de oído. El comandante Jansen se marchó a las nueve. A las diez treinta el sargento Helios reportó que todos los colados a la fiesta habían sido devueltos a sus casas. Hum… —ruido de papeles—. Los presos interrogados hoy han sido ejecutados y reservados, todos excepto dos. La sección de provisiones médicas nos informa que los bancos serán incapaces de manejar nuevo material hasta próximo aviso. ¿Quiere usted una lista de las ejecuciones, señor?

—No.

—La cura de ataúd prosigue satisfactoriamente. No se registran reacciones médicas adversas en el prisionero. Control de campo informa de una falsa alarma en doce-ocho, causada por un conejo que cruzó la barrera fotoeléctrica. No hubo evidencia de algo moviéndose en el perímetro.

—Entonces… ¿cómo saben ellos que era un conejo?

—¿Debo preguntar, señor?

—No. Lo adivinaron, por supuesto. Buenas noches.

Jesús Pietro volvió a acostarse y esperó por el sueño.

Sus pensamientos marcharon a la deriva.

Él y Nadia no habían estado mucho juntos últimamente. ¿Debería comenzar a inyectarse testosterona? No era necesario un trasplante… Muchas glándulas no eran colocadas en animación suspendida, sino que eran mantenidas actuando, con un complejo y exacto suministro de suero nutritivo y un sistema para extraer las hormonas. Podría afrontar la incomodidad de las aplicaciones…

…aunque su padre no lo había hecho.

Cuando era más joven, Jesús Pietro había pasado mucho tiempo preguntándose sobre su propia concepción. ¿Por qué habría insistido el anciano en que los cirujanos unieran el vaso deferente en ocasión del trasplante de testículos? Ahora que ya era un viejo, creyó al fin descubrirlo. Hace sesenta años, a pesar de la antigua tradición que propugnaba las familias numerosas, la Meseta aún estaba bastante deshabitada. Dejar una gran descendencia debe haberle parecido un deber a Haneth Castro, como a todos sus antepasados. Además, ¿cómo se debe haber sentido el anciano, al saber que ya no podría engendrar más niños?

Jesús Pietro creyó entenderlo ahora.

Sus pensamientos vagaban lejos, enturbiados por el sueño inminente. Jesús Pietro se giró a un lado, soñoliento y cómodo.

¿Un conejo?

¿Y por qué no? De los bosques.

Jesús Pietro giró al otro lado.

¿Qué hacía un conejo en los bosques internos?

¿Qué podría hacer en los bosques algo más grande que un ratón?

¿Qué haría un conejo en la Meseta Alfa? ¿Qué podría comer?

Jesús Pietro blasfemó y alcanzó el teléfono. Al sargento mayor Watts le dijo:

—Anote esta orden. Mañana quiero los bosques revisados a fondo, y luego despiojados. Si encuentran algo del tamaño de una rata o mayor, quiero saberlo.

—Sí, señor.

—Esa alarma… ¿En qué sector sonó?

—Déjeme ver. Dónde… ah. Sector seis, señor.

—¿Seis? Eso no está cerca de los bosques.

—No, señor.

Y eso fue todo.

—Buenas noches, sargento mayor —dijo Jesús Pietro, y colgó.

Al día siguiente se registrarían los bosques. Jesús Pietro decidió que la Consolidada se estaba volviendo floja. Tendría que hacer algo sobre ello.

El muro se inclinaba hacia afuera, tres metros y medio de hormigón combinado con alambre de púas. La puerta también estaba inclinada en el mismo ángulo, quizás unos doce grados respecto de la vertical. Era de hierro fundido sólido, construida para deslizarse dentro del muro, que tenía tres metros de espesor. La puerta estaba cerrada. Unos faros ubicados dentro del perímetro iluminaban los bordes superiores de muro y puerta, y teñían de claridad el cielo por encima.

Matt se paró bajo el muro, alzando la vista. No podría trepar por allí. Si lo vieran, abrirían la puerta… pero ellos no debían verlo.

Todavía no. Su cabeza había estado trabajando con la lógica. Si algo que brilla en la oscuridad deja de hacerlo luego de un tiempo, hay que ponerlo cerca de la luz. Si un móvil sube cuando apunta hacia arriba, bajará rápido cuando apunte hacia abajo. Si la policía lo encuentra a uno cuando se esconde, pero no lo ve cuando uno está a plena vista, ellos no harán el menor caso de uno cuando se acerque por el centro de un camino iluminado.

Pero la lógica se terminaba aquí.

Más allá de que le había ayudado, no le era útil ahora.

Matt se volvió de espaldas al muro. Se quedó de pie al lado de la puerta de hierro, y sus ojos siguieron la recta línea del camino, hasta donde sus luces terminaban. La mayor parte de las casas estaba a oscuras ahora. La tierra estaba completamente oscura hasta el estrellado horizonte. A su derecha las estrellas se enturbiaban a lo largo de aquella línea, y Matt supo que estaba viendo la superficie del vacío neblinoso.

Nunca logró explicarse el impulso que lo sacudió entonces.

Aclaró su garganta y dijo, en una voz casi normal:

—Algo me está ayudando. Lo sé. Necesito ayuda para atravesar esta puerta. Tengo que entrar en el Hospital.

Unos ruidos le llegaron desde detrás del muro, muy débiles: unos pasos regulares, unas voces distantes. Eran los profesionales del Hospital, y no tenían nada que ver con Matt.

Fuera del muro nada había cambiado.

—Déjenme entrar —suplicó para sí mismo, o tal vez para quien escuchara. No sabía muy bien. Ya no sabía nada.

Sobre la Meseta no había ninguna religión.

Pero de pronto, Matt comprendió que sólo había un modo de colarse dentro. Se acercó a la carretera de acceso y comenzó a buscar. Finalmente encontró un trozo suelto de concreto, sucio y desigual. Lo llevó consigo y comenzó a aporrear la puerta de hierro con él.

¡Clang! ¡Clang! ¡Clang!

Una cabeza asomó sobre el muro.

—¡Pare ese ruido, imbécil, bastardo de un colono!

—¡Déjeme entrar!

La cabeza seguía allí.

—Usted es un colono.

—Sí.

Librodot

—¡No se mueva! ¡No mueva un dedo! —el hombre hurgó con algo al otro lado del muro. Ambas manos aparecieron, una en posesión de un arma, la otra con un transceptor telefónico—. ¡Hola! ¿Hola? ¡Contesta al teléfono, caray!… ¿Watts? Habla Hobart. Aquí hay un tonto colono; sólo vino hacia la puerta y comenzó a golpear… ¡Sí, un verdadero colono! ¿Qué hago con él?… Bien, preguntaré.

La cabeza lo miró abajo.

—¿Quiere andar o ser llevado?

—Andaré —dijo Matt.

—Dice que andará. ¿Por qué tenía que elegir?… Ah. Imagino que es más fácil así. Lo siento, Watts, estoy un poco nervioso. Nunca antes me pasó esto.

El portero cortó. Cabeza y arma siguieron apuntando hacia abajo, hacia Matt. Un momento después, la puerta se deslizó dentro del muro.

—Entre —dijo el portero—. Ponga sus manos tras el cuello.

Matt lo hizo. La caseta del guarda había sido construida contra el muro, del lado interior. El portero bajó un corto tramo de escaleras.

—Camine delante de mí —ordenó—. Comience a andar. Aquélla es la entrada delantera, allí bajo las luces. ¿La ve? Camine hacia allí.

Habría sido difícil obviar la entrada delantera. Una gran puerta cuadrada de bronce al final de un amplio tramo de escaleras, bordeado de pilares dóricos. Los escalones y los pilares eran de mármol, o algún sustituto plástico.

—Deje de mirar hacia atrás —restalló el portero. Su voz temblaba un poco.

Cuando alcanzaron la puerta, el portero alzó un silbato y sopló. No hubo ningún sonido, pero la puerta se abrió. Matt pasó a través.

Una vez adentro, el portero pareció relajarse.

—¿Qué hacía usted ahí afuera?

El miedo de Matt volvía. Había entrado. Estos pasillos eran el Hospital. Él no había pensado en nada más allá de este momento. Eso fue deliberado, ya que si lo hubiera hecho, hubiera salido huyendo. Las paredes a su alrededor eran de concreto, con unas rejas metálicas al nivel de suelo y cuatro tubos fluorescentes en el techo. Había puertas, todas cerradas. Un olor desconocido tiznaba el aire, quizá una combinación de olores.

—Le he preguntado qué estaba haciendo usted…

—¡Averigüelo en el proceso!

—No me complique las cosas. ¿Qué proceso? Le encontré sobre la Meseta Alfa. Esto le hace culpable. Lo pondrán en el vivero hasta que le necesiten, y luego verterán anticongelante sobre usted y le sacarán en una camilla. ¡Nunca volverá a despertar! —sonaba como si el portero hablara entre los dientes.

La cabeza de Matt se sacudió, el terror se pintó en sus ojos. El portero brincó atrás con un movimiento repentino. Su arma se enderezó. Era una pistola de balas de piedad, con una abertura diminuta en el cañón y un depósito de dióxido de carbono a presión que formaba la culata. Al momento Matt supo que estaba a punto de disparar.

Llevarían su cuerpo inconsciente al… vivero, lo que fuera tal cosa, y ya no despertaría más. Lo desmontarían mientras dormía. Su último momento de conciencia se extendió, y se extendió, y…

El arma bajó. Matt se apartó, viendo la expresión del portero: parecía haberse vuelto loco. Sus ojos salvajes miraban alrededor, plenos de horror, a las paredes, las puertas, al arma en su mano, a todo… excepto a Matt. Repentinamente dio la vuelta y corrió.

Matt oyó su gemido cuando salía:

—Demonios de la Niebla… ¡Se supone que tengo que estar sobre la puerta!

A la una treinta, otro oficial vino para relevar al guardia de Polly.

El uniforme del recién llegado no estaba intachable, pero él mismo parecía en la mejor condición. Sus músculos eran de gimnasio, y estaba alerta y perfectamente consciente a la una

Librodot

y treinta de la mañana. Esperó hasta que el hombre de cabeza dolicocéfala se hubo ido, y luego se acercó para inspeccionar los discos a lo largo del borde del ataúd de Polly.

Éste parecía más cuidadoso que el anterior. Se movió metódicamente, sin ninguna prisa, apuntando los datos en un cuaderno. Entonces abrió las grandes abrazaderas ubicadas en dos esquinas del ataúd y levantó la tapa, cuidando de no dejarla caer.

La figura dentro del recipiente no se movió. Estaba envuelta con anchas tiras de una tela suave, como una momia… una momia con hocico. El hocico era un bulto sobre su boca y nariz: las almohadillas antimordeduras y el difusor para la respiración. Había unos salientes similares sobre sus oídos. Sus brazos habían sido cruzados sobre la cintura, a la manera de las camisas de fuerza.

El oficial de la Consolidada miró a la mujer durante largo rato. Cuando al fin levantó la vista y revisó el entorno, reveló los primeros signos de furtividad. Pero estaba solo, y no sonaban pasos en todo el pasillo.

De la cabecera del ataúd sobresalía un tubo acolchado con gomaespuma, con un tapón en su extremo, aún más acolchado. El oficial abrió el tapón y habló suavemente por el tubo:

—No tenga miedo. Soy un amigo. Voy a ponerla a dormir.

Liberó un brazo de Polly de la suave venda, extrajo su arma y disparó a la piel. Media docena de gotitas rojas se formaron allí, pero la muchacha no se movió. Él no pudo asegurarse de que ella lo hubiera oído, o que sintiera las agujas.

Cerró el tapón del tubo de comunicación.

Transpiró lo suyo mientras miraba cambiar los diales. Luego extrajo un destornillador y comenzó a trabajar en la parte trasera de los instrumentos. Cuando terminó, los ocho diales señalaban lo mismo que había anotado cuando entró.

Ahora sus lecturas eran falsas. Indicaban que Polly Tournquist estaba despierta, pero inmóvil; consciente, pero privada de cualquier estímulo sensorial. Mostraban que ella se volvía cada vez más insana. Mientras tanto, Polly Tournquist estaba sólo dormida. Y continuaría dormida durante las ocho horas de su turno de guardia.

Loren limpió su cara y se sentó. No disfrutaba asumiendo tales riesgos, pero era necesario. La muchacha debía saber algo, o no estaría aquí. Ahora podría resistir ocho horas más.

El hombre que llevaban a la sala de operaciones del banco de órganos estaba inconsciente. Era el mismo que la escuadrilla de Jesús Pietro había encontrado apoyado sobre el interruptor de muerto, uno de los que el Jefe había interrogado esa tarde. Jesús Pietro había terminado con él; había sido juzgado y condenado, pero legalmente todavía estaba vivo. Sólo por un detalle legal.

La sala de operaciones era grande y estaba colmada. Contra una larga pared había veinte pequeños tanques de animación suspendida montados sobre ruedas, necesarios para mover las provisiones médicas hacia y desde el cuarto vecino. Los cirujanos y auxiliares trabajaban silenciosa y hábilmente en una multitud de mesas de operaciones. Había unos cuantos baños fríos: eran tanques oblongos abiertos, llenos de fluído mantenido a una temperatura constante de doce grados bajo cero. Al lado de la puerta había un contenedor de setenta y cinco litros, lleno hasta la mitad de un líquido levemente amarillento.

Dos auxiliares llevaron rodando la camilla con el presidiario a la sala de operaciones, y uno inmediatamente le inyectó medio litro del fluido pajizo en un brazo. Movieron la camilla, colocándola al lado de uno de los baños fríos. Una mujer se acercó para colaborar, sujetando con cuidado una máscara respiratoria sobre la cara del hombre. Los internos inclinaron la camilla. El presidiario se deslizó en el baño sin el menor chapoteo.

—Este es el último —dijo uno—. Ah, muchacho, estoy deshecho.

La mujer lo miró con simpatía, una simpatía que se hubiera mostrado en su boca si no estuviera detrás de un barbijo, pero que no podía mostrar en sus ojos. Los ojos no tenían ninguna expresión. La voz del camillero había revelado un agotamiento casi total.

Librodot

—Retiraos, vosotros dos —dijo ella—. Dormid hasta tarde en la mañana. No os necesitaremos.

Cuando terminaran con este convicto, el banco de órganos estarían colmado. Según la ley todavía estaba vivo, pero su temperatura corporal cayó rápido, y su corazón reducía la marcha. Finalmente se detuvo. La temperatura del paciente siguió cayendo. En dos horas estaría por debajo del punto de congelación, pero el fluido inyectado impediría el congelamiento del cadáver.

Según la ley, aún estaba vivo. Algunos presos habían sido indultados en este punto y fueron reanimados sin malos efectos médicos, aunque quedaran aterrorizados por el resto de sus días.

Luego llevaron al presidiario a una mesa de operaciones. Su cráneo fue abierto; una incisión fue hecha en el cuello, cortando la médula espinal justo debajo del tronco cerebral. El cerebro fue retirado con mucho cuidado, ya que las meninges que lo rodean no debían sufrir daños. Aunque los cirujanos lo negaran, había una especie de reverencia respecto al cerebro humano, y a ese preciso momento. Desde entonces, el presidiario estaba al fin legalmente muerto.

En un hospital de Nueva York debía realizarse en primer lugar una cardiotomía, y el preso habría sido dado por muerto apenas ésta concluyera. En cambio, en Lo Conseguimos habría sido declarado muerto en el momento en que su temperatura corporal bajara a cero grados. Eso era sólo por asuntos legales; había que trazar la línea en algún sitio.

Una vez despojado de las meninges, incinerarían el cerebro y retirarían las cenizas, depositándolas en una urna. Su piel vino después, extraída en una pieza, todavía con vida. Las máquinas hacían la mayor parte del trabajo, pero las de la Meseta no eran lo bastante avanzadas como para trabajar sin control humano. Los cirujanos procedieron como si desmontaran un delicado rompecabezas, muy valioso e inmensamente complejo. Cada unidad fue introducida en un tanque de animación suspendida. Uno de ellos tomó una diminuta muestra con una hipodérmica, y la testeó frente a una amplia variedad de reacciones de rechazo. Una operación de trasplante nunca estaba fijada de antemano. El cuerpo de un paciente rechazaría las partes ajenas a menos que cada reacción de rechazo fuera equilibrada por complejos bioquímicos. Cuando las pruebas concluyeron, cada unidad fue etiquetada con todo detalle y llevada al anexo, el banco de órganos.

Matt se había extraviado. Vagaba por los pasillos buscando una puerta rotulada «Vivero». Algunas puertas tenían rótulos; otras no. El Hospital era enorme. Había una oportunidad, pero podría vagar durante días sin encontrar el vivero que el portero había mencionado.

Algunos individuos lo cruzaron en los pasillos, en uniformes de policía o en batas blancas, con barbijos colgados de sus cuellos. Si veía que alguien se acercaba, Matt se apoyaba contra el muro y permanecía tieso hasta que el sujeto pasara. Nadie lo notó. Su extraña invisibilidad lo protegía bien.

Pero no estaba llegando a ninguna parte.

Un mapa, eso es lo que necesitaba.

Algunas de esas puertas debían conducir a oficinas. Alguna, o quizá todas las oficinas debían tener mapas del sitio, tal vez colgados de la pared o en un escritorio. Después de todo, el lugar era muy complejo. Matt asintió con la cabeza para sí. Aquí había una puerta, con un símbolo extraño y rotulada SÓLO PERSONAL AUTORIZADO. Tal vez…

Abrió la puerta. Y se congeló a mitad de camino, entre dos latidos.

Unos tanques de cristal llenaban el cuarto, como si fueran acuarios, del piso al techo, cada uno subdividido en compartimentos. Estaban dispuestos como un laberinto, o como los libreros en una biblioteca pública. En el primer momento, Matts no pudo reconocer nada de lo que vio en aquellos tanques, pero por sus formas asimétricas y sus infinitas gamas de rojo, su naturaleza era inequívoca.

Librodot

Entró del todo adentro. Había perdido el control de sus piernas, y se movieron por sí solas. Estos objetos planos, color rojo oscuro… aquellas membranas translúcidas… esas masas de formas raras que parecían suaves al tacto…, los grandes tanques cilíndricos transparentes, llenos del líquido rojo brillante… Sí, éstos habían sido seres humanos. Y había epitafios:

Tipo AB, RH +. Contenido de glucosa… Conteo de Corp. de Rd…

Tiroides, macho. Clases de rechazo C, 2, pn, 31. Hiperactivo, peso corporal menor a…

Húmero izquierdo, vivo. Tuétano Tipo 0, Rh-, N, 02. Longitud… IMPORTANTE: Probar inserción en cavidad antes de utilizar.

Matt cerró los ojos y apoyó la cabeza contra uno de los tanques. La superficie de cristal era fría. Se sentía bien contra su frente transpirada. Siempre había tenido demasiada empatía. Ahora había una gran pena en él, y necesitaba tiempo para compadecer a estos… desconocidos. Que los Demonios de la Niebla concedieran que todos fueran desconocidos.

Páncreas. Clases de rechazo F, 4, pr, 21. TENDENCIAS DIABIETICAS: Usar sólo para secreción fluida pancreática. NO TRASPLANTAR.

Una puerta se abrió.

Matt se deslizó detrás de un tanque y espió desde allí. La mujer llevaba puestos bata y barbijo, y empujaba algo sobre ruedas. Matt presenció mientras transfería unas cosas del carro a varios de los tanques más grandes.

Alguien acababa de morir.

Y la mujer del barbijo era un monstruo. Si se lo hubiera quitado para revelar unos colmillos del largo de un pie destilando veneno, Matt no podía haberla temido más.

Unas voces atravesaron la puerta abierta.

—No podemos conservar más tejido muscular.

Era una voz de mujer, alta y quejumbrosa, con el acento melodioso de la Tripulación. La melodía no le pareció del todo correcta, aunque Matt no podría haber dicho donde fallaba.

Una voz masculina contestó, sarcástica:

—¿Y qué haremos, arrojarlo a la basura?

—¿Por qué no?

Segundos de silencio. La mujer del carro terminó su trabajo y se giró hacia la puerta. La voz de hombre dijo:

—No me ha gustado nunca la idea. Un hombre murió para darnos tejido sano, vivo, y usted quiere arrojarlo como si fue… —el cierre de la puerta cortó el diálogo.

Como si fueran los desechos del banquete de un vampiro, terminó Matt para sí.

Rumbeaba hacia la puerta por la que había ingresado, cuando sus ojos tropezaron con algo más. Cuatro de los tanques eran diferentes del resto. Yacían cerca de la puerta del pasillo; el suelo tenía marcas y zonas oscurecidas, allí donde unos tanques de animación suspendida como los demás habían estado montados. Pero a diferencia de aquéllos, éstos otros no tenían una base llena de maquinaria pesada. En cambio, los instrumentos y equipos estaban dentro de los mismos tanques, tras de las paredes transparentes. Parecían ser equipos de oxigenación. El tanque más cercano contenía seis pequeños corazones humanos.

Indudablemente eran corazones. Incluso latían… Pero eran diminutos, no más grandes que el puño de un niño. Matt tocó la superficie del tanque, y tenía la temperatura de la sangre. El tanque de al lado contenía cinco objetos lobulados que tenían que ser hígados; pero eran pequeños, pequeños…

Había sido suficiente. En lo que pareció un segundo, Matt estaba en el pasillo. Se apoyó jadeando contra el muro, los hombros encogidos, los ojos incapaces de ver otra cosa que aquellos racimos de pequeños hígados y corazones.

Alguien dobló la esquina cercana y se detuvo abruptamente.

Matt giró y lo vio: un hombre grande y fofo en el uniforme de la Policía Consolidada. Matt rebuscó su voz. Salió turbia, pero comprensible:

—¿Dónde está el vivero?

Librodot

El hombre lo miró fijamente, luego señaló:

—Gire a la derecha y encontrará una escalera. Suba un piso, a la derecha, luego a la izquierda, y busque el letrero. Es una puerta grande con una luz de alarma; no puede perderse.

—Gracias.

Matt giró hacia la escalera. Su estómago le dolía, y sentía un incontrolable temblor en las manos. Lamentaba no poder caerse desmayado donde estaba, pero tenía que seguir camino.

Algo picó su brazo.

Matt giró y alzó su brazo al instante. Aunque el dolor de la picadura había desaparecido, el brazo le quedó tan entumecido como una lonja de carne. Media docena de diminutas gotas rojas perlaban su muñeca.

El hombre grande y fofo miraba a Matt con ceño fruncido y rostro perplejo. Su mano aún portaba el arma.

La galaxia giró como loca, retrocediendo.

El cabo Halley Fox miró caer al colono, y entonces enfundó su arma. ¿Es que el mundo se había vuelto loco? Primero, el ridículo secreto sobre la carga del ramrobot. Luego, doscientos colonos capturados en una noche, y el Hospital entero volviéndose loco para procesarlos. Y ahora… un colono vagando por los pasillos de Hospital, ¡y preguntando por el vivero!

Bien, pues lo iba a encontrar. Halley Fox alzó en vilo al hombre y lo montó sobre su hombro, gruñendo por el esfuerzo. Sólo su cara era fofa. Reportarlo, y olvidarlo. Acomodó el peso de su carga y se tambaleó hacia la escalera.

Capítulo VI - EL VIVERO

Al amanecer, la cumbre escalonada del Monte Lookitthat nadaba en un mar de niebla. Para los pocos que estaban ya fuera de sus hogares, el cielo simplemente había virado del negro al gris. No era que la niebla venenosa por debajo del borde al vacío había trepado al monte; se trataba una nube continua de vapor de agua, lo bastante gruesa para permitirle a un ciego ganar una partida de dardos. Tripulación y colonos, todos, vieron desaparecer sus casas detrás de ellos cuando partieron a sus empleos. Hubieron de moverse y trabajar en un universo de diez metros de diámetro.

A las siete la policía Consolidada penetró en el bosque interno, una escuadrilla por cada extremo. Unos amarillos faros antiniebla barrieron la lengua de bosque desde las secciones más cercanas del muro; la luz alcanzaba escasamente a iluminar los primeros árboles. Dado que los hombres que habían estado en vigilancia esa noche se habían ido a casa, los buscadores no tenían ni idea del animal que cazaban. Algunos pensaron que debía tratarse simplemente de colonos infiltrados.

A las nueve ambas escuadrillas se encontraron en el centro, se encogieron de hombros y se marcharon. Nada humano o animal habitaba en el bosque interno, nada más grande que un insecto. Sin embargo, cuatro aeromóviles se elevaron en medio de la niebla y rociaron los árboles de punta a punta.

A las nueve treinta…

Jesús Pietro cortó el pomelo en dos mitades, y sostuvo una de ellas al revés. Los gajos de la fruta cayeron sueltos en el tazón.

—¿Encontraron alguna vez aquel conejo? —preguntó.

El comandante Jansen se detuvo, el primer sorbo de café a mitad de camino de sus labios.

—No, señor…, pero se ha hallado un intruso.

—¿En los bosques?

—No, señor. Golpeaba el portón con una roca. El portero lo admitió dentro del Hospital, pero desde ahí se hace todo un poco confuso…

—Jansen, ya es bastante confuso. ¿Qué hacía ese hombre llamando a nuestra puerta? —un pensamiento horrible lo golpeó—. ¿Es un tripulante?

—No, señor. Es Matthew Keller. Identificación positiva.

Un poco de jugo del pomelo se derramó sobre el estante de desayuno.

—¿Keller?

—El mismo.

—Entonces… ¿quién estaba en el móvil?

—Dudo que lo sepamos alguna vez, señor. ¿Debo llamar a alguien para que identifique el cuerpo?

Jesús Pietro se rió largo y fuerte. Jansen era colono puro, aunque él y sus antepasados habían estado en el servicio por tanto tiempo que sus acentos y maneras eran los de la Tripulación. Eso nunca lo impulsaría a bromear con sus superiores en público; pero en privado solía ser divertido… y tenía el buen sentido de conocer la diferencia.

—He estado pensando en un motivo para reorganizar la Consolidada —dijo Jesús Pietro—. Esto podría servir. Bien… ¿Keller simplemente se llegó al portón y comenzó a golpear con una roca?

—Sí, señor. El portero lo tomó a su cargo después de llamar a Watts. Éste esperó media hora antes de llamar otra vez a la caseta del guarda, intrigado por no recibir noticias. El portero no podía recordar lo que pasó después de que llevó al prisionero al Hospital. Regresó a su puesto sin más, y tampoco pudo explicar eso. Debía haber entregado un informe a Watts, por supuesto. El sargento mayor lo puso bajo detención.

—Watts no debería haber esperado esa media hora. ¿Dónde estuvo Keller en todo ese tiempo?

—El cabo Fox lo encontró en el pasillo, cerca del acceso a el banco de órganos; lo durmió de un disparo y lo transportó hacia el vivero.

—Entonces, él y el portero nos esperan. Muy bien. No podré dormir otra vez hasta que me saque este asunto de encima…

Jesús Pietro terminó su desayuno con una prisa notable.

Entonces, cayó en cuenta de que el misterio era mayor de lo que pensaba. ¿Cómo había llegado Keller a la meseta Alfa? Los guardias no le habrían dejado pasar por el puente.

¿En móvil, acaso? Pero el único móvil implicado fue…

Hobart estaba asustado. Tan asustado como cualquier sospechoso de los que hubo interrogado en su vida Jesús Pietro, y no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo.

—¡No sé! Lo dejé entrar por el portón…, lo hice andar delante de mí, para que no pudiera eludir mi vigilancia…

—¿Y él hizo algo?

—No puedo recordar nada más.

—Un golpe sobre la cabeza podría haberle dado amnesia. Siéntese ahí —Jesús Pietro anduvo alrededor de la silla, examinando el cuero cabelludo de Hobart. Su impersonal gentileza era amedrentadora—. No veo golpes, ni contusiones. ¿Le duele la cabeza?

—No, señor, me siento bien.

—Ahora bien, usted fue con el intruso hacia la puerta. ¿Habló con él?

El hombre meneó su cabeza, que despuntaba canas.

—Hum… ¡Ah, sí! Le pregunté porqué había aporreado la puerta. Él no lo dijo.

—¿Y luego?

—De repente… —Hobart se detuvo, tragando convulsivamente.

Jesús Pietro dijo, en voz cortante:

—Continúe.

Hobart comenzó a lagrimear.

—Deje de llorar. Usted comenzó a decir algo. ¿Qué era?

—De repente yo… ―tragó otra vez―… yo recordé que… se supone que debía estar… en la puerta.

—Pero… ¿y Keller?

—¿Quién?

—¡El intruso!

—¡No puedo recordar!

—Oh, váyase de aquí ―Jesús Pietro apretó un botón—. Vuélvanlo al vivero. Tráiganme a Keller.

Un tramo de escaleras, luego a la derecha, luego a la izquierda… VIVERO.

Detrás de la gran puerta había varias hileras de sillones ergonómicos, aunque no muy blandos. Todos excepto dos de ellos tenían inquilinos. Había noventa y ocho prisioneros allí, de edades entre quince y cincuenta y ocho años, y todos estaban dormidos. Cada uno de ellos portaba un aro de metal en la cabeza, similar a unos anteojos sin lentes. Dormían silenciosamente, más callados que el durmiente habitual; respirando flojamente, con expresiones pacíficas, libres de pesadillas. Era un lugar extrañamente relajante. Dormían en filas de a diez, algunos roncando suavemente, el resto silencioso.

Incluso el guardia parecía soñoliento. Se sentaba en una silla convencional, a un lado de la puerta, con su doble papada inclinada sobre el pecho, las manos apoyadas en el regazo.

Hace más de cuatro siglos, a mediados del XX, un grupo de científicos rusos anunció el desarrollo de un artefacto que podría hacer que el sueño fuera obsoleto. En algunos sitios lo logró. Hacia el siglo veinticuatro era raro el rincón del universo conocido que no supiera del soñador.

Tómense tres electrodos livianos. Ahora escójase un conejillo de indias humano, y convénzalo de acostarse con los ojos cerrados. Apoye dos de los electrodos sobre sus párpados, y adhiera el tercero a la nuca con un esparadrapo. Diríjase una corriente eléctrica rítmica de baja intensidad, desde los párpados a la nuca, cruzando el cerebro. Su conejillo de indias se dormirá inmediatamente. Desconecte la corriente en un par de horas, y él habrá tenido el equivalente a ocho horas de sueño.

¿Pprefiere no desconectar la corriente? No hay problema; eso no le hará daño al sujeto. Sólo continuará durmiendo. Y dormiría aunque soplara un huracán. Habrá que despertarlo de vez en cuando para permitirle comer, beber, evacuar y hacer algo de ejercicio…, aunque si no planea dejarlo vivir por mucho tiempo, puede descartar el ejercicio.

Los sospechosos no duraban mucho en el vivero.

Unos fuertes pasos sonaron fuera de la puerta. El guardia del vivero se sacudió para despabilarse. Cuando la puerta se abrió, estaba alerta.

—Siéntese allí —dijo uno de los escoltas a Hobart.

Hobart se sentó en uno de los dos lugares libres. Las lágrimas surcaban aún sus hundidas mejillas. Se colocó él mismo el aro soñador, dejó caer la cabeza atrás, y quedó dormido. La paz se extendió por su cara.

El escolta más alto preguntó:

—¿Cuál es Keller?

El guardia del vivero consultó una cartilla.

―El noventa y ocho.

—Bien.

En vez de quitar el aro a Keller, el hombre se movió hacia un panel con cien botones y oprimió el número noventa y ocho. Cuando Keller comenzó a moverse, ambos escoltas se acercaron a él y le colocaron esposas. Luego le quitaron el aro.

Los ojos de Matt se abrieron.

Sus nuevos escoltas lo pusieron de pie con expertos movimientos.

—Vamos, amigo —dijo uno de ellos, alegremente.

Desconcertado, siguió el jalón dado a sus brazos. En un momento estuvieron en el pasillo. Matt aprovechó a dar una mirada detrás de él antes de que la puerta se cerrara.

—Esperad un minuto… —protestó el prisionero, como era de esperar, echándose atrás contra el tirón de las esposas.

—Alguien desea hacerle unas preguntas. Mire usted, yo prefiero llevarle dormido a dejarlo caminar. ¿Aún quiere andar? —una amenaza por lo general los calmaba… como ahora. El sujeto dejó de tironear.

Matt había supuesto que ya no despertaría; estos momentos de conciencia eran una bonificación inesperada. Alguien debía haberse sentido curioso.

—¿Quién quiere verme?

—Un caballero de apellido Castro —dijo aprisa el guardia más alto.

El diálogo seguía el modelo habitual. Si Keller era un sospechoso normal, el nombrar al Jefe haría que el temor paralizara su cerebro. Si estaba en su juicio, preferiría usar el tiempo que le restaba en prepararse para la entrevista, antes que arriesgarse a sufrir un sónico ahora. Los guardias habían estado haciendo esto por tanto tiempo que habían llegado a considerar a los presos como anónimos e intercambiables.

Castro. El nombre resonó en los oídos de Matt.

¿Qué pensó usted que estaba haciendo, Keller? Vino aquí como si le hubiéramos cursado una invitación. Piensa usted que tiene un arma secreta, ¿eh, Keller? ¿Qué pensó que hacía, Keller? ¿Qué le hizo pensar que…?

Un instante después, el sospechoso caminaba dócil entre los guardias, perdido en sus propios miedos. Al siguiente, se había echado atrás violentamente, como un pez enganchado por dos líneas. Al instante, los policías se apartaron entre sí para inmovilizarlo tensado entre ellos, luego lo miraron con fiero disgusto.

—¡Estúpido! —dijo el más bajo de ellos; el otro sacaba su arma.

Se quedaron de pie allí, uno de ellos con un sónico en la mano, mirando a su alrededor con aparente aturdimiento. Matt les sacudió otra vez, y el guardia más bajo miró con sorpresa y sobresalto hacia su propia muñeca. Hurgó en su cinturón, sacó una llave, y abrió las esposas.

Matt lanzó todo su peso sobre la otra cadena de acero. El guardia más alto gritó de cólera y tironeó con fuerza. Matt voló hacia él, golpeándolo en el estómago a causa del envión. El policía lo golpeó en la mandíbula con el revés de su mano. Momentáneamente incapaz de moverse, Matt vio al guardia tomar una llave de su propio bolsillo y abrir las restantes esposas de su propia muñeca. Los ojos del hombre miraban en forma rara.

Matt retrocedió, con dos juegos de esposas pendientes de sus brazos. Los guardias miraron detrás, no hacia él, sino en su dirección general. Algo estaba mal en sus ojos. Infructuosamente, Matt trató de recordar donde había visto antes esa mirada. ¿El portero de anoche?

Los guardias le dieron la espalda y se alejaron.

Matt sacudió la cabeza, más aturdido que aliviado, y volvió por el camino que había venido. Llegó a la puerta del vivero. Había echado sólo una breve ojeada cuando salía, pero estaba seguro de haber visto a Harry Kane allí.

La puerta estaba cerrada con llave.

Demonios de la Niebla, aquí vamos otra vez. Matt levantó la mano, cambió de opinión, cambió otra vez, y dio tres palmadas contra la puerta. Ésta se abrió inmediatamente. Un rostro redondo y algo inexpresivo se asomó, y de repente adquirió una expresión. La puerta comenzó a cerrarse. Matt empujó para abrirla y entró.

El guardia de la cara redonda sinceramente no sabía que hacer. Al menos, él no había olvidado que Matt estuvo allí. Le estaba muy agradecido. Descargó el puño con júbilo en la doble papada del hombre. Como el guardia no se replegó, lo golpeó otra vez. El hombre

Librodot

finalmente manoteó su arma, pero Matt le sujetó firmemente la muñeca sobre la pistolera, y lo impactó una vez más. El policía se deslizó al suelo.

Matt tomó la pistola sónica y la guardó en un bolsillo de sus pantalones. La mano le dolía. La frotó contra su mejilla, que también dolía, y dirigió sus ojos hacia la fila de durmientes. ¡Allí estaba Laney! Laney, con la faz pálida, un delgado rasguño corriendo de la sien a la barbilla, el cabello castaño rojizo por detrás del aro del soñador, sus pechos alzándose apenas cuando respiraba en el sueño. Y estaba también Hood, dormido como un chiquillo. Algo comenzó a liberarse en el interior de Matt Keller, un calor se extendió por sus miembros. Durante interminables horas había estado absolutamente solo en su lucha contra la muerte. También estaba el hombre alto que le había dejado su puesto de barman esa velada. ¡Había sido sólo antenoche! Y Harry Kane, todo un hombre, fuerte hasta en el sueño.

Pero Polly no estaba allí.

Él miró otra vez, con más atención, y todavía no pudo hallarla.

¿Dónde podría estar? Al instante, los tanques del banco de órganos relampaguearon en su mente. Uno de los tanques contenía pieles, pieles humanas enteras, con apenas espacio entre ellas para el claro fluído nutriente. Los cueros cabelludos conservaban buena parte del pelo, corto y largo, rubio y negro y rojo, que se agitaba bajo la fría corriente. Clases de rechazo C, 2, nr, 34. Él no podía recordar haber visto la negrura espacial del pelo de Polly. Podría… o podría no estar agitándose en el tanque transparente. No había estado buscándolo.

Convulsivamente echó un vistazo a su alrededor. ¿Aquel panel de botones? Presionó uno de ellos. Quedó más protuberante luego del toque de su dedo. Nada más sucedió.

Oh, bueno, qué demonios… Comenzó a presionarlos a todos, botón por botón en orden, fila tras fila. Habría presionado unos sesenta cuando oyó el primer movimiento.

Los durmientes despertaban.

Presionó rápidamente el resto de los botones. El murmullo de los despertares se hizo más fuerte: bostezos, voces confusas, masticadas, gritos consternados cuando los presos de repente comprendían dónde estaban. Una voz clara llamó:

—¿Matt? ¡Matt!

—¡Aquí, Laney!

Ella se abrió camino entre la gente que se apeaba mareada de sus sillones ergonómicos. Luego cayó en sus brazos, y se aferraron el uno contra la otra como si un tornado intentara separarlos. Matt se sintió débil de repente, como si ahora pudiera permitirse aflojar.

—Entonces, no lo lograste —le dijo.

—Matt, ¿dónde estamos? Traté de alcanzar el borde, pero…

—¡Estamos en el vivero del Hospital! —bramó alguien, y la voz cortó como un hacha el creciente murmullo. Harry Kane, el líder, asumía su papel idóneo.

—Así es —dijo Matt cortésmente.

Sus ojos parecían dos platos, y miraban como muertos.

—Ah. Entonces… usted tampoco logró huir.

—Sí, lo hice. Tuve que llegar aquí por mi cuenta.

—¿Qué? ¿Cómo lo logró?

—Buena pregunta. No lo sé exactamente…

Laney comenzó a reírse entre dientes.

Unos gritos se oyeron al fondo del cuarto: alguien había notado el uniforme de la Consolidada en uno de los que despertaba. Un grito de puro terror cambió a un chillido de agonía y cesó repentinamente. Matt vio unas cabezas sacudiéndose, unos sonidos a los que trató de no hacer caso. Laney ya no reía. El disturbio decreció.

Harry Kane montó en la silla, ahuecó sus manos y bramó:

—¡Silencio, todos vosotros! ¡Quien conozca el Hospital, que se acerque! ¡Juntaos a mi alrededor!

Librodot

Hubo un desplazamiento en la masa. Matt y Laney todavía se sujetaban el uno a la otra, aunque ya no tan desesperadamente. Sus cabezas giraron para mirar a Harry, reconociendo su liderazgo.

—¡Atended, el resto de vosotros! —prosiguió Kane—. Ésta es la gente que puede sacaros de aquí. En unos minutos vamos a tener que forzar nuestro escape. Mantened vuestros ojos sobre… —nombró a ocho personas; Hood era uno de ellos—. Algunos de ellos seguramente recibirán disparos. Mientras uno de estos ocho se mueva todavía, ¡seguidlo! Si todos han caído, y yo también… —hizo una pausa para enfatizar—… os dispersaréis. ¡Haced todo el desastre que podáis! A veces la única cosa sensata es el pánico.

—¿Quién nos vino a rescatar? ¿Quién nos despertó? ¿Alguien?

—Yo —dijo Matt.

El murmullo murió. De pronto, todos lo miraban.

—¿Cómo lo ha hecho? —le preguntó Harry.

—No estoy seguro de cómo entré aquí. Me gustaría hablar con Hood al respecto…

—Bien, júntese con Jay. Keller, ¿verdad? Le estamos agradecidos, Keller. ¿Qué hacen aquellos botones? Le vi trastear con ellos.

—Apagan lo que nos hace dormir; hay uno por cada asiento.

—¿Alguno está todavía en su sillón? De ser así, salga de ahí ahora. Bien, hay que volver a presionar esos botones; de ese modo parecerá que hubo un apagón. ¿Ha sido por algo así, Keller? ¿Se despertó sólo por casualidad?

—No.

Harry Kane pareció perplejo, pero como Matt no dijo más, terminó encogiéndose de hombros.

—Watson, Chek, encargáos de presionar los botones. Jay, asegúrate de no perder a Keller. El resto de vosotros, ¿estáis listos para moveros?

Hubo un grito de asentimiento. Cuando se acalló, una voz solitaria preguntó:

—¿Hacia dónde iremos?

—Buen punto. Si conseguís liberaros, id hacia las casas de coral alrededor del borde sur, contra el acantilado de Alfa a Beta. ¿Algo más?

Nadie habló, ni siquiera Matt. ¿Para qué hacer preguntas para las cuales nadie tenía respuestas? Matt se sentía aliviado de que alguien tomara las decisiones por un rato. Tal vez todo fuera un gran error, pero noventa y ocho rebeldes podrían hacer cierta fuerza, aunque se movieran en la dirección equivocada. Y Harry Kane era un líder nato.

Laney se separó de sus brazos, pero mantuvo aferrada su mano. Matt reparó en el hecho de que las esposas, aún pendientes de sus muñecas, podrían obstaculizarlo. Jay Hood se ubicó al lado de él; tenía un desgreñado aspecto. Estrechó su mano, sonriendo abiertamente; pero la sonrisa no ocultaba el miedo en sus ojos, que parecía poco dispuesto a retirarse. Pero… ¿había alguna persona en este cuarto que no estuviera aterrorizada? Si acaso la hubiera, no era Matt. Sacó el aturdidor sónico del bolsillo de sus pantalones.

—Todos afuera —dijo Harry Kane, y mantuvo la puerta abierta con su fuerte hombro.

Corrieron hacia el pasillo.

—Le haré perder sólo un minuto de su tiempo, Watts —Jesús Pietro se relajó indolentemente en la silla. Amaba los misterios, y se propuso disfrutar de éste—. Quiero que me describa detalladamente lo que pasó anoche, comenzando con la llamada de Hobart.

—Pero… no hay ningún detalle que referir, señor —el sargento mayor Watts estaba harto de repetir lo mismo. Su voz se había vuelto quejumbrosa—. Cinco minutos después de que usted me llamara, Hobart se comunicó y dijo que tenía a un prisionero. Le dije que lo trajera a mi oficina, pero nunca lo hizo. Finalmente, llamé a la garita. Hobart estaba allí, perfectamente, pero sin el preso, y no podía explicar lo que había pasado. Tuve que ponerlo bajo detención.

Librodot

—El comportamiento de Hobart ha sido desconcertante en varios aspectos. Por eso le pregunto, ¿por qué no llamó usted antes a la garita?

—¿Cómo dice, señor?

—Su comportamiento es tan desconcertante como el de Hobart, Watts. ¿Por qué asumió usted que le tomaría a Hobart media hora llegar su oficina?

—Ah… —Watts se agitó—. Bien, Hobart dijo que este pájaro vino directamente a la puerta y comenzó a golpearla con una roca. Cuando Hobart no llegó en seguida, pensé que debía haberse detenido para interrogar al tipo, y averiguar por qué lo hizo. Después de todo —explicó de prisa—, si él me traía al tipo directamente, probablemente nunca averiguaría el motivo.

—Suena muy lógico. ¿Se le ocurrió en algún momento que el «pájaro» podría haber dominado a Hobart?

—Pero… ¡Hobart tenía un sónico!

—Watts, ¿ha participado alguna vez de una redada?

—Oh, no, señor. ¿Cómo podría yo…?

—Un agente volvió de la redada de antenoche con los huesos de la nariz desparramados por toda la cara. Él también tenía un sónico.

—Sí, señor, pero… era una redada, señor.

Jesús Pietro suspiró.

—Gracias, sargento mayor. ¿Esperaría usted afuera, por favor? Su «pájaro» debería llegar en cualquier momento.

Watts se marchó con expresión de inmenso alivio.

Había llegado a algo bueno, pensó Jesús Pietro, aunque no a lo que hubiera querido. Probablemente todos los guardias de Hospital tuvieran la misma impresión: tener un arma los hacía invencibles *ipso facto*. ¿Por qué no? Los guardias del Hospital nunca habían estado haciendo redadas en las regiones colonistas. Pocos habían visto alguna vez a un colono que no estaba inconsciente. De vez en cuando Jesús Pietro había organizado incursiones de entrenamiento, con guardias jugando la parte de colonos. Nunca se opusieron, en particular; las armas de piedad no producían efectos muy desagradables. Pero los hombres armados siempre ganaban. La experiencia les informaba que quien tenía el arma era el rey, que un hombre armado sólo debía temer a otro hombre armado.

¿Qué hacer? ¿Intercalar guardias e infantería, para dar a los primeros un poco de experiencia? No, la infantería de élite nunca apoyaría tal cosa.

Pero… ¿por qué se preocupaba tanto respecto de la Consolidada?

¿Había sido alguna vez atacado el Hospital? Jamás, gracias a la particular disposición de la meseta Alfa. Una fuerza de colonos no tenía la menor oportunidad de colarse allí.

Pero Keller lo había logrado.

Tomó el teléfono.

—Jansen, averigüe quiénes estaban de guardia en el puente Alfa-Beta anoche. Despiértelos y envíeles aquí.

—Eso llevará al menos quince minutos, señor.

—De acuerdo.

¿Cómo habría pasado Keller entre ellos? Hubo un aeromóvil tomado sobre la Meseta Gamma, pero había sido destruido. ¿Habrá estado el piloto todavía en el vehículo cuando derivó al vacío? ¿Había tenido Keller un chófer? ¿Sabría acaso un colono usar el piloto automático?

Por los Demonios de la Niebla, ¿dónde estaba Keller?

Jesús Pietro comenzó a caminar por el cuarto. No tenía ningún verdadero motivo para preocuparse, pero aún así se sentía inquieto. ¿Instinto? No creía que tuviera instintos. El comunicador habló con la voz de su secretario:

—Señor, ¿pidió usted dos guardias?

—¿Ya llegaron los guardias del puente?

Librodot

—No, señor. Son guardias del Hospital.

—No.

—Gracias —cerró un chasquido.

Algo había accionado las alarmas del Campo la noche anterior. No había sido un conejo; Keller debió haber intentado trepar el muro primero. Si los guardias del Campo habían dejado escapar a un intruso, y luego mentido en el informe… ¡los despellejaría!

—Señor, estos guardias insisten en que usted los hizo llamar…

—¡Mierda, sé condenadamente bien que no lo hice! Dígales… Un momento. Hágalos entrar.

Eran dos hombres corpulentos, cuyos serviciales semblantes intentaban esconder sin éxito la molestia de haber sido hechos esperar.

—¿Cuándo os llamé a vosotros? —preguntó Jesús Pietro.

—Hace veinte minutos —dijo el más alto, en forma demasiado audaz para estar sosteniendo una mentira, opinó Jesús Pietro.

—Hum. Ya. ¿No se supone que debíais recoger a un preso y traérmelo?

—No, señor. Llevamos a Hobart al vivero, lo pusimos en el soñador y vinimos directamente aquí.

—¿No recordáis que se os dijo que…?

El guardia más bajo palideció.

—¡D-Dave! Se supone que de-debíamos traer a alguien… ¡Keller! Un tal Keller…

Jesús Pietro los miró durante veinte segundos completos, con una expresión curiosamente inmóvil en su rostro. Entonces activó el intercomunicador:

—Comandante Jansen, active la alarma de «prisionero suelto».

—Espera un poco —dijo Matt.

El final del enjambre de colonos ya salía. Hood se quedó cortado.

—¿Qué haces?

Matt se escabulló al fondo del vivero. Un hombre yacía boca abajo en el suelo, con el aro aún colocado. Probablemente había pensado que ya estaba seguro una vez que se alzara del sillón. Matt le quitó el electrodo y palmeó su rostro con fuerza dos veces; cuando sus párpados se abrieron indecisos, lo alzó en sus pies y lo empujó hacia la puerta.

Watson y Chek terminaron de presionar botones y se marcharon a la carrera, apartando a empellones a Hood, que estaba en la puerta.

—¡Vamos, hombre, aprisa! —gritó Hood desde la entrada. El pánico aflautaba su voz. Pero Matt estaba de pie, mirando algo en el suelo.

El guardia… ¡Lo habían despedazado!

Matt se sintió de vuelta en el banco de órganos, alelado, rígido por el horror.

—¡Keller!

Matt se inclinó, recogiendo algo suave y húmedo. Su expresión era muy extraña. Anduvo hacia la puerta, vaciló un momento, luego dibujó dos amplios arcos y tres pequeñas curvas cerradas sobre la reluciente superficie metálica. Lanzó con un revés de su mano esa cosa tibia, giró y corrió. Los dos hombres y Laney se lanzaron por el pasillo, buscando reunirse con los demás.

El enjambre de colonos se volcó por la escalera como una cascada: una masa humana compacta, corriendo y tropezando unos con otros, chocando contra paredes y pasamanos y haciendo un infierno de ruido. Harry Kane los conducía. Una fría certeza anidaba en su corazón: la seguridad de que sería el primero en caer cuando encontraran la inevitable guardia armada. Pero para entonces, el enjambre debía tener un ímpetu imparable.

El primer guardia armado estaba de pie varios metros más allá de la siguiente esquina. Dio vuelta el rostro al sentir el estrépito, y se quedó mirando alelado, como si sus ojos contemplaran un milagro. Aún no se había movido cuando la muchedumbre lo alcanzó.

Alguien tuvo el buen sentido de quitarle el arma. Un hombre alto y rubio la tomó, e inmediatamente forzó su camino al frente del grupo, agitándola y gritando para que le dejaran espacio. El enjambre fluyó alrededor y por encima del blando policía de la Consolidada.

El vestíbulo era largo, punteado con puertas a ambos lados. Cada puerta pareció abrirse al unísono. El hombre con el arma cerró su dedo sobre el gatillo y la movió despacio de lado a lado, apuntando hacia el pasillo. Varias cabezas se asomaron por las puertas, miraron detenidamente, hicieron una pausa, y precedieron a sus respectivos cuerpos al encuentro con el piso. El enjambre de colonos redujo la marcha para abrirse camino, esquivando a los tripulantes y medio tripulantes caídos. Sin embargo, todos los yacentes quedaron malheridos o incluso muertos luego de que el enjambre pasó. La Consolidada usaba armas de piedad porque necesitaba mantener intactos a sus presos, con miras al banco de órganos; el enjambre no tenía ningún motivo para la piedad.

La muchedumbre se había estirado, separando al rápido del lento, cuando Kane alcanzó el final del pasillo. Giró la esquina junto a cinco colonos más.

Dos policías estaban apoyados indolentemente contra paredes opuestas, con tazas de café en las manos, y las cabezas giradas para ver de dónde venía el ruido. Durante un mágico momento ellos se quedaron como estaban… y luego sus tazas volaron, trazando amplias espirales de líquido marrón, y sus armas se alzaron como la luz. Harry Kane se derrumbó con un zumbido en sus oídos, pero su última vislumbre del pasillo le mostró que los policías también yacían en el piso.

Estaba caído como un maniquí roto, con la cabeza presa del vértigo, los ojos turbios y el cuerpo tan entumecido como un pollo congelado. Muchos pies cayeron cerca y sobre él. En medio de su inconsciencia sintió débilmente que había recibido una fuerte patada.

De pronto cuatro manos sujetaron sus muñecas y tobillos, y ya estaba en marcha otra vez, balanceándose y colgando entre sus salvadores. Harry Kane se puso contento. Tenía una pobre opinión de las muchedumbres, pero ésta se comportaba mejor de lo que había esperado. A través del zumbido en sus oídos pudo oír una sirena.

Al final de la escalera, alcanzaron la cola del enjambre: Laney en punta, Matt y Jay Hood después de ella. Matt jadeó:

—¡Esperen! Tengo un arma…

Laney vio el punto al instante y redujo la marcha. Matt podría proteger la retaguardia. Si intentaran alcanzar el frente del enjambre, se verían atrapados largo rato en el medio, y el aturdidor sería inútil.

Pero nadie acudió a perseguirlos. Hubo ruidos adelante, y pasaron entre varios cuerpos tumbados: primero un policía, luego una cantidad de hombres y mujeres en delantales de laboratorio. Matt sintió que su estómago trataba de volverse del revés; la crueldad de los rebeldes era espantosa. Lo mismo vio en el rostro de Hood: la apretada sonrisa de un asesino, falseando su aspecto de intelectual.

Delante de ellos, más escándalo. Dos hombres se detuvieron para alzar una pesada figura caída, y siguieron corriendo. Harry Kane había quedado fuera de acción.

—¡Espero que haya algún otro conduciéndonos! —gritó Hood.

Una sirena resonó en los pasillos: era lo bastante estridente como para despertar a los Demonios de la Niebla, y enviarles gritando al cielo por un poco de paz. Hacía vibrar el hormigón, y penetraba hasta los huesos. Hubo otro ruido, un traqueteo metálico, que apenas se oyó por encima de la sirena. Una plancha de hierro cayó en medio del enjambre, cortándolo en dos; un hombre fue aplastado por ella. Quizá una docena de hombres y mujeres —la cola del enjambre— golpearon contra la placa llevados por el impulso de la carrera y rebotaron hacia atrás.

Atrapados. El otro extremo también fue bloqueado. Pero una serie de puertas se alineaban a ambos lados del pasillo. Un hombre salió corriendo hacia el extremo posterior,

Librodot

girando su cabeza de acá para allá para mirar brevemente por las puertas abiertas, haciendo caso omiso de las cerradas.

—¡Por aquí! —gritó, agitando un brazo. Los demás lo siguieron en silencio.

Era un salón, un cuarto de relajación, amueblado con cuatro amplios canapés, varias sillas dispersas, dos mesas de juego y un enorme dosificador de café. Y un gran ventanal panorámico. Cuando Matt alcanzó la puerta, la ventana ya bostezaba ampliamente, mostrando dientes de agudo cristal. El hombre que había encontrado el cuarto usaba una silla para romper las astillas de la parte inferior.

Un zumbido casi silencioso, y Matt sintió el entumecimiento de un haz sónico. ¡Provenía de la entrada del salón! Cerró de golpe la puerta y el haz se detuvo.

¿Aturdidores automaticos?

—¡Benny! —gritó Laney, sujetando el extremo de un canapé.

El hombre de la ventana dejó caer la silla y corrió para tomar el otro extremo. Había sido uno de los escoltas de Laney la noche de la fiesta. Dejaron caer el canapé a través del alféizar, sobre el cristal roto. Los colonos comenzaron a trepar por sobre el canapé.

Hood había encontrado algo que parecía un armario empotrado y lo había abierto. Pareció que hubiera sido la caja de Pandora. Matt vio media docena de hombres en batas blancas caer sobre Hood; en segundos lo hubieran hecho pedazos. Usó su sónico; todos ellos cayeron en bulto, incluso Hood. Matt lo retiró del montón, se lo echó sobre un hombro e intentó imitar a los demás trepando por sobre el canapé, pero Hood era más pesado de lo que hubiera creído.

Tuvo que dejarlo caer sobre la hierba, y seguirlo luego. Lejos a través del césped se veía el muro del Hospital, inclinándose hacia afuera, la cumbre entrelazada con alambres que se inclinaban hacia adentro. Alambre muy delgado, apenas visible como fina y tenue niebla. Matt recogió a Hood, y al echar un vistazo alrededor vio que los demás corrían a lo largo del edificio, con el hombre alto llamado Benny en cabeza. Él se bamboleó en pos de ellos.

Llegados a una esquina ―el Hospital parecía tener un millón de ellas―, se habían detenido bruscamente, y retrocedían. ¿Llegarían los guardias? Dejó a Hood en el suelo y tomó su sónico, mirando hacia atrás.

Un arma y la mano que la empuñaba surgieron de la ventana rota. Matt hizo fuego, y el hombre cayó. Pero sabía que debía haber otros allí. Matt se zambulló agazapado bajo la ventana, se alzó de repente, y disparó en abanico hacia adentro. La media docena de policías disparó en respuesta. El brazo y costado derecho de Matt quedaron entumecidos; dejó caer el arma, y se refugió debajo del alféizar. En un momento ellos echarían un vistazo. Vio que el hombre llamado Benny corría hacia él. Matt tomó con su mano izquierda el sónico del primer policía caído y se lo lanzó a Benny, y luego recogió el propio.

Los hombres de adentro no esperaban encontrarse con Benny. Trataron de disparar sobre el alféizar a Matt, y para hacer eso tuvieron que asomarse. En medio minuto todo había concluido.

—Hay un estacionamiento con aeromóviles más allá de la esquina. Tiene custodia ―dijo Benny.

—¿Saben que estamos aquí atrás?

—No lo creo. Los Demonios de la Niebla nos han dado una niebla ―Benny se rió de su juego de palabras.

—Bien. Podemos aprovechar estas armas. Tendrá que llevar a Jay; tengo paralizado un brazo.

—Pero Jay es el único que sabe volarlos…

—Yo puedo —dijo Matt.

—Comandante Jansen, active la alarma de «prisionero suelto».

El sonido de la sirena vino al instante, incluso antes de que Jesús Pietro pudiera cambiar de opinión. Por un breve instante estuvo seguro, increíblemente seguro de que se había puesto en ridículo. Esto podría costarle muy caro…

Pero no. Keller había venido a liberar a los presos. Keller no estaba aquí; por lo tanto estaba libre. Su primer movimiento debía ser liberar a los otros Hijos de la Tierra. Si el guardia del vivero lo hubiera detenido, habría llamado entonces aquí… Pero nadie había llamado; por lo tanto, el colono había tenido éxito.

Pero… ¿qué sucedería si Keller estaba inocuamente dormido en el vivero? Oh, tonterías. ¿Por qué se habían olvidado los guardias de él? Se comportaban demasiado parecido a como Hobart se había comportado la noche anterior. Algún milagro había operado, un milagro de la clase que Jesús Pietro comenzaba a asociar con Keller. Debía haber algún propósito en ello.

Un milagro había operado para liberar a Keller.

Y los pasillos debían estar llenos de rebeldes furiosos.

Era muy malo eso. La Consolidada tenía fuertes motivos para usar armas de piedad. Los rebeldes no tenían nada de eso… ni armas de piedad, ni motivos. Matarían a golpes quien se cruzara en su camino.

Las compuertas de acero estarían cayendo en su lugar ahora, vibrando en las frecuencias que producen sueño. Ya el peligro sería mucho menor, casi seguramente. A menos que los rebeldes hubieran dejado los pasillos…

¿Cuánto daño habrían hecho ya?

—Veníos conmigo —dijo Jesús Pietro a los guardias, mientras marchaba hacia la puerta—. Las armas preparadas —añadió sobre su hombro.

Los guardias salieron de su estupor y se apresuraron a seguirlo. No tenían la más leve idea de lo que sucedía, pero Jesús Pietro estaba seguro de que reconocerían a un colono a tiempo para dispararle. Serían una adecuada protección.

Eran una docena de colonos, dos de ellos atontados. Siete armas capturadas.

Matt se mantuvo oculto detrás de la esquina, obedeciendo de mala gana las órdenes de Benny. Con él quedaron las dos mujeres —Laney y una tigresa de voz grave y mediana edad llamada Lydia Hancock—, y los dos caídos: Jay Hood y Harry Kane.

Matt hubiera deseado enfrentarse con la guardia del estacionamiento, pero no podía luchar contra la lógica. Como era el único que podría volar un móvil, tuvo que quedarse a resguardo mientras los demás cargaban hacia el campo con sus sónicos preparados.

El estacionamiento era una extensión grande y llana de césped mutado, una variante de la hierba que soportaba infinitamente el pisoteo. Unas líneas blancuzcas cruzaban el verde, separando zonas de aparcamiento; los trazos blancos también eran una hierba. Dos móviles descansaban cerca del centro de sendas zonas. Unos hombres se movían en derredor de los móviles, atendiéndolos y retirando unas latas metálicas adosadas a sus vientres. La niebla colgaba a metro y medio por encima de la hierba bajo la difusa luz del sol, y se rizó sobre los rebeldes cuando rompieron a correr.

Estaban a mitad de camino de los móviles cuando alguien sobre el muro del Hospital apuntó un cañón sónico de foco amplio hacia ellos. Los rebeldes cayeron de inmediato, como el heno ante una guadaña. Lo mismo les pasó a los mecánicos alrededor de los móviles. Veinte hombres yacían ahora inconscientes, dispersos a través del estacionamiento, con la niebla rizándose alrededor de ellos.

Matt retiró la cabeza cuando el cañón sónico se balanceaba hacia la esquina. Aunque fue rápido, aún sintió un breve entumecimiento, débil y remoto, emparejando el adormecimiento que sentía en su brazo derecho.

—¿Esperamos a que lo apagen, y luego corremos hacia los móviles?

—Creo que nos tienen copados —dijo Laney.

Librodot

—¡Nada de eso! —escupió salvajemente la Hancock. Matt la había conocido apenas quince minutos antes, y nunca la había visto sin esa expresión enfurecida en su semblante. Ella era feroz, voluminosa y poco agraciada: apropiada carne de cañón—. ¡Ellos no nos tendrán hasta que nos hayan atrapado!

—Bien, escuchadme. Algo impide que la gente me vea…, a veces —dijo Matt—. Si queréis arriesgaros, y si os quedáis cerca de mí, tal vez pueda protegeros a todos.

—Estás… loco —la voz de Hood sonaba confusa, apenas comprensible. Sólo sus ojos se movieron para mirar a Matt. Harry también estaba despierto, consciente pero inmóvil.

—Es verdad, Hood. No sé por qué, pero funciona. Pienso que debe ser un poder psíquico.

—Si crees en psi… crees serlo.

—El cañón sónico se detuvo —anunció Laney.

—Mi brazo está muerto. Laney, tú y la señora…

—Llámeme Lydia.

—Tú y Lydia pongan a Hood sobre mi hombro izquierdo, luego encárguense de Harry. Manténganse siempre a mi lado. Recuerden que saldremos caminando; no intenten huir y esconderse. Si de todas formas nos disparan, les pediré perdón apenas tenga la posibilidad.

—Ahora, entons…

—De acuerdo, Hood. Siento mucho habernos hecho matar a todos.

—Bien.

—Vamos.

Capítulo VII - EL CORAZÓN SANGRANTE

Cuando vieron eso… Jesús Pietro se estremeció. Vio a sus guardias encogerse y retroceder, renuentes a entrar, pero incapaces de apartar las miradas. ¡Confiarán un poco menos en sus armas luego de esto!

El guardia del vivero seguramente estaba armado. Pero probablemente no había podido desenfundar a tiempo.

No tendría otra oportunidad.

Parecía el derrame de un tanque transportador del banco de órganos.

Hobart, muerto cerca del fondo del vivero, no lucía mejor. Jesús Pietro sintió una puñalada de culpa; no había planeado tal destino para él.

Aparte de los dos cuerpos, el vivero estaba vacío. Naturalmente.

Jesús Pietro miró una vez más alrededor de él; sus ojos encontraron la puerta y los oscuros garabatos sobre su superficie de acero brillante.

Era un símbolo de alguna clase; estaba seguro de eso. Pero ¿de qué? El emblema de los Hijos de Tierra era un círculo que contenía un contorno estilizado del supercontinente americano. Esto no era nada parecido, ni se parecía a nada que hubiera visto antes. Pero había sido sin duda trazado con sangre humana.

Dos amplios arcos, bilateralmente simétricos. Tres pequeñas curvas cerradas debajo, como círculos con colas. ¿Renacuajos? ¿Algún microorganismo?

Jesús Pietro frotó sus ojos con los cantos de sus manos. Más tarde le preguntaría a los prisioneros. Mejor olvidarlo por el momento.

—Supongamos que los fugitivos tomaron la ruta más rápida a la entrada principal… —dijo. Si acaso los guardias se sorprendieron de oírlo pensar en voz alta, reaccionaron de la misma manera que el comandante Jansen había aprendido hace mucho: no dijeron una palabra—. Vengan conmigo —instruyó al fin.

Izquierda, derecha, abajo por la escalera… un policía muerto en el pasillo, su uniforme de la Consolidada tan rasgado y arruinado como él mismo. Jesús Pietro lo esquivó sin

interrumpir su paso de *juggernaut*. Llegó a la primera compuerta de emergencia de acero y usó un silbato ultrasónico. Cuando la puerta ascendió, los guardias se crisparon.

Dos lastimosas filas de mutilados y muertos, y otra compuerta de acero al final. Los muertos semejaban a una explosión en el banco de órganos… Era definitivamente el modo lógico de pensar en lo que estaba al frente; de ese modo no tendría que considerar que habían sido seres humanos bajo la protección de Jesús Pietro. La mayoría no eran siquiera policías, sino civiles: médicos y enfermeros, y un par de técnicos de Energía.

¡Qué lección tan valiosa sacarían de esto los guardias del Hospital! Jesús Pietro se sintió enfermo. Sólo lo evidenció en su insólita palidez; pero tal cosa no se podía controlar. Marchó por el pasillo con expresión distante. La compuerta subió cuando ellos se acercaron.

Varios colonos estaban amontonados contra las puertas de acero en ambos extremos, como si trataran de escapar de la trampa aún estando inconscientes. Uno de los policías habló por su transmisor, solicitando camillas.

Jesús Pietro estaba de pie, mirando a los rebeldes amontonados.

—Nunca antes los odié realmente —dijo él.

—Keller, usa… el girs…

—¿Qué? —Matt no podía prestarle atención. Intentaba volar con una sola mano, la menos hábil; el móvil daba tumbos y corcoveaba como un potro asustado.

—¡Giros…cop-pio! —Hood articulaba dolorosamente.

—Lo veo. ¿Qué hago con ello?

—¡Prende!

Matt giró el interruptor del giróscopo a SI. Algo zumbó debajo de ellos. El móvil tembló y luego se corrigió solo, marchando sereno hacia el frente.

—Acele…

Matt empujó la palanca. El móvil comenzó a acelerar.

—Quiero… ver. Laney…

Hood estaba sentado hacia la ventana delantera izquierda, con Harry Kane al medio y Matt a la derecha. Laney se alzó del asiento de atrás para sostener derecha la cabeza de Hood contra la ventana.

—Gira… a la dere…

—¿Cómo lo hago?

—Timón. Manijj…

—¿Manija? ¿Como esta cosa?

—Sí… torpe…

—Para tu conocimiento —dijo Matt glacialmente—, volé un móvil todo el camino desde el sótano de Harry a la meseta Alfa. Y era la primera vez que estaba a bordo de un vehículo de éstos. Naturalmente, no sé lo que todos estos controles hacen…

—Bien. Ahora endere… hasta… yo te diga.

Matt liberó el timón. El móvil se enderezó y voló recto por sí mismo.

—No vamos hacia las casas de coral —dijo Matt, de pronto.

—No —Harry Kane habló lento, pero claramente—. Las casas de coral… son el primer lugar… en que buscarán. Pero… yo no podía llevar… a cien personas adonde vamos.

—¿Y dónde vamos?

—Una casa grande… de Geoffrey Eustace Parlette… y su familia. Ahora está deshabitada.

—¿Y dónde está ese tipo mientras tanto?

—Él y su familia están… en un pequeño centro turístico en Iota. Tengo contactos… en Alfa, Keller.

—¿Parlette, dijo? ¿Algo que ver con…?

—Es el nieto. Millard Parlette estaba allá con ellos…, pero regresó para un discurso. Creo que debería comenzar… por estas horas. La estación de radio de Nob Hill está bastante

Librodot

lejos, y sus anfitriones habituales no están aquí…, por lo que él probablemente se quedará con algún pariente.

—Todavía parece peligroso…

—Mira quién lo dice.

El elogio encubierto golpeó a Matt como seis martinis secos. ¡Lo había logrado! Había entrado en el Hospital, liberado a los prisioneros, creado un infierno allí, dejado su señal, ¡y estaba libre, sano y salvo!

—Podemos esconder el móvil hasta que el frenesí se extinga —dijo él—. Entonces volver a Gamma…

—¿Y dejar a mi gente en el vivero? —protestó Kane—. No puedo hacer eso. Y es urgente rescatar a Polly Tournquist…

Polly. La muchacha que… Sí.

—Yo no soy uno de sus rebeldes, Harry. El maravilloso rescate ya acabó. Francamente, sólo vine aquí para liberar a Laney si podía. Puedo abandonar esta cruzada cuando yo quiera.

—¿Piensa que Castro le dejará ir, Keller? Él debe saber que usted… era uno de los prisioneros. Lo perseguirá dondequiera que se esconda. Además, no puedo dejarle el móvil; lo necesitaré para mi propio… maravilloso rescate.

Matt hizo una mueca. ¿No era su móvil, acaso? Lo había robado por sí mismo. Pero podrían discutir el asunto más tarde.

—¿Por qué mencionó a Polly? ¿Qué tiene de urgente?

—Ella vio bajar la carga del último ramrobot. Castro probablemente le quitó las fotos… que ella tomó cuando abrieron el contenedor. La interrogará para averiguar quién más sabe del asunto.

—¿De qué se trata?

—No tengo la menor idea; Polly es la única que lo sabe… aún. Pero debe ser bastante importante. Polly lo creía así, y por lo visto Castro… también lo cree. Usted no sabía que llegó un ramrobot, verdad?

—No.

—Los tripulantes lo mantuvieron en secreto. Nunca han hecho eso antes.

—Polly actuaba como si hubiera encontrado algo inmensamente importante —comentó Laney—. Insistió en reunirnos de repente, antenoche. Pero Castro no le dio oportunidad. Ahora me pregunto si no sería el ramrobot lo que provocó la redada.

—Podría estar ya en los bancos de órganos —adujo Matt.

—No lo creo —dijo Harry—. No si Castro… le encontró el rollo de fotos. Ella no le habrá dicho nada, y usarán… la cura del ataúd; eso lleva tiempo.

—¿Cura del ataúd?

—No es algo importante.

Importante o no, a Matt no le gustó cómo sonaba.

—¿Cómo planea montar el rescate?

—Aún… no lo sé.

—A la izquier… —dijo Hood.

Las casas y la vegetación rodaron bajo el vehículo. Volar un móvil era infinitamente más fácil con los giróscopos en marcha. Matt no podía ver otros móviles alrededor, ni policías ni civiles. ¿Algo los habría mantenido en tierra?

—Entonces… —le dijo Laney—, ¿has viajado todo el camino hasta al Hospital para rescatarme?

—En un móvil robado —recalcó Matt—. Con un pequeño desvío hacia el vacío neblinoso.

La amplia boca de Laney formó una media sonrisa, mitad alegría y mitad diversión.

—Naturalmente, me siento muy halagada.

—Naturalmente.

Lydia Hancock habló desde el asiento de atrás:

—Me gustaría saber por qué ellos no nos dispararon, allí en el estacionamiento.

—Y tú sabías que ellos no lo harían —recordó Laney—. ¿Cómo lo supiste, Matt?

—Secundo la moción —dijo Harry Kane.

—No lo sé —reconoció Matt.

—Pero sabías que sería posible.

—Sí.

—¿Por qué?

—Bien. ¿Hood, me escuchas?

—S-sí.

—Es una historia larga. Comenzaré por la mañana posterior a la fiesta…

—Empieza por la fiesta —sugirió Laney.

—¿Todo, Laney?

—Todo —ella dio a la palabra un excesivo énfasis—. Pienso que cualquier cosa podría ser importante, Matt.

Matt presentó una incómoda rendición.

—Tal vez así sea. Bien, encontré a Hood en un bar luego de ocho años…

Jesús Pietro y el comandante Jansen se mantuvieron fuera del camino de la corriente de camillas que entraba en el vivero y depositaba su carga en los sillones ergonómicos. En otra parte del Hospital, más camillas llevaban los muertos y heridos a las salas de operaciones: unos para ser restaurados a vida, la salud y la utilidad; otros para ser canibalizados en busca de partes indemnes.

—¿Qué cree que signifique eso? —preguntó Jesús Pietro.

—No lo sé —dijo el comandante Jansen. Se alejó de la puerta para conseguir una mejor vista del símbolo—. Pero me parece familiar.

—Eso no es de ninguna ayuda.

—¿Debo asumir que un colono lo dibujó?

—Parece lógico. No dejaron a nadie más con vida.

El comandante Jansen se paró más lejos aún, balanceándose ligeramente sobre los dedos de los pies, las manos en las caderas. Finalmente dijo:

—Me recuerda a una tarjeta de San Valentín, señor.

—Una tarjeta… —Jesús Pietro miró con intensa irritación a su ayudante. Volvió la mirada hacia la puerta y declaró, con sorpresa—: Que me condenen, tiene usted razón. Parece una tarjeta del día de San Valentín.

—Con lágrimas.

—Una tarjeta de San Valentín con lágrimas… Quienquiera que haya dibujado tal cosa no está en sus cabales. Una tarjeta… ¿Por qué nos dejarían los Hijos de Tierra una tarjeta del día de San Valentín dibujada con sangre humana?

—Sangre, es cierto. Ah, ya lo veo… Eso es lo que es, señor. Un corazón sangrando. Nos dicen que están contra la práctica de ejecutar a los criminales para equipar el banco de órganos.

—Hum. Una actitud esperable de su parte…

Jesús Pietro miró una vez más hacia el vivero. Los cuerpos de Hobart y del guardia habían sido retirados, pero los rastros de la carnicería permanecían.

—Sin embargo, sus actividades resultan descorazonadoras[7] —cerró.

Treinta mil pares de ojos esperaban detrás de las lentes tridi.

[7] Se modificó la oración por intraducible. Jesús Pietro dice "*They don't act like the usual sort of bleeding heart*", lo que significa textualmente: "No actúan como normalmente lo hace un corazón sangrante". El detalle es que *bleeding heart* (corazón sangrante) es una forma de decir "persona con alma generosa y desinteresada" en inglés. *(Nota del Trad.)*

Cuatro cámaras lo rodeaban. Estaban fuera de señal ahora, y desatendidas, mientras los camarógrafos se movían por el cuarto, haciendo y diciendo cosas que Millard Parlette no hizo ningún esfuerzo por comprender. En quince minutos aquellas ciegas lentes tridi serían como unas mirillas para sesenta mil ojos.

Millard Parlette comenzó a hojear sus notas. Si había algún cambio, el momento era ahora.

I - Introducción.

A. Acentuar la emergencia genuina.
B. Mencionar el paquete del ramrobot.
C. Lo que sigue es de fondo.

¿Qué tan real le parecería la emergencia a estas personas? La última sesión de emergencia que Millard Parlette podía recordar fue durante la Gran Plaga de 2290, más de un siglo atrás. La mayor parte de su auditorio no había nacido entonces.

De ahí es que prefería mencionarlo en la introducción, para captar su atención.

II - El problema del banco de órganos.

A. La Tierra lo llama un problema; nosotros no. En consecuencia, la Tierra sabe bastante más sobre el asunto.

B. Cualquier ciudadano, con la ayuda del banco de órganos, puede vivir tanto como pueda mientras su sistema nervioso central no se desgaste. Eso puede ser mucho tiempo, si el sistema circulatorio se mantiene funcionando correctamente.

C. Pero el ciudadano no puede tomar del banco de órganos más de lo que entra en él. Debe hacerse todo lo posible para que haya suministros.

D. El único método factible de abastecer el banco de órganos es mediante la ejecución de criminales. (Demostrar esto; mostrar por qué son inadecuados otros métodos)

E. El cuerpo de un criminal puede salvar una docena de vidas. No hay argumento válido ya contra la pena de muerte, y para ningún delito, dado que todo argumento de ese tipo procura demostrar que ocasionar la muerte de un malhechor no devuelve nada bueno a la sociedad. De ahí que el ciudadano, que quiere vivir tanto tiempo como sea posible y tan sano como se pueda, votará que cualquier delito tiene pena capital si el banco de órganos se encuentra falto de suministros.

Nota: Citar la instauración de la pena de muerte en la Tierra para los delitos de falsedad publicitaria, evasión de impuestos sobre la renta, contaminación del aire, tener hijos sin licencia.

Lo increíble es que había tomado mucho tiempo para que estas leyes fueran aprobadas.

El problema del banco de órganos podría darse por iniciado en el año 1900, cuando Karl Landsteiner separó la sangre humana en cuatro tipos: 0, A, B y AB. O tal vez en 1914, cuando Albert Hustin encontró que el citrato de sodio impedía que la sangre se coagulara. O en 1940, cuando Landsteiner y Wiener descubrieron el factor Rh. Los bancos de sangre podrían haber sido fácilmente abastecidos por los criminales condenados, pero por lo visto nadie había caído en la cuenta de ello.

Y luego el trabajo de Hamburger durante los años 60 y 70 en un hospital de París, en donde trasplantó riñones que no habían sido donados por gemelos idénticos. Luego el suero antirechazo descubierto por Mostel y Granovich en el 2010…

Nadie pareció haber notado las implicaciones… hasta mediados del siglo veintiuno.

Entonces ya había bancos de órganos por todo el mundo, inadecuadamente abastecidos por la gente, gracias a la voluntad de donar sus cuerpos a la ciencia médica.

¿Qué tan útil es el cuerpo de una persona que muere de vejez? ¿Qué tan rápido se puede llegar a un accidente automovilístico? Y en 2043… Arkansas, que nunca había revocado la pena de muerte, hizo del banco de órganos el método estatal oficial de ejecución.

La idea se había extendido como un fuego incontrolable… «Como una plaga moral», según las palabras de un crítico de la época. Millard Parlette había investigado muy a fondo, pero luego había cortado toda la parte histórica de su discurso por temor a perder auditorio. A la gente en general —pero sobre todo a los tripulantes— no le agradan los sermones.

F. Por ello, un gobierno que controla el banco de órganos es más poderoso que cualquier dictador en la historia. Muchos dictadores han tenido el poder de la muerte, pero el banco de órganos otorga al gobierno el poder de dar muerte… y vida.

1) Vida. El banco de órganos pueden curar casi todo, y el gobierno puede regular qué ciudadanos se beneficiarán, sobre la base de que los suministros no escaseen. Las prioridades se hacen vitales.

2) Muerte. Ningún ciudadano protestará cuando el gobierno condene a un hombre a muerte, dado que esa muerte le otorga al ciudadano más posibilidades para vivir.

Esto es falso e injusto; siempre hubo y habrá altruistas. Pero dejémoslo así.

III El problema en las colonias.

A. Aloplastía: la ciencia que estudia el introducir materiales extraños al cuerpo humano para cumplir objetivos médicos.

B. Ejemplos:

1) Audífonos implantados

2) Marcapasos y corazones artificiales

3)Tubería plástica para reemplazar venas y arterias.

C. La aloplastía se usa sobre la Tierra desde hace quinientos años.

D. No hay aloplastía en los mundos coloniales. Se requiere una avanzada tecnología.

E. Todos los mundos coloniales poseen instalaciones de bancos de órganos. El cuarto de estasis de un crucero colonial está diseñado para congelar órganos. Las naves aterrizadas son así transformadas en el corazón del banco.

F Esto hace que el banco de órganos no pueda ser suplantado ni por la alternativa de la aloplastía en cualquier mundo colonial.

IV El problema en relación con las políticas de fuerza en Monte Lookitthat.

A. El Convenio del Descenso.

Millard Parlette frunció el ceño. ¿Cómo reaccionaría el tripulante medio al conocer la verdad sobre el Convenio del Descenso?

Lo que enseñaban en la escuela era verdadero, pero sólo en las generalidades. El Convenio del Descenso, el acuerdo que dio autoridad a la Tripulación sobre los colonos, se había firmado cuando el aterrizaje de la *Planck*. Los colonos habían estado de acuerdo, todos ellos.

La razón fundamental era la misma también. La Tripulación había tomado todos los riesgos, había hecho todo el trabajo por décadas, sufrió y trasigó como un esclavo a lo largo de los años de entrenamiento y viaje para alcanzar un objetivo que fuera habitable. Los

Librodot

colonos habían dormido pacíficamente todos aquellos cansadores años en el espacio. Era correcto que la Tripulación debía gobernar.

Pero… ¿cuántos tripulantes sabían que aquellos primeros colonos habían firmado el Convenio bajo la amenaza de las armas? ¿Y cuántos sabían que ocho colonos habían preferido morir antes que ceder su libertad?

¿Y debía ser Millard Parlette quien les dijera?

Sí, debía ser él. Tenían que entender la naturaleza de las políticas de fuerza. Dejó la nota sin alterar.

B. El Hospital:

1) Controla la energía eléctrica.
2) Controla los medios de noticias.
3) Controla los medios de justicia: policía, procesos, ejecuciones.
4) Controla la medicina y el banco de órganos: el lado positivo de la justicia.

C. ¿Reemplazos de órganos para los colonos? ¡Sí!

1) Los colonos en buena posición económica obviamente tienen derecho a la asistencia médica. Obviamente a ellos se les presta.
2) La Justicia debe tener un lado positivo.
3) La cuestión del banco de órganos implica que si los colonos tienen derecho a tratamiento médico apoyarán al gobierno.

V La cápsula del ramrobot #143.
(Mostrar las imágenes. Darles el tour completo. Usar la número 1 para producir impacto visual, pero concentrarse en las implicaciones del rotífero).

¡Había algo que podría añadir a esto! Millard Parlette miró su mano derecha. Esto venía perfecto. Y el contraste con su mano izquierda sin tratar sería dramático.

¡Los haría caer de culo!

VI El peligro de la cápsula traída por el ramrobot.

A. No convierte en obsoleto al banco de órganos. La cápsula proveyó sólo cuatro artilugios. Sustituir el banco de órganos requeriría cientos o miles de ellos, y cada uno habrá de ser considerado como un proyecto separado.
B. Pero cualquier informe a los colonos haría volar su capacidad más allá de toda proporción. Los colonos asumirían que la pena de muerte debiera revocarse ya mismo.

Millard Parlette echó un vistazo detrás de él… y se estremeció. No se podía mantener una conducta racional frente a lo traído por el ramrobot #143. El impacto visual era demasiado fuerte.

Si su discurso se hiciera monótono en algún punto, podría concitar nuevamente la atención simplemente pidiendo al operador que cambiara a las cámaras que enfocaban los artilugios que había traído el #143. Eso bastaría.

C. En ningún caso puede revocarse la pena de muerte.

1) Disminuir la severidad del castigo provocaría un drástico aumento del delito. (Citar ejemplos de la historia de la Tierra. Desafortunadamente, Monte Lookitthat nunca lo ha hecho)

2) ¿Qué castigo substituiría a la pena de muerte? No hay prisiones en Monte Lookitthat. Las advertencias y asientos negativos en los registros de las personas sólo conservan su fuerza bajo la amenaza de pasar al banco de órganos.

VII Conclusión.

Ya sea por la violencia, o en forma pacífica, el gobierno de la Tripulación terminará el mismo día en que los colonos se enteren del contenido de la cápsula traída por el Ramrobot #143.

Tres minutos para el aire. Ni modo de cambiar el discurso ahora.

La pregunta era, y siempre lo fue, la propia oportunidad del discurso. ¿Deberían enterarse los treinta mil tripulantes de lo que había llegado en la cápsula del ramrobot #143? ¿Podría hacerles entender su importancia? Y… ¿podría tanta gente mantener oculto tamaño secreto?

Los miembros del Consejo habían luchado ferozmente para entorpecer este acontecimiento. Sólo el seguro predominio de Millard Parlette, su conocimiento de los senderos del poder y de las debilidades de los otros miembros de Consejo, incluso la asombrosa respetabilidad y autoridad que emanaba de su figura ―ventaja de la que se aprovechó despiadadamente―, y sobre todo su férrea determinación habían finalmente doblado el brazo del Consejo, para permitirle lanzar esta declaración de emergencia.

Y ahora cada tripulante sobre la meseta Alfa, y en todas partes, se encontraba ante su equipo receptor de tridi. Ningún móvil sobrevolaba Alfa; ningún esquiador se deslizaba sobre las nieves del glaciar del norte. El lago, las fuentes termales, los salones de juego de Iota estaban vacíos…

Un minuto para el aire. Demasiado tarde ya para suspender el discurso.

¿Podrían esas treinta mil personas guardar tal secreto?

Por supuesto…, jamás podrían.

—Aquella casa grande… con la azotea plana —dijo Harry Kane.

Matt inclinó el móvil a la derecha y prosiguió con su relato:

—Esperé que los dos se retiraran, y cuando los perdí de vista regresé al vivero. El guardia de adentro me abrió la puerta. Lo derribé y tomé su arma, encontré el panel de botones y comencé a presionarlos uno por uno.

—Aterriza en el jardín, no sobre la azotea. ¿Has descubierto ya lo que estaba mal en sus ojos?

—No.

Matt accionó las persianas y el timón, tratando de ubicar el móvil encima del jardín. Era amplio, y terminaba contra el borde al vacío: un jardín formal, en un estilo de mil años de antigüedad: un laberinto simétrico de setos en ángulo recto, que encerraban unos rectángulos de color brillante. La casa también era todo rectángulos, una versión enorme de las pequeñas e idénticas casas de la época de bonanza del siglo diecinueve en Norteamérica. Techo plano, paredes lisas, casi sin decoración, del tamaño de un motel pero tan amplia que parecía baja, la vivienda parecía haber sido construida de partes prefabricadas y luego ampliada de la misma manera a lo largo de los años. Geoffrey Eustace Parlette había resucitado claramente un anticuado mal gusto en la esperanza de conseguir algo nuevo y diferente.

Matt no lo vio de esa manera, naturalmente. Para él todas las casas de Alfa eran igualmente extrañas.

Hizo descender el móvil sobre la tira de hierba, junto al borde del vacío. El móvil aterrizó, rebotó, y tomó tierra otra vez. En el que juzgó era el momento apropiado, Matt desactivó las cuatro palancas de los propulsores. El móvil cayó sacudiéndose. Las palancas intentaron activarse otra vez, y Matt las contuvo con su mano, mirando desesperadamente a Hood por ayuda.

Librodot

—Giróscopo —dijo Hood.

Matt obligó a su entumecido brazo derecho a estirarse y chasquear el interruptor de los giróscopos.

—Sólo necesitas algo de entrenamiento —dijo Harry Kane, haciendo gala de una abnegación admirable—. ¿Has terminado con tu historia? —había insistido en que Matt pudiera relatarla sin interrupciones.

—Pude haber olvidado algunos detalles…

—Esperaremos a estar seguros antes de preguntarte por ellos. Matt, Laney, Lydia: sáquenme de aquí y coloquen a Jay delante del tablero de instrumentos. Jay, ¿puedes mover los brazos?

—Sí. Los efectos del aturdidor se van quitando.

Matt y las dos mujeres se apearon. Harry salió por su cuenta, sacudiéndose un poco por las contracciones nerviosas, pero al fin se mantuvo en pie. Descartó los gestos de ayuda y clavó la vista en Hood. Éste había abierto un panel del salpicadero y metía allí la temblequeante mano.

—¡Matt! —Laney lo llamó sobre su hombro. Estaba de pie a centímetros del borde al vacío.

—¡Retírate de allí!

—¡Nada de eso! Ven tú aquí.

Matt se acercó, y lo mismo hizo Lydia Hancock. Los tres se quedaron de pie en el límite de la hierba, mirando hacia abajo.

El sol estaba a sus espaldas, a unos cuarenta y cinco grados de elevación. La niebla de vapor de agua que había cubierto el sur de la Meseta esa mañana ahora estaba saliendo del borde al vacío, casi a sus pies. Y entonces vieron sus sombras… tres sombras que se extendían abajo hacia el infinito, tres túneles negros y bien perfilados que se hacían más y más estrechos a medida que penetraban por la niebla iluminada, hasta alcanzar un punto en que se desvanecían. Pero para cada uno de ellos, parecía que sólo su propia sombra estuviera rodeada de un pequeño y vívido arco iris, perfectamente circular.

Una cuarta sombra se les unió, moviéndose lenta y dolorosamente.

—Ah, si tuviera una cámara… —se afligió Harry Kane.

—Nunca vi esto antes —dijo Matt.

—Yo sí… Una vez, hace ya tiempo. Fue como haber tenido una visión. Yo, el representante del Hombre, de pie en el borde del mundo, con un arco iris sobre la cabeza. Esa misma noche me uní a los Hijos de la Tierra.

Un leve zumbido sonó detrás de ellos. Matt giró para ver el móvil deslizarse solo frente a él a través del césped, hacer una pausa en el borde, luego seguir hacia el vacío. Se cernió sobre la niebla y luego entró en ella, decolorándose como una marsopa al sumergirse.

Harry se dio vuelta y llamó:

—¿Todo bien?

Hood se arrodillaba sobre la hierba, allí donde el móvil había estado.

—Listo. Subirá cada medianoche, esperará quince minutos, luego volverá abajo. Hará lo mismo las próximas tres noches. ¿Me ayudaría alguien a entrar en la casa?

Matt lo arrastró a medias por el jardín. Hood era pesado; sus piernas se movían, pero no lo soportaban. Mientras andaban, le preguntó en voz baja:

—Oye, Matt, ¿qué era eso que dibujaste sobre la puerta?

—Un corazón sangrando.

—Ah. ¿Por qué?

—No estoy muy seguro. Cuando vi lo que los colonos habían hecho al guardia, me pareció estar de regreso en el banco de órganos. Entonces recordé a mi tío Matt… —un reflejo hizo que su mano se cerrara más fuerte en el brazo de Hood—. Ellos se lo llevaron cuando yo tenía ocho años. Nunca averigüé el motivo. Tenía que dejar algo para decirles que había estado allí… Yo, Matt Keller, he entrado solo y salido con un ejército. ¡Una para el tío

Matt! Estaba un poco chalado en ese momento, Jay; había visto algo en el banco de órganos que… que aturdiría a cualquiera. Yo no conozco vuestro emblema; tuve que inventar uno por mi cuenta.

—No estuvo nada mal. Te enseñaré el nuestro más tarde. ¿Fue tan malo eso, el banco de órganos?

—Horrible. Pero lo peor fue… aquellos corazones e hígados diminutos. ¡Niños, Jay! Nunca imaginé que también desmontaran niños…

Hood le echó una mirada inquisitiva. Entonces Lydia Hancock mantuvo la puerta principal abierta para ellos, y tuvieron que concentrarse en alzar los pies.

Jesús Pietro estaba furioso.

Al principio había vuelto a su oficina, sabiendo que sería más útil allí, pero a poco se había sentido encerrado. Ahora estaba al borde del estacionamiento, mirando cómo trasladaban a la última de las víctimas del cañón sónico. En su cinturón llevaba un comunicador; su secretario podría hablar con él si lo necesitara.

Nunca había odiado a los colonos antes.

Para Jesús Pietro, los seres humanos venían en dos variedades: tripulante y colono. En otros mundos las condiciones eran distintas, pero esos otros mundos no se metían con Monte Lookitthat. Los tripulantes eran los señores, sabios y benévolos, al menos en conjunto. Los colonos habían sido creados para servir.

Ambos grupos tenían excepciones. Había tripulantes que no eran de ninguna manera sabios, que no se molestaban en ser benévolos, que aprovechaban las ventajas de su posición e ignoraban las responsabilidades. También había colonos que derrocarían el orden establecido, y otros que preferían cometer crímenes antes que servir. Cuando entraba en contacto con tripulantes que no eran dignos de admiración, los trataba con el debido respeto por su condición. A los colonos renegados los perseguía y castigaba.

Pero no los odiaba…, al menos, no más que Matt Keller a los gusanos mineros con los que trabajaba. Los renegados eran parte de su trabajo, parte de su día laborable. Se comportaban como lo hacían porque eran colonos, y Jesús Pietro los estudiaba como los cursantes de biología estudian a las bacterias. Cuando su día laborable terminaba, desaparecía su interés por los colonos…, a menos que algo insólito se mantuviera andando.

Ahora todo había terminado. En su loca carrera por el Hospital, los rebeldes habían desbordado su día laborable y se habían introducido en su vida hogareña. No podría haber estado más enojado si hubieran penetrado en su misma casa, rompiendo el mobiliario, matando a los criados, envenenando a los limpiadores y vertiendo sal sobre las alfombras de césped.

El intercomunicador sonó; Jesús Pietro lo tomó de su cinturón.

—Castro.

—Jansen, señor. Llamo desde el vivero.

—¿Y bien?

—Faltan seis de los rebeldes. ¿Quiere los nombres?

Jesús Pietro echó un vistazo alrededor de él. Se habían llevado al último colono inconsciente hacía diez minutos. Estos últimos que retiraban en camilla eran personal del estacionamiento.

—Usted debería tenerlos a todos. ¿Ha confrontado con la sala de operaciones? Vi al menos un muerto bajo una de las compuertas.

—Comprobaré, señor.

El estacionamiento volvía rápidamente a la normalidad. Los rebeldes no habían tenido tiempo de estropearlo como a los pasillos y el cuarto de descanso de los técnicos de Energía. Jesús Pietro dudó entre volver a su oficina o revisar el camino de los colonos que salieron por el cuarto de descanso. Entonces notó a dos hombres que discutían en la zona de los garajes. Se dirigió hacia allí.

Librodot

—¡No tenían ningún derecho a llevarse a Bessie! —gritaba uno. Llevaba puesto el uniforme de infantería, y era alto, muy bronceado, con todo el bello aspecto de una imagen de cartel de alistamiento.

—Usted los infantes piensan que son dueños de esas naves —dijo el mecánico, desdeñosamente.

Jesús Pietro sonrió ante el comentario, ya que los mecánicos pensaban exactamente lo mismo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—¡Este idiota no puede encontrar mi aeromóvil! Oh, lo siento, señor.

—¿Y qué móvil es el suyo, capitán?

—Eh… a mi nave la apodo Bessie, señor. He estado usando a Bessie durante tres años, y esta mañana algún idiota la sacó para rociar los bosques. ¡Y ahora la han perdido, señor! —la voz del hombre se tornó quejumbrosa.

Jesús Pietro clavó los fríos ojos azules en el mecánico.

—¿Usted ha perdido un móvil?

—Oh, no, señor. Sólo que no consigo saber dónde lo han dejado.

—¿Dónde están los móviles que volvieron de rociar los bosques?

—Ése es uno de ellos —señaló a través del estacionamiento—. Estábamos por la mitad en la faena de descargarlos cuando aquellos demonios vinieron hacia nosotros. El asunto es que, de hecho, teníamos ambos móviles aquí… —el mecánico se rascó la cabeza, y con renuencia suma cruzó miradas con Jesús Pietro—. Pero no he visto el otro desde entonces…

—Faltan varios prisioneros, ¿sabía eso? —no esperó la respuesta del mecánico—. Busque el número de serie y la descripción de Bessie y páselos a mi secretario. Si acaso encuentra el móvil, informe a mi oficina. Por el momento voy a suponer que se lo llevaron ellos.

El mecánico giró sobre sus pies y corrió hacia la oficina. Jesús Pietro usó su comunicador para dar instrucciones de que se publicara el posible robo de un móvil.

Jansen se puso en línea.

—Tenemos un rebelde muerto, sí señor. Eso deja cinco en ausencia. Tengo la lista.

—Bien. Comienza a parecer que consiguieron hacerse de un móvil. Averigüe si los guardias del muro lo vieron marcharse.

—Habrían informado de ello, señor.

—No estoy tan seguro. Verifíquelo.

—Señor…, el estacionamiento fue atacado. ¡Los guardias habrían reportado a cinco prisioneros robando un aeromóvil durante un ataque en masa!

—Jansen, pienso que podrían… haberlo olvidado. ¿Me comprende usted? —había hielo en su voz.

Jansen se despidió sin otra protesta.

Jesús Pietro alzó la vista al cielo, frotando su bigote con dos dedos. Un móvil robado sería fácil de encontrar. No había móviles de la Tripulación en el aire, no en medio del discurso de Millard Parlette. Pero podrían haber aterrizado ya. Y si un móvil pudo ser robado a plena vista de los guardias del muro…, tenían que haber sido unos fantasmas.

Esto encajaría admirablemente con las otras cosas que habían estado pasando en el Hospital.

Capítulo VIII - LOS OJOS DE POLLY

La casa de Geoffrey Eustace Parlette era muy distinta por dentro. Los cuartos eran grandes y cómodos, amueblados con suave talante y buen gusto. Y eran innumerables. Hacia los fondos había una mesa de billar, una pequeña bolera, un auditorio y un escenario con pantalla desplegable. La cocina tenía el tamaño de la sala de estar de Harry Kane.

Librodot

Matt, Laney y Lydia Hancock habían revisado la casa en su totalidad con las armas en la mano. No habían encontrado ninguna criatura, excepto las alfombras de césped de interior y no menos de seis nidos de limpiadores.

Lydia hubo de amenazar por la fuerza a Matt para obligarlo a volver a la sala de estar. Él quería explorar. Había visto dormitorios increíbles. Dormitorios de hobbistas…

En una sala de estar de dos pisos de altura, ante una enorme chimenea falsa cuyos troncos de piedra lanzaban un rojo calor eléctrico, los cinco sobrevivientes se recostaron sobre unos divanes. Harry Kane todavía se movía con cuidado, pero parecía casi repuesto del aturdidor que lo había sorprendido en el Hospital. Hood había recuperado su voz, pero aún no su fuerza.

Matt se derrumbó en el canapé. Se acomodó, ajustando su posición, y finalmente alzó los pies. Era bueno sentirse seguro.

—¿Corazones e hígados pequeños? —repitió Hood.

—Sí —dijo Matt.

—Eso es imposible.

Harry Kane emitió un sonido interrogador.

—Yo los vi —dijo Matt—. Todo lo demás era bastante horrible, pero eso fue lo peor.

Harry Kane se enderezó en su asiento.

—¿En el banco de órganos?

—Sí, caray, en el banco de órganos. ¿No me creéis? Estaban en unos tanques especiales, que se veían algo improvisados, con los motores colocados dentro del líquido, al lado mismo de los órganos. El cristal estaba caliente.

—Los tanques de estasis no son calientes —dijo Hood.

—Y la Consolidada no captura niños —dijo Harry Kane—. Si lo hicieran, yo lo sabría.

Matt los fulminó con la mirada.

—Corazones e hígados —dijo Harry—. ¿Sólo esos órganos? ¿Ninguno más?

—Nada que haya notado —dijo Matt—. No, esperen. Había otro par de tanques iguales. Uno estaba vacío. El otro se veía … contaminado, creo.

—¿Cuánto tiempo has estado allí?

—Todo lo que soportó mi estómago. ¡Demonios de la Niebla, yo no estaba investigando! ¡Sólo buscaba un mapa del sitio!

—¿En el banco de órganos?

—Déjalo ya —pidió Laney—. Relájate, Matt. No es tan importante.

Lydia Hancock había ido a la cocina; retornaba ahora con una jarra y cinco vasos de cristal.

—Encontré esto. No hay motivo para no revolver un poco el lugar, ¿verdad?

Le aseguraron que no lo había, y ella les sirvió.

—Estoy más interesado en tus presuntos poderes psíquicos —dijo Hood—. No he leído nunca de nada parecido al que tienes. Debe ser algo nuevo.

Matt respondió con un gruñido.

—He de decirte que, por lo general, todo el que cree en los poderes llamados psi piensa que él mismo es psíquico —el tono de Hood era seco, profesional—. Puede que no haya nada en absoluto.

—Entonces, ¿cómo hemos llegado aquí?

—Quizá nunca lo sepamos. ¿Una nueva política de la Consolidada? O tal vez los Demonios de la Niebla te aman, Matt.

—También pensé en ello.

Lydia regresó a la cocina.

—Cuando trataste de introducirte sigilosamente en el Hospital —prosiguió Hood— fuiste descubierto en seguida. Debes haber traspasado la valla de células fotoeléctricas. ¿No intentaste salir corriendo?

—Me iluminaron cuatro focos. Sólo me levanté y…

Librodot

—Entonces… ¿ellos no hicieron caso de ti? ¿Simplemente dejaron que te alejaras?

—Así es. Seguí mirando hacia atrás, esperando que el guardia del altavoz me dijera algo. Pero nunca lo hizo. Entonces corrí hacia la colina.

—Y el hombre que te dejó ingresar en el Hospital, ¿sucedió alguna cosa justo antes de que se volviera loco y saliera corriendo?

—¿Como qué cosa?

—Algo que involucrara luz, alguna iluminación…

—No.

Hood pareció decepcionado. Laney dijo:

—Las personas parece olvidarse de ti.

—Oh, sí. Ha sido así toda mi vida. En la escuela, un profesor nunca me preguntaría a menos que yo supiera la respuesta. Los bravucones nunca me molestaron.

—Yo debería haber tenido esa suerte —dijo Hood.

Laney tenía la mirada abstraída de quien estuviera alumbrando una idea.

—Los ojos —dijo Harry Kane, e hizo una pausa para pensar. Había estado escuchando sin hacer comentarios, en la actitud del *Pensador* de Rodin, la mandíbula sobre el puño, el codo sobre la rodilla—. Has dicho que había algo extraño en los ojos de los guardias.

—Sí, pero no sé qué pudiera ser. He visto esa mirada antes, creo, pero no puedo recordar dónde…

—¿Y el que finalmente te disparó? ¿Tenía algo raro en los ojos?

—No.

Laney salió de su abstracción con la sorpresa brillando en sus ojos.

—Matt, ¿piensas que Polly se habría ido contigo?

—¿Eh? Por los Demonios de la Niebla, ¿qué tiene que ver eso con…?

—No te enojes, Matt. Tengo una razón para preguntártelo.

—No puedo imaginar…

—Tú pediste hablar con nosotros, ¿no es así?

—Bien… sí. Pensé que ella se iría conmigo.

—Entonces, de repente, te dejó.

—Sí. La maldita sólo… —Matt se tragó el resto. Recién ahora, cuando podía volver al dolor y la humillación desde la más soportable retrospección, comprendió qué tan mal lo había dejado ella—. Se alejó como si hubiera recordado algo. Algo más importante que yo, pero no en particular para lo que nos ocupa ahora. Laney, ¿podría haber sido su audífono?

—¿La radio?… No, no tan temprano. Harry, ¿hablaste con Polly por la radio antes de con el resto de nosotros?

—Le dije que la llamaría para que diera su informe a medianoche, después de que todos se fueran a casa. Lo oirían por las radios. Sólo eso.

—Entonces… ella no tenía ninguna razón para dejarme —dijo Matt—. Todavía no veo por qué tenemos que seguir hurgando en esto.

—Es curioso —dijo Hood—. No puede dolerte tanto el que haya pasado algo así en tu breve vida.

—¿Te ofendiste con ella? —preguntó Laney.

—Por supuesto que sí. Detesto que me haya hecho eso… jugó conmigo y luego se marchó.

—¿No la habrás ofendido tú sin darte cuenta?

—No veo cómo podría haberlo hecho. No me emborraché sino hasta después.

—Me has dicho que te ha pasado antes.

—Cada vez. Cada maldita vez, hasta que llegaste tú. Yo era casto hasta la noche del viernes —Matt miró beligerantemente alrededor de él, pero nadie dijo nada—. Por eso no puedo ver de qué sirve hablar de ello. Caray, es bastante habitual en mi breve vida.

—Pero muy insólito en la breve vida de Polly —dijo Hood—. Ella no es una mujer liviana. ¿Me equivoco, Laney?

Librodot

—No. Toma en serio sus relaciones. No intentaría conquistar a alguien que no le interesara. Me pregunto si…

—No creo haberme engañado al respecto, Laney.

—Yo tampoco lo creo. Pero has dicho que había algo extraño en los ojos de los guardias. ¿Había algo extraño también en los ojos de Polly?

—¿A qué quieres llegar?

—Dices que cada vez que te has preparado para perder tu castidad con una muchacha, ella te ha dejado. ¿Por qué? No eres feo. Probablemente no tienes el hábito de ser muy descortés; no lo fuiste cuando estuviste conmigo. Te bañas bastante a menudo. ¿Había algo en los ojos de Polly?

—Caray, Laney…

Sus ojos. Bien, algo había cambiado en la cara de Polly. Ella había parecido prestar atención a algo que sólo ella podía oír. Ciertamente no miraba a nada en particular; sus ojos pasaron por delante de él y pareció que lo atravesaban, y luego se vieron como los de un ciego…

—Ella se veía abstraída —dijo—. ¿Qué quieres que te diga? Pareció que pensaba en algo, y entonces se alejó.

—Esa pérdida de interés, ¿fue algo repentino? ¿Hizo ella…?

—Laney, ¿qué crees? ¿Qué la ahuyenté deliberadamente?

Matt brincó sobre sus pies. No lo podía soportar más; se sentía como un manojo de alambres estirados sobre un marco de hueso, cada alambre a punto de romperse. ¡Nadie había asaltado nunca de esa manera su intimidad! ¡Nunca imaginó que una mujer podría compartir su cama, escuchar con simpatía la agonía de los secretos que habían formado su alma, y luego derramar todo lo que sabía en forma clínica y detallada en medio de una discusión! Se sintió como si hubiera sido desmontado para el banco de órganos, y, todavía consciente, presenciara cómo un grupo de médicos sondeaban y manoseaban sus entrañas con manos no muy limpias, mientras hacían comentarios groseros sobre su probable historia médica y social.

Y estuvo a punto de decirlo en términos para nada suaves, cuando cayó en la cuenta de que nadie lo estaba mirando.

Nadie lo veía, para decirlo con propiedad.

Laney miraba fijamente el fuego artificial; Hood a Laney; Harry Kane estaba en su posición de pensador. Ninguno de ellos veía realmente nada, al menos nada allí en el cuarto. Todos tenían la mirada abstraída.

—Menudo problema —dijo Harry Kane, como en sueños—. ¿Cómo vamos a liberar a los demás, si sólo pudimos escapar nosotros cuatro? —echó un vistazo alrededor a su desatento auditorio, luego volvió a la contemplación de su ombligo.

Matt sintió erizarse el pelo de su nuca. Harry Kane lo había mirado directamente, pero no había visto a Matt Keller. Y había algo muy peculiar en sus ojos.

Como un visitante en un museo de cera, Matt se agachó para examinar los ojos de Harry Kane.

Harry brincó hacia atrás como si le hubieran pegado un tiro.

—¿De dónde diablos has salido tú? —miró fijamente a Matt, como si hubiera caído del techo. Entonces dijo—: Hum… Conque lo has hecho…

No había duda de ello. Matt asintió con la cabeza.

—Todos ustedes de pronto perdieron el interés en mí.

—¿Y nuestros ojos? —Hood pareció saltar sobre él, tan intensa fue su pregunta.

—Algo. No sé. Me inclinaba para ver bien, cuando… —Matt se encogió de hombros— …se acabó.

Harry Kane dijo una palabra que el editor cortaría.

—¿De pronto? —dijo Hood—. No lo recuerdo como repentino.

—¿Qué recuerdas tú? —preguntó Matt.

Librodot

—Bien… nada, realmente. Hablábamos de los ojos… ¿Algo sobre Polly? Seguro, sobre Polly. Matt, ¿te molesta hablar de ello?

Matt lanzó un gruñido.

—Entonces… por eso has hecho lo que has hecho. No quisiste ser notado.

—Hum. Es probable.

Hood se frotó enérgicamente las manos.

—Bien. Sabemos que tienes algo ahí, de todos modos, y que lo controlas. En forma subconsciente, pero lo controlas. ¡Bien! —Hood parecía un profesor frente a una clase no demasiado brillante—. ¿Qué preguntas quedan todavía sin contestar?

»Por un lado, ¿qué tienen que ver los ojos en el asunto? Por el otro, ¿por qué un guardia finalmente fue capaz de dispararte y atraparte? Tercero, ¿por qué usarías esa… habilidad tuya para ahuyentar a las muchachas?

—¡Demonios de la Niebla, Hood! No hay ninguna razón concebible…

—Keller.

La voz sonó como una tranquila orden. Harry Kane estaba de vuelta en la posición del *Pensador* sobre el canapé, mirando fijamente lejos en el espacio.

—Has dicho que Polly pareció abstraída. ¿Parecimos abstraídos hace un momento?

—¿Cuándo se olvidaron de mí? Sí.

—¿Parezco abstraído ahora?

—Sí. Espera un minuto.

Matt se levantó y anduvo alrededor de Harry, examinándolo desde diferentes ángulos. Parecía un hombre profundamente sumergido en el pensamiento. Barbilla contra el puño, un codo sobre la rodilla, la cara baja, el ceño casi fruncido, inmóvil; ojos entornados… ¿Entornados? Pero claramente visibles.

—No, no lo estás. Hay algo incorrecto. Tus ojos.

—Oh, aquí vamos de nuevo —dijo Harry con disgusto—. Bien, mira mis ojos, por los Demonios de la Niebla.

Matt se arrodilló sobre la hierba de interior y puso la vista en los ojos de Harry. Ninguna inspiración vino. Faltaba algo allí, pero ¿qué?… Pensó en Polly el viernes por la noche, cuando estaban de pie, sumergidos entre el ruido y los codos, hablando de nariz a nariz. Se habían tocado de vez en cuando, mitad por casualidad, las manos y los hombros… Había sentido el redoble de la sangre caliente en su cuello, y de pronto…

—Tus pupilas —reconoció Matt—. Están demasiado dilatadas. Cuando alguien no está realmente interesado en lo que hay alrededor de él, las pupilas están más contraídas.

—¿Y los ojos de Polly? —lo sondeó Hood—. ¿Dilatados, o contraídos?

—Contraídos. Pupilas muy pequeñas. Y así estaban los ojos de los guardias, aquellos que vinieron a buscarme esta mañana… —recordó cómo se sorprendieron cuando él tironeó de las esposas, las mismas esposas que aún pendían de sus muñecas. Ellos no le prestaron el menor interés; simplemente habían abierto las cadenas de sus propias muñecas. Y cuando lo habían mirado directamente…—. Eso es. Por eso sus ojos me parecieron tan extraños. Sus pupilas eran como puntas de lápiz.

Hood suspiró con alivio.

—Entonces, eso es todo —dijo, y se alzó—. Bien, creo que veré cómo le va a Lydia con la comida.

—Vuelve aquí —la voz de Harry Kane era baja y cruel. Hood se echó a reír—. Corta ya con ese cacareo. Necesitamos lo que Keller tiene. ¡Habla!

Necesitamos lo que Keller tiene… Matt pensó que debería protestar. No tenía la menor intención de ser usado por los Hijos de Tierra. Pero no podía interrumpir ahora.

—Es una forma muy limitada de la telepatía —dijo Jay Hood—. Y a causa de que es tan limitada, probablemente será más confiable que las formas más generales. Su objetivo es mucho menos ambiguo —sonrió—. Realmente deberíamos pensar un nuevo nombre para él. «Telepatía» no lo define, no completamente.

Librodot

Tres personas esperaron con paciencia, pero implacablemente.

—La mente de Matt —dijo Hood— parece capaz de controlar los nervios y músculos que dilatan y contraen el iris de quien lo observa —y sonrió, esperando su réplica.

—¿Y entonces qué? —preguntó Harry Kane—. ¿Qué tan bueno es eso?

—¿No lo entiendes? No, supongo que no; tiene más que ver con mi campo. ¿Sabéis algo sobre investigación motivacional?

Tres cabezas menearon el no.

—Esa ciencia fue prohibida en la Tierra hace mucho tiempo, porque sus resultados estaban siendo aprovechados para objetivos publicitarios inmorales. Pero antes de las investigaciones cesaran, se habían averiguado algunas cosas interesantes. Una de ellas implicaba la dilatación y contracción de la pupila.

»Resultó que si se muestra algo a una persona y se mide su pupila con una cámara, se puede saber si eso le interesa. Puedes mostrarle imagenes de los líderes políticos de su país, en sitios donde hay dos o más facciones, y sus ojos se dilatarán frente al que sientan como el propio. Llévalo aparte, conversa con él durante una hora y si lo persuades a cambiar sus opiniones políticas, sus pupilas se dilatarán frente al otro tipo. Muéstrale fotos de muchachas bonitas, y la muchacha que más le gustará será la que tenga las pupilas dilatadas. Él no lo sabe. Sólo dirá que ella parece interesada en él.

»Me pregunto… —dijo Hood, sonriendo soñadoramente para sí (algunas personas aman dar conferencias; Hood era uno de ellos)—. ¿Podrá ser la causa de que los restaurantes más caros sean siempre oscuros? Una pareja entra, se ven el uno al otro a través de una mesa con baja iluminación, lo que les obliga a abrir las pupilas, y así ambos muestran una mirada interesada al otro. ¿Qué creéis vosotros?

—Pienso que debieras concentrarte en hablar sobre Keller —dijo Harry Kane.

—Él lo tiene —dijo Laney—. ¿No lo ves? Si Matt tiene miedo de ser visto por alguien, su mente contrae las pupilas de esa persona cuando esté mirándolo. Naturalmente, esa persona no puede interesarse en Matt.

—Exactamente —respondió Hood a Laney—. Matt toma un reflejo común y lo vuelve al revés para hacerlo un reflejo condicionado. Ya sabía yo que la luz tenía algo que ver con ello. ¿Te das cuenta, Matt? Esto no puede funcionar a menos que tu víctima te vea. Si sólo te oye, o si descubre un punto luminoso cuando cruzas el rayo invisible de una valla de células fotoeléctricas…

—O si no me concentro en estar asustado. Por eso el guardia pudo dispararme…

—Todavía no comprendo cómo puede ser posible —dijo Laney—. Te ayudé a investigar sobre eso, Jay. La telepatía lee las mentes. Sólo actúa sobre el cerebro, ¿no es verdad?

—No lo sabemos, realmente. Pero el nervio óptico está formado de tejido cerebral, no de tejido nervioso ordinario.

Harry Kane se levantó y se estiró.

—Eso no importa. Es mejor que cualquier otra cosa que los Hijos de la Tierra hayan conseguido antes. Se asemeja a una capa de invisibilidad. Ahora… tenemos que aprender cómo aprovecharlo.

El móvil ausente faltaba todavía. No estaba en ninguno de los garajes de la Consolidada; no había sido encontrado por la escuadrilla de búsqueda ni en el aire, ni sobre la tierra. Si un policía lo hubiera sacado para objetivos legítimos, habría sido visible; si no hubiera sido visible, habría tenido problemas de alguna clase, y el piloto hubiera radiado una señal de auxilio. Por lo visto, realmente había sido robado.

Para Jesús Pietro, era inquietante. Un móvil robado era una cosa; un móvil robado en forma imposible era muy otra.

Había estado asociando a Keller con milagros: con el milagro que lo había rescatado ileso cuando su móvil cayó en el vacío neblinoso, con el que había afectado la memoria de

Librodot

Hobart la noche anterior…. Bajo aquella presunción había hecho sonar la alarma de «prisionero suelto», y ¡vaya cosa! Había prisioneros corriendo a lo loco por los pasillos.

Luego había asociado los prisioneros faltantes con un móvil ausente y los milagros de Keller. De modo que había asumido que se habían robado un móvil de donde ningún móvil podría haber sido robado. Y… ¡vaya cosa! Un móvil había sido en efecto robado.

Entonces el comandante Jansen había llamado del vivero. Nadie había notado, hasta aquel momento, que los aros de sueño todavía estaban en funcionamiento. ¿Cómo habían logrado marcharse los noventa y ocho prisioneros?

¡Milagros! ¿Contra qué rayos estaba luchando? ¿Un hombre, o muchos? ¿Había sido Keller el pasajero o el conductor de aquel móvil? ¿Había otros pasajeros? ¿Habían descubierto algo nuevo los Hijos de Tierra, o era sólo Keller?

Era un pensamiento maléfico. Matthew Keller, volviendo del vacío en la persona de su sobrino para perseguir a su asesino… Jesús Pietro lanzó un bufido.

Había doblado la guardia en el puente Alfa-Beta. Y a pesar de que el puente era el único camino para cruzar el acantilado y el río de la Gran Catarata, había destacado guardias a lo largo del borde de acantilado, sin embargo. Ningún colono normal podría abandonar la meseta Alfa sin un móvil. Pero… ¿podía algo anormal pasar sin ser visto por los guardias?

Y ningún fugitivo se marcharía en un móvil policial. Jesús Pietro había ordenado que todos los patrulleros volaran al menos en parejas durante la emergencia. Los fugitivos volarían solos.

Como era mitad colono, a Jesús Pietro no le habían permitido oír el discurso de Millard Parlette, pero supo que había terminado. Los móviles de la Tripulación volaban otra vez. Si los fugitivos se hicieran con un vehículo civil, podrían tener una posibilidad. Pero el Hospital sería informado inmediatamente si fuera robado un móvil de la Tripulación. Sin embargo… ¿sería realmente así? Un patrullero había sido robado, y había tenido que descubrirlo por sí mismo.

Nada ni nadie había sido hallado en las casas de coral abandonadas. Pero ¿hubiera sido visto algo importante, de haber estado allí?

Los prisioneros recapturados estaban ahora seguros en el vivero…, sitio del que ya se habían escapado antes, ¡sin molestarse siquiera en apagar sus aros del soñador!

Jesús Pietro no estaba acostumbrado a tratar con fantasmas. Esto requeriría técnicas completamente nuevas.

Torvamente, se dedicó a desarrollarlas.

Los argumentos comenzaron durante la comida.

Se llevó a cabo a la poco convencional hora de las tres de la tarde. Estuvo buena, muy buena. Lydia Hancock todavía parecía una bruja agriada, pero para Matt, alguien que cocinara como ella bien merecía el beneficio de la duda. Apenas habían acabado las chuletas de cordero cuando Harry Kane volvió al negocio.

—Bien, los cinco ya estamos libres —dijo él—. ¿Qué podemos hacer para conseguir liberar al resto de los Hijos?

—Podríamos volar la estación de bombeo —sugirió Hood. La estación de bombeo, que suministraba agua del río de la Gran Catarata a la meseta Alfa era la única fuente de agua de la Tripulación. Estaba en la base del acantilado Alfa-Beta. Los Hijos de la Tierra habían plantado hacía mucho unas minas para hacerla volar—. Eso nos proporcionaría una distracción.

—Y nos dejaría sin energía, también —dijo Matt, recordando que el hidrógeno para la fusión era extraído del agua.

—Oh, no —aclaró Harry—. Las centrales eléctricas usan sólo unos pocos cubos de agua al año, Keller. ¿Una distracción para hacer qué, Jay? ¿Alguna sugerencia?

—Para Matt. Él nos sacó antes. Podrá hacerlo otra vez, ahora que sabe…

Librodot

—Ah, no, eso no. No soy un revolucionario. Ya os dije por qué fui al Hospital, y no iré allí otra vez.

Así estaban los argumentos.

Por el lado de Matt había poco que decir. No volvería al Hospital. Si estuviera en sus manos, retornaría a Gamma y a la vida que tenía allí, confiando en que su poder psi lo protegiera. Si se viera obligado a vivir en otra parte —incluso si tuviera que pasar el resto de su vida escondido en Alfa—, pues que así fuera. Su vida podía volverse desagradable, pero no era algo de tan poco valor como para desperdiciarla haciéndose matar.

Pero no consiguió la simpatía de nadie, ni siquiera la de Laney. De la otra parte, los argumentos se extendieron desde las apelaciones a su patriotismo o a la admiración que concitaría, hasta ataques directos contra su personalidad, y amenazas de daños corporales a él y su familia. Jay Hood fue el más vituperante. Oyéndolo, se habría podido pensar que el «don» de Matt Keller fuera un invento suyo que Matt hubiera robado. Parecía sinceramente convencido de tener la patente exlusiva del poder psi en la Meseta.

En un sentido fue casi absurdo. Ellos le rogaron, intentaron atemorizarlo, lo amenazaron… sin la menor oportunidad de éxito. Cuando realmente hacían presa en el espanto de él, o cuando sus comentarios personales lo enojaban más allá de los límites de su paciencia, los argumentos terminaban repentinamente, y Matt se quedaba solo en su irritación mientras los Hijos de la Tierra hablaban de lo que les viniera a la mente, sus pupilas como puntas de alfiler cuando pasaban los ojos por su lado.

Luego de varios de tales episodios, Harry Kane comprendió lo que sucedía y ordenó a los demás que lo pospusieran. Matt interfería con su capacidad de trazar planes, adujo.

—Vete a otra parte —le dijo a Matt—. Si no vas a ayudarnos, al menos no sabrás de nuestros proyectos. Aunque probablemente no sean gran cosa, no hay ninguna razón de que nos arriesguemos dejándote oírlos. Podrías usar la información para conseguir los favores de Castro.

—Eres un desagradecido hijo de puta —dijo Matt—, y exijo tus disculpas.

—Bien, te pido perdón. Ahora… vete a otra parte.

Matt se fue al jardín.

La niebla había vuelto, pero era una niebla alta ahora, tornando gris acerado el cielo, blanqueando los colores del jardín, convirtiendo la llanura plana y levemente rizada del vacío en una cúpula alrededor del universo. Matt encontró un banco de piedra; se sentó y sumergió la cabeza entre sus manos.

Estaba temblando. Un ataque verbal en masa puede hacerle eso a un hombre, puede aplastar su amor propio y generarle dudas que permanecen durante horas o días, o incluso para siempre. Existen técnicas verbales muy desarrolladas para el uso de muchos contra uno. Nunca se deja a la víctima hablar sin interrumpirlo; no se le permite terminar una oración. Los atacantes se interrumpen el uno al otro de modo que la víctima no pueda llevar completamente el vaivén de los argumentos, y entonces no pueda encontrar los defectos. Olvida sus puntos de refutación porque no le permiten ponerlos en palabras. Su única defensa es retirarse. Si, en cambio, los atacantes lo desechan…

Gradualmente su confusión cedió paso a cierta especie de cólera, sólida y enfermiza. ¡Malditos desagradecidos! Él había salvado sus imbéciles vidas por dos veces, y ¿dónde estaba su reconocimiento? Bien, no los necesitaba. Y no los había necesitado nunca, ni por un momento.

Ahora sabía lo que él era. Hood había sido muy claro. Sabía, y podría aprovecharse de ello.

Podía convertirse en el primer ladrón invulnerable del mundo. Si la Consolidada le impidiera reanudar su carrera en la minería, él haría exactamente eso. Desarmado, podría robar comercios a pleno día. Podría pasar la guardia de los puentes sin ser apercibido, estar trabajando en Gamma mientras lo buscaban en cada esquina de Eta. Eta, por supuesto… un lugar interesante para dedicarse al robo, si no le permitieran volver a su vieja vida. El centro

Librodot

de recreo y el casino de la Tripulación podían contener la mitad de la riqueza de la Meseta por momentos.

Sería una larga caminata hasta el puente Alfa-Beta, y bastante más larga después de cruzarlo. Un móvil le sería muy útil. Los Hijos de la Tierra se lo habrían merecido si tomara el móvil, pero… tendría que esperar hasta la medianoche.

Sin embargo… ¿quería realmente hacer eso?

Sus ensueños lo habían calmado bastante. El temblor había pasado, y no estaba enojado ahora. Comenzaba a entender lo que había movido a los cuatro de adentro para atacarlo así, aunque él no viera ninguna justicia en ello, porque no la había. Laney, Hood, Harry Kane, Lydia… debían ser unos fanáticos; si así no fuera, ¿por qué entregarían sus vidas a una revolución sin esperanza? Siendo fanáticos, tendrían sólo una ética: hacer lo que fuera para que se impusiera su causa, sin importar a quién pudieran dañar.

Aún no sabía donde iría a partir de allí. Pero una cosa sí tenía clara: no se uniría a los Hijos de la Tierra. Por otra parte, tenía mucho tiempo para decidirse.

Una brisa fría y tenue sopló del norte. La niebla se espesaba gradualmente.

Le vendría muy bien la estufa eléctrica del salón.

Pero la densa hostilidad no. De modo que se quedó donde estaba, dando su espalda al viento.

¿Por qué rayos supondría Hood que él ahuyentaba a las mujeres? ¿Pensaría que estaba loco? ¿O que era… un afeminado? No, no debía ser eso, lo habría usado durante la discusión. ¿Por qué, entonces?

No había ahuyentado a Laney…

El recuerdo le devolvió algo de calor. Pero estaba perdida para siempre ahora; sus caminos divergirían, y un día ella terminaría en el banco de órganos. Al menos, la noche del viernes había sido real; la noche del viernes se quedaría permanentemente con él.

Los ojos de Polly. Sus pupilas se habían contraído, estaba bastante seguro. Como los ojos del portero, como los ojos de Harry, Hood y Laney cuando Matt se había cansado de sus impactos verbales. ¿Por qué?

Matt mordisqueó suavemente su labio inferior.

Y si acaso había ahuyentado a Polly —no importaba el motivo; no había ninguna respuesta—, entonces no era su falta si ella se había ido.

Pero Laney se había quedado con él…

Matt se puso de pie. Tendrían que explicarle porqué. Conservaba aún un elemento de presión sobre ellos: no podían estar seguros de no convencerlo para su causa. Y él tenía que saber.

Regresaba hacia la casa y vio los móviles —tres de ellos—, muy arriba en el cielo gris, desapareciendo y reapareciendo entre la niebla. Descendían hacia donde él estaba.

Se quedó de pie en su sitio. No estaba realmente convencido de que aterrizarían allí, aunque se vieran más grandes y más cercanos a cada segundo. Finalmente sobrevolaron el jardín y comenzaron a descender. Y de todos modos él se quedó de pie. Para entonces no había ningún lugar donde correr a esconderse, y sabía que sólo el «don de Matt Keller» podría protegerlo. Tendría que funcionar. Al menos, ya estaba bastante asustado.

El primero de los aeromóviles casi lo aplastó al aterrizar. Era invisible para ellos, evidentemente.

Un hombre alto y enjuto salió del vehículo, movió sus manos brevemente sobre el tablero de instrumentos, y retrocedió para protegerse del viento cuando el móvil se elevó otra vez para terminar aterrizando sobre la azotea del edificio. Los otros dos habían tomado tierra a su vez, y ambos eran patrulleros de la Consolidada. Un policía desembarcó y se movió hacia el alto civil. Hablaron brevemente. La voz del hombre alto era aguda, casi chirriante, aunque tenía el tono melodioso de la Tripulación. Agradecía al policía por su escolta. El guardia

Librodot

regresó entonces al móvil, y ambos patrulleros de la Consolidada se elevaron y se perdieron en la niebla.

El hombre alto suspiró y se dejó vencer por el cansancio. El miedo de Matt decreció. Este tripulante no ofrecía ningún peligro; era un anciano cansado, desgastado por los años y por algún duro trabajo reciente. ¡Y el tonto de Harry Kane estaba seguro de que nadie vendría!

El hombre se movió hacia la casa. Podía estar cansado, pero andaba muy derecho, como policía en un desfile. Matt blasfemó por lo bajo y se apuró tras de él.

Cuando el anciano entrara en la sala de estar, sabría que alguien había estado allí. Pediría ayuda de inmediato, a menos que Matt lo detuviera.

El tripulante abrió la gran puerta de madera y entró. Matt lo hizo justo detrás de él.

Lo vio ponerse rígido.

El viejo no intentó gritar. Si acaso tenía un comunicador encima, no hizo ademán de buscarlo. Su cabeza miraba de un lado al otro, estudiando la sala de estar desde donde estaba, considerando los vasos y jarra abandonados y el falso fuego encendido. Cuando su perfil se mostró a Matt, le pareció pensativo. No asustado, ni enojado. Pensativo.

Y cuando el anciano sonrió, lo hizo en forma lenta y tensa; era la sonrisa de un jugador de ajedrez que ve la victoria al alcance de la mano… o el fracaso, porque su oponente le había hecho caer en una trampa insospechada. El anciano sonreía, pero los músculos de su cara parecían de hierro bajo la piel suelta y arrugada, y sus puños estaban apretados a los costados. Giró su cabeza a un lado, escuchando.

Luego avanzó repentinamente hacia el comedor, y se encontró cara a cara con Matt.

—¿Qué es lo que le causa tanta gracia? —le dijo Matt.

Al tripulante se le movió una pestaña; sólo durante ese lapso pareció perturbado. Hablando en susurros, le preguntó:

—¿Es usted uno de los Hijos de la Tierra?

Matt negó con la cabeza.

¡Consternación! ¿Y por qué esa reacción? Matt alzó una mano.

—No haga nada temerario —dijo.

Había enrollado la cadena de las esposas alrededor de las manos para convertirlas en mejores armas. El anciano se decidió a recular un poco. Tres como él no habrían sido rivales para Matt.

—Voy a revisarle —dijo Matt—. Levante los brazos.

Se paró detrás del anciano y registró los varios bolsillos. Encontró algunos objetos abultados, pero ningún comunicador.

Se apartó entonces, considerando el asunto. Nunca había registrado a nadie antes; podría haber trucos, y el hombre los usaría para engañarlo.

—¿Qué quiere usted con los Hijos de la Tierra?

—Lo diré cuando los vea.

La melodía de barítono no era difícil de entender, aunque Matt jamás podría haberla imitado.

—Eso no será posible.

—Escuche… Algo muy importante ha sucedido —el anciano pareció sopesar una difícil decisión—. Quiero hablarles sobre la carga del ramrobot.

—Bien. Camine por delante de mí. Hacia allá.

El viejo avanzó hacia el comedor, y él no le perdió pisada.

Matt estuvo a punto de gritar cuando la puerta se abrió de repente. Lydia Hancock asomó su nariz y un sónico por la abertura. Le tomó un segundo darse cuenta de que el hombre en vanguardia no era Matt, y entonces disparó.

Matt sujetó al anciano cuando caía.

—¡Estúpida! —gritó—. Él quería hablar con vosotros…

—Puede hacerlo igual cuando despierte —dijo ella.

Harry Kane surgió cautelosamente, sosteniendo el otro sónico en la mano.

—¿Hay más?

—Sólo él. Vino con una escolta de policías, pero se marcharon. Mejor revísenlo; podría tener un transmisor escondido en algún sitio.

—¡Por los Demonios de la Niebla! ¡Es Millard Parlette!

—¡Ah! —Matt conocía el nombre, pero no había reconocido al viejo—. Creo que él realmente quería veros. Cuando se dio cuenta de que alguien estaba aquí, actuó furtivamente. No entró en pánico hasta que le dije que no era uno de vosotros. Dijo que quería hablar del ramrobot.

Harry Kane gruñó.

—Estará dormido por horas. Lydia, te quedarás aquí de guardia. Voy a darme una ducha; te relevaré cuando baje.

Subió por las escaleras. Lydia y Hood recogieron a Millard Parlette, lo llevaron hacia la entrada y lo apoyaron contra la pared. El anciano yacía flojamente, como una marioneta sin cuerdas.

—Una ducha suena como algo maravilloso —dijo Laney.

—¿Podría hablar antes contigo? —preguntó Matt—. También con Hood.

Buscaron a Jay Hood y entraron en la sala de estar. Hood y Laney se arrojaron delante del fuego, pero Matt se sentía demasiado agitado para sentarse.

—Hood, tengo que saber… ¿Qué te hace pensar que he estado usando mi poder psi para ahuyentar a las mujeres?

—Bueno… recordarás que fue idea de Laney primero. Pero las evidencias son firmes. ¿Dudas aún de que Polly se marchara porque contrajiste sus iris?

Por supuesto, él aún dudaba de ello. Pero no podía soportarlo. Miró a Laney, esperando.

—Es importante para ti, ¿no es así, Matt?

—Sí.

—¿Recuerdas, justo antes de la redada, cuándo me preguntaste si todos se ponían tan nerviosos como tú lo estabas?

—Mmm… Sí, lo recuerdo. Me dijiste: «No tan nerviosos como tú, pero sí nerviosos».

—¿De qué estáis hablando vosotros?

—Jay, ¿recuerdas tu primer…? Hum. ¿Recuerdas cuando dejaste de ser casto?

Hood alzó la cabeza y se rió.

—¡Qué pregunta, Laney! ¡Nadie se olvida de la primera vez! Fue…

—Bien, de acuerdo. ¿Estabas nervioso?

Hood se serenó.

—En cierto modo, lo estaba. Había tanto que yo no sabía… Tenía miedo de ponerme en ridículo.

Laney asintió con la cabeza.

—Apostaría que todo el mundo se pone nervioso la primera vez. Incluso tú, Matt. De repente piensas: «Aquí viene el asunto», y te pones tenso, como a cualquiera le sucede. Entonces… los ojos de tu chica se ven extraños.

Matt lanzó una palabrota. Eso era exactamente lo que no hubiera querido oír.

—Pero… ¿y nosotros? Laney, ¿por qué no me defendí contigo?

—No sé.

Hood restalló:

—¿Y qué diferencia hace? No importa lo que tengas, ya no vas a usarlo para ayudarnos.

—¡Tengo que saber!

Hood se encogió de hombros y se levantó, acercándose al fuego.

—Estabas bastante bebido —dijo Laney—. ¿Podría ser por eso?

—Tal vez…

Ella no podía saber qué era importante, pero trataba de ayudar.

Librodot

—O tal vez fuera porque soy mayor que tú. Quizá decidiste que yo sabía lo que me hacía.

—No decidí nada. Estaba demasiado bebido… Y demasiado amargado.

Ella se movió inquieta, su arrugado vestido de fiesta arremolinándose a su alrededor. De pronto se detuvo y giró hacia él.

—¡Matt! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Estaba muy oscuro allí!

Matt cerró sus ojos. Así que eso era. Recordó que había tropezado en la oscuridad, cayendo a través de la cama; luego había tenido que encender una luz para ver a Laney.

—Eso es. No comprendí lo que sucedía hasta que la puerta estuvo cerrada. Muuuy bien —suspiró él, soltando todo el contenido aliento con las palabras, desinflándose como un globo.

—Maravilloso —dijo Hood—. ¿Has terminado con nosotros?

—Sí.

Hood se marchó sin mirar hacia atrás. Laney, al momento de retirarse, vaciló. Matt parecía un cadáver, como si cada partícula de energía hubiera sido drenada de él.

Ella tocó su brazo.

—¿Qué sucede, Matt?

—Yo la ahuyenté. ¡No fue su culpa!

—¿Te refieres a Polly? —ella sonrió abiertamente—. ¿Por qué permites que te moleste tanto? ¡Me tuviste contigo la misma noche!

—Oh, Laney, Laney… ¡Ella puede estar ahora en el banco de órganos! O en esa cura de ataúd, fuera eso lo que fuera…

—Pero no es culpa tuya. Si la hubieras encontrado en el vivero…

—¿No es mi culpa si me alegré? Ella me abandonó como a un limpiador enfermo, y una hora más tarde la Consolidada se la llevaba. Y cuando lo supe, ¡me alegré! ¡Me había vengado! —sus manos se clavaron en los brazos de ella, apretando, casi lo bastante fuerte como para que le doliera.

—No es tu culpa, Matt —repitió ella—. La habrías salvado si hubieras podido.

—Oh, seguro —pero él no la oía. Dejó caer los brazos—. Tengo que ir tras de ella —murmuró en voz alta, como probando el sabor de las palabras—. Sí. Tengo que ir a rescatarla.

Se dio la vuelta y buscó la entrada.

Capítulo IX - EL REGRESO

—¡Vuelve aquí, idiota!

Matt se detuvo a mitad de camino hacia la puerta.

—¿Eh? ¿No es eso lo que queríais?

—¡Vuelve aquí te digo! ¿Cómo vas a atravesar el muro? ¡No puedes golpear la puerta otra vez!

Matt retrocedió sobre sus pasos. Se sentía febril, incapaz de pensar.

—Castro ha de estar preparado para eso, verdad? Puede que no sepa lo que pasó anoche, pero ha de imaginar que algo anda mal.

—¡Te aseguro que se lo hemos tratado de decir! Ven aquí, siéntate… No subestimes a ese hombre, Matt. Tenemos que estudiar el asunto detenidamente.

—¿Cómo voy a atravesar el muro? Oh, mierda, mierda…

—Estás cansado. ¿Por qué no esperas a que Harry baje? Entonces podemos organizarnos.

—Ah, no. No quiero la ayuda de los Hijos de la Tierra. Esto no tiene nada que ver con vosotros.

—¿Y qué hay conmigo? ¿Aceptarías mi ayuda?

—Oh… Por supuesto, Laney.

Librodot

Ella decidió no cuestionar la lógica de Matt.

—Bien, comencemos por el principio. ¿Cómo vas a llegar al Hospital?

—Sí. Demasiado lejos para ir a pie. Hum… El móvil de Parlette. Está sobre la azotea.

—Pero si Castro se da cuenta, eso lo conducirá directamente aquí.

—Es que tendríamos que esperar hasta medianoche para usar el otro móvil.

—Puede ser el único camino… —Laney no estaba cansada; había tenido dos veces más sueño del necesario en el vivero. Pero se sentía incómoda y sucia, lista para la lavandería. Un baño caliente la ayudaría, pero lo postergó en su pensamiento—. Tal vez podamos asaltar la casa de algún tripulante, para hacernos de otro móvil, y entonces devolver aquí el de Parlette usando el piloto automático.

—Eso llevaría tiempo.

—Tendremos que arriesgarnos. De todas formas, habría que esperar también la puesta del sol antes de comenzar.

—¿Necesitaremos la oscuridad tan pronto?

—Eso ayudaría. Supón que la niebla aclarara mientras estamos sobrevolando el vacío…

—Oh.

La gente de la Meseta —colonos y tripulantes por igual— amaba mirar la puesta de sol sobre el vacío neblinoso. Los colores nunca eran los mismos. La tierra a lo largo del borde al vacío siempre costaba el triple que en cualquier otro sitio.

—De repente tendríamos mil tripulantes viéndonos. Incluso podría ser un error volar sobre el vacío; Castro puede haber pensado en eso. Estaremos seguros si la niebla se mantiene, pero independientemente de lo que hagamos, tendremos que esperar hasta que esté oscuro.

Matt se levantó y estiró los músculos, que sentía agarrotados.

—Muy bien. Entonces, nos dirigimos al Hospital. ¿Cómo entramos? Laney, ¿qué es una célula fotoeléctrica?

Ella le explicó.

—Ah. No vi ninguna luz… Ultravioleta, por supuesto, o infrarroja. Yo debería ser capaz de eludir eso.

—Nosotros, dirás.

—Tú no eres invisible, Laney.

—Lo soy si me pego a ti.

—Hum.

—Tendré que ir contigo de todos modos; no sabes programar un piloto automático.

Matt decidió pasar por alto eso.

—Déjalo por ahora. ¿Cómo atravesamos el muro?

—Yo no… —dijo Laney, y se detuvo—. Puede haber una forma —dijo al fin—. Déjamelo a mí.

—Cuéntame.

—No puedo.

La fría brisa de fuera se había transformado en fuerte viento, audible a través de las paredes. Laney tembló, aunque la estufa eléctrica entregaba bastante calor. La niebla visible por las ventanas del sur se estaba oscureciendo.

—Necesitaremos armas —dijo ella.

—No quiero tomar las vuestras. Sólo tenéis las dos que recogimos camino del móvil.

—Matt, sé más que tú sobre la Tripulación. Todos ellos hacen deportes de una clase u otra.

—¿Y con eso?

—Algunos de ellos practican la cacería. Hace tiempo, la Tierra nos envió algunos óvulos fertilizados congelados de ciervos y caribús en una carga de ramrobot. El Hospital los incubó y cultivó hasta la adultez, y luego los dispersó por el límite inferior del glaciar, al norte de aquí. Hay bastante hierba allí para mantenerlos contentos.

Librodot

—Entonces, podríamos encontrar armas aquí mismo…

—Es una buena posibilidad. Mientras más rico un tripulante, más equipo para deportes compra. Incluso si nunca lo usa.

El armero estaba en un cuarto del piso superior, decorado con pinturas de animales más o menos salvajes y con cabezas y cuernos de ciervos y caribúes. El gabinete contenía media docena de rifles de aire comprimido. Buscaron por el cuarto, y finalmente Laney encontró un cajón que guardaba varias cajas de espinas de cristal, cada una de cinco centímetros de largo.

—Lucen como si pudieran detener a un bandersnatch —dijo Matt. Nunca había visto un bandersnatch, excepto en los filmes sobre Jinx enviados por máser, pero sabía que eran grandes.

—Al menos dejarán frío a un alce. Pero las armas sólo disparan uno a la vez. Tienes que ser muy preciso.

—¿Eso lo hace más deportivo?

—Es lo que supongo.

Las armas de piedad de la Consolidada despedían una corriente continua de diminutas espinas. Una de ellas sólo mareaba un poco a la víctima; se requería media docena para derrumbar a un hombre adulto.

Matt cerró y guardó en el bolsillo la caja de espinas de piedad.

—Ser golpeado por una de éstas parecerá como si te clavaran una piqueta, y ni hablar del efecto somnífero. ¿Matarán a un hombre?

—No lo sé —dijo Laney. Eligió dos armas del estante—. Tomaremos éstos.

—¡Jay!

Hood se detuvo a mitad de camino de la sala de estar, giró, y avanzó hacia el vestíbulo.

Lydia Hancock se inclinaba sobre Millard Parlette. Había colocado las fláccidas manos del viejo en su regazo con esmero.

—Ven aquí y échale un vistazo a esto.

De pie a su lado, Hood observó al atontado tripulante. Millard Parlette estaba volviendo en sí. Sus ojos no enfocaban, pero estaban abiertos. Hood vio algo más, y entonces se dobló para una mirada más cercana.

Las manos del anciano no hacían juego entre sí. La piel de una de ellas estaba manchada por la edad. No estaba tan vieja como debía ser Parlette, pero el hombre no había sustituido la piel en mucho tiempo. Desde las yemas de los dedos hasta el codo, el brazo mostraba una curiosa carencia de personalidad, de lo que Hood pensó que podría llamarse una continuidad artística. Parte de eso podría haber sido simplemente imaginación; Hood sabía de antemano que Parlette debía haber usado el banco de órganos continuamente a lo largo de su vida. Pero no se necesitaba imaginación para apreciar que la mano izquierda era enjuta, moteada y ligeramente callosa, con las carnes de las uñas menguadas y las uñas rajadas.

A su lado, la piel de la mano derecha parecía la de un bebé, lisa y rosada, sin broncear, casi translúcida. La carne de las uñas llegaba hasta la punta de los dedos. Muchos estudiantes de escuela secundaria ya no las tenían así.

—El viejo muchachito acaba de pasar por un trasplante —dijo Hood.

—No. Mira aquí.

Lydia señaló a la muñeca. Había una banda de color desigual, de unos dos centímetros de ancho, alrededor de la muñeca de Parlette. Era de un blanco lechoso, como Hood nunca había visto antes en la piel humana.

—Aquí también.

Un anillo similar rodeaba la primera falange del pulgar de Parlette. La uña del pulgar estaba rajada y seca, y la carne muy menguada.

—De acuerdo, Lydia. Pero ¿de qué se trata? ¿Una mano artificial?

—Con un arma adentro, tal vez. O una radio.

—No ha de ser una radio. Estarían por todas partes ya.

Librodot

Hood tomó la mano derecha de Parlette e hizo girar las uniones de los dedos. Sintió huesos y músculos viejos bajo la piel de bebé, y articulaciones que muy pronto serían artríticas—. Esta es una verdadera mano humana. Pero por dentro es vieja. ¿Por qué no sustituyó todo el paquete?

—Tendremos que preguntarle a él.

Hood se puso de pie. Se sentía limpio y descansado, y bien alimentado. Si habían de esperar a que Parlette pudiera hablar, al menos habían escogido un lugar agradable.

—¿Cómo le va a Laney con Keller? —preguntó Lydia.

—No lo sé. Y no pienso ir a averiguarlo.

—Debe ser duro para ti, Jay —Lydia se rió a ladridos—. Te has pasado la mitad de la vida tratando de hallar gente psi sobre la Meseta, y ahora que finalmente uno se revela, no quiere jugar contigo.

—Te diré lo que realmente me molesta respecto a Matt Keller. Yo crecí con él. En la escuela nunca lo traté, excepto una vez, en que me sacó de mis cabales —distraídamente se frotó un punto sobre el pecho con dos dedos—. Estuvo todo el tiempo justo bajo mi nariz, maldita sea… Pero yo tenía razón, ¿verdad? Los poderes psi existen, y podemos usarlos contra el Hospital.

—¿Podemos?

—Laney es muy persuasiva. Si ella no puede convencerlo, seguro que yo tampoco.

—No eres lo bastante bonito.

—Al menos, soy más bonito que tú.

Los ladridos sonaron otra vez.

—¡Touché!

—Te lo dije —aseveró Laney—. Esto tenía que ser el sótano.

Dos paredes estaban cubiertas con pequeños instrumentos de varias clases. Sobre unas mesas había una taladradora eléctrica y una sierra eléctrica de hoja. Había cajones llenos de clavos, tornillos, tuercas…

—El joven Parlette debe haber construído buena parte del edificio —dijo Matt.

—No necesariamente; esto puede ser sólo una afición. Acércate, Matt, trae esas esposas aquí. Creo que veo lo que necesitamos.

Veinte minutos más tarde Matt se frotaba las muñecas desnudas, rascándose furiosamente allí donde había sido incapaz de rascarse antes. Sus brazos se sentían cinco kilos más livianos sin las esposas.

La espera se asentó pesadamente sobre Jesús Pietro.

Era demasiado tiempo dejando pasar el tiempo. Por las ventanas de su oficina podía ver el bosque interno como una mancha de aspecto borroso, más opaca a medida que la gris niebla se oscurecía. Había llamado a Nadia, y le había dicho que no lo esperara en casa esa noche. El personal nocturno ya se había hecho cargo del Hospital, reforzado por orden de Jesús Pietro con docenas de guardias suplementarios.

Pronto tendría que alertarlos para lo que esperaba; ahora mismo estaba trataba de decidir qué decirles.

No era su intención impresionarlos con la alarmante noticia de que cinco prisioneros estaban sueltos en algún sitio sobre la Meseta Alfa. De todos modos, habrían oído ya sobre la fuga. Dejaría el trabajo de limpieza a las escuadrillas de caza.

Jesús Pietro activó el intercomunicador.

—Señorita Lauessen, por favor conécteme con todos los intercomunicadores del Hospital.

—Bueno.

Ella no siempre lo llamaba «señor»; Lauessen tenía más sangre de tripulante que Jesús Pietro —era casi pura— y tenía poderosos protectores. Afortunadamente era una persona

Librodot

agradable y una buena trabajadora. Si ella alguna vez se convirtiera en un problema disciplinario…

—Listo, señor.

—Aquí el Jefe —dijo Jesús Pietro—. Todos ustedes saben ya del hombre capturado anoche infiltrándose en el Hospital. Él y varios más han escapado esta mañana. Poseo la información de que exploraba las defensas de Hospital en preparación para un ataque que tendrá lugar esta noche.

»En algún momento de aquí al alba, existe la certeza de que los Hijos de la Tierra atacarán el edificio. Todos habéis visto los mapas del Hospital mostrando las posiciones de los dispositivos protectores automáticos instalados hoy. Memorizadlos, y evitad caer en ninguna de las trampas. He dado órdenes de cargar la dosis máxima de anestésico en estos dispositivos, y pueden ocasionaros la muerte. Repito, pueden ocasionaros la muerte.

»Es improbable que los rebeldes intenten cualquier tipo de ataque frontal… —¡improbable, en efecto! Jesús Pietro se rió mentalmente del eufemismo; hacía rato que lo improbable estaba sucediendo—. Debéis estar alertas frente a tentativas de infiltración usando posiblemente nuestros propios uniformes. Tened a mano vuestros identificadores. Si veis a alguien que no reconocéis, exigidle el ID. Comparadlo con la foto. Los rebeldes no han tenido el tiempo suficiente para falsificar identificaciones.

»Un último comentario: os quiero predispuestos a dispararos el uno al otro.

Se despidió, esperó a que la señorita Lauessen limpiara las líneas, y luego solicitó contacto con el encargado del suministro de energía.

—Quiero que cortéis la energía a las regiones colonistas de toda la Meseta hasta el alba —dijo. Los hombres de Energía eran muy dedicados respecto de su trabajo, y era su orgullo mantener el suministro sin variaciones. Hubo fuertes protestas—. Hacedlo —ordenó Jesús Pietro, y cortó.

De nuevo pensó largamente en la posibilidad de entregar dardos de muerte a sus hombres. Pero si lo hiciera, tendrían miedo de dispararse el uno al otro. Peor aún, temerían a sus propias armas. Jamás desde el Convenio del Descenso necesitó la Policía Consolidada usar armas mortales. En cualquier caso, las espinas venenosas habían estado almacenadas durante tanto tiempo que probablemente habían perdido su eficacia.

Jesús Pietro había hecho trizas la tradición esa noche; tendría que pagar con el infierno si acaso nada pasara. Pero sabía que algo sucedería. No era sólo por el claro hecho de que era la última posibilidad para los rebeldes de rescatar a sus prisioneros del vivero; era una fría certeza en las vísceras de Jesús Pietro. Algo pasaría.

Una vaga línea roja separaba el cielo negro de la tierra negra. Se decoloró gradualmente, y de repente las luces de Hospital se activaron en el exterior, haciendo blanca la noche. Alguien trajo la comida de Jesús Pietro; se la tragó apresuradamente, y conservó la cafetera cuando retiraron la bandeja.

—Allí abajo —dijo Laney.

Matt asintió con la cabeza y empujó las palancas de los propulsores. Cayeron hacia una vivienda de tamaño medio que a primera vista parecía un grande y llano montón de heno. Había ventanas en el domo, y sobre un lado un pórtico como plataforma. Bajo el pórtico, una piscina de raras formas curvas. Las ventanas estaban iluminadas, y el área de la piscina ardía de luz. El agua en sí misma estaba iluminada desde abajo. No había ninguna zona de aterrizaje en la azotea, pero al otro lado de la casa se encontraban dos móviles.

—Yo hubiera escogido una casa vacía, de haber venido solo —Matt sólo comentaba, no críticaba. Había decidido hacía horas que Laney era la experta en rebeliones.

—¿Y entonces qué? Aunque te hicieras de un móvil, ¿dónde conseguirías las llaves? Escogí esta residencia porque la mayoría de las personas estarán a la vista en la alberca. Allí, ¿los ves? Haz que sobrevuele el móvil y veré a cuántos puedo liquidar.

Librodot

Habían volado hacia el este a lo largo del vacío, volando a ciegas en la niebla y manteniéndose lejos del borde, para que el sonido de sus propulsores no los delatara. Finalmente, varios kilómetros al este de la mansión Parlette, habían girado hacia tierra. Matt conducía, con el arma en equilibrio sobre el asiento a su lado. Nunca había tenido nada con semejante poder. Le despertaba un cálido sentimiento de seguridad e invulnerabilidad.

Laney viajaba en el asiento de atrás, desde donde podría disparar fácilmente desde una u otra ventana. Matt no podía ver siquiera cuánta gente se encontraba alrededor de la piscina. Pero las armas tenían miras telescópicas.

Comenzaron a sonar unos «pop», como si estallaran globos.

—Uno —dijo Laney—. Dos. Oh, aquí viene otro… tres, y listo. Bien, Matt, atrerriza rápido. ¡Cuidadooo! No tan rápido, Matt.

—Bueno, ¿he aterrizado, o no?

Pero ella ya se dirigía hacia la casa. Matt la siguió algo más despacio. El agua lanzaba vapor, como una enorme bañera. Vio a dos tripulantes caídos cerca de la piscina, y un tercero contra las puertas de cristal de la casa, y se sonrojó, ya que todos estaban desnudos. Nadie le había comentado que la Tripulación hacía fiestas de natación desnudos. Entonces notó el charco de sangre bajo el cuello de una mujer, y dejó de sonrojarse. Pensar en las ropas parecía trivial ahora.

Vista desde la alberca, la casa todavía se parecía a un almiar, pero se veían estructuras más normales a través de los laterales cubiertos de hierba amarilla. Por dentro, era inmensamente diferente de la casa de Geoffrey Eustace Parlette; las paredes eran todas curvas, y una falsa chimenea de forma cónica ocupaba el centro de la sala de estar. Pero estaba presente el mismo aire de lujo.

Matt oyó otro «pop» como de globo explotando, y se adelantó corriendo.

Empujaba el batiente de una puerta cuando oyó un segundo estallido. Un hombre estaba de pie detrás de una mesa pulida, marcando en un comunicador. Comenzaba a derrumbarse cuando Matt lo vio: un tripulante fornido y de mediana edad que llevaba encima solamente unas gotas de agua y una expresión de terror postrero. Miraba directamente a Laney. Se llevó una de sus manos a un punto de sangre sobre sus costillas. Su terror pareció desvanecerse mientras caía, pero a Matt le costaría olvidar su expresión. Ser cazado era malo en sí mismo, pero que sucediera estando desnudo debía ser mucho peor. La desnudez siempre ha sido sinónimo de desprotección.

—Busca arriba —dijo Laney, mientras recargaba el arma—. Tenemos que encontrar el lugar donde se desvistieron. Si encuentras pantalones, busca en los bolsillos para llaves. Date prisa; no podemos quedarnos aquí mucho tiempo.

Matt bajó unos minutos más tarde con un manojo de llaves pendiente de sus dedos.

—Estaban en el dormitorio —dijo él.

—Bueno. Deséchalas.

—¿Estás de broma?

—Encontré las ropas de la mujer; también tenía un llavero. Piénsalo detenidamente. Las ropas de arriba deben pertenecer al dueño de casa. Si tomamos su móvil, la Consolidada puede trazar su rumbo hasta aquí. Tal vez no importe; no puedo pensar en ningún modo en que pudieran luego llegar hasta Parlette. Pero si usamos el móvil de un invitado, no podrán rastrearnos de ningún modo. Entonces, éstas son las que nos conviene usar. Arroja las tuyas.

Volvieron hacia el móvil de Parlette, junto a la piscina. Laney abrió el salpicadero y tocó algo dentro.

—No me atrevo a enviarlo de vuelta —refunfuñó—. Harry tendrá que usar el otro. Hum… Lo ajustaré para una altura de quince kilómetros y lo lanzaré hacia el sur, hasta que se le acabe el combustible. Bien, Matt, vámonos.

Encontraron una llave que encajaba en uno de los móviles sobre la azotea. Matt lo voló hacia el noreste, directamente hacia el Hospital.

Librodot

La niebla no era muy espesa sobre la tierra, pero a cierta altura se veía como el comienzo de la Creación. Matt voló durante una hora hasta que apareció una borrosa mancha amarillo débil a la izquierda.

—El Hospital.

Laney estuvo de acuerdo. Giraron hacia allí.

Una mancha amarilla a la izquierda … y de pronto, una formación de luces blancas iluminó todo alrededor de ellos.

Matt dejó caer el móvil al instante.

Cayeron con fuerza sobre el agua. Cuando el móvil subió a la superficie, ambos se acercaron a ventanas opuestas. Matt jadeó por el frío. Los propulsores lanzaban un spray sobre él, y giró su cara para evitarlo. Unos patos graznaban de pánico.

Las luces blancas caían hacia ellos. Matt preguntó:

—¿Dónde estamos?

—En el parque Parlette, creo.

Matt se lanzó al agua, que le llegaba a la cintura, sosteniendo su arma en alto. El móvil avanzó a través del estanque para patos domésticos, vaciló en la orilla, y luego siguió hasta clavarse en un seto, pocos metros más allá. La niebla viraba al gris amarillento a medida que las luces de los móviles iluminaban el estanque.

Un pensamiento lo golpeó.

—Laney, ¿tienes tu arma?

—Sí.

—Pruébala.

Oyó el disparo.

—Funciona.

—De acuerdo —dijo él, y arrojó su propia arma. Oyó cómo chapoteaba a lo lejos.

Las luces de los móviles iluminaban todo alrededor de ellos. Matt anadeó hacia el lugar de donde había provenido el sonido del disparo hasta que chocó con Laney. Tomó su brazo y susurró:

—Permanece a mi lado.

Caminaron por el agua hacia la orilla. Él podía sentir su temblor. El agua estaba fría, pero cuando se apearon, el viento los heló.

—¿Qué le pasó a tu arma?

—La arrojé. Lo que a mí me conviene es entrar en pánico, ¿verdad? Bueno, es más difícil que me asuste si tengo un arma en la mano.

Tropezaron en la hierba. Las luces blancas los rodeaban a nivel de la tierra, ligeramente difuminadas por la niebla que se alzaba. Otras luces se cernían arriba, fanales que alumbraban uniformemente el parque. Bajo aquella iluminación, se veían las siluetas negras de hombres corriendo. Un móvil se posó en el agua detrás de ellos, tan suavemente como una hoja en otoño.

—Póngame con el Jefe —dijo el mayor Chin.

Se repantigó con placer en el asiento trasero de su móvil. El vehículo se asentó a unos treinta centímetros por encima del agua sobre un pequeño estanque para patos domésticos en el parque Parlette, y flotó sobre su colchón de aire de efecto suelo. En tal posición era casi invulnerable al ataque.

—¿Señor? Hemos capturado un móvil robado. Sí, señor, tiene que haber sido robado; aterrizó al momento cuando nos acercamos para investigarlo. Bajó como un elevador descompuesto… Sí, volaba directamente hacia el Hospital. Imagino que estamos aproximadamente tres kilómetros al sudoeste, señor. Los ladrones deben haber abandonado el móvil inmediatamente después de bajarlo sobre un estanque para patos domésticos… Sí, señor, muy profesional. El móvil se introdujo en un seto y sólo se quedó allí, tratando de

Librodot

seguir su camino bajo piloto automático… Matrícula B-R-G-Y… No, señor, nadie en él, pero hemos rodeado el área. Ellos no escaparán… No, señor, nadie los ha visto aún. Puede que estén en los árboles, pero les ahuyentaremos con humo… ¿Cómo? —una expresión perpleja cruzó su cara redonda y suave—. Sí, señor —dijo, y se despidió.

Pensó en dirigir la búsqueda por el comunicador, pero no tenía órdenes adicionales para dar. A todo su derredor se veían las luces de los móviles patrulla. El patrón de búsqueda ya había sido fijado. Cuando alguien encontrara algo, él llamaría.

Pero… ¿qué habra querido decir el Jefe con aquel último comentario: «No se sorprenda si no encuentran a nadie»?

Sus ojos se estrecharon. ¿El móvil sería un señuelo, puesto bajo piloto automático? Pero… ¿por qué llevar a cabo eso?

Para cubrir a otro móvil, que volara por encima de él. Este vehículo vacío llamaría la atención, mientras el otro pasaba sin ser detectado.

Tomó el comunicador.

—Carson, ¿estás ahí? Sube hasta los mil seiscientos. Enciende las luces y sobrevuela, a ver qué puedes recoger en el infrarrojo. Permanece allí hasta que suspendamos la búsqueda.

Esto fue poco antes de que averiguara qué tan mal había errado el tiro.

—Llamando al mayor Chin —dijo Doheny, volando a treinta metros por encima del parque Parlette. Su voz sonaba teñida de un controlado entusiasmo, por la emoción de la persecución—. ¿Señor? Tengo en los infrarrojos una señal que se aparta del estanque… Podrían ser dos personas; esta niebla deforma la imagen… Orilla occidental. Acaban de salir del agua, se mueven hacia donde los hombres exploran los alrededores… ¿Que usted no los ve? Están allí; lo juro… Bien, bien, pero si no están allí, entonces hay algo malo en mi infrascopio, señor… Sí, señor.

Molesto pero obediente, Doheny se apoyó en el respaldo y miró el débil punto rojo fusionarse con otro punto más grande y brillante, que era un motor de aeromóvil. Eso lo decide, pensó; han de ser dos policías, más allá de si son verdaderos o no.

Vio entonces la fuente infrarroja más grande apartarse, dejando en el suelo una segunda mancha… más pequeña que un móvil, pero bastante más grande que la que emitiría un hombre solo. Tenía forma de hoja de trébol… Eso lo alarmó, y se movió hacia la escotilla para comprobar. Ahí estaba, y era…

Perdió el interés y volvió al infrascopio. La fuente en forma de hoja de trébol estaba todavía allí, sin moverse, del color exacto que dejarían cuatro hombres inconscientes. Una fuente del tamaño de un hombre se separó entonces de la masa de baja señal alrededor del móvil abandonado, y se movió hacia la fuente de hoja de trébol.

Unos segundos más tarde, todo era un caos.

Jadeando, resollando, corriendo por sus vidas, salieron del parque Parlette y entraron en un paseo amplio y bien iluminado. Matt sujetaba la muñeca de Laney mientras corrían, para que ella no pudiera «olvidarse» de él, y apartarse por su cuenta. Cuando alcanzaron el paseo, Laney tiró de su brazo.

—Bien… Podemos… descansar ahora.

—¿A qué distancia… el Hospital?

—Unos… tres kilómetros.

Frente a ellos, las luces blancas de los móviles de la Consolidada se fueron perdiendo entre el brillo de la cúpula de niebla iluminada, cuando salieron en persecución del móvil vacío bajo piloto automático. Un brillo amarillo manchaba el lejano final del paseo: las luces del Hospital.

El paseo era de ladrillo rojo, lujosamente amplio, y seguía un patrón rectangular, con grandes castaños plantados en el centro, en una fila agradablemente dispersa. Las luces de las calles a ambos lados iluminaban unas casas antiguas e individualistas. Las castañas se

Librodot

balanceaban y cantaron de modo estridente con el creciente viento, que hacía volar la niebla aún presente en rizos y flámulas, y les cortó con el frío del acero para alcanzar la carne y el tuétano, a causa de las ropas y piel mojadas.

—Tenemos que conseguir alguna ropa —dijo Matt.

—Ya encontraremos a alguien. Es inevitable; son sólo las nueve.

—¿Cómo soportaban estar desnudos aquellos tripulantes? ¡Y nadando!

—El agua estaba caliente. Y probablemente tenían un sauna esperando en algún sitio. Lamento que no lo viéramos.

—Deberíamos habernos ido en el patrullero, ¿no crees?.

—Si lo hacíamos, tu poder no nos habría ocultado. En medio de la noche ellos no pueden ver tu cara por la ventanilla. Sólo habrían visto un móvil robado, y lo habrían bañado en sónicos, que es lo que deben estar haciendo ahora.

—¿Y por qué insististe en desnudar a aquel policía? Y si ya tenías el maldito traje, por qué lo arrojaste lejos?

—¡Por los Demonios de la Niebla, Matt! ¿Confiarás en mí?

—Lo siento. Pero podríamos haber aprovechado aquel abrigo.

—Valdrá la pena, te lo aseguro. Ahora buscarán a un hombre con el uniforme de la Consolidada. Oye… ¡Ponte delante de mí, rápido!

Un cuadrado de luz había aparecido varias casas más abajo. Matt se paró por delante de ella y se inclinó, las manos en las rodillas, para que ella pudiera usar su hombro como apoyo para el arma.

Esto había funcionado bien sobre los cuatro policías en el parque Parlette, y también lo hizo ahora. Una pareja de tripulantes apareció en la luz. Se dieron vuelta y saludaron a sus anfitriones, giraron otra vez y caminaron, ligeramente encorvados contra el viento. El cierre de la puerta cortó la luz y los dejó como débiles sombras en movimiento. Cuando bajaban a la calzada de ladrillo, se cruzaron con las trayectorias de dos espinas de caza.

Matt y Laney los desnudaron, y los abandonaron apoyados contra un seto de jardín para que el sol los hallara.

—Gracias a los Demonios de la Niebla —dijo Matt.

Todavía temblaba dentro de la ropa seca. Laney pensaba en el futuro ya.

—Nos pegaremos a las casas todo lo que podamos. Estas viviendas emiten mucho en los infrarrojos; eso nos protegerá. Incluso si un móvil nos descubre, tendrá que dejarse caer a preguntar, para asegurarse de que no somos de la Tripulación.

—Bien. ¿Qué pasará cuando nos quedemos sin casas?

Laney no respondió por largo tiempo, y Matt no la presionó. Finalmente ella dijo:

—Matt, hay algo que yo debería decirte.

Tampoco la presionó ahora.

—Tan pronto como pasemos el muro, si es que lo logramos… iré al vivero. Tú no tienes que seguirme, pero yo tengo que ir allí.

—¿No es la primera cosa que ellos esperarían?

—Probablemente.

—Entonces… mejor no lo hagas. Busquemos a Polly primero. Deberíamos mantenernos ignorados durante el mayor tiempo posible. Una vez que tus Hijos de la Tierra carguen, asumiendo que conseguimos liberarlos, esas puertas adormecedoras caerán en seguida. De hecho, si nosotros… —en este punto él echó un vistazo hacia ella y se detuvo en seco.

Laney miraba directamente al frente. Su cara estaba rígida como una máscara. Igual de rígida brotó su voz, deliberadamente alta.

—Por eso te lo digo ahora: iré al vivero. Para eso estoy aquí… —parecía a punto de quebrarse; pero continuó aprisa—. Por eso estoy aquí, porque los Hijos de la Tierra están allí presos, y soy una de ellos. No porque tú me necesites, sino porque ellos me necesitan. Pero te necesito a ti para poder entrar; de no ser así, lo intentaría sola.

Librodot

—Me parece que… —comenzó Matt. Estuvo a punto de continuar, pero… no, no podía decir eso. Quedaría abierto de par en par para que le abofetearan, y en ese humor actual Laney lo haría. En cambio, dijo—: ¿Y qué hay del gran secreto de Polly?

—Millard Parlette lo sabe también. Parecía impaciente por hablar. Y si no fuera así, Lydia conseguirá que lo haga.

—Entonces… no necesitáis más de Polly.

—Exacto. Y si acaso tienes la ilusoria idea de que estoy aquí porque me gustas, puedes olvidarte de eso también. No trato de ser ni cruel ni grosera, Matt; sólo quiero que sepas dónde estás parado. Por otra parte, podrás contar conmigo para tomar decisiones racionales.

»Mira, Matt, tú eres el transporte. Nos necesitamos el uno al otro para entrar. Una vez que estemos dentro iré directamente al vivero, y tú puedes hacer lo que te parezca para mantenerte con vida.

Durante algún tiempo caminaron en silencio, cogidos del brazo: una pareja de tripulantes que regresa a casa desde una distancia lo suficientemente corta para no necesitar un móvil. Otros tripulantes los cruzaron de vez en cuando. Generalmente se movían rápidamente, doblados contra el viento, y no hicieron caso de Matt y Laney en su prisa por refugiarse del frío. Una vez, una buena docena de hombres y mujeres, cuyos estados variaban desde simplemente alegre a caerse de borracho, aparecieron en la calle por delante de ellos, marcharon cuatro casas más abajo, y comenzaron a machacar una puerta. Matt y Laney miraron mientras se abría la puerta y los festejantes entraban. Y de repente, Matt se sintió sumamente solo. Sujetó el brazo de Laney un poco más fuerte, y continuaron.

El paseo de ladrillo giraba hacia la izquierda, y ellos lo siguieron. Ahora no había casas a la derecha. Sólo árboles, altos y gruesos, protegiendo la vista del Hospital. El perímetro estéril de defensa debía estar justo al otro lado.

—¿Y ahora qué?

—Seguimos —dijo Laney—. Pienso que deberíamos entrar por el borde del bosque interno.

Ella esperó que Matt le preguntara por qué, pero él no lo hizo. Se lo dijo de todos modos.

—Los Hijos de la Tierra hemos estado planeando un ataque contra el Hospital por décadas, esperando un momento apropiado que nunca vino. Una de las cosas que planeamos era entrar justo a lo largo del borde del bosque interno. Ese bosque está tan plagado de ingeniosos artefactos que los guardias de ese lado probablemente nunca lo consideran.

—Es lo que tú esperas.

—Puedes apostarlo.

—¿Qué sabes tú sobre las defensas del Hospital?

—Bien, cruzaste la mayoría de ellas anoche. Incluso has tenido el buen sentido de no introducirte en el bosque interno; hay dos anillos de células fotoeléctricas. Has visto el muro; armas y reflectores por todas partes. Castro probablemente ha destacado hombres suplementarios esta noche, y podemos apostar que ha cerrado la carretera de acceso. Por lo general la dejan abierta, pero es bastante sencillo cerrar el anillo de células fotoeléctricas allí y clausurar la puerta.

—¿Y dentro del muro?

—Los guardias. Matt, hemos asumido que todos esos hombres están poco entrenados. El Hospital nunca ha estado bajo ataque directo. Nos superan en número…

—Oh, ¿de veras?

—…pero estaremos tratando con guardias que no creen realmente que haya algo contra lo que protegerse.

—¿Y las trampas? No podemos luchar contra la maquinaria.

—Prácticamente ninguna en el Hospital… al menos, no por lo general. Hay cosas que Castro podría instalar en una emergencia. En las antiguas naves podría haber algo que no conocemos, pero no nos acercaremos a ellas. Luego hay aquellas malditas compuertas que

vibran… —Matt asintió con la cabeza, una veloz sacudida de su barbilla—. Nos sorprendieron a todos. Deberíamos haber sido advertidos.

—¿Por quién?

—No importa. Espera un segundo… Sí, éste es el lugar. Pasaremos por aquí.

—Laney.

—¿Qué? Oye, hay alambres detectores de presión en el suelo, ocultos entre la grava y las hojas muertas. Pisa sobre las raíces cuando crucemos.

—¿Qué pasó el viernes por la noche?

Ella se dio vuelta para ver su cara, tratando de leer lo que había querido decir.

—Pues… pasó que pensé que me necesitabas —dijo.

Matt asintió lentamente con la cabeza.

—Pues sucede que acertaste.

—Bien. Mira, para eso es que estoy allí. Los Hijos de la Tierra son en su gran mayoría hombres. A veces están horriblemente deprimidos. Siempre planeando, muy rara vez luchan, y las veces que lo han hecho, nunca han ganado…, y todo el tiempo preguntándose si al fin y al cabo no le hacen el caldo gordo a la Consolidada. No pueden hacer siquiera alarde de su rebeldía excepto el uno al otro, porque no todos los colonos están de nuestro lado. Bueno, pues… a veces, puedo hacerles sentirse hombres otra vez.

—Creo que necesito incrementar mi ego justo ahora.

—Lo que tú necesitas ahora mismo, amigo, es un buen susto. Sólo sigue pensando en la amenaza, y estarás bien. Pasaremos por aquí…

—Se me ha ocurrido algo.

—¿Y ahora qué?

—Si nos hubiéramos quedado aquí esta tarde, nos habríamos ahorrado todo este disgusto.

—¿Vendrás o no? Y no olvides andar sobre las raíces.

Capítulo X - LA MANO DE PARLETTE

La oscuridad cubrió la mayor parte de Monte Lookitthat.

La Tripulación nunca lo supo. Las luces de la meseta Alfa estaban todas encendidas. Incluso desde las casas a lo largo del acantilado Alfa-Beta, que tenían vista, a través de la meseta Beta, hacia las distantes luces de las arracimadas ciudades de Gamma y Iota, esa noche aquella vista estaba blanqueada por la niebla, y ¿quién podía saber que las arracimadas luces estaban todas apagadas?

En las regiones colonistas había miedo y furia, pero eso no podía verse desde la meseta Alfa.

Ningún verdadero peligro amenazaba. Sobre Gamma y Iota no había ningún hospital donde los pacientes pudieran morir en salas de operaciones. Ningún móvil se estrellaría por no contar con luces en la calle. El que se estropeara la carne en los congeladores de las carnicerías no causaría mayor hambruna, desde que allí estaban los bosques de fruta y nogales, cultivos y manadas.

Pero había miedo y furia. ¿Algo andaría mal allá arriba, en donde la electricidad se originaba? ¿O era alguna travesura, un castigo, un experimento? ¿Algún acto deliberado de la Consolidada?

Uno no podía moverse sin luces. La mayor parte de las personas se quedaron donde estaban, dondequiera que estuvieran. Y se acostaron donde pudieron; para los colonos estaba cerca la hora de acostarse, de todos modos. Y esperaron que las luces volvieran.

No darían ningún problema, pensó Jesús Pietro. Si el peligro cayera esta noche, no vendría de allí abajo.

Librodot

Igual de cierto era que los Hijos de la Tierra atacarían, aunque sólo fueran cinco. Harry Kane no abandonaría a la mayor parte de sus hombres a la muerte. Lo que se pudiera hacer, lo haría, sin tener en cuenta los riesgos a correr.

Y el fugitivo del mayor Chin se había escapado, finalmente. Estaba a unos tres kilómetros del Hospital, llevando puesto un uniforme de policía. Y como se había escapado, y era uno solo, y ningún hombre lo había visto claramente… tenía que ser Matt Keller.

Cinco expedientes en su mesa, los de los cinco fugitivos. Harry Kane y Jayhawk Hood: éstos eran viejos conocidos, los más peligrosos de entre los Hijos de la Tierra. Elaine Mattson, Lydia Hancock y Matthew Keller. A éstos se los aprendió de memoria durante las largas horas que sucedieron a la fuga de esa tarde. Podría haber reconocido a cualquiera de ellos a un kilómetro de distancia, o relatarles sus biografías.

El expediente más delgado era el de Keller: apenas dos páginas y media. Ingeniero de minas… no mucho de su familia… pocos asuntos amorosos… y ninguna prueba de que se uniera alguna vez a los Hijos de la Tierra.

Jesús Pietro estaba preocupado. Si los Hijos de la Tierra consiguieran entrar, irían directamente al vivero para liberar a sus compatriotas. Pero si Matthew Keller era un agente por su propia cuenta…

Si el fantasma de la meseta Alfa no fuera un rebelde, sino alguna otra cosa, con su propio e impredecible propósito…

Jesús Pietro estaba muy preocupado. El último sorbo de café de repente sabía horrible, y apartó la taza. Notó con cierto alivio que la niebla parecía despejarse. Sobre su escritorio había una pila de cinco expedientes y un sexto aparte; sólo eso, y un arma de balas de piedad.

Bajo las luces del Hospital, el cielo brillaba de color gris perla. El muro era una masa monstruosa por encima de ellos, una filosa sombra negra que cortaba de través el cielo encendido. Oyeron unos pasos regulares arriba de sus cabezas.

Habían avanzado lentamente lado a lado, bastante cerca como para molestarse un poco. Habían brincado por sobre las barreras de célula fotoeléctrica: Matt primero y luego Laney, mientras Matt miraba arriba del muro dispuesto a que nadie pudiera verla. Hasta ahora nadie los había detectado.

—Podríamos caminar alrededor, hacia la puerta —dijo Matt.

—Pero si Castro corta la energía, no podremos abrirla. No, hay un mejor camino.

—Muéstrame.

—Deberemos arriesgarnos a un poco de conmoción… Aquí es.

—¿Qué hay?

—Una mecha. Yo no estaba segura de que estuviera aún aquí.

—¿Mecha?

—Mira, buena parte de la Consolidada está formada por colonos puros. Tenemos que tener cuidado de a quién nos acercamos, y hemos perdido buenos hombres porque se dirigieron a la persona incorrecta, pero a veces da resultado. O eso espero.

—¿Alguien plantó una bomba para ustedes?

—Espero que sí. Hay sólo dos Hijos de la Tierra en la Consolidada, y uno de ellos… o ambos, podrían ser sólo unos infiltrados —ella hurgó en los grandes bolsillos sueltos de las galas de la tripulante, salpicadas ahora de barro—. La perra no llevaba encendedor. ¿Matt?

—Te lo alquilo. Toma.

Ella tomó el encendedor, y luego habló con toda intención:

—Si ellos ven la luz, estamos muertos —y se puso en cuclillas sobre el alambre.

Matt se agachó sobre ella, para proteger la luz con su cuerpo. Al hacerlo, alzó la vista. Dos bultos se mostraron sobre la recta sombra del muro. Se movieron. Matt comenzó a susurrar: «¡Espera!»… Pero una luz amarilla llameó debajo de él, y ya era demasiado tarde.

Las cabezas se retiraron.

Laney tiró de su brazo.

Librodot

—¡Corre! ¡A lo largo del muro! —él siguió su tirón a los tropezones—. ¡Ahora al piso!

Aterrizó sobre su vientre, al lado de ella. Hubo una tremenda explosión. Trozos metálicos cantaron alrededor de ellos, arrancando sonidos contra el muro. Algo arrancó un pedazo de la oreja de Matt, y él se palmeó como si hubiera sido la picadura de una avispa.

No tuvo tiempo ni para blasfemar. Laney lo sacudió para que se levantara, y volvieron corriendo por donde habían venido. Se escuchaba una aturdida gritería sobre el muro, y Matt miró hacia allí… para encontrarse con cien ojos que miraban hacia abajo. Entonces de pronto el área se hizo brillante como el infierno.

—¡Por aquí!

Laney cayó sobre sus rodillas, palmeó con su mano el tobillo de Matt, y se introdujo lentamente a gatas por un agujero. Las balas de piedad salpicaban a su alrededor cuando Matt entró después de ella.

En el exterior, el agujero era sólo lo bastante grande para avanzar lentamente sobre manos y rodillas. La bomba debe haber sido una carga preformada. Pero el muro era muy grueso, y el agujero se hacía más pequeño hacia el interior. Salieron arrastrándose sobre sus vientres, llenos de rasguños. Aquí también estaba todo demasiado iluminado, haciendo lagrimear los ojos de Matt. Alarmado, vio que se habían abierto varios hoyos en fila sobre el suelo a lo largo de este lado del muro, y sobre el apestoso olor de la cordita olió el rico aroma de la tierra recién removida.

—Bombas —dijo con asombro.

Una línea de bombas de presión, hechas explotar por la detonación de la pared, habían sido colocadas para estallar si un invasor se lanzaba desde la cumbre del muro. Bombas destinadas a matar.

—Me siento halagado —susurró para sí, y mentía.

—¡Cállate!

Laney se dio vuelta para fulminarlo con la mirada, y en la chillona luz artificial él vio cambiar sus ojos. Entonces ella dio la vuelta y corrió. Estaba más allá de su alcance antes de que Matt tuviera tiempo de reaccionar.

Cientos de pies sonaron a su alrededor, a todo correr hacia el agujero en el muro. ¡Estaban rodeados! Asombrosamente, nadie trató de detener a Laney. Pero entonces vio a alguien sacudirse y detenerse en su carrera hacia el agujero abierto, y luego ir detrás de ella.

Y nadie trató de detener a Matt. Él era invisible, pero había perdido a Laney. Sin él, ella tenía solamente el arma … y él, por su parte, no sabría alcanzar a Polly. Se quedó de pie allí, perdido.

Frunciendo el ceño, Harry Kane inspeccionó las manos que no hacían juego. Había visto transplantes antes, pero nunca un hombre hecho de remiendos, como parecía ser Millard Parlette.

—No es artificial, ¿verdad? —preguntó Lydia.

—No. Pero tampoco es un trabajo normal de trasplante.

—Debería estar despierto ya.

—Lo estoy —dijo Millard Parlette.

Harry comenzó.

—¿Puede hablar?

—Sí.

Parlette tenía una voz chirriante como una bisagra oxidada, alterada por lo que debía ser la melodiosa entonación de la Tripulación, aunque mal pronunciada por los efectos del aturdidor sónico. Habló despacio, articulando conscientemente.

—¿Puede darme un vaso de agua?

—Lydia, consigue un poco.

—Aquí.

Librodot

La robusta mujer alzó en su brazo la cabeza del anciano y le dio el agua en pequeños sorbos.

Harry estudió al hombre. Lo habían apoyado contra una pared del vestíbulo. No se había movido desde entonces y probablemente no podría aún, pero los músculos de su cara, que había sido floja y gomosa, ahora reflejaban una personalidad.

—Gracias —dijo, con una voz más firme—.No debería haberme disparado, y lo sabe.

—Tiene cosas de decirnos, Sr. Parlette.

—Usted es Harry Kane. Sí, tengo cosas de decirle. Y luego querré hacer un trato con usted.

—Estoy abierto a los acuerdos. ¿De qué clase?

—Lo entenderá cuando termine. ¿Puedo comenzar con el paquete del reciente ramrobot? Me temo que esto será algo técnico…

—Lydia, busca a Jay —Lydia Hancock se retiró silenciosamente—. Será mejor que él oiga lo técnico. Jay es nuestro genio.

—¿Jayhawk Hood? ¿También está aquí?

—Usted parece saber mucho sobre nosotros.

—Oh, sí. He estado estudiando a los Hijos de la Tierra por más tiempo del que usted lleva vivo. Jayhawk Hood tiene una mente sutil. Por supuesto, lo esperaremos.

—¿Ha estado estudiándonos? ¿Por qué?

—Trataré de explicárselo claramente, Kane, pero llevará algo de tiempo. Dígame… ¿alguna vez le pareció artificial y precaria la situación de Monte Lookitthat?

—Hum. Si usted hubiera estado tratando de cambiarla tanto tiempo como yo llevo, no pensaría lo mismo.

—Hablo en serio, Kane. Nuestra sociedad depende completamente de su particular tecnología. Cambie la tecnología, y cambiará la sociedad. Y lo que más cambiaría sería la ética…

—Eso es ridículo. La ética es la ética.

La mano del anciano se movió nerviosamente.

—Déjeme hablar, Kane.

Harry Kane mantuvo el silencio.

—Considere la ginebra de algodón —dijo Millard Parlette—. Esa invención hizo económicamente factible cultivar algodón en grandes cantidades en el sur de los Estados Unidos, pero no en los estados del norte. Esto provocó que se trajeran esclavos en gran número a una parte de aquella nación, mientras la esclavitud se abolía en la otra parte. El resultado fue un problema racial que duró siglos.

»Considere la armadura feudal. El código de ética de la caballería estaba basado en el hecho de que la armadura era una defensa total contra quienes no estaban armados de manera similar. La pica clavada en tierra, y posteriormente la pólvora, terminaron con el código de la caballería e hicieron necesaria una nueva ética.

»Considere la guerra como instrumento de diplomacia… —Millard Parlette se detuvo para jadear un poco. Luego de un momento continuó—. Se usó con ese sentido, usted lo sabe. Pero luego vino el gas tóxico, las bombas de fisión, las termonucleares, la bomba de radiocobalto fisión-fusión… La inventiva del género humano hizo que la guerra fuera cada vez menos útil para imponer la voluntad de una parte, porque cada vez era más destructiva al azar… hasta que el nacionalismo se hizo demasiado peligroso para ser tolerado, y las Naciones Unidas se hicieron más poderosas sobre la Tierra que cualquier posible alianza minoritaria de naciones.

»Considere la fundación del Cinturón. Un desarrollo tecnológico único, que creó la población más saludable del sistema…, pero en una región tan particular, que requirió el desarrollo de una ética absolutamente novedosa, donde la estupidez automáticamente conlleva su propia pena de muerte…

El anciano se detuvo otra vez, agotado.

Librodot

—No soy ningún historiador —dijo Harry—, pero la moral es la moral. Lo que es inmoral aquí y ahora es inmoral en todas partes, en cualquier momento.

—Kane… usted se equivoca. ¿Es ético ejecutar a un hombre porque robó?

—Por supuesto.

—¿Sabía usted que hubo una vez en la Tierra una ciencia inmensamente detallada para la rehabilitación de los criminales? Era una rama de la sicología, naturalmente, y era con mucho la rama más importante. A mediados del siglo veintiuno, casi las dos terceras partes de los criminales podían ser finalmente curados y liberados.

—Eso es tonto. ¿Por qué tomarse todo ese trabajo, cuando el banco de órganos debía estar clamando por…? Ah, ya veo. Aún no había banco de órganos.

El anciano sonreía finalmente, mostrando unos dientes blancos y perfectos. Dientes brillantes, ojos grises y penetrantes: el verdadero Millard Parlette asomaba por detrás de la máscara de goma rajada, arrugada y suelta que era su cara.

Salvo que los dientes no podían ser suyos, pensó Harry. Bien, al diablo con eso…

—Continúe —dijo.

—Un día, hace mucho tiempo, comprendí que la situación ética en Monte Lookitthat era frágil. Estaríamos obligados a cambiarla un día, y tal vez abruptamente, debido a que la Tierra constantemente nos bombardea con nuevos descubrimientos. Decidí estar preparado.

Hubo unos pasos apresurados sobre la escalera; Lydia y Hood entraron atropelladamente.

Harry Kane presentó a Hood como si ya fueran aliados con Millard Parlette. Hood entendió la señal y estrechó formalmente la mano extendida, estremeciéndose por dentro…, porque la mano de Parlette todavía se sentía como algo muerto.

—Mire esa mano —dijo Millard Parlette—. Examínela.

—Ya lo hicimos.

—¿Qué ha pensado?

—Pensé en preguntarle a usted sobre ello —dijo Hood.

—Por lo visto…, la Tierra está comenzando a emplear la bioingeniería para objetivos médicos. Había cuatro presentes en el contenedor del ramrobot, junto con instrucciones completas para su uso y mantenimiento. Uno era una especie de simbionte virus-hongo. Bañé mi meñique en ello; ahora el simbionte está sustituyendo mi piel.

—¿Sustituyendo…? Oh, lo siento —dijo Hood. Era difícil no interrumpir a Parlette: su discurso era enojosamente lento.

—Así es. Primero disuelve la epidermis, dejando sólo las células vivas de debajo. Luego estimula de alguna manera la memoria del ADN en la dermis. Probablemente el componente viral es el que lo hace. Usted ha de saber que un virus no se reproduce directamente, sino que obliga a su anfitrión a producir más virus, insertando sus propias cadenas reproductivas en las células del anfitrión.

—Es como tener a un invitado permanente —dijo Hood.

—No. El virus muere después de un corto lapso. Sucede con todos los virus. Cuando pasa eso, el hongo muere de hambre.

—¡Maravilloso! ¡El simbionte se mueve en anillo, dejando la piel nueva! —consideró Hood—. La tierra realmente llegó lejos esta vez. Pero… ¿qué pasaría cuando eso alcanzara… los ojos, por ejemplo?

—No sé. Pero no había instrucciones particulares al respecto. Me ofrecí como sujeto de prueba porque me hubiera venido bien una nueva piel. Dice en las especificaciones que hasta regenera el tejido de las cicatrices. Y realmente lo hace.

—Esto es un verdadero avance —dijo Harry.

—Pero usted no alcanza a ver el por qué de su importancia. Kane, le mostré esto primero porque resulta que lo traigo conmigo…, pero los demás artículos le sorprenderán —Parlette dejó caer la cabeza para aliviar la tensión sobre su cuello—. No sé qué tipo de

Librodot

animal hizo nacer el segundo presente, pero ahora se parece a un hígado humano. Y en el ambiente apropiado, se comportará igual que un hígado humano.

Los ojos de Harry se abrieron como platos y quedaron en blanco. Lydia lanzó un sonoro y asustado silbido. Y Millard Parlette añadió:

—El ambiente apropiado es, por supuesto, el mismo ambiente de un hígado humano. Aún no han sido probados porque no están totalmente crecidos. Podemos esperar desventajas, debido a la carencia de uniones nerviosas…

—Entonces… ¡Keller dijo la verdad! —exclamó Harry—. ¡Pequeños hígados y…! Parlette, el tercer presente… ¿es un animal para sustituir el corazón humano?

—Sí. Casi todo músculo. Reacciona a la adrenalina apresurando el latido…, pero de nuevo, la carencia de uniones nerviosas…

—¡Hurraaa!

Harry Kane comenzó a bailar. Agarró a Lydia Hancock y la hizo dar vueltas y vueltas. Hood miraba, sonriendo tontamente. Repentinamente Kane la soltó, y cayó en rodillas delante de Parlette.

—¿Qué hay en el cuarto?

—Un rotífero.

—¿Un... rotífero?

—Sí. Vive como un simbionte en la corriente sanguínea humana, y hace cosas que el cuerpo humano no puede hacer por sí mismo. Kane, me chocaba a menudo el hecho de que la evolución como proceso deja bastante que desear. La evolución se termina para el ser humano cuando es demasiado viejo para reproducirse. De tal guisa, no hay ningún programa genético para mantenerlo vivo más allá de eso. Sólo apatía. Se necesita un enorme esfuerzo médico para compensar…

—¿Qué hace eso, ese… rotífero?

—Lucha contra la enfermedad. Limpia los depósitos grasos de las venas y arterias. Disuelve los coágulos de sangre. Es demasiado grande para moverse por los capilares, y muere en contacto con el aire; esto sirve para que no impida el necesario coagulamiento de las heridas. También secreta una especie de goma, para remendar puntos débiles en las paredes de los vasos y capilares más grandes, algo que tranquiliza a un hombre de mi edad…

»Pero hace todavía más. Actúa como una especie de glándula atrapa-todo, una pituitaria suplementaria. Cuida de mantener el mismo equilibrio glandular que se supone tiene un hombre de alrededor de treinta años. No produce hormonas masculinas ni femeninas, y le toma bastante tiempo eliminar el exceso de adrenalina, pero… mantiene el equilibrio hormonal. O, al menos, eso dicen las especificaciones…

Harry Kane se sentó sobre sus talones.

—Entonces… el banco de órganos está acabado. Obsoleto. No me extraña que intentarais guardar el secreto.

—Oh, vamos, no sea simple.

—¿Qué? —Parlette abrió la boca para proseguir, pero Harry lo arrolló—: ¡Le digo que el banco de órganos se acabó! Escúchese, Parlette: el simbionte de piel sustituye los injertos, y lo hace mejor. El animal corazón y el de hígado sustituyen los trasplantes de hígado y corazón. Y el rotífero impide todo lo demás, ¡enfermarse, en primer lugar! ¿Qué más queréis?

—Varias cosas. Un animal riñón, por ejemplo. O…

—Vamos, ésas son tonterías…

—¿Cómo sustituiría usted un pulmón, por ejemplo? ¿Un pulmón destruido por adicción a la nicotina?

—Él tiene razón —dijo Hood—. Esos cuatro presentes del ramrobot son solamente un indicador, un ejemplo de ingeniería. ¿Cómo repararás un pie roto, un ojo malo, un codo de tenista? —Hood marcaba el paso ahora, en cortos espasmos—. Se necesitarían varios cientos de artefactos de bioingeniería diferentes para que el banco de órganos quedara realmente obsoleto. Y de todos modos…

Librodot

—Muy bien, basta ya —dijo Harry Kane, y Hood se calló—. Parlette, enfundo mis armas; reconozco que usted tiene razón. Pero le daré algo en qué pensar. Suponga que cada colono sobre Monte Lookitthat conociera sólo *los hechos* respecto al paquete del ramrobot. Sin el análisis de Hood, y sin el suyo; sólo la cruda verdad. ¿Qué sucedería entonces?

Parlette sonreía. No debería estar sonriendo, pero sus dientes blancos brillaban regularmente en la luz, y la sonrisa no era forzada.

—Evidentemente, creerían que el banco de órganos ya es obsoleto. Esperarían tranquilamente a que la Consolidada se disolviera…

—Y como la Consolidada no mostraría ningún signo de disolución, ¡se rebelarían! ¡Cada colono sobre Monte Lookitthat! ¿Podría el Hospital mantenerse contra eso?

—Ahora ve el punto, Kane. Me inclino a pensar que el Hospital podría mantenerse de pie contra cualquier ataque, aunque no me gustaría apostar por ello. Pero estoy seguro de que podría perderse la mitad de la población de este planeta en la consiguiente guerra, más allá de si se ganara o se perdiese.

—Entonces… ya ha estado pensando en el asunto.

La cara de Parlette se torció. Sus manos revoloteaban sin rumbo fijo y sus pies golpeteaban contra el suelo a medida que los efectos del sónico comenzaban a abandonarlo.

—Me ha creído un tonto, ¿verdad, Harry Kane? Yo nunca cometí ese error con usted. Me informé del paquete hace seis meses, cuando el ramrobot envió su mensaje de máser, e inmediatamente supe que el presente gobierno de la Tripulación sobre la Meseta estaba irremisiblemente condenado.

Laney había desaparecido girando a la izquierda, alrededor de la gran curva suave de la *Planck*, mientras Matt se quedaba de pie alelado. Luego trotó tras de ella, pero se refrenó. Ella debía conocer otra entrada; nunca la alcanzaría antes de que se perdiera adentro del edificio. Y si la siguiera luego y no hallara a la chica, estaría perdido en el laberinto del Hospital.

Pero tenía que encontrarla. Laney le había ocultado tanto como podía, probablemente porque temía que Castro lo capturara, y manteniéndolo en la ignorancia evitaría que el Jefe se enterara de algo importante. No había mencionado la bomba hasta que la mecha estuvo en su mano, y los proyectos detallados para invadir el Hospital habrían de esperar hasta que él la siguiera dentro.

Eventualmente le habría dicho como encontrar a Polly… Pero ahora, las había perdido a ambas.

¿O no?

Corrió hacia la entrada principal, esquivando a los policías que trataban de pasar a través de su cuerpo, por no verlo. Encontraría a Laney en el vivero, si es que ella alcanzaba a llegar allí. Pero sólo conocía una ruta para llegar.

Las grandes puertas de bronce se abrieron de pronto cuando él se acercó. Matt vaciló al pie de la amplia escalera. ¿Células fotoeléctricas? En ese momento, tres hombres uniformados salieron por la entrada, y Matt se coló entre ellos. Si hubiera células fotoeléctricas aquí, y alguien vigilándolas, tal vez no podrían guardar registro del gran tráfico del último minuto.

Las puertas se cerraron apenas él pasó. De hecho, casi lo atraparon entre ellas. Blasfemó en susurros y se apartó, para dejar paso a un policía que corría con un silbato en la boca…, idéntico al silbato ultrasónico que el portero había usado para entrar la noche anterior. Necesitaría uno de ésos para salir, pero se preocuparía más tarde por ello. No había porqué pensar en la salida aún.

Sus piernas le dolían salvajemente. Redujo la marcha a una caminata enérgica, y trató de no jadear.

Derecho, un piso arriba, a la derecha, luego a la izquierda… VIVERO.

Vio la puerta al final del pasillo, y se detuvo donde estaba, apoyándose agradecido contra la pared. Había llegado antes que Laney, y estaba horriblemente cansado. Sentía las piernas entumecidas, había un silbido en su cabeza, y no quería hacer sino respirar. Un agrio

Librodot

regusto en su boca y garganta le recordó el horrendo sabor metálico caliente del vacío neblinoso, cuando se había escurrido hacia el fondo, menos de treinta y seis horas antes. Le parecía que había estado corriendo por siempre, aterrorizado por siempre. Su sangre había estado cargada de adrenalina por demasiado tiempo. El muro se sentía suave contra su espalda.

Estaba bien descansar. Estaba bien respirar. Estaba bien sentirse cálido, y las paredes de Hospital eran cálidas, casi demasiado cálidas para la chaqueta de tripulante que llevaba encima. Se la quitaría en cualquier momento. Rebuscando ociosamente en los bolsillos, encontró un puñado de cacahuetes asados.

El cabo Halley Fox dobló la esquina y se quedó tieso. Un tripulante estaba apoyado contra la pared, llevando puesto su abrigo dentro. Había una herida desigual en la oreja del hombre, y una mancha de sangre debajo, empapando el cuello de la chaqueta. El tipo rajaba y comía cacahuetes, dejando caer las cáscaras al suelo.

Era extraño, pero no lo suficientemente extraño.

Halley Fox pertenecía a la tercera generación de una familia que tradicionalmente produjo policías; naturalmente, él también se había unido a la Consolidada. Sus reflejos no eran lo bastante buenos para la infantería, y era mejor seguidor que líder. Durante ocho años había sido un hombre competente, en una buena posición que no requería mucha responsabilidad.

Pero luego… la noche anterior, había capturado a un colono que había penetrado al Hospital.

Esa mañana había habido una fuga del vivero, la primera desde que había sido instalado. El cabo Fox había visto la sangre por primera vez. Sangre de personas, no drenada en un tanque en el banco de órganos, sino derramada desatinadamente a lo largo del vestíbulo por una violencia consciente y cruel.

Esa tarde, el Jefe había advertido de un inminente ataque contra el Hospital. Prácticamente había advertido al cabo Fox que debía disparar ¡contra sus propios compañeros guardias! ¡Y todos lo tomaban en serio!

Hace minutos había habido una explosión infernal fuera de las ventanas… y la mitad de los guardias había abandonado sus puestos para ver lo que había pasado.

El cabo Fox estaba ligeramente atontado.

Él no había abandonado su puesto. Las cosas ya estaban demasiado confusas. Se atuvo a su entrenamiento, algo que sabía que era sólido. Y cuando vio un tripulante comiendo cacahuetes apoyado contra una pared, lo saludó diciendo:

—Señor.

Matt levantó la mirada para ver a un policía, parado tieso como una tabla, sosteniendo una pistola de balas de piedad oblicuamente a través de su frente.

Con gran eficacia, desapareció. El cabo Fox siguió caminando por el pasillo, dando un amplio giro alrededor de la puerta del vivero. Al final del pasillo se detuvo, girado a medias, y cayó.

Matt se apartó de la pared, apoyándose sólo en sus inestables piernas. La visión del guardia a pocos centímetros casi había detenido su corazón.

Laney vino rápido. De repente vio a Matt, reculó, y apuntó el arma…

—¡Detente! ¡Soy yo!

—Oh, Matt. Pensé que te había perdido…

Él se movió hacia ella.

—Alguien vino antes que tú. ¿Lo has visto?

—Sí —ella señaló al cabo Fox, en el suelo—. Están mal entrenados. Eso es algo.

—¿Dónde has aprendido a disparar así?

—No importa. Vamos —dijo, y avanzó hacia el vivero.

—Espera. ¿Dónde encuentro a Polly?

—Realmente no lo sé. Nunca hemos sabido dónde administran la cura del ataúd —ella se estiró para tomar el picaporte, pero Matt la sujetó por la muñeca—. Oye, Matt —dijo ella—. Ya te lo había advertido.

—La puerta tiene trampa.

—¿Eh?

—Vi que el guardia dio un rodeo al pasar.

Ella miró el picaporte con el ceño fruncido. Entonces se volvió, y con esfuerzo rasgó una tira del dobladillo de la chaqueta de Matt. La ató al picaporte, moviéndose hacia atrás todo lo que pudo.

Matt retrocedió.

—Antes de que cometas algo irreversible, ¿realmente no vas a decirme dónde encontrar Polly?

—Con total franqueza, Matt…, no lo sé —ella no trataba de disimular el hecho que la estaba distrayendo innecesariamente.

—Bien, ¿dónde está la oficina de Castro?

—Te has vuelto loco.

—Sólo soy un fanático, como tú.

Consiguió una sonrisa.

—Realmente has enloquecido, pero allá tú. Vas por donde yo vine, giras de la única manera posible, y subes otro piso. Ve por el pasillo hasta que veas letreros. Te guiarán por el resto del camino. La oficina se levanta contra el casco de la *Planck*. Pero si te quedas conmigo, podremos encontrar un camino más fácil.

—Tira, entonces.

Y Laney tiró de la tela.

El picaporte bajó e hizo *clic*. Inmediatamente, algo salió despedido del techo: una lluvia cónica de balas de piedad salpicó el área donde alguien habría estado de pie para tirar del picaporte. Y una sirena resonó en el pasillo, fuerte, estentórea y familiar.

Laney brincó atrás de la sorpresa, acabando contra el muro. La puerta se abrió de golpe unos centímetros…

—Adentro —gritó ella, y se zambulló seguida de Matt.

Los silbidos de las balas de piedad se perdieron bajo el sonido de la sirena. Pero Matt vio a cuatro hombres en el cuarto, puestos en cuclillas en una línea paralela a la puerta. Todavía disparaban cuando Laney cayó.

—¿Condenado? ¿De veras? —Harry sonó necio incluso a sus propios oídos…, pero nunca había esperado tan fácil capitulación.

—¿Cuántos Hijos de la Tierra quedan?

—No puedo decirle eso.

—Yo sí puedo decirle —dijo Millard Parlette—. No llegan a cuatrocientos. Sobre todo Monte Lookitthat hay menos de setecientos rebeldes activos. Durante trescientos años, usted y los de su clase han estado tratando de forjar una rebelión, pero no han hecho ningún progreso en absoluto.

—Muy poco.

—Reclutáis a vuestros rebeldes de entre los colonos, naturalmente. Vuestro problema es que la mayor parte de los colonos no quieren realmente que la Tripulación pierda el control de la Meseta. Son felices en la forma en que están las cosas. La vuestra es una causa impopular. Traté de explicaros el por qué antes; dejadme intentarlo otra vez.

Con obvio esfuerzo movió sus brazos lo bastante para cruzarlos sobre su regazo. Los músculos de sus hombros se movían arbitrariamente de vez en cuando.

—No es que los colonos no consideren que podrían hacerlo mejor que la Tripulación, si eso viniera al punto. Todo el mundo siempre piensa eso. Pero, por supuesto, tienen miedo de la policía, y no arriesgarán sus propias vidas para generar el cambio, no cuando la

Librodot

Consolidada tiene todas las armas que existen en la Meseta y controlan todo el poder eléctrico también.

»Pero no es el punto. El caso es que la mayoría de los colonos no creen realmente que el gobierno de la Tripulación sea malo.

»Y eso tiene que ver con el banco de órganos. Por una parte, el banco es una amenaza terrible…, no sólo una pena de muerte, sino un modo ignominioso de morir. Pero, por otra parte, es toda una promesa. Un hombre que lo merezca y pueda pagar por ello, incluso un colono, puede conseguir tratamiento médico en el Hospital. De no ser por el banco de órganos, no habría ningún tratamiento. Moriría.

»¿Sabéis qué harían vuestros queridos rebeldes si pudieran destronar a la Tripulación? Aquellos que insistieran en que el banco de órganos fuera abolido, serían muertos o condenados al ostracismo por sus propios miembros. La mayoría mantendría el banco tal como está, ¡pero usaría a la Tripulación para alimentarlos!

Su cuello estaba más fuerte ahora, y él alzó la vista para ver sus miradas. Un buen auditorio. Y los tenía atrapados, finalmente.

—Hasta ahora —continuó—, no podíais comenzar una rebelión porque no lograbais convencer a suficientes personas de la justicia de vuestra causa. Ahora sí podéis hacerlo. Ahora podéis convencer a todos los colonos de Monte Lookitthat de que el banco de órganos es y debería ser obsoleto. Entonces… sólo os pido que esperéis un poco. Cuando la Consolidada no se disuelva, comenzaréis a moveros.

—Esto es exactamente lo que yo pensaba hacer —dijo Harry Kane—; sólo usted parece estar por delante de mí. ¿Por qué me llamó simple?

—Usted hizo una conjetura tonta. Pensó que yo trataba de conservar en secreto la carga del ramrobot. Y es exactamente lo contrario. Esta misma tarde, he…

—Finalmente lo comprendo —dijo Hood—. Usted ha decidido unirse con los que ganarán, ¿no es así, Parlette?

—Debe estar bromeando… ¡No puede ser tan imbécil!

Jay Hood enrojeció. Estaba de pie, envarado, los brazos a los lados y los puños apretados. Pero no estaba más enojado que Parlette. El anciano trataba de desplazar su peso, y cada músculo de su cuerpo brincaba en protesta.

—¿Piensa usted tan mal de mí, al creer que yo tendría tales motivos? —dijo.

—Relájate, Jay. Parlette, si tiene algo para decir, dígalo. Si llegamos a las conclusiones incorrectas, por favor asuma que usted se expresa mal, y no trate de desplazar culpas.

—¿Por qué no cuenta todo de una vez? —sugirió Lydia Hancock.

Parlette habló lenta y regularmente.

—Intento prevenir una matanza. ¿Está bastante claro para usted? Intento prevenir una guerra civil que podría matar a la mitad de la gente en este mundo.

—No puede hacerlo —dijo Harry Kane—. Es inevitable.

—Kane, ¿no podemos usted, yo y sus socios discutir una nueva… Constitución, para Monte Lookitthat? Obviamente, el Convenio del Descenso ya no sirve.

—Obviamente.

—Acabo de dar un discurso hoy. De hecho, me paso el maldito día y la maldita noche haciendo discursos. Esta tarde llamé a una sesión de emergencia, a través del Consejo. ¿Sabe usted lo que eso significa?

—Sí. Usted se dirigía a cada tripulante sobre la Meseta, entonces.

—Les dije lo que había en el paquete del ramrobot #143. Les mostré todo. Les hablé sobre el problema del banco de órganos, y sobre la relación entre ética y tecnología. Les dije que si el secreto del ramrobot alguna vez llegara a los colonos, vosotros os rebelaríais en masa. Hice todo lo posible, Kane, para que se ensuciaran los pantalones del susto.

»He sabido desde el principio que no podíamos guardar el secreto para siempre. Ahora que treinta mil personas lo saben, será aún más rápido, aun si fuéramos todos muertos en este instante. Hice todo esto, Kane, a fin de advertirles. Asustarles. Cuando los tripulantes

Librodot

descubran que el secreto ya no es tal, pueden estar lo bastante asustados como para inclinarse al regateo. Al menos, los más listos lo harán.

»He estado planeando esto por mucho tiempo, Kane. Yo no sabía siquiera qué sería lo que la Tierra nos enviaría. Podría haber sido un suero de regeneración, o diseños para componentes baratos de aloplastía, o hasta una nueva religión. Cualquier cosa. Pero algo iba a venir, y aquí está ya… Kane, tenemos que tratar de evitar el baño de sangre…

Parlette quedó falto de aliento, agotado por hacer trabajar sus labios y lengua contra el golpe del sónico. Su voz lisa y melodiosa se elevaba y decaía, un poco ronca, pero terriblemente seria:

—Tenemos… que intentarlo, al menos. Tal vez podamos encontrar algo… que tanto la Tripulación como los colonos puedan acordar…

Finalmente se detuvo, y tres cabezas asintieron, casi al unísono.

Capítulo XI - ENTREVISTA CON EL JEFE

Vio a los cuatro hombres, y a Laney tambalearse. Intentó darse la vuelta y huir, pero en aquel instante hubo un sonido metálico espantoso, como si estuviera dentro de una campana de iglesia. Brincó de lado, en cambio, imaginando que el pasillo debía estar ahora lleno de vibraciones adormecedoras.

—¡Cierra la maldita puerta! —gritó una voz.

Uno de los guardias brincó para obedecer. Matt sintió en sí el entumecimiento del sónico, y sus rodillas se hicieron de agua. Pero mantuvo los ojos sobre sus cuatro enemigos.

Uno se inclinó sobre Laney.

—Absolutamente sola —dijo—. Una loca. Me pregunto dónde habrá conseguido la ropa…

—De un tripulante, tal vez.

Otro guardia lanzó una risa como un rebuzno.

—Cállate, Rick. Ven, dame una mano; vamos a subirla a uno de los divanes.

—Un arma de caza… ¿No lamentarías recibir un disparo de éstos?

—Ella anduvo un largo camino para llegar al vivero. Eso es bueno; a la mayor parte los tenemos que traer.

El rebuzno sonó otra vez.

—La estúpida bomba de gas no funcionó…

Uno de los guardias dio una patada a una lata metálica. Inmediatamente la lata comenzó a silbar.

—¡Las máscaras, rápido!

Los cuatro hurgaron en sus bolsillos, sacando unas cosas que parecían grandes narices falsas de goma.

—Bueno… Deberíamos haber hecho esto antes. Si mantenemos el cuarto lleno de gas, cualquiera que entre a la carga se derrumbará al instante.

Matt había captado el mensaje, y guardó su aliento a partir del momento que oyó el silbido. Ahora se acercó al guardia más cercano y retiró su nariz falsa. El hombre jadeó por la sorpresa, miró directamente a Matt, y se aflojó.

La falsa nariz tenía una cinta para sujetarla alrededor del cuello, y algún tipo de adhesivo que formaba una muy ceñida cubierta alrededor de la cara. Matt la presionó contra su rostro y se encontró respirando por ella, con cierta dificultad. No era cómoda.

—¿Rick? Ah, ese idiota… ¿Dónde puso su máscara, por los Demonios de la Niebla?

—Apostaría a que el tonto olvidó traerla.

—Consígame al comandante Jansen, por favor —uno de los guardias usaba su comunicador—. ¿Señor? Una muchacha trató de ingresar al vivero. Sí, una muchacha, en ropa

de la Tripulación… Así es, sólo una… Duerme en uno de los asientos, señor. Nos figurábamos que quien había causado todo aquel alboroto buscaba acceder aquí.

Matt todavía sentía vértigo, aunque la puerta debía bloquear las vibraciones del pasillo. ¿Habría recibido una bala de piedad sin darse cuenta?

Se inclinó hacia Laney. Ella estaba bien fuera de combate, de seguro. Atravesada por demasiadas espinas de anestésico, los pulmones llenos del gas, un sueño rítmico inducido en su cerebro…

Encontró los tres alambres que conducían al aro en su cabeza y los arrancó. Ahora ella era una bomba de relojería. Cuando todo lo demás se le pasara, ella despertaría. Más que un petardo, realmente, con cuatro guardias armadas en el cuarto.

—Una cosa más, señor: el lugar está lleno de gas. Es más seguro así, creemos. No, señor, no lo hemos hecho. Si usted apaga el sónico, echaremos una mirada —se guardó el comunicador—. Watts, revisa el pasillo y ve si alguien cayó muerto ahí.

—Pero… ¡el sónico todavía está en marcha!

—Lo han desconectado. Inténtalo.

Un bolígrafo asomaba a hurtadillas del bolsillo de la camisa del guardia inconsciente. Matt lo vio, lo tomó, y dibujó rápidamente un corazón sobre la frente del guardia, con tres gotas que corrían por el puente de la nariz.

El llamado Watts abrió la puerta, apenas una grieta. Ningún entumecimiento sónico lo tocó. La abrió un poco más, y miró a lo lejos.

—¡Oye! —se escurrió a través y corrió por el pasillo hacia el cuerpo de Fox. Matt ya estaba tras sus talones.

—Es un guardia —llamó él.

—Comprueba el ID.

Watts comenzó a revisar los bolsillos del cabo Fox. Sólo alzó la vista una vez, cuando Matt se movía sigilosamente por delante de él; luego siguió con su trabajo.

—Es Elaine Mattson —dijo Jesús Pietro—. Tiene que ser ella. ¿Están seguros de que estaba sola?

—Si hubiera habido alguien con ella, hubiera quedado en la misma condición. Pienso que estaba sola, señor.

Eso tenía sentido. Lo que no era apenas garantía, pensó Jesús Pietro.

—Gracias, Jansen. ¿Cómo lo hacen las escuadrillas de caza?

—Aún no han encontrado nada, señor. Todavía están revisando por cuadrículas la meseta Alfa. ¿Quiere que averigüe a qué distancia han llegado?

—Sí. Llámeme luego.

Colgó y se inclinó atrás, en su silla de escritorio, con el ceño fruncido.

Tenían que estar en algún sitio sobre Alfa. Y no podían estar todos atacando al Hospital.

Elaine Mattson, capturada. Al fin algo bueno. Ella debe haber empleado aquella misteriosa explosión para cubrir su entrada. ¿Habría llevado puesto el desaparecido uniforme de la Consolidada? Puede ser. Había cubierto cierta distancia, lo suficiente para encontrar a una mujer de la Tripulación y conseguir un mejor disfraz.

Tal vez. Tal vez.

Recogió el sexto expediente, el que estaba aparte al lado del aturdidor. La vida de Polly Tournquist.

Nacida hace veintidós años, primogénita de una familia sin relación conocida con los Hijos de la Tierra. El ojo izquierdo de su padre provenía del banco de órganos, después de que había perdido el propio en un accidente de pesca. Un buen colono, leal. Un partidario de la disciplina estricta en su propia familia.

Primeras letras en Delta, sector cuatro. Luego en la Universidad de la Colonia, con buenas notas. Allí había conocido a Jayhawk Hood, su primer asunto amoroso. ¿Por qué

Librodot

Hood? Habría compuesto un mal gigoló: pequeño, endeble, poco apuesto… pero algunas muchachas preferían un hombre con algo en la cabeza.

Finalizados sus estudios, comenzó a trabajar en la Estación de Retransmisión de Delta. El asunto con Hood se había enfriado a una amistad, por lo visto, pero ella se había unido a los Hijos de la Tierra. ¿Rebelión contra la autoridad? Su padre la hubiera enderezado, de haberlo sabido. Mira las líneas de desaprobación en esa cara de hurón… Hum… sin esas líneas, se vería muy parecido a… ¡Jayhawk Hood!

Todo esto ayudaría. La chica había estado en la cura del ataúd durante treinta horas. Si una voz le llegara ahora, el único estímulo sensorial en su cosmos, ella escucharía. Y creería. Como les pasó a todos los demás. Sobre todo… si la voz apelaba a ciertos apropiados incidentes de su pasado.

Pero, por el momento, ella tendría que esperar. Los Hijos de la Tierra venían primero. Uno fuera de juego, quedaban cuatro… Jesús Pietro alcanzó su taza y encontró el café frío.

Una pregunta llegó a su mente. Hizo una mueca, despreciando el asunto, dejándolo de lado. Tomó el comunicador de su escritorio y dijo:

—Señorita Lauessen, ordéneme más café.

—¿Está seguro? Se ahogará en él.

—Sólo tráigalo. Y… —el mismo pensamiento volvió lentamente a aparecer, y antes de que pudiera detenerlo, dijo—: Y consígame el expediente de Matthew Keller. No el que está sobre mi escritorio; busque en el archivo de decesos.

Ella vino un minuto más tarde, delgada y rubia, serena y remota, llevando una carpeta y una jarra de café. Él abrió la carpeta inmediatamente. Ella le miró con el ceño fruncido. Pareció querer preguntar algo, pero vio que él no le prestaba atención, y se marchó.

Matthew Keller. Nacido… Estudió en… Unido a los Hijos de la Tierra el décimo mes de 2384, a mediana edad. ¿Por qué tan tarde? ¿Por qué lo haría? Se hizo asesino profesional y ladrón, robando para los Hijos de la Tierra, matando a algunos oficiales de la Consolidada que fueron lo bastante tontos para arriesgarse en las regiones colonistas en números insuficientes. ¿Ladrón? ¡Caramba! ¿Podría Keller haber robado aquel móvil? ¡El mismo móvil que el joven Keller cabalgó directamente hacia el vacío! Atrapado en el Sector 28 de Beta, cuarto mes, 2397; capturado, condenado por traición, desmontado para el banco de órganos. Ah, Jesús Pietro, qué mentiroso inteligente eres. La mitad del Hospital debía saber que él realmente se marchó por el borde, sesenta kilómetros abajo, hacia los Demonios de la Niebla y las llamas del infierno.

¿Y entonces? Jesús Pietro vertió el café frío de su taza en un cesto para papeles, se sirvió del caliente y bebió a sorbos.

Una sombra chasqueó en la esquina de su ojo. Un ruido. Alguien estaba en el cuarto. La taza brincó en su mano, quemándole los labios. La dejó rápido y miró alrededor.

Luego volvió al expediente.

Matthew Keller. ¿Qué capricho idiota le había hecho pedir esto? El mayor de los Keller estaba bien muerto. Incapacitado, arrastrándose, se había marchado por el borde al vacío unas fracciones de segundo antes de que…

—Castro.

Jesús Pietro alzó la vista con susto.

Volvió a mirar sobre su escritorio. El informe de Terapia… No era bueno, pero tampoco un desastre. Habían sido heridas muchas personas en la fuga, pero algunos podrían ser salvados. Por suerte el banco de órganos estaba repleto. Y podría llenarse otra vez, desde el vivero, una vez la Sección de Cirugía encontrara el tiempo. ¿Por qué tuvo que pasar todo a la vez?

—¡Castro!

La barbilla de Jesús Pietro se sacudió… y él se detuvo antes que sus ojos siguieran a la voz. Le había pasado esto una vez antes, ¿verdad? Había habido un ruido… y alguien había

Librodot

pronunciado su nombre… y por los Demonios de la Niebla, ¿qué hacía alguien en su oficina privada, sin dar aviso? Dejó viajar a sus ojos hacia el borde del escritorio…

Ropas de tripulante.

Pero arrugadas y sucias, y esto no cuajaba, y las manos que descansaban llanas sobre su escritorio tenían las uñas cortas y sucias. Un colono en ropa de Tripulación, seguro. En la oficina de Jesús Pietro. Sin dar aviso. Había pasado por delante de la señorita Lauessen, sin ser anunciado.

—Usted…

—Así es. ¿Dónde está ella?

—Usted es Matthew Keller.

—Sí.

—¿Cómo entró aquí? —de alguna manera consiguió evitar el temblor en su voz, y se enorgulleció de ello.

—No es de su incumbencia. ¿Dónde está ella?

—¿Quién?

—No se haga el tonto. ¿Dónde está Polly?

—No puedo decirle eso. O cualquier otra cosa —dijo Jesús Pietro. Conservó los ojos fijos en la hebilla de oro del cinturón del hombre.

En la periferia de su visión, vio dos manos grandes y no muy limpias tomar su mano derecha. Su invitado se inclinó pesadamente sobre aquella mano, y cuando Jesús Pietro tardíamente trató de retirarla, ya no pudo. Él vio a su invitado coger su dedo medio y doblarlo hacia el dorso.

El dolor era espantoso. La boca de Jesús Pietro se abrió de par en par, y alzó la vista para suplicar…

Buscaba la carpeta de Polly Tournquist cuando un dolor agónico golpeó su mano. Saltó hacia atrás por reflejo, como si tratara de alejarla de una estufa caliente. Su dedo medio estaba sacado, perpendicular a los nudillos.

¡Demonios de la Niebla, cómo dolía! ¿Cómo rayos le habría pasado tal…?

—¿Bien, Castro?

Él recordó lo bastante, apenas lo suficiente para no alzar la vista. Alguien o algo estaba en este cuarto, algo o alguien con el poder de hacer que la gente olvidara. Su mente hizo una conexión lógica y dijo:

—Usted…

—Correcto. ¿Dónde está Polly Tournquist?

—Usted. Matthew Keller. Entonces… vino a por mí…

—No estoy jugando. ¿Dónde está Polly?

—¿Usted fue el que atacó el Hospital en aeromóvil? ¿El que se zambulló directamente al vacío?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo…?

—Cállese, Castro. Dígame donde está Polly. Ahora. ¿Está viva aún?

—No conseguirá ninguna información de mí. ¿Cómo regresó usted del vacío?

—Pues subí de nuevo.

—Quiero decir, la primera vez…

—Castro, le puedo romper cada dedo de ambas manos. Ahora, ¿dónde está Polly? ¿Acaso está muerta?

—¿Hablaría yo si usted lo hiciera?

Hubo una vacilación. Entonces dos brazos convergieron hacia su mano derecha. Jesús Pietro ladró de dolor y se estiró con los dedos engarfiados buscando un par de ojos…

Estaba a mitad de camino de una pila de informes cuando la agonía se encendió en su mano. Sorprendido, vio que dos dedos de su mano derecha yacían perpendicularmente al dorso. Con los dientes apretados para no gritar, Jesús Pietro encendió el intercomunicador.

—Consígame al doctor…

—¿Qué sucede?

—Sólo consígame al… —sus ojos captaron un destello de movimiento. ¡Alguien estaba en la oficina con él!

—Tiene razón —dijo una voz—. No puedo sacar nada de usted.

Un débil recuerdo le advirtió de no alzar la vista. Sólo dijo:

—Usted…

—Váyase al diablo.

—¿Matthew Keller?

Silencio.

—¡Contésteme, maldita sea! ¿Cómo hizo para regresar…?

Dos manos cayeron al unísono contra la mano derecha de Jesús Pietro. Su cara entera intentó frenar el alarido, y Jesús Pietro agarró rápidamente su aturdidor y miró como un loco buscando un blanco…

Alzó la vista otra vez cuando el doctor entró.

—No hay motivo para sustituirlos —dijo el médico—. Sólo están dislocados. Adormeció el brazo de Jesús Pietro, acomodó los dedos, y los entablilló.

—¿Cómo se hizo esto?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? Se dislocó dos dedos, y no puede recordar qué…

—Deje de molestar. Le digo que no puedo recordar lo que le pasó a mi mano. Pero estoy seguro que ese fantasma del infierno, Matthew Keller, debe haber tenido algo que ver con ello…

El doctor le lanzó una mirada muy peculiar. Y lo dejó solo.

Jesús Pietro miró con tristeza su brazo derecho, adormecido y pendiente de un cabestrillo. Ah, genial. Y sinceramente no podía recordar nada sobre ello.

Que era la causa por la que seguía pensando en Matthew Keller.

Pero… ¿por qué seguía pensando en Polly Tournquist?

Ya era tiempo de que le diera la siguiente fase de su tratamiento. Pero… seguramente ella podría esperar. Por supuesto que podría.

Probó su café. Demasiado frío. Lo vertió en el cesto y se sirvió del caliente.

Su brazo se sentía como carne muerta.

¿Por qué seguía pensando en Polly Tournquist?

—¡Maldita sea! —se alzó con torpeza, debido a la atadura de su brazo—. Señorita Lauessen —dijo por el intercomunicador—, consígame un par de guardias. Me dirijo a la *Planck*.

—Ya voy.

Estiraba su mano izquierda para tomar el aturdidor de su escritorio, cuando algo saltó a su vista. Era el expediente de Matthew Keller, el mayor. Un crudo dibujo desfiguraba su tapa amarilla.

Dos arcos abiertos, unidos, en tinta negra. Tres pequeños lazos cerrados debajo.

El corazón sangriento. Seguramente no había estado allí antes.

Jesús Pietro abrió la carpeta. Podía oler su propio miedo, y sentirlo en la fría transpiración que empapaba su camisa, como si hubiera tenido miedo durante horas.

Vistas frontal y laterales. Ojos azules, pelo rubio, piel que comenzaba a colgar por la edad…

Algo se agitó en algún sitio de la mente de Jesús Pietro. Durante sólo un momento, la cara en la carpeta se hizo más joven. Su expresión cambió ligeramente, de modo que parecía tanto asustado como enojado. Había un poco de sangre en su cuello, y le faltaba un trozo de oreja.

—Los guardias están aquí, señor.

Librodot

—Gracias —dijo Jesús Pietro.

Echó una última mirada a la foto del muerto y cerró la carpeta. Se guardó el aturdidor en el bolsillo antes de marcharse.

—Lamento que no pudiéramos advertir a Laney —dijo Harry Kane—. Esto lo cambia todo.

—No hubieras sabido qué decirle. Aquí, saca eso.

Lydia Hancock apoyó una jarra de sidra caliente sobre una bandeja, y añadió cuatro tazas.

Estaban en la cocina. Hood había quedado en la sala de estar con Millard Parlette. El anciano, apoyándose en Jay Hood, había logrado tambalearse hacia la sala de estar y sentado en un sillón.

Había parecido un buen momento para hacer una pausa.

El viento aullaba contra las negras ventanas. Delante de un fuego convincente, bebiendo sidra caliente y condimentada contra el frío, la sala de estar les pareció un refugio a los cuatro conspiradores.

Un asilo temporal.

—Usted ha estado pensando en esto por más tiempo que nosotros —dijo Harry—. Nunca soñamos que la Tripulación pudiera comprometerse. Dígame, ¿qué es lo que tiene preparado para ofrecer?

—Para comenzar, una amnistía para los Hijos de la Tierra, para vosotros y quienquiera que permanezca en el vivero. Esto es gratuito; les necesitaremos. Una vez que los colonos pierdan la fe en la Tripulación, seréis la única fuerza para mantener el orden público en las regiones colonialistas.

—Eso será un verdadero cambio…

—Tendremos que hablar de tres tipos de asistencia médica —explicó Millard Parlette—. Trasplantes orgánicos, los presentes del ramrobot, y el tratamiento médico menor. Vosotros ya tenéis acceso a las drogas estándar en las estaciones de chequeo médico; podríamos ampliar el surtido. Estoy seguro de que podríamos ofrecer el libre acceso a los higádulos y corazónulos, y lo demás que viniera luego a medida que se desarrolla esa tecnología. Por un tiempo, vuestros colonos tendrán que subir al Hospital para conseguir el tratamiento de los simbiontes, pero finalmente podremos construir tanques de cultivo en Gamma, Delta y Eta.

—Muy bien. ¿Y qué hay del banco de órganos?

—Bien… —Millard Parlette estrechó los brazos contra su delgado tórax y miró fijamente el fuego—. Yo no pude planear mucho sobre eso, porque no sabía qué cambio tecnológico vendría. ¿Cuáles son sus ideas?

—Abolir el banco de órganos —dijo firmemente Lydia Hancock.

—¿Desechar toneladas de material de trasplante orgánico? ¿Vertirlo sobre la hierba?

—¡Sí!

—¿Aboliría también usted el delito? El banco de órganos es nuestro único medio de castigo para los ladrones y asesinos. No hay prisiones en Monte Lookitthat.

—Entonces, construyan prisiones. ¡Han estado matándonos por demasiado tiempo!

Parlette sacudió la cabeza. Harry Kane intervino:

—Eso no funcionaría. Mira, Lydia, sé cómo te sientes, pero no podríamos hacerlo. Si desecháramos todo el material de trasplante, la Meseta entera se sublevaría contra nosotros. No podemos siquiera abolir la ejecución para el banco de órganos, en parte porque el delito correría desenfrenado si no existe la pena de muerte, y en parte porque hay demasiados tripulantes como Parlette, que necesitan de los bancos para vivir. Si hiciéramos eso, sería lo mismo que declarar la guerra aquí y ahora.

Lydia se giró hacia Hood, con mirada suplicante.

—Paso por ahora —dijo Jay Hood—. Pienso que hay algo que no estáis teniendo en cuenta.

—¿A qué te refieres? —preguntó Harry.

—No estoy seguro aún. Tendré que esperar y ver. Seguid hablando.

—No os entiendo —dijo Lydia—. No entiendo a ninguno de vosotros. ¿Por qué hemos estado luchando? ¿Para qué hemos estado muriendo? ¡Para destruir el banco de órganos!

—Usted pasa algo por alto, Sra. Hancock —dijo Parlette suavemente—. No es sólo que la Tripulación no estaría de acuerdo con eso, y que los colonos tampoco. Jamás lo aceptarán, por supuesto. Pero *yo mismo* no permitiré que destruya el banco de órganos.

—Oh, seguro que no… —las palabras de Lydia goteaban desprecio—. Usted se moriría entonces, ¿verdad?

—Sí, yo moriría. Y vosotros me necesitáis.

—¿Para qué? ¿Qué tiene para ofrecernos, además de su influencia y su consejo?

—Un pequeño ejército. Tengo más de cien descendientes en línea directa. Ellos han estado preparándose para este día por largo tiempo. No todos me seguirán, pero la mayoría obedecerán mis órdenes sin dudar. Todos ellos tienen armas de caza.

Lydia suspiró, temblorosa.

—Haremos todo lo posible, Sra. Hancock. No podemos eliminar el banco de órganos, pero sí podremos acabar con la injusticia.

—Lo que tendríamos que hacer —dijo Harry— es establecer una lista de espera para lo que ya se encuentra en los bancos. Quien se enferme primero, será atendido primero… usted ve lo que quiero decir. Mientras tanto, estableceríamos un nuevo código legal, de modo que tripulantes y colonos tengan la misma posibilidad de servirse de los bancos.

—No la ponga difícil allí, Kane. Recuerde que tenemos que satisfacer a ambos grupos.

—¡Mierda! —dijo Lydia Hancock. Era difícil decir si estaba a punto de llorar o de trenzarse a puñetazos.

Formaban un círculo de tres, inclinados el uno hacia el otro a través de la mesilla de café, sosteniendo sus olvidadas tazas. Hood se sentaba en una silla algo alejada de la mesa, ignorado, esperando por algo.

—La cosa es —dijo Parlette— que podemos hacer que cada uno sea igual ante la ley, y salirnos con la nuestra, a condición de que no haya redistribución de la propiedad. ¿Estáis de acuerdo con esto?

—No completamente.

—Prestad atención a la lógica de ello. Todos serán iguales ante los tribunales; un delito es un delito. Pero cuantas más propiedades tiene un hombre, menos probable será que desee cometer un delito. Esto le da a la Tripulación algo para proteger, y a los colonos algo para mejorar.

—Tiene sentido, sí. Pero hay unas cosas que querríamos.

—Adelante.

—Nuestras propias fuentes de alimentación eléctrica.

—Parece lógico. La suministraremos gratis hasta que podamos construir plantas sobre Gamma y Delta. Podríamos poner plantas hidráulicas a lo largo del río Fangoso y del río de la Gran Catarata.

—Bien. Queremos garantizar el libre acceso al banco de órganos.

—Eso es un problema. Un banco de órganos es como cualquier otro banco: no se puede sacar más que lo que se pone en él. Tendremos menos criminales condenados, y muchos más enfermos para tratar…

Hood había inclinado su silla hacia atrás sobre dos patas, apoyando sus pies sobre el borde de la mesilla. Sus ojos estaban entrecerrados, como en agradable ensueño.

—Sorteos, entonces; sorteos imparciales. Y una ardua investigación en aloplastía, financiada por la Tripulación.

—¿Por qué por la Tripulación?

—Tenéis todo el dinero.

—Podemos definir un impuesto común, graduado por los ingresos. ¿Algo más?

Librodot

—Hay muchas leyes injustas. Queremos construir nuestras casas donde nos parezca adecuado. Que no haya restricciones respecto a la ropa que usamos. Viajar libremente. El derecho de comprar maquinaria, cualquier maquinaria, al mismo precio que paga la Tripulación. Queremos imponer algunas sólidas restricciones a la Consolidada, para…

—¿Por qué? Ellos serán vuestra policía, harán cumplir vuestras leyes.

—Parlette, ¿ha tenido que sufrir alguna vez que una escuadrilla de policías atraviese el muro de su casa, lanzando balas de piedad y gas de sueño a todo lo que se mueve, arrastrando a los limpiadores a plena luz, rasgando el césped de interior?

—Nunca he sido un rebelde.

—Y un cuerno no lo ha sido.

Parlette sonrió. Eso lo hizo parecer demasiado a una calavera.

—Bien…, nunca me descubrieron, quise decir.

—El punto es que la Consolidada puede hacerle eso a las gentes. Y lo hace, constantemente. Y aunque no se encuentren pruebas de delito, el dueño de casa no consigue siquiera una disculpa.

—No me gusta la idea de restringir a la policía. Eso es una ruta segura al caos… —Parlette tomó un trago largo de sidra—. Bien, ¿cómo os suena esto? En la Tierra solía haber una cosa llamada mandamiento de registro. Impedía a la policía de las Naciones Unidas entrar en una casa a menos que tuvieran una razón buena y suficiente, una que se pudiera mostrar a un juez.

—Suena bien…

—De acuerdo, buscaré los detalles en la biblioteca.

—Hay más. Como están las cosas ahora, la Consolidada tiene un monopolio exclusivo sobre los prisioneros. Ellos los capturan, deciden si son culpables, y los desmontan luego. Deberíamos separar las funciones de alguna manera.

—He pensado en eso, Kane. Podemos establecer leyes que digan que ningún hombre puede ser ejecutado hasta que haya sido declarado culpable por una mayoría clara de diez hombres. Cinco tripulantes y cinco colonos, en los casos donde tripulantes y los colonos estén ambos implicados. Si no es así, bastará con cinco del propio grupo social del preso. Todos los procesos podrían ser públicos, tal vez por algún canal especial de tridi.

—Suena bastante…

—¡Lo sabía! —Jay Hood volvió a la discusión, golpeando las patas de su silla contra el suelo—. ¿Os dais cuenta que cada sugerencia que habéis hecho esta noche le quita poder al Hospital?

Parlette frunció el ceño.

—Puede ser. ¿Qué importa eso?

—Habéis estado hablando como si hubiera sólo dos grupos de poder en Monte Lookitthat. ¡Pero hay tres! Ustedes, nosotros, ¡y el Hospital! Y el Hospital es por lejos el más poderoso. Parlette, ha estado estudiando a los Hijos de la Tierra por quién sabe cuánto tiempo. ¿Ha dedicado algún tiempo al estudio de Jesús Pietro Castro?

—Lo conozco desde hace mucho —consideró Millard Parlette—. Al menos, sé que es muy competente. No creo saber realmente cómo piensa…

—Harry sí lo ha hecho. Cuéntanos, Harry, ¿qué haría Castro si tratáramos de poner todas estas restricciones contra su policía?

—No le entiendo —dijo Millard Parlette—. Castro es un buen hombre, un hombre leal. Nunca ha hecho nada en contra de los mejores intereses de la Tripulación. Quizás no lo he tratado socialmente, pero sé que se considera como un sirviente de la Tripulación. Lo que la Tripulación acepte, él lo aceptará.

—Caray, Hood tiene razón —dijo Harry Kane—. Conozco a Castro mejor de lo que conocí a mi padre. Sólo que no había pensado en eso.

—Repito que Jesús Pietro Castro es un buen…

—…sirviente de la Tripulación. Exacto. Ahora espere sólo un minuto, Parlette. Déjeme hablar a mí. En primer lugar, ¿de qué Tripulación hablamos? ¿A qué tripulantes les es leal?

Parlette resopló. Alzó su taza y encontró que estaba vacía.

—Él no es leal a ningún tripulante específico —continuó Harry Kane—. De hecho, la mayoría no le agradan mucho. Pero los respeta a todos, y hay algunos que encajan en sus esquemas…, pero a lo que él se manifiesta leal es a un ideal de tripulante: una persona que no derrocha, es cortés con sus inferiores y sabe exactamente cómo tratarlos, y tiene siempre en su mente los mejores intereses respecto de los colonos. Esa imagen es a lo que sirve.

»Ahora, pensemos por un momento en lo que nos proponemos hacer. Mandamientos de registro para la policía Consolidada. Quitarle a la Consolidada el poder de elegir a qué colonos entregar los materiales sobrantes del banco de órganos. Decirles nosotros a quién pueden y a quién no pueden ejecutar. ¿Algo más, Jay?

—La energía. Le quitamos al Hospital el monopolio de la electricidad. Ah, y con menos restricciones para los colonos, la policía tendría menos trabajo que hacer. Castro tendría que despedir a varios agentes.

—Correcto. Ahora bien, usted no sostendrá que cada tripulante sobre la Meseta va a estar de acuerdo con lo que proponemos, ¿verdad?

—No, no todos. Por supuesto que no. Podemos ser capaces de conquistar a la mayoría… Al menos, a una mayoría del poder político…

—Olvide su mayoría. ¿A qué Tripulación va a ser leal Castro? Usted puede darse cuenta ya.

Parlette frotó la parte posterior de su cuello.

—Veo el punto, por supuesto. Bien… Suponiendo que usted ha analizado correctamente a Castro, él apoyará a la facción conservadora.

—Lo hará, puede creerme. Apoyará a aquellos tripulantes que preferirían morir a aceptar nuestro convenio. Y toda la Consolidada lo seguirá. Él es su líder.

—Y tienen todas las armas —dijo Hood.

Capítulo XII - LA NAVE COLONIAL

Un corazón sangrante. Matthew Keller. Polly Tournquist.

¿Por qué Polly Tournquist?

Ella no podía tener nada que ver con el problema presente. Desde la tarde del sábado había estado sufriendo la privación sensorial del ataúd. ¿Por qué pensaba frecuentemente en la muchacha colonista? ¿Qué era lo que tenía ella, que lo obligaba a dejar su oficina en momentos como éste? No había sentido una fascinación tal desde que…

No podía recordarlo.

El guardia que caminaba delante de él se detuvo de repente, pulsó un contacto en el muro y se apartó. Jesús Pietro volvió a la realidad. Habían alcanzado el elevador.

Las puertas se abrieron, y Jesús Pietro entró, seguido por los guardias.

¿Dónde está Polly?, susurraba algo en su mente. *¿Dónde está ella?* Subconscientemente lo recordó. *¡Dígame dónde está Polly!*

Un corazón sangrante. Matthew Keller. Polly Tournquist.

Tal vez simplemente había perdido la cabeza… ¡por una muchacha colonista! O tal vez hubiera alguna conexión entre Matthew Keller y Polly Tournquist. Pero él no tenía ninguna prueba de eso.

Quizás la muchacha podría decirle.

Y si ella podía hacerlo, de seguro lo haría.

Matt los había seguido hasta el final de un pasillo ciego. Cuando ellos se detuvieron, Matt también lo hizo, aturdido. ¿Iba Castro hacia Polly, o no?

Librodot

Unas puertas se deslizaron dentro del muro, y los guías de Matt entraron. Matt los siguió, pero quedó de pie en el acceso. El cuarto era demasiado pequeño. Si acaso golpeaba un codo se dispararían las armas…

Las puertas se cerraron en su cara, y reculó. Matt escuchó unos leves ruidos mecánicos, que fueron disminuyendo.

¿Qué rayos sería eso, una esclusa de aire? ¿Y por qué aquí?

Era el final de un pasillo sin salida, perdido en el Hospital. Castro y dos guardias estaban al otro lado de aquellas puertas. Dos guardias armados y alertas…, pero eran los únicos guías que tenía. Matt pulsó el gran botón negro que había abierto las puertas.

Esta vez se quedaron cerradas.

Lo apretó otra vez. Nada pasó.

¿Estaba haciendo exactamente lo que el guardia había hecho? ¿Habría usado el guardia un silbato, o alguna llave?

Matt miró atrás, hacia el pasillo por donde habían llegado, preguntándose si podría rehacer el camino a la oficina de Castro. Probablemente no. Presionó el botón otra vez…

Un ruido mecánico silenciado, casi inaudible, pero aumentando ahora.

De repente, las puertas se abrieron para mostrar un cuarto diminuto, parecido a una caja… y vacío.

Se metió en el cuarto, ligeramente en cuclillas, listo para cualquier cosa. No había ninguna puerta en el fondo. ¿Cómo se habían marchado los otros? No había nada más allí. Solamente cuatro botones en la pared lateral, etiquetados Uno, Dos, Puerta Abierta, Emergencia.

Los presionó en orden. Uno no hizo nada. Pulsó Dos, y todo sucedió de golpe.

Las puertas se cerraron.

El cuarto comenzó a moverse. Podía sentirlo, vibración y una extraña presión contra las suelas de su calzado. Cayó sobre manos y rodillas, ahogando un grito.

La extraña presión desapareció, pero de todos modos el cuarto temblaba por el movimiento, y había ese sonido sibilante y espantoso a maquinaria desconocida. Matt esperó, todavía a gatas.

De pronto, una sensación extraña y repentina en su vientre y gónadas, una sensación de caída. Matt insultó, y se sujetó las partes. La caja se sacudió una vez más y se detuvo.

Las puertas se abrieron. Él salió con lentitud.

Estaba sobre un puente alto y estrecho. La caja móvil estaba en uno de los extremos, apoyada en cuatro columnas verticales que caían directamente abajo por un agujero cuadrado en la azotea del Hospital. Al otro extremo del puente había un juego similar de columnas, vacías.

Matt nunca había estado tan alto fuera de un móvil. Todo el Hospital estaba debajo de él, iluminado en forma deslumbrante: la desperdigada y amorfa estructura de cuartos y pasillos, el terreno interior, el muro inclinado, el perímetro de defensa, el bosque interno y la carretera de acceso. Y lo que se alzaba justo ante él era el enorme casco negro de la *Planck*.

El extremo del puente en el que Matt estaba obviamente se apoyaba en el casco externo de la antigua nave colonial. El puente cruzaba el afilado borde del anillo frontal, de modo que su otro extremo flotaba sobre el «ático», la zona interior de la nave.

La *Planck*. Matt miró abajo, a lo largo del liso flanco metálico del casco externo. Durante la mayor parte de su longitud, la nave era cilíndrica, pero hacia el final, el borde posterior se hinchaba un poco hacia fuera; la proa estaba biselada como un cincel en un ángulo de treinta grados, en los seis metros que tenía entre los cascos externo e interno, el espesor que una vez contuvo las tripas de la nave. A mitad de camino hacia abajo, justo por debajo de un anillo de estrechas ventanas, la azotea del Hospital se extendía para envolver el casco.

Algo tarareó detrás de él. La caja móvil, con las puertas cerradas, comenzó a deslizarse hacia abajo.

Matt la miró irse, y luego atravesó del puente, deslizando sus manos a lo largo de unas barandillas puestas a la altura de su cadera. El descenso de la caja podría significar que alguien estaba reclamándola para subir.

Al arribar al otro extremo, buscó un botón negro en una de las cuatro columnas de apoyo. Estaba allí, y lo pulsó. Entonces miró hacia abajo.

El ático, el espacio encerrado dentro del casco interior, era tan absolutamente cilíndrico como una lata de sopa sin ambos extremos. Cuatro aletas formaban una cruz en el fondo, a pocos metros por encima de la tierra, y allí donde se cruzaban había un cilindro abultado y puntiagudo. Había también un anillo de cuatro ventanas a mitad de camino por el casco interior; la esclusa de aire estaba al mismo nivel. Matt podía verla al extremo de las columnas sobre las que trepaba otra caja móvil, que venía hacia él.

Matt sintió un sudor frío cuando vio el cilindro en punta sostenido por las aletas. El centro de masa de la nave estaba justo por encima de eso. Por lo tanto, tenía que ser la unidad de fusión.

Se rumoreaba que la *Planck* era un sitio peligroso, y no sin razón. Una nave que había llevado a los hombres cruzando el vacío entre las estrellas, una nave de trescientos años de antigüedad, era inevitable que inspirara reverencia y temor. Pero había verdadero poder aquí. Los motores de aterrizaje de la *Planck* deberían ser todavía lo bastante potentes como para lanzarla al cielo. Su unidad de fusión suministraba electricidad a todas las regiones colonistas: a las estaciones tridi, a las casas, a las fábricas sin humo… y si esa planta de fusión alguna vez explotara, haría volar completa la meseta Alfa hacia el vacío.

En algún sitio, en el sistema de vida intercalado entre los cascos interno y externo, se hallarían los mandos que podrían hacer volar la bomba contenida en ese cilindro. Castro también estaba por allí… en algún sitio.

Si Matt pudiera juntarlos a ambos…

La caja móvil alcanzó el puente, y Matt entró en ella.

El camino hacia abajo fue largo. La *Planck* era de gran tamaño. Sólo el anillo biselado del borde frontal, que había almacenado todo el equipamiento necesario para la fundación de la colonia, tenía doce metros de altura. La nave completa medía 54 metros, incluyendo el faldón de aterrizaje, ya que el casco interior no se apoyaba en la tierra. El sistema de vida y las bocas de los motores de aterrizaje quedaban a tres metros por encima del suelo, debido a aquella extensión del casco externo, parecida a una falda.

Esta caja móvil no era ciega como la otra, sino que estaba cerrada por rejillas. Matt podría mirar su progreso durante todo el camino hacia abajo. Si hubiera sido acrofóbico, se hubiera vuelto loco mucho antes de que la caja se estacionara frente a la esclusa de aire.

La esclusa no era mucho más ancha que la caja móvil. Por dentro, era todo de un metal oscuro, con un dial y un panel de instrumentos en desconchado plástico azul. Matt estaba harto ya de diales parpadeantes y paredes metálicas. Era extraño e inquietante estar rodeado por tanto metal, y se sentía acobardado de tanto preguntarse qué trataban de decirle todos aquellos diales.

Atornillado en el techo de la cabina, había algo que Matt tuvo problemas en reconocer. Algo… simple, que se veía muy familiar… Ah. Por supuesto, una escalera de mano. Una escalera que unía al parecer en forma inútil la puerta que había cruzado con la opuesta, a través del techo de la esclusa de aire.

Oh, claro. Con la nave girando en el espacio, la puerta externa estaría «arriba», en el ático; ahora comprendía porqué había heredado ese nombre el vano interior. Por supuesto, se necesitaría una escalinata para acceder a ella. Matt sonrió abiertamente y cruzó a zancadas la esclusa… y casi se dio de narices contra un policía.

El «don de Matt Keller» no tuvo ningún tiempo para actuar. Matt se escabulló dentro de la esclusa de aire. Oyó un repiqueteo de balas de piedad, como de grava sobre el metal. En un momento, el hombre daría la vuelta a la esquina, disparando como poseso.

Matt gritó la única cosa en la que pudo pensar:

—¡Espera! ¡Soy yo!

El guardia estuvo dentro de la esclusa en el mismo instante. Pero no disparó aún… y no disparó aún… y entonces se dio vuelta y se fue, murmurando una hosca disculpa. Matt se preguntó por quién lo habría tomado. Pero eso no importaba; el hombre lo había olvidado ya.

Matt decidió seguirlo en vez de tomar el otro camino. Le pareció que si otro guardia viera que dos hombres se acercaban, uno desconocido y el otro conocido, no dispararía de inmediato, por más que tuviera el dedo en el gatillo.

El pasillo era estrecho, y se retorcía hacia la izquierda. El suelo y el techo eran verdes. La pared izquierda era blanca, sembrada de luces incómodamente fuertes; el muro a la derecha era negro, con una superficie gomosa y áspera, obviamente diseñado para servir de suelo. Peor aún, las puertas eran todas trampillas que conducían abajo y arriba, a través del suelo y el techo. La mayoría de las puertas del suelo estaban cerradas y cubiertas por unos paneles peatonales. La mayoría de las puertas del techo estaban abiertas, y unas escalinatas conducían a ellas. Todas las escalinatas y los paneles peatonales parecían viejos y de burda construcción, construidos en los inicios de la colonia, y todos estaban remachados en su sitio.

Era escalofriante. Todo estaba volcado de lado. Andar por ese lugar parecía un desafío a la gravedad.

Matt oyó sonidos y voces de algunos de los cuartos de encima. No le dijeron nada. No podía ver lo que pasaba por encima de él, y no intentó saberlo. Sólo esperaba oír la voz de Castro.

Si pudiera conseguir llevar al Jefe a los mandos de la unidad de fusión —dondequiera que estuvieran—, podría amenazarle con explotar la *Planck*. Castro había resistido el dolor físico, pero ¿cómo reaccionaría ante una amenaza contra la meseta Alfa?

Y todo lo que Matt quería era liberar a un prisionero.

Esa era la voz de Castro… Y llegaba no del techo, sino de abajo, de una puerta cerrada. Matt se inclinó sobre el pasaje peatonal que la cubría e intentó girar el picaporte. Cerrado con llave.

¿Llamaría? Pero toda la Consolidada estaba sobre aviso esa noche, todos listos a dispararle a cualquier cosa. En tales circunstancias, Matt podría quedar inconsciente antes de que el guardia pudiera perder el interés por él.

Ni modo de robar un llavero, e identificar la llave correcta. Y no podía quedarse allí para siempre.

Oh, si sólo Laney estuviera aquí…

Una voz. Polly se sacudió prestando atención… salvo que no sintió ninguna sacudida; no podía saber si se había movido o no.

Una voz. Por un intervalo eterno, había existido sin sensaciones en absoluto. Hubo imágenes en su memoria, y juegos que podía jugar en su mente, y durante un tiempo había dormido. Algún amigo le había pegado un tiro pleno de balas de piedad. Ella recordó la picadura, vivamente. Pero ya había despertado. Los juegos mentales habían fallado; no podía concentrarse. Luego había comenzado a dudar de la realidad de sus memorias. Las caras de los amigos se enturbiaron. Se había sujetado a la memoria de Jay Hood, a su afilado rostro de intelectual, sencillo para recordar… Jay. Durante dos años habían sido un poco más que amigos cercanos. Pero en las horas recientes, ella lo había amado sin esperanzas; la suya era la única imagen visual que le venía clara…, excepto una cara odiada, amplia e inexpresiva, decorada con un brillante bigote canoso: la cara del enemigo. Siempre trataba de que el rostro de Jay se viera más claramente; darle textura, expresión, sentido. Se había enturbiado… Ella había luchado para aclararlo, pero se había enturbiado más....

Una voz. Tenía su completa atención puesta en ella ahora.

—Polly —dijo la voz—, debes confiar en mí.

Ella quiso contestar, expresar su gratitud, decir a la voz que siguiera hablando, pedirle que la soltara. Pero estaba muda.

Librodot

—Me gustaría liberarte, devolverte al mundo de la percepción, el tacto y el aroma —dijo la voz; suavemente, compasivamente, con pesar, añadió—: Pero no puedo hacerlo aún. Hay gente que me obliga a mantenerte aquí.

La voz se había convertido en una voz familiar, dándole confianza. De repente, ella la identificó.

—Harry Kane y Jayhawk Hood. Ellos no me dejan liberarte… —era la voz de Castro. Ella quiso gritar— …porque has fallado en tu misión. Tenías que averiguar sobre el ramrobot número uno cuatro tres. Y has fallado.

¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡No fallé! Ella quiso gritar la verdad, toda la verdad. Al mismo tiempo, supo que ése era exactamente el objetivo que Castro perseguía. ¡Pero ella no había dicho nada hasta ahora!

—¿Tratas de decirme algo? Quizá pueda persuadir a Harry y Jayhawk a que me permitieran liberar tu boca. ¿Quisieras que lo hiciera?

Amaría eso, pensó Polly. Te diría todos los secretos de tu ascendencia, maldito Castro. Algo dentro de ella todavía era racional. El sueño era lo que lo había mantenido así. ¿Cuánto tiempo habría estado aquí? No serían años, ni siquiera días; habría tenido sed. A menos que la hubieran alimentado en forma intravenosa. Pero por mucho tiempo que hubiera sido, había dormido buena parte de ese tiempo. Castro no supo sobre las balas de piedad; habría venido más temprano.

¿Dónde estaba la voz?

Todo era silencio. Pudo oír ligeramente el redoble del pulso en su carótida, pero cuando intentó aferrarse al sonido, ya se había ido.

¿Dónde estaba Castro? ¿La había dejado para que se pudriera allí?

¡Háblame!

¡Que alguien me hable!

La *Planck* era grande, pero su sistema vital ocupaba menos de un tercio de su volumen: tres anillos de compartimentos presurizados entre la carga útil acumulada en el morro y los depósitos de agua —utilizada como combustible— y los motores de fisión de aterrizaje en la popa. Se había necesitado mucha carga para establecer una colonia autosuficiente. Mucho combustible había sido necesario para aterrizar la *Planck*: si hubiera intentado hacerlo sobre la llama controlada de hidrógeno de la unidad de fusión, habría sido como un soplete de soldar acercándose a un almohadón de plumas.

Por lo tanto, el sistema vital no era muy grande. Pero tampoco era demasiado estrecho, ya que los compartimentos al final del pasillo habían sido diseñados para la comodidad de sólo tres familias en crecimiento.

Lo que era ahora el cuarto de interrogatorios de Jesús Pietro había sido una vez una sala de estar, con sofás, una mesa de juego, una mesilla de café, una pantalla lectora conectada con la biblioteca de la nave y un pequeño refrigerador. Las mesas y las otras cosas habían sido retiradas hace mucho, cortadas del muro externo por medio de sopletes. Había sido un cuarto amplio, lujosamente amplio para una nave espacial, donde el espacio siempre es precioso. Tenía que ser grande. Cualquier morador de apartamento puede salir afuera para tomar un poco de aire; los tripulantes… no.

Ahora, orientado en forma vertical, el cuarto era simplemente alto. A mitad de altura en las paredes estaban las puertas que habían conducido a otras partes del apartamento. La puerta al pasillo se había convertido en una trampilla en el techo, y la puerta a su lado —un armario para guardar las escafandras necesarias en caso de emergencia— ahora sólo podía ser alcanzada mediante una escalera. En la media luna de espacio al fondo del cuarto había una caja larga y pesada, dos guardias en sendas sillas, una tercera silla vacía, y Jesús Pietro Castro, cerrando el extremo del tubo acolchado que había en una esquina de la caja.

—Le daremos diez minutos para meditarlo —dijo él. Echó un vistazo a su reloj, anotó el tiempo.

Librodot

Su comunicador sonó.

—Estoy en el vivero —le informó el comandante Jansen—. La muchacha es una colonista, como se dijo, vestida con ropa robada a una tripulante. Aún no sabemos dónde la consiguió. Dudo que nos agrade la respuesta. Hemos tenido que inyectarle antídotos; estaba muriéndose por una sobredosis de espinas de piedad.

—¿Ningún signo de que alguien viniera con ella?

—No dije tal cosa, señor. Hay dos detalles. Primero, los cables del sillón en que fue colocada estaban arrancados. El aro no funcionaba. No pudo haber hecho esto por sí misma. Quizá por eso uno de los prisioneros se despertó esta tarde.

—¿Y luego liberó a los demás? No lo creo. Habríamos notado los alambres rotos enseguida luego de la huída.

—Estoy de acuerdo, señor. Por lo tanto, alguien jaló aquellos alambres después de que ella fue colocada en la silla.

—Tiene sentido. ¿Cuál es el segundo punto?

—Cuando el gas llenó el vivero, uno de los cuatro policías no llevaba puesta su máscara. No hemos sido capaces de encontrarla en ningún sitio; su armario estaba vacío, y cuando llamé a su esposa, dijo que la había traído con él. El guardia está despierto ahora, pero no tiene ni idea de…

—¿Vale la pena molestarse por el asunto? Los guardias no están acostumbrados a los filtros de gas. O incluso a usar gas, si vamos a eso.

—Había un signo dibujado sobre la frente del hombre, señor. Como el que encontramos esta tarde, sólo que está trazado con bolígrafo.

—Ah.

—Lo que significa que debe haber un traidor en la misma Consolidada, señor.

—¿Qué le hace pensar eso, comandante?

—El símbolo del corazón sangrante no representa a ninguna organización revolucionaria conocida. Por otro lado, sólo un guardia podría haber dibujado esta señal. Nadie más ha entrado en el vivero esta noche.

Jesús Pietro se tragó su impaciencia.

—Puede que tenga razón, Jansen. Mañana idearemos algún modo de descubrirlo.

El comandante Jansen hizo varias sugerencias más. Jesús Pietro escuchó, hizo los comentarios apropiados, y cortó tan pronto como pudo.

¿Un traidor en la Consolidada? A Jesús Pietro no le gustaba eso. Era posible, y no era algo que pudiera dejarse de lado; pero el que se supiera que el Jefe sospechaba tal cosa podría dañar la moral de la Consolidada más que cualquier posible traidor.

En cualquier caso, Jesús Pietro no estaba convencido. Ningun guardia traidor podría haberse colado de manera invisible en su oficina. El corazón sangrante era algo completamente distinto a eso.

Llamó al cuarto de Energía.

—No están haciendo nada ahora mismo, ¿verdad? Bueno, que uno de ustedes nos acerque un poco de café.

Tres minutos más y podría reanudar el interrogatorio.

Jesús Pietro caminó en círculos. Estaba falto de equilibrio, por el brazo ligado inmóvil contra su cuerpo: una molestia más. El entumecimiento iba desapareciendo de su magullada mano.

Sí, el corazón sangriento era otra cosa. Un símbolo espantoso en el vivero. Dedos que se rompen sin que su dueño lo note. Un dibujo en tinta que aparece de la nada sobre un expediente, como una firma. Una firma…

La intuición era algo engañoso. Le había dicho a Jesús Pietro que algo pasaría esa noche, y algo había sucedido; pero ¿qué? La intuición, o algo similar, le había traído aquí. Seguramente no había tenido ninguna razón lógica para seguir pensando en Polly Tournquist.

Librodot

¿Sabría ella algo, realmente? ¿O tendría la mente subconsciente de Jesús Pietro otros motivos para hacerle venir aquí?

El Jefe siguió caminando, siguiendo el arco del muro interior.

Alguien llamó a la puerta de arriba. Los guardias tomaron sus armas y alzaron la vista. Unos pocos sonidos, y luego la puerta cayó abierta y un hombre comenzó a bajar despacio por la escalinata. Llevaba una bandeja en equilibrio en una mano, por lo que no trató de cerrar la puerta después de pasar.

La nave colonial nunca había sido un lugar cómodo para trabajar, con esas escaleras por todas partes. El hombre con la bandeja tenía que bajar un largo camino, cruzar la longitud completa de lo que había sido una sala de estar grande y cómoda antes de tocar el fondo.

Matt metió la cabeza por la entrada, colgando al revés.

El hombre en bata de laboratorio bajaba por una larga escalera, con su bandeja de café equilibrada en un brazo. Sobre el suelo había tres hombres más, y uno de ellos era Castro. Cuando la cabeza de Matt apareció en la entrada, cada par de ojos echó un vistazo, lo miraron fijamente durante un momento, y luego se apartaron.

Matt comenzó a bajar, mirando por sobre su hombro, tratando de sostener cuatro miradas a un mismo tiempo.

—Maldita sea… Hood, ayude a levantarme.

—Parlette, usted no puede esperar que nosotros…

—Necesito llegar al teléfono.

—Sería un suicidio para nuestra causa —dijo Harry Kane—. ¿Qué haría su ejército de parientes si se enteran de que le mantenemos prisionero en su propia casa?

—Estoy aquí por mi propia voluntad. Usted sabe eso.

—Pero ¿se darán cuanta ellos de tal cosa?

—Mi familia se encolumnará detrás de mí —Parlette puso las palmas de sus manos en los brazos del sillón, y con tremendo esfuerzo se levantó. Pero una vez alzado, fue incapaz de moverse.

—Ellos no saben lo que está sucediendo —dijo Harry Kane—. Todo que sabrán con seguridad es que usted está solo en la casa con tres prisioneros escapados del vivero…

—Kane, ellos no entenderían lo que sucede aunque les hablara durante dos horas. Pero formarán detrás de mí.

Harry Kane abrió su boca, la cerró otra vez, y comenzó a descomponerse. Tuvo que apoyar las manos sobre la mesa para impedirles temblar.

—Bien… Llámelos —dijo.

—¡No! —gritó Jay Hood.

—Ayúdalo, Jay.

—¡No! Si usa el teléfono para obligarnos a la rendición, irá al infierno como el mayor mentiroso en toda la historia. ¡Y estaremos acabados!

—Ah, maldita sea —Lydia Hancock se levantó y puso uno de los brazos de Parlette en torno a su cuello—. Sé razonable, Jay. Parlette es la mejor posibilidad que alguna vez hemos tenido. Hemos de confiar en él.

Y anduvo con el anciano hacia el teléfono.

Casi era tiempo de reanudar el interrogatorio. Jesús Pietro esperó mientras el empleado de laboratorio depositaba su bandeja sobre el «ataúd» y emprendía el viaje de regreso.

Y entonces descubrió que su pulso corría. Una fría transpiración goteaba por sus costillas. Su desarticulada mano le palpitaba como un segundo corazón. Sus ojos chasquearon aquí, allí, por todo el cuarto, buscando algo que no estaba allí.

En unos segundos, y sin motivo en absoluto, el cuarto de interrogatorios se había convertido en una trampa.

Librodot

Hubo un sonoro golpe en el suelo, y cada músculo de su cuerpo brincó. No había nada allí, nada que sus ojos pudieran encontrar. Pero el impasible y colosal Castro de pronto se asustaba de unas sombras. El cuarto era una trampa, una trampa.

—Vuelvo en un momento —dijo Jesús Pietro. Anduvo a zancadas hacia la escalinata, intentando a cada centimetro mantener la imagen del Hombre a Cargo, y subió.

—Pero… Señor, ¿qué hay del prisionero? —dijo uno de los guardias.

—Enseguida vuelvo —dijo el Jefe, sin detenerse.

Se lanzó por la entrada, luego estiró el brazo izquierdo hacia abajo, y cerró la puerta. Y allí se quedó.

No había planeado ir a ninguna parte. Algo en su mente le había gritado que huyera, una sensación tan poderosa que le había hecho caso sin preguntarse lo más mínimo, y había huído a mitad de camino de un interrogatorio.

¿A qué cosa temía? ¿Acaso estaba por descubrir alguna desagradable verdad, por medio de Polly Tournquist? ¿O era la culpa lo que lo atosigaba? Seguramente ya no sentiría deseos por la muchacha colonista. Seguramente podría controlarlo si quisiera.

Ningún hombre de la Consolidada lo había visto así alguna vez: los hombros caídos, el rostro surcado de señales de fatiga, parado de pie en un vestíbulo porque no tenía ningún lugar para ir.

En cualquier caso, tenía que regresar allí. Polly Tournquist esperaba el sonido de su voz; tal vez la muchacha supiera cosas que él tenía que saber.

Reunió visiblemente sus fuerzas, y se daba la vuelta para enfrentarse con la puerta, cuando sus ojos se deslizaron, evitando automáticamente el brillante cristal esmerilado colocado en el muro. Los hombres que trabajaban en la nave colonial desarrollaban tal hábito. Como luz de techo, el panel habría sido apenas lo bastante luminoso. Como luz en el muro, lastimaba los ojos.

Los ojos de Castro se deslizaron alrededor del cristal, pero captaron algo, y volvieron. Había unos garabatos azules sobre el cristal esmerilado.

Matt estaba casi al final de la escalera cuando el hombre en la bata de laboratorio comenzó a subir.

La garganta de Matt dirigió un ácido comentario a los Demonios de la Niebla, quienes no parecieron dar ninguna respuesta obvia. Entonces, cuando el hombre estaba a punto de chocar con él, se balanceó hacia la parte posterior de la escalera y se dejó caer. Aterrizó de un porrazo. Cada cabeza en el cuarto se sacudió, mirando alrededor. Matt retrocedió contra una esquina, lentamente, esperando.

Él lo supo desde el principio: no podía contar para siempre con esta habilidad suya. En algún punto ya no podría estar más aterrado; las suprarrenales dejarían de producir la adrenalina y sería visible a cualquiera…

Los guardias volvieron sus ojos hacia el techo. El hombre en bata blanca desapareció por la entrada y cerró la puerta detrás de él. Sólo Castro seguía comportándose de modo raro; sus ojos continuaban danzando alrededor del cuarto, como si buscara algo que no estaba allí. Matt comenzó a respirar en forma más regular.

El hombre con el café había aparecido justo a tiempo; Matt había estado a punto de irse, para ver si podía encontrar la sala de control de fusión antes de regresar a por Castro. Había descubierto, de hecho, que el esmerilado del cristal en la luz del pasillo le permitiría escribir en él; y cuando lo marcó para indicar qué puerta conducía a Castro, alguien doblaba la esquina, llevando el café.

Castro se comportaba todavía de una manera rara. Durante la entrevista en la oficina de Castro, Matt nunca había dejado de tener miedo de él. Pero ahora, sólo parecía un viejo nervioso con un brazo vendado.

Un peligroso pensamiento, se dijo Matt. ¡Témele, maldita sea!

De repente, Castro caminó hacia la escalera.

Librodot

—Vuelvo en un momento.

Matt mordisqueó su labio inferior. ¡Esto parecía de broma! ¿Dónde iba el Jefe ahora? Y ¿cómo podría mantener Matt su atención en seis ojos, dos por encima y cuatro por debajo de él, subiendo la escalera? Se dirigió hacia ella, de todos modos.

—Pero… Señor, ¿qué hay del prisionero?

—Enseguida vuelvo.

Matt reculó hacia la esquina otra vez. ¿Prisionero?

Ataúd. La palabra era desusada en Monte Lookitthat, donde Tripulación y colonos cremaban por igual a sus muertos. Pero aquella caja contra el muro era lo bastante grande para contener a una persona.

Tendría que mirar adentro.

Pero primero, los guardias…

—Le habla el Jefe, comandante.

—Gracias, señorita Lauessen.

—¿Jansen, es usted?

—Sí, señor.

—He encontrado otro corazón sangrante.

—¿En la *Planck*?

—Sí. Directamente encima del cuarto del ataúd, dibujado en un panel de luz. Ahora bien, esto es lo que quiero que haga. Cierre todas las escotillas de aire de la *Planck*, inunde la nave con gas, y luego entre con una escuadrilla. A cualquiera que usted no pueda identificar inmediatamente, dispárele un sónico para mantenerlo tieso. ¿Lo comprende?

—Sí, señor. Pero… suponga que el traidor es alguien que conocemos…

—En ese caso, utilice su propio juicio. Tengo buenas razones para creer que no es un policía, aunque pudiera estar vestido de uniforme. ¿Cuánto tiempo necesita?

—Calculo que unos veinte minutos. Podría usar móviles en lugar de los elevadores, pero al menos tomaría ese tiempo.

—Bueno. Use los móviles. Selle los elevadores en primer término. Quiero que sea lo más sorpresivo posible.

—Sí, señor.

—Hágalo.

Los guardias no fueron ningún problema. Matt se paró detrás de uno de los hombres, sacó el arma de su pistolera, y les disparó a ambos.

Se quedó con el arma. Se sentía bien. Estaba harto de tener miedo. Era una situación que podía sacar a un hombre de sus cabales. Si dejara de tener miedo, hasta por un instante, ¡podría ser muerto! Pero ahora, al menos por el momento, podría olvidarse de tener que atender la llegada de unos pasos, dejar de mirar en todas direcciones inmediatamente. El aturdidor sónico era una apuesta más segura que un hipotético y poco confiable poder psi. Era algo real, frío y duro en su mano.

El «ataúd» era más grande de lo que le había parecido desde la entrada. Encontró unos cierres, robustos pero fáciles de operar. La tapa era pesada. Una capa de espuma de goma cubría el interior, con la típica superficie dentada de los amortiguadores de sonido.

Dentro había algo embalado con mucho cuidado en tela blanca y suave, de buen espesor. Su forma era vagamente humana, pero la cabeza no era humana en absoluto. Matt sintió erizarse los cabellos de su nuca. Un ataúd. Y la cosa de adentro no se movía. Si acaso había encontrado a Polly, entonces estaría muerta.

Comenzó a desenvolverla de todos modos, empezando por lo que pasaba por la cabeza de la figura. Encontró unos auriculares, y debajo de ellos oídos humanos. Estaban calientes al tacto, con la temperatura de la sangre. Matt comenzó a recuperar la esperanza.

Librodot

Descubrió un par de ojos marrones. Se abrieron, posaron la vista en él, y luego parpadearon.

La esperanza ya no era necesaria. Había encontrado a Polly, y estaba viva.

Aún era más un capullo que una muchacha. Hacia el final, ella intentaba ayudarlo a quitar las envolturas acolchadas y los alambres sensoriales de sus piernas. Pero no era de mucha ayuda; sus dedos no le respondían. Los músculos en su mandíbula, brazos y piernas se sacudían rítmicamente. Cuando trató de salir del ataúd, Matt tuvo que cargar con todo el peso de su cuerpo aturdido, y cayeron en un montón.

—Gracias —dijo ella, con voz insegura—. Gracias por sacarme de allí.

—Para eso vine.

—Te recuerdo… —se alzó, usando el brazo de Matt como apoyo. No había sonreído todavía. Cuando Matt había liberado su boca, quitándole la mordaza y el acolchado interdental, ella se veía como un niño que espera ser reprendido. Y todavía lucía así—. Tú eres Matt… algo. ¿No es así?

—Matt Keller. ¿Puedes mantenerte en pie?

—¿Dónde estamos? —ella no soltó su brazo.

—En medio del Hospital. Pero tenemos alguna posibilidad de salir, si haces lo que te digo.

—¿Cómo has llegado aquí?

—Jay Hood me dijo que tengo una especie de invisibilidad psíquica. Mientras me sienta asustado, puedo impedir que la gente me vea. Con esto hemos de contar. Oye, ¿estás bien?

—Ya que lo preguntas…, no.

Sonrió por vez primera. Una sonrisa fantasmal, un rictus que desapareció en una fracción de segundo. Se veía mejor sin ella.

—No mires hacia allí. Ven aquí, siéntate.

Se sujetaba a su bíceps con ambas manos, como si tuviera miedo de caer. Él la condujo a una de las sillas. Todavía está en shock, pensó Matt.

—Aun mejor, acuéstate. Sobre el suelo. Despacio… Ahora, apoya tus pies sobre la silla. Por los Demonios de la Niebla, ¿qué te han hecho?

—Es una larga historia —sus cejas se fruncieron, marcando una profunda V en su entrecejo—. Puedo contarla rápido, sin embargo. Ellos no me hicieron nada. Nada, nada y nada.

Se quedó acostada boca arriba, los pies en el aire, como Matt la había colocado, y sus ojos se posaron en el techo, mirando hacia la nada.

Matt quiso mirar hacia otro lado. Polly ya no era bonita. Su pelo era un nido de limpiadores, y su maquillaje se había corrido en todas direcciones; pero no era por eso. Algo se había ido de ella, y otra cosa lo había sustituido. Su cara pálida reflejó el horror último de lo que vio, alzando la vista hacia la nada.

—¿Cómo llegaste aquí, Matt? —dijo ella, de repente.

—Vine para rescatarte.

—Tú no eres un Hijo de la Tierra…

—No.

—Podrías ser un delator. La casa de Harry fue asaltada la noche que viniste.

—Eso es algo muy desagradecido por provenir de una dama en problemas.

—Lo siento —dijo, pero sus ojos continuaron alertas y suspicaces. Bajó los pies de la silla y rodó, sentándose sobre el suelo. Estaba descalza y llevaba puesta una ropa extraña, como un traje deportivo, pero de tela suave y ligera. Sus dedos habían encontrado una esquina de la tela y jugaban con ella, anudándola, tirando de ella, haciéndola girar en sus dedos, arrugándola—. No puedo confiar en nadie. Ni siquiera puedo asegurar que esto no sea un sueño. Tal vez todavía estoy en la caja…

—Tranquilízate —dijo Matt, y apretó su hombro confortándola—. Ya lo superarás…

Librodot

Ella intentó sujetar su mano para mantenerla allí, pero tan bruscamente que él casi se apartó. Cada movimiento que ella hacía era desorbitado.

—¡Tú no sabes lo que fue! Me envolvieron y me guardaron allí, y a partir de entonces, ¡me pareció estar muerta! —ella apretaba su mano, acariciando los dedos y las uñas y los nudillos, como si nunca hubiera tocado una mano humana antes—. Trataba todo el tiempo de recordar cosas, pero siempre se iban, se alejaban fuera de mi alcance. Fue algo…

Ella se detuvo en seco. Su laringe subía y bajaba, pero sus labios se crispaban sin lanzar sonido alguno. Entonces saltó hacia él.

Se apretó contra su pecho y se abrigó ella misma con los brazos de Matt. No era nada afectuoso. Se aferró a él como si estuviera por ahogarse y Matt fuera un tronco flotante.

—Oye —dijo Matt—, me has quitado el arma… —había rodado lejos.

Pero ella no lo oyó. Matt miró hacia la puerta. No se había movido, y no se oía ningún ruido amenazador.

—De acuerdo —dijo él—. Estás bien ahora. Ya estás fuera de allí —la chica sepultaba la cara en el hueco de su hombro, y se movía contra él. Sus brazos se apretaban alrededor de su pecho con desesperación—. Ya estás fuera, Polly.

Él masajeó los músculos de su hombro y cuello, tratando de reproducir lo que Laney le había hecho aquella noche del viernes.

El modo en que ella tocaba las cosas, apretándolas, tirando de ellas… entendió ahora, era conmovedor. Lo que buscaba era asegurarse de que eran verdaderas. El período pasado en el ataúd debe haber sido peor de lo que podía imaginar. La chica debía haber perdido todo contacto con la realidad, toda su fe en la solidez de las cosas por fuera de aquella matriz artificial. Y entonces, ella hizo correr las manos a lo largo de su espalda, remontó las líneas de sus omóplatos y vértebras con las yemas de sus dedos y se movió contra él con un movimiento deslizante, con los dedos de los pies, los muslos, los brazos, todo el cuerpo… sintiendo, sintiéndolo con cada centímetro cuadrado de la piel…

Él sintió que cobraba vida en respuesta. Las puertas secretas y las encorvadas paredes metálicas, las armas y la policía Consolidada dejaron de importar en absoluto. Sólo estaba Polly.

—Ayúdame —dijo ella, su voz amortiguada por la tela de la camisa de Matt.

Matt rodó sobre ella. La frágil tela de su vestimenta se rasgó como papel tisú. Fugazmente, Matt se preguntó por qué estaba allí. Y eso tampoco importaba.

—Bien. Esto es real, después de todo —dijo Polly.

Y Matt, pacíficamente a la deriva desde algún lejano pico del Nirvana, preguntó:

—¿Era esto lo que quisiste decir pidiendo ayuda?

—No sé lo que quise decir. Sólo quería ayuda —ella sonrió despacio, con ojos y boca—. Supón que no era lo que quise decir… ¿Importa acaso?

—Entonces, te he seducido cruelmente —echó un poco atrás la cabeza, para mirarla a la cara. El cambio era increíble—. Tuve miedo de que te hubieras marchado para siempre.

—Lo mismo yo.

Matt echó un vistazo a la puerta secreta, luego se estiró para alcanzar el sónico. El Nirvana había pasado.

—¿Realmente has venido a rescatarme?

—Sí —no mencionó a Laney todavía. No había razón para estropear el momento.

—Gracias.

—No hay por qué darlas. Aún tenemos que salir de aquí.

—¿No tienes nada que preguntarme?

¿Y ahora qué? ¿Lo estaba probando? ¿Ya no confiaba en él? Bien, ¿por qué debería hacerlo?

—No —aseguró—, ninguna pregunta. Pero tengo cosas que decirte…

Ella se puso rígida debajo de él.

—Matt, ¿dónde estamos?

—En el Hospital. Muy adentro. Pero aún podemos salir.

Ella rodó lejos y se puso de pie en un solo movimiento.

—¡Estamos en una de las naves coloniales! ¿En cuál?

—En la *Planck*. ¿Importa eso?

Ella sacó el aturdidor sónico de la pistolera del otro guardia, en lo que pareció una veloz zambullida.

—¡Podemos llegar a la planta de fusión! ¡Volaremos el Hospital y la Tripulación hacia el vacío neblinoso! Vamos, Matt, hay que movernos. ¿Hay guardias en el pasillo? ¿Cuántos?

—Espera, ¿te has vuelto loca de repente?

—Borraríamos el Hospital y la mayor parte de la Meseta Alfa… —recogió sus rasgadas ropas, y las lanzó al suelo otra vez—. Tendré que desvestir a uno de éstos. ¡Lo conseguiremos! ¡Triunfaríamos al fin, Matt! ¡Todo con un solo golpe!

—¿De qué triunfo hablas? ¡Estaríamos muertos!

Ella se levantó con las manos en las caderas y lo miró con disgusto. Ahora llevaba puesto un par de pantalones de la Consolidada, demasiado grandes para ella. Matt no había visto nunca a nadie más enteramente vivo.

—Lo había olvidado. Tú no eres un Hijo de la Tierra. De acuerdo, Matt… vete ahora, y trata de alejarte todo lo que puedas. Tal vez puedas salir del alcance de la explosión. Sinceramente, lo dudo bastante.

—Tengo un interés personal por ti. No pasé todas estos peligros sólo para que te suicidaras. Vendrás conmigo.

Polly terminaba de ponerse la camisa de un guardia, y enrolló apresuradamente la botamanga de los pantalones, que le iban demasiado largos.

—Ya has cumplido tu tarea. No creas que soy desagradecida, Matt, pero no vamos en la misma dirección. Nuestros motivos no son los mismos… —ella lo besó con fuerza, lo empujó hacia atrás, y susurró—: No puedo desperdiciar esta posibilidad.

Ella comenzó a trepar la escalinata. Matt bloqueó su camino.

—No tienes la menor posibilidad de ir a ninguna parte sin mí. Te vienes conmigo y saldremos del Hospital, si acaso aún podemos conseguirlo.

Entonces Polly lo golpeó.

Lo golpeó con los dedos extendidos justo bajo el esternón, donde las costillas dibujan una V invertida. Él se dobló, ovillándose del dolor; ni siquiera pensando en respirar, sino boqueando como un pescado. Sintió unos dedos en su garganta y comprendió que ella había visto el filtro de gas y se lo quitaba.

Matt la contempló como una mancha borrosa en el ángulo de sus ojos, mientras iba subiendo la escalinata. Oyó que la puerta se abría, y un momento después, se cerraba. Un fuego lento se extendía por sus pulmones. Trató de dejar pasar el aire, y le dolía como mil rayos.

Él nunca había aprendido a luchar; el «don de Matt Keller» lo había hecho innecesario. Una vez, hacía poco, había golpeado a un guardia en la mandíbula. ¿Dónde más golpearía uno a alguien? Y ¿quién iba a adivinar que una muchacha tan delgada podría golpear con tanta fuerza?

Poco a poco se desenroscó y enderezó. Recuperó el aliento en tragos pequeños y dolorosos. Cuando el dolor en su corazón le dejara moverse otra vez, treparía por la escalera.

Capítulo XIII - TODO A LA VEZ

Polly se movía como un relámpago. El filtro de gas estaba en su sitio, sobre la nariz. Mantenía el sónico directamente delante de ella, apuntado a la curva del casco interior.

Apenas un enemigo apareciera, estaría donde tenía que estar: directamente en el blanco. Nadie vendría en pos de ella; se movía demasiado rápido.

Como todos los líderes de los Hijos de la Tierra, Polly conocía la *Planck* como si fuera su propia casa. La sala de control de vuelo estaba en el punto opuesto a la esclusa de aire. Fue nombrando las puertas a medida que pasaba debajo de ellas: Hidroponía… Biblioteca…

Control de vuelo.

La puerta estaba cerrada. No había escalera.

Polly se puso en cuclillas y saltó. Pudo alcanzar el picaporte en lo alto de su salto, y quedó colgada. La puerta no estaba bloqueada; sólo cerrada, porque nadie usaba la sala de control de vuelo. Lamentablemente la puerta se abría hacia dentro… hacia arriba. Ella cayó hacia atrás, frustrada, aterrizando silenciosamente sobre los dedos de sus pies.

Si ella hubiera elegido el cuarto de fusión … pero allí se hacía el control fino. Allí, los técnicos de Energía del Hospital generaban la electricidad que alimentaba a las regiones colonistas. Habría tenido que enfrentarse con varios técnicos, y podrían detenerla.

En las ropas que vestía encontró una billetera.

Saltó otra vez, agarró la perilla y la giró, empujó la billetera entre el batiente y el marco, allí donde debía estar la cerradura. Otra vez se dejó caer, tomó carrera y saltó. Esta vez apoyó la mano con fuerza contra la puerta. El batiente giró hacia arriba y… cayó abierto.

Lejos tras la curva del pasillo alguien gritó:

—¿Qué sucede allí afuera?

El pecho de Polly subía y bajaba, lanzando profundos soplos de aire por su nariz, bajo perfecto control. Ella brincó una vez más, se sujetó del marco, y se alzó con rapidez. Unos pesados pasos se acercaron… Pero antes de que alguien apareciera, ya había cerrado la puerta.

Había una escalera aquí, montada en lo que había sido el techo. Indudablemente la tripulación original de la *Planck* la había usado para bajarse de las seis sillas de control después del Primer Aterrizaje. Polly la usó ahora para subir.

Ella se deslizó hasta el segundo asiento de la izquierda y encontró el panel de instrumentos y el circuito de desvío. Una parte del panel había sido abierta, y habían soldado una simple barra de hierro en el vano entre dos placas, cerrando el circuito en la sala de control de vuelo para poder controlarlo únicamente desde el cuarto de fusión. Estando en vuelo, ambos puntos de control habían sido necesarios: el del cuarto de fusión para mantener estable y en funcionamiento el impulsor, y el de la sala de control de vuelo para maniobrar el motor del vehículo. Ahora la unidad de fusión sólo se usaba para hacer electricidad, y el panel de instrumentos frente a Polly estaba muerto.

Ella bajó rápidamente por la escalera. Había un armario de instrumentos junto a la puerta. Si hubiera allí un soldador de arco…

Lo había.

Y si no había ningún gas anestésico alrededor… o, si lo había, no fuera inflamable…

Nada explotó cuando encendió el soldador. Comenzó entonces a soldar la escotilla.

El ruido del soldador atrajo la atención casi inmediatamente. Podía oír muchas voces excitadas, amortiguadas por la puerta. Entonces comenzó a sentir un débil entumecimiento, debido a los aturdidores sónicos. La puerta no conducía bien las vibraciones, pero no podía demorarse mucho tiempo allí. Sin embargo, terminó el trabajo de soldar antes de volver a la escalera.

Usó el arco de soldar para cortar la barra de hierro. Sería una tarea lenta. La Consolidada seguramente la hubiera interrumpido antes de que ella terminara. Ahora, podrían insultar todo lo que quisieran. Ella tenía todo el tiempo del mundo. En su mundo.

Matt alcanzó el pasillo y comenzó a andar, dejando el cuarto de interrogatorios abierto detrás de sí. Caminaba algo encogido, con su pecho a punto de colapsar y sus brazos doblados sobre el dolor. Había olvidado llevarse el sónico restante.

Librodot

—No debo ser del tipo dominante —refunfuñó, disfrutando perversamente del sonido de su propia voz—. O tal vez sea que trato de dominar a la mujer equivocada…

Una pesada figura venía trotando, siguiendo la curva del pasillo. Jesús Pietro Castro, llevando puesta una máscara de gas y un arma pesada de espinas de piedad bajo el brazo, lo vio apenas a tiempo para evitar una colisión. Se detuvo con una sacudida, y luego su mandíbula cayó cuando se fijó en los ojos azules, el pelo castaño, la cara resentida y colérica de colono, la oreja con un trozo perdido, y la mancha de sangre en el cuello de una chaqueta de tripulante.

—¿No está de acuerdo? —dijo Matt, animosamente.

Castro levantó su arma. El «don» estaba desconectado.

Y toda la rabia y la humillación rompieron en Matt.

—¡Bien! —gritó—. ¡Míreme! ¡Maldito sea, míreme! Soy Matthew Keller.

El Jefe lo miró fijamente. No disparó. Lo miró fijamente.

—¡Me abrí camino por vuestro miserable Hospital sin ayuda, por dos veces! ¡Atravesé vuestras paredes, el vacío neblinoso, el gas adormecedor y las balas de piedad para rescatar a esa maldita mujer, y cuando conseguí dejarla libre, ella me golpeó en la tripa y me plegó como a una flor! Entonces… ¡vamos, míreme!

Castro miró y miró.

Y finalmente, Matt comprendió que Castro debería haber disparado ya.

Castro movía su cabeza de un lado a otro, lentamente, en un movimiento negativo. Pero sus ojos no se marchaban de Matt. Y despacio…, despacio, como si estuviera enterrado hasta las rodillas en cemento fresco, avanzó un paso.

Repentinamente, Matt comprendió lo que pasaba.

—No aparte la vista —dijo él de prisa—. Míreme.

El Jefe estaba bastante cerca ahora, y Matt extendió la mano y apartó el cañón del arma de piedad, todavía esforzándose por sostener la mirada de Castro.

—Siga mirándome…

Se miraron fijamente uno al otro. Encima de su mascarilla, los ojos de Castro eran notables: todo blanco y negro, las pupilas ampliadas, enormes, con prácticamente ninguna exposición de iris. Su mandíbula colgaba suelta bajo el canoso bigote de manillar. Parecía licuarse; la transpiración bajaba en lentas corrientes por su cuello. En un éxtasis de miedo, o temor, o adoración… lo miraba fijamente.

Contrayendo las pupilas del otro, se consigue la invisibilidad psíquica. Ampliándolas, ¿qué se consigue? ¿Fascinación?

Con seguridad, tenía la atención completa del Jefe. Matt hizo atrás su puño, lo cargó de pólvora… y no pudo llevar a cabo su intención. Hubiera sido atacar a un lisiado. Castro era un lisiado: uno de sus brazos estaba en cabestrillo.

Había gritos al final del pasillo, en la dirección que Polly había tomado.

El Jefe avanzó otro lento paso.

Demasiados enemigos, delante y detrás. Matt golpeó el arma, haciéndola volar de la mano de Castro; luego giró y corrió.

Cuando bajaba por la escotilla al cuarto del ataúd, vio que el Jefe todavía miraba hacia él, aún sostenido por la extraña fascinación. Entonces empujó la puerta, y la cerró sobre su cabeza.

Polly cortó el último trozo de la barra, y el panel de control se iluminó. Echó una rápida mirada sobre los iluminados diales, y luego otra, más lenta.

Según el panel de control, la unidad de fusión estaba fría como las cuevas de Plutón.

Polly silbó entre dientes. No era un defectuoso funcionamiento del panel. Los varios diales se emparejaban el uno al otro demasiado bien. Alguien había decidido cortar la energía a todas las regiones de los colonos.

Librodot

No podría detonar la unidad desde allí. Y nunca alcanzaría el cuarto de fusión; ella misma se había encerrado, en propia represalia.

¡Si sólo hubiera sido la *Arthur Clarke*! Castro nunca se hubiera atrevido a cortar la energía de la Tripulación. La planta de fusión de la *Clarke* debía estar funcionando a plena carga.

Muy bien, se dijo con entusiasmo creciente, mientras se deslizaba en otra butaca. Podría haber un modo de llegar a la *Clarke*.

Jesús Pietro sintió una mano que sacudía su hombro. Se dio vuelta para mirar al comandante Jansen.

—¿Qué sucede?

—Hemos inundado la *Planck* con gas, señor. Todo el que no fue advertido debería estar inconsciente, a menos que esté encerrado tras una escotilla. Hubiera preferido que no hubiera tantos filtros en uso, sin embargo. Quienquiera que viniera después de nosotros tendrá una buena posibilidad de hacerse de uno.

—Bueno… —dijo Jesús Pietro. Él no podía concentrarse. Quería estar solo y pensar… ¡No, no quería estar solo!—. Prosiga —dijo él—. Intente el cuarto del ataúd. Puede estar allí.

—No, no está allí, señor. O si lo está, hay más de un traidor. Alguien se encerró en la sala de control de vuelo, soldando la escotilla tras de sí. Fue buena idea la suya de desconectar la planta de fusión.

—Bien, sacadlo de allí. Pero revisad el cuarto del ataúd, también.

El comandante Jansen se marchó en dirección del alboroto. Jesús Pietro se preguntó por lo que encontraría cuando finalmente mirara en el cuarto del ataúd. ¿Había entrado allí realmente el fantasma de Keller, o había desaparecido cuando él huyó hacia el corredor? Jesús Pietro no estaba seguro.

Pero sí estaba seguro de la existencia del fantasma.

Nunca en su vida podría olvidar aquellos ojos. Aquellos paralizantes, cegadores, dominantes ojos. Lo perseguirían por el resto de su vida, más allá de cuántos minutos le quedaran. Porque seguramente el fantasma no tenía la menor intención de dejarle ir ahora.

Su comunicador sonó. Jesús Pietro lo cogió de su cinturón y dijo:

—El Jefe aquí.

—Señor, recibimos unos informes muy extraños —dijo la voz de la señorita Lauessen—. Un número importante de móviles converge hacia el Hospital. Alguien que dice representar al Consejo le acusa de traición, señor.

—¿A mí? ¿De traición?

—Sí, señor —la señorita Lauessen sonaba extraña. Y lo llamaba «señor» demasiado seguido.

—¿Con qué fundamentos?

—¿Debo averiguar, señor?

—Sí. Y ordéneles aterrizar fuera del perímetro de defensa. Si no lo hacen así, envíe móviles patrulla contra ellos. Obviamente son los Hijos de la Tierra.

Cerró el comunicador e inmediatamente pensó: Pero, ¿de dónde vinieron todos ellos? Y ¿dónde consiguieron los móviles?

Y se dijo: ¿Acaso Keller?

Su comunicador sonó otra vez.

La voz de la señorita Lauessen sonaba plañidera, casi quejumbrosa.

—Señor, la flota de móviles es conducida por Millard Parlette. Le acusa de mala conducta y traición, y le ordena entregarse para ser procesado.

—Parlette se ha vuelto loco…

Jesús Pietro trató de pensar. Todo sucedía al mismo tiempo. ¿Era ésta la causa por la que Keller había aparecido, se había mostrado por fin? Ningún símbolo misterioso esta vez; ninguna invisible rotura de dedos. Los ojos de Keller…

Librodot

—Intente conseguir que el anciano tome tierra, sin ocasionarle daño alguno. Tampoco a los otros móviles. Ordéneles que pongan sus móviles en piloto automático; dígales que a ninguno se le hará daño. Déles un minuto; luego noquéelos con los cañones sónicos.

—Discúlpeme el recordatorio, señor…, pero Millard Parlette es su oficial superior. ¿Se entregará usted?

Entonces Jesús Pietro recordó que la señorita Lauessen era una tripulante casi pura. ¿Llevaría en sus venas la sangre Parlette? Supuestamente, era bastante fácil de adquirir. Le dijo la única cosa que podría decirle:

—No.

Cortó la comunicación, con el panel de conmutación de Hospital… y también con el mundo exterior.

Se había puesto fuera de sí, y lo sabía. De alguna manera, el golpe de Polly lo había hecho despedirse de la vida. Se había dirigido al pasillo para que lo capturaran.

Pero aún no se saldrían con la suya. Tomó el restante sónico y comenzó a trepar por la escalinata. Esta vez sabría lo que estaría haciendo cuando atravesara aquella puerta.

Pero ¿por qué hacerlo? El pensamiento lo detuvo al pie de la escalera. Si Polly fuera a volar el impulsor de la *Planck*…

No, ella nunca lo conseguiría. Y tuvo todo el rescate a que tenía derecho. Era tiempo de pensar en la fuga. Él alzó la vista hacia la salida… y tembló.

Tendría que salir por alguna escotilla de salvamento. Al momento que asomara su cabeza por ahí, alguien le dispararía. Tendría que ver a su enemigo para usar su «don», y no podía mirar simultáneamente en todas direcciones.

Este mismo cuarto en el que estaba no era lugar adecuado para quedarse, si acaso lograran cercarlo. Todo lo que alguien tendría que hacer sería disparar agujas de piedad hacia el suelo. Si el tipo hiciera puntería en él, y por ello lo mirara a los ojos antes de disparar, su «don» lo protegería; pero aquello no se aplicaba al aturdidor sónico ordinario, porque no se requería apuntar en forma precisa, y el tipo no tendría porqué mirar.

Tenía que salir de allí.

Pero… Castro llevaba una máscara en la nariz. Eso significaba que la Consolidada estaba usando gas. El pasillo debía estar lleno ya.

¡Demasiadas cosas en qué pensar! Matt blasfemó y comenzó a revisar los bolsillos de un guardia. El hombre se removió y trató de estrangular a Matt con dedos blandos. Usó el sónico sobre ambos, luego siguió con su escrutinio. Ninguno de los guardias tenía un filtro de gas.

Matt miró hacia la puerta en el techo. Podría arriesgarse, por supuesto, pero si hubiera gas en el pasillo, sólo la puerta hermética lo protegería ahora. Tenía que ser hermética, por supuesto; la *Planck* fue diseñada como nave espacial.

¿Pasar a otro cuarto? Había unas puertas, que debían conducir a los antiguos dormitorios de la tripulación. Pero estaban a mitad de camino en las paredes y demasiado lejos de la escalinata.

Y allí, justo al lado de la salida, había una pequeña puerta, dispuesta en el sitio donde en cualquier apartamento se encontraría el armario de abrigos. Debería ser capaz de alcanzarla.

No era un armario de abrigos, por supuesto. Dentro había dos trajes de vacío.

Pero el contenedor no fue fácil de alcanzar. Matt tuvo que inclinarse muy apartado de la escalinata para girar la perilla y dejar caer la puerta abierta, y luego brincar sujetándose del marco de la abertura. Salir del armario sería tan complicado como llegar, o más.

Trajes de vacío. Habían colgado de unos ganchos; ahora se tumbaban sobre la pared del armario como hombres vacíos. Gruesa tela gomosa, con un pesado aro metálico en el cuello, y cierres para sellar el casco. Unos soportes metálicos embebidos en la tela sujetaban la mochila cohete y la unidad de control debajo de la barbilla.

Librodot

¿Funcionaría todavía el convertidor de aire? Ridículo pensarlo, después de trescientos años. Pero podría haber algo de aire en los tanques… Matt encontró una perilla en el panel de instrumentos de uno de los trajes, la giró, y salió un silbido.

Todavía tenía aire almacenado. El traje lo protegería contra el gas. Y la pecera grande que era el casco no interferiría con su visión, ni con su «don».

Tomó rápidamente el arma cuando la puerta al pasillo cayó abierta. Un largo rato pasó, y luego un par de piernas aparecieron en la escalinata. Matt disparó el sónico contra ellas. Un hombre gruñó de sorpresa y cayó hasta el suelo.

Una voz gritó desde la puerta, con infinita autoridad:

—¡Usted! ¡Salga de allí!

Matt sonrió abiertamente. En completo silencio dejó a un lado el arma y alcanzó el traje. Una ola de mareo hizo que el mundo se viera como en un ensueño. Había tenido razón sobre el gas.

Abrió completamente la perilla del aire y acercó su cabeza al aro del cuello. Inhaló profundamente varias veces, luego contuvo el aliento mientras se introducía en el traje, con los pies por delante.

—¡No tiene la menor posibilidad! ¡Salga ya mismo, o entraremos por usted!

Pues hacedlo. Matt insertó el casco sobre su cabeza y reanudó la respiración. El mareo ya se le pasaba, pero tendría que moverse con cuidado. Sobre todo porque el traje le iba apretado; era demasiado pequeño para él.

Desde la puerta hubo zumbidos de repente, y un salpicar de balas de piedad. Una cara y una mano aparecieron, la mano portando el arma. Matt disparó hacia la cara. El hombre se derrumbó en el marco, cabeza abajo, pero no cayó; alguien lo retiró fuera de la vista hacia el pasillo.

El aire del traje tenía un olor lo bastante metálico como para cortar. Matt arrugó su nariz. Cualquier otro se hubiera sentido satisfecho por haberse fugado una vez del Hospital. ¿Quién, excepto el afortunado Matt Keller, podría haberse fugado dos…?

Hubo un rugido repentino, como una explosión distante y continua. ¿Qué intentan ahora?, se preguntó Matt, alzando el arma.

La nave se sacudió, y retembló otra vez. Matt se encontró botando como un juguete en su caja. De alguna manera logró trabar sus pies y hombros contra paredes. ¡Y yo que pensaba que el hijo de puta estaba alardeando!, se dijo Matt. Hizo presa en el aturdidor cuando amenazó volar de su mano.

La nave brincó, golpeando fuertemente su pómulo contra el casco, como si una pared entera de la nave hubiera volado lejos. El rugido fue de repente más sonoro, mucho más estridente.

—Estamos demasiado cerca —dijo Parlette.

Hood, en el asiento del conductor, dijo:

—Tenemos que estar lo bastante cerca para dar órdenes.

—Tonterías. Usted teme que alguien le llame cobarde. Retroceda, le digo. Deje que mi gente lleve a cabo el combate; ellos saben lo que hacen. Hemos practicado bastante.

Hood se encogió de hombros y tiró hacia atrás el regulador 3-4. El suyo era ya el móvil más retrasado de un enjambre de más de cuarenta, una armada que aparecía como flotantes luces rojas contra la noche estrellada. Cada móvil llevaba dos descendientes de la línea Parlette, un conductor y un artillero.

Parlette, cerniéndose como un buitre sobre el comunicador del móvil, de repente ladró:

—¡He conseguido conectar con Deirdre Lauessen! Todos ustedes, silencio. Escucha, Deirdre, ésta es una emergencia…

Y los demás, Harry Kane, Lydia Hancock y Jay Hood, escucharon mientras Parlette habló.

Librodot

Le tomó varios minutos, pero por fin se inclinó hacia atrás, sonriendo con dientes blancos y carnívoros.

—Lo he conseguido. Ella lanzará nuestra acusación por el intercomunicador. Ahora tendremos dos facciones en la Consolidada, luchando unos contra otros.

—Pasará un rato difícil justificando esa acusación —le advirtió Harry Kane.

—No hay problema. Para cuando termine, podría convencer al mismo Castro de que no sólo es culpable de traición y mal desempeño de su función, sino hasta de incesto. A condición de que… —hizo una pausa para el efecto—. A condición de que podamos tomar el Hospital. Si controlo el Hospital, los tripulantes me creerán. Seré el único que hable.

»El quid del asunto es éste: legalmente soy el responsable del Hospital, y lo he sido desde que Castro tenía la edad de Hood. Si no hubiera sido yo, algún otro tripulante hubiera recibido el cargo, por supuesto. Pero en la práctica, el Hospital es de Castro, y tengo que quitárselo. Tenemos que tomar el control del Hospital antes de que podamos comenzar a cambiar el gobierno sobre Monte Lookitthat. Una vez que lo controlemos, podré conservarlo sin problemas.

—Allá adelante…

—Móviles patrulleros. No son muchos.

—Pero en formación cerrada. Me pregunto si eso será bueno… Ninguno de nosotros recibió entrenamiento en lucha cuerpo a cuerpo.

—¿Por qué no practicaban el uno contra el otro?

—Esperábamos luchar —dijo Parlette—. Pero nunca esperamos luchar contra el Hospital. Por eso nosotros…

—¡Por los Demonios de la Niebla! ¿Qué es eso? —aulló Hood.

Parlette se adelantó en su asiento, la mandíbula caída, las manos prendidas del tablero de instrumentos. No contestó.

Harry sacudió su hombro.

—¿Qué sucede? Parece haber fuego alrededor del extremo del Hospital…

Parlette estaba rígido y pasmado.

Y entonces, el extremo completo del Hospital se desprendió de la estructura principal y se movió serenamente de lado. Una enorme llama naranja florecía alrededor de su base.

—Eso… —dijo Millard Parlette—. Eso es la *Planck* despegando sobre sus motores de aterrizaje…

Polly estaba en el asiento superior, a mano izquierda. Manipulaba los mandos con extrema delicadeza, pero de todos modos las perillas giraban a los saltos. Pequeñas escamas de herrumbre debían estar soltándose en algún sitio de la cadena de comando que conducía desde la silla de controles hasta las pilas de fisión.

Finalmente las pilas estaban calientes.

Y Polly intentó abrir las válvulas de agua.

Le pareció que mucho tiempo atrás, alguien había decidido mantener lista la nave colonial para realizar un rápido despegue. Debe haber sido durante los primeros años de la colonia, cuando nadie —tripulante o colono— debía estar convencido aún de que una colonia interestelar aquí era posible. Luego los demás lo habían olvidado, y los únicos cambios hechos desde entonces habían sido los estrictamente necesarios.

Las naves coloniales pasaron a formar parte de la estructura del Hospital, y los interiores del sistema vital se convirtieron en un laberinto de escalinatas y pasillos curvados. El banco de órganos fue removido completamente de las naves, y los cuartos de animación suspendida fueron cerrados para siempre. Las naves no fueron más que plantas de generación eléctricas, si se hacía la vista gorda al cuarto de interrogatorios, y quizás a otros secretos.

Y de todos modos, los almacenes de instrumentos estaban completos. Y todavía había trajes de vacío en los armarios, junto a puertas que no habían sido abiertas por siglos.

Librodot

Y todavía había agua en los depósitos de combustible de aterrizaje, y uranio en los motores. Nadie se había molestado en retirarlos. El agua no se había evaporado; no podía hacerlo en esos tanques, diseñados para contener agua durante treinta años de viaje por el vacío interestelar. El uranio…

Polly bombeó el agua en los calientes motores, y la nave rugió. Lanzó un alarido de triunfo. La nave se estremeció y tembló a lo largo de su entera longitud. Desde abajo, tras de la puerta soldada, hubo unos gritos amortiguados.

¡Había más de un modo de contar un chiste! La unidad de fusión de la *Planck* estaba muerta, pero la de la *Arthur Clarke* debía estar corriendo a tope. Y cuando Polly zambullera la *Planck* sobre la otra nave desde el borde de atmósfera, ¡la explosión rasgaría la cumbre de la meseta Alfa!

—Despega, vamos… —susurró.

La *Planck* se separó de la roca en que estaba asentada, se elevó varios metros, y se mantuvo ahí, flotando suavemente. La enorme nave parecía rebotar, pesadamente, sobre algo blando. Polly abrió a tope la válvula; el agua y la pila estaban ahora al máximo.

Polly gruñó por lo bajo. La pila debía estar casi muerta; no podría alzar la nave contra los 0,8 g de Monte Lookitthat. Si no fuera por el faldón de aterrizaje que concentraba el impulso para lograr un efecto suelo, ¡la nave no se movería en absoluto!

Polly se estiró a través del asiento a su derecha. Una palanca se deslizó bajo su mano, y al final de la popa de la *Planck*, dos aletas se movieron en respuesta. La nave escoró hacia un lado y derivó, dándole un topetazo al Hospital, casi con suavidad… una vez, dos veces.

La llama viva entró rugiendo al Hospital. Era vapor de agua, calentado más allá de la incandescencia, al punto donde el oxígeno se disociaba del hidrógeno, y segaba lo que tocaba. Como un huracán de muerte rugió por los pasillos, abriéndose camino por las paredes allí donde no hubiera pasillos. Mató a centenares antes de que supieran qué era lo que los mataba, ya que el primer toque del vapor sobrecalentado los cegaba.

La llama del impulsor extendió su fogosa muerte por un tercio de la planta baja.

Para la gente de dentro y fuera del Hospital, personas que nunca se habían conocido y nunca lo hubieran hecho, ésta fue la noche en que todo pasó a la vez. Los más sensatos cerraron sus puertas con llave y buscaron dónde guarecerse, mientras esperaban que las cosas acabaran.

—Laney. Debe haber sido Laney —dijo Jay Hood—. Pudo colarse…

—¿Elaine Mattson?

—Exacto. Y llegó hasta la *Planck*. ¿Lo podéis imaginar?

—Debe tener un maravilloso sentido del cronometraje. ¿Sabéis qué sucederá cuando haga estallar el motor de fusión?

—Oh, Dios mío… ¿Qué haremos?

—Siga volando —dijo Parlette—. Ya no podríamos ponernos fuera de alcance. Hemos de especular con lo que fuera a hacer, y esperar que la señorita Mattson se dé cuenta de que los colonos están ganando.

—Más patrulleros —señaló Harry Kane—. A izquierda y derecha, vean…

Polly movió la palanca otra vez. La nave se inclinó pesadamente al otro lado y comenzó a ir a la deriva, apartándose del Hospital.

No se atrevió a inclinar más la nave. ¿Cuánto despeje tendría la nave bajo la falda de aterrizaje? ¿Unos centímetros? ¿Un metro? ¿Diez? Si la falda tocara el suelo, la nave caería sobre su lado.

No era parte del plan de Polly.

Detrás de ella, la puerta había virado a un rojo caliente. Polly echó un vistazo atrás, mostrando los dientes. Acercó sus manos al tablero, pero al final dejó los ajustes como

Librodot

estaban. Tendría que dar toda la vuelta en torno del Hospital, pero al fin podría dirigirse hacia la *Arthur Clarke*.

Y la golpearía una y otra vez, hasta que una de las naves fallara.

No notó que el punto rojo sobre la puerta se volvía blanco y la llama atravesaba el metal.

La nave brincó un metro hacia arriba, y la cabeza de Matt golpeó contra el frente del armario. Cuando alzó la vista, el lado del cuarto que daba al casco externo de la nave se rasgaba como papel de seda, con el atormentado grito de la muerte del metal. Y Matt se encontró mirando directamente hacia la oficina de Castro.

No podía pensar; no podía moverse. La escena tenía una cualidad de pesadilla; estaba más allá de lo racional. ¡Magia!, pensó, y también: ¡No, no otra vez!

El Hospital se separaba del cuarto, como en un sueño. Sus oídos habían muerto, por lo que todo ocurría en medio de un misterioso silencio. La nave estaba despegando…

Y no había ya aire en su casco. El tanque había conservado sólo un último resuello. Se estaba asfixiando. Soltó las abrazaderas con dedos flojos y temblorosos, desabrochó el casco y lo retiró, y tragó el aire. Sólo entonces recordó el gas.

Pero era aire caliente y limpio, aire del exterior, que ingresaba aullando por la rajadura del casco externo. Sorbió de él, con largas aspiraciones. Unos puntos bailaron ante sus ojos.

La nave se movía de arriba abajo en forma mareante. Vacilaba bajo el impulso, imaginó Matt, e intentó no hacer caso de ello. Pero había algo que no podía ignorar.

Polly había alcanzado los mandos. Por lo visto, había hecho despegar la nave. No podía discernir a qué altura estaban; las luces del Hospital habían disminuido al punto de que todo afuera era uniformemente negro, contrastando con el cuarto iluminado en que estaba. La nave subía, el cuarto estaba abierto de par en par al espacio, y Matt no tenía casco ni provisión de aire.

El cuarto parecía más estable ahora. Brincó hacia la escalinata. El traje lo entorpecía, pero consiguió sujetarse y emprendió su camino abajo, luchando contra el desequilibrio causado por la mochila. No fue hasta que tocó el fondo que la mochila entró en su atención consciente.

Después de todo, si los motores de aterrizaje de la *Planck* todavía funcionaban, ¿por qué no la mochila de un traje de vacío?

Estiró el cuello y miró detenidamente a su pecho, que portaba un panel de instrumentos destinado a ser leído por las yemas de los dedos. Con el casco colocado, no podía haberlo hecho. La mochila estaba dotada con unos pequeños motores de cohete; necesitaría los que actuaban en el fondo de la mochila, por supuesto.

¿Qué tan alto estarían ahora?

Apretó los dos botones más bajos en el panel, y algo explotó en su espalda. Sintió como si lo enderezaran, como si alguien tratara de levantarlo. Había sólo una perilla reguladora; indudablemente controlaba todos los chorros al mismo tiempo, o los que estuvieran encendidos en un momento dado.

Bien, ¿qué más tenía que saber? ¿Qué tan alto estarían?

Tomó un último y profundo aliento y salió por el agujero del muro. Vio la oscuridad alrededor de él, y giró el regulador a tope. Pero apenas se movió; ya estaba a pleno. Matt tardó un segundo en comprender que la mochila era para uso en el espacio, y que probablemente no levantaría su propio peso contra la gravedad…

Entonces cayó.

Moviéndose con cuidado, para no interferir con los hombres que manejaban las antorchas de soldadura, el comandante Jansen miró detenidamente por el agujero abierto en la escotilla de la sala de control de vuelo.

Librodot

Habían puesto una plataforma en posición debajo de la puerta, de modo que dos hombres pudieran trabajar a la vez. La plataforma se elevó y descendió por dos veces, de modo que el comandante tuvo que sujetarse con las manos contra el techo. Pudo ver por el orificio el pelo de cuervo flotando por encima de una silla de control, y un brazo delgado y bronceado colgando abajo, aturdido.

Jesús Pietro, de pie abajo en el pasillo, preguntó:

—¿Cuánto tomará?

—Unos pocos segundos —dijo uno de los hombres con antorchas—. A menos que ella soldara también el lado de los goznes.

—¿Sabe usted adónde nos lleva? —dijo el Jefe—. Yo lo sé.

El comandante Jansen miró hacia abajo, sorprendido. ¡El Jefe sonaba tan extraño! Y se veía como un anciano con mala salud. Parecía incapaz de concentrarse en lo que estaba sucediendo. Está listo para el retiro, pensó con lástima el comandante Jansen. Si sobrevivimos a esto…

—Yo lo sé —repitió Jesús Pietro, y asintió con la cabeza para sí.

El comandante Jansen volvió a la escotilla. No tenía tiempo para sentir compasión por el Jefe, no mientras esto siguiera adelante.

—Soldó los goznes, maldita sea —dijo uno de los cortadores.

—¿Cuánto llevará?

—Unos tres minutos, si cortamos a partir de ambos extremos.

La nave siguió moviéndose, yendo a la deriva sobre su cojín de llamas.

El fuego corrió a lo largo del borde del bosque interno, dejando una línea de llamas rojas y anaranjadas, ignorada por los aeromóviles en orden de batalla encima. Luego comenzaron una serie de explosiones entre los árboles, y la lengua entera del bosque tomó fuego.

Ahora la *Planck* había cruzado el perímetro de defensa y se movía entre tiendas y moradas. Los tripulantes que vivían en aquellas casas estaban despiertos, por supuesto; nadie podría haber dormido con aquel rugido continuo. Algunos se quedaron donde estaban; otros salieron a la calle e intentaron correr. Hubo quienes se encerraron en sus sótanos; fueron estos los que sobrevivieron. Un reguero de cien metros de ancho, plagado de casas destruídas y focos ardientes quedó como estela de la *Planck*.

Pero ahora las casas estaban vacías, y nadie estaba en peligro. Eran de coral arquitectónico, y habían sido abandonadas, la mayor parte de ellas, hacia más de treinta años.

—Listo, señor.

Las palabras apenas eran necesarias. Los cortadores apartaban la puerta, sus manos protegidas por gruesos guantes. El comandante Jansen se abrió camino a empujones y subió la escalinata con el pánico en su rostro.

El tablero de control lo aturdió. Dándose cuenta que él sabía tan poco sobre volar la nave espacial como cualquiera detrás de él, siguió buscando el botón, el volante o palanca que cambiaría la dirección de la *Planck*. Finalmente, perplejo, alzó la vista… y fue su perdición.

La sala de control de vuelo era extensa. Se proyectaba a través de la sección de carga, donde los cascos externo e interno se encontraban, y la mayor parte de sus paredes eran transparentes. El comandante Jansen miró afuera por el casco externo, y vio lo que pasaba en el exterior.

Cerca del fondo de su vista, vio el brillo de las llamas de las unidades de despegue. A la derecha, explotaba una casa de coral: la última. Adelante, no muy lejos, la línea negra del borde al vacío, acercándose.

Y se quedó tieso.

—Nos acercamos… —dijo Jesús Pietro, de pie debajo de él, sobre la escalinata. No mostraba sorpresa ni temor.

Librodot

El comandante Jansen gritó y sepultó la cara en sus manos.

Jesús Pietro se coló por delante de Jansen, y se deslizó en el asiento izquierdo. Su decisión estaba basada en la sola lógica. Si el comandante Jansen no había encontrado el mando enfrente de sí, entonces estaba frente al panel incorrecto; y el de la izquierda era el único otro panel de instrumentos que la muchacha colonista podría alcanzar desde donde estaba sentada. Encontró los mandos de las aletas, y los activó.

La nave se inclinó hacia atrás y comenzó a reducir la marcha.

Todavía reduciendo la marcha, fue a la deriva sobre el borde.

Castro se inclinó atrás en su asiento y miró. La *Planck* ya no se sostenía por el efecto suelo. Jesús Pietro sintió como si estuviera en un elevador que comenzara a bajar. Observó el acantilado subir, más y más rápido, como una sombra negra. Ocupaba la mitad el cielo, y la otra mitad eran estrellas.

De repente, las estrellas se ocultaron.

La nave comenzó a ponerse caliente. Estaba caliente y oscuro afuera, y las antiguas paredes de la *Planck* crujieron y gimieron cuando la presión se elevó. Jesús Pietro miró, esperando.

Esperando por Matthew Keller.

Capítulo XIV - EQUILIBRIO DE FUERZAS

Luchó a medio despertar, desesperado por evitar el terror del sueño. ¡Qué pesadilla tan descabellada había sido!

Entonces sintió unos dedos que lo sondeaban.

¡Agonía! Braceó y trató de apartarse, poniendo todas sus fuerzas en ello. Su cuerpo apenas se crispó, pero se oyó a sí mismo quejarse. Una mano fresca tocó su frente, y una voz… ¿la de Laney?… dijo:

—Recuéstate, Matt.

Recordó todo eso más tarde, la siguiente vez que despertó. Volvió a la conciencia suavemente, con las imágenes guardadas en su memoria formándose alrededor de él. Otra vez pensó: qué pesadilla. Pero las imágenes se hicieron más claras, demasiado claras para ser las de un sueño, y comprobó otras cosas.

La mayor parte de su costado derecho y la pierna de ese lado estaban tan entumecidas como un cerdo en el congelador. Las partes de él que no estaban entumecidas, le dolían, le picaban o le palpitaban. De nuevo intentó alzarse, pero esta vez estaba atado. Abrió sus ojos, y se vio rodeado de gente.

Harry Kane, Lydia Hancock, Laney y varios más que no conocía atestaban los alrededores de su extraño lecho. Uno de ellos era una mujer grande, de manos rojas y rasgos de tripulante, que llevaba puesta una bata blanca. A Matt le disgustó inmediatamente: había visto tales vestimentas en el banco de órganos.

—Está despierto —dijo la mujer de blanco, con una voz ronca en su melodía—. No trate de moverse, Keller; está todo entablillado. Esta gente quiere dirigirse a usted. Si se siente cansado, me dice y en seguida los retiraré de aquí.

—¿Quién es usted?

Harry Kane se adelantó.

—Ella es su médico, Keller. ¿Cómo se siente?

¿Cómo se sentía? Hace apenas un momento se había dado cuenta, demasiado tarde, que su mochila no lo soportaría. Pero no podía recordar haber caído desde una gran altura.

—¿Voy a morir?

—Oh, no; vivirá —dijo su médico—.Ni siquiera quedará lisiado. El traje debe haberle protegido de la caída. Se rompió una pierna y algunas costillas, pero curarán bien si usted colabora y obedece.

Librodot

—De acuerdo —dijo Matt.

Nada parecía importarle mucho. ¿Lo habrían drogado? Estaba recostado sobre su espalda, con una pierna en el aire y algo abultado alrededor de su tórax, que interfería con su respiración.

—¿Me han trasplantado, acaso?

—No se preocupe por eso, Keller. Usted sólo descanse y repóngase.

—¿Cómo está Polly?

—No hemos podido encontrarla.

—Ella estaba en la *Planck*. Debe haber llegado a los mandos de vuelo…

—¡Oh! —exclamó Laney. Comenzó a decir algo, pero luego cambió de opinión.

—La *Planck* cayó por el borde —dijo Harry.

—Ya veo.

—¿Conseguiste liberarla?

—Lo conseguí… una vez —dijo Matt. Las caras se volvían borrosas—. Ella era una fanática. Todos ustedes lo son, fanáticos. Tuvo todo el rescate que yo podía darle…

El cuarto derivó lejos, irreal, y él supo que la *Planck* despegaba. Desde una gran distancia, oyó la autoritaria melodía de una mujer tripulante:

—Afuera ahora, todos ustedes.

La médica los escoltó a la puerta, pero Harry Kane sujetó su codo y la arrastró con ellos al pasillo. Le preguntó:

—¿Cuándo estará bien?

—Suélteme usted, Sr. Kane.

Harry lo hizo.

—¿Cuándo?

—No se preocupe, no quedará inválido. En una semana le pondremos un yeso de andar. En un mes veremos.

—¿Cuánto le llevará volver al trabajo?

—Dos meses, con suerte. ¿Por qué está tan impaciente, Sr. Kane?

—Hum. Eso es un secreto.

La mujer frunció el ceño.

—Más allá de lo que planea para él, ha de tener en cuenta que es mi paciente. No estará listo para nada hasta que yo se lo diga.

—Bien. Sugiero que no le diga nada sobre los trasplantes. No le gustaría eso.

—Está en su archivo, y no puedo hacer nada respecto a eso…, pero no le diré.

Cuando la médico se retiró, Laney preguntó:

—Por qué estás tan impaciente?

—Tengo una idea respecto a Matt. Te diré sobre ello más tarde.

—¿No piensas que ya lo hemos usado bastante?

—No —dijo Harry Kane—. Me gustaría que así fuera, pero no.

Millard Parlette estaba cerca del agotamiento. Se había mudado a la oficina de Jesús Pietro Castro el domingo por la noche, aún antes de que el muro exterior fuera reconstruído, y allí había vivido desde entonces. Comió a la carrera en el mismo lugar, y usó el catre de Castro para dormir, las pocas veces que había podido hacerlo. A ratos le parecía que estaba al final de su vida, y que había esperado todo ese tiempo para llegar a esto, la crisis que había previsto hacía ya cien años.

La *Planck* había ocasionado daños terribles en el Hospital, pero los trabajos de reconstrucción estaban en progreso. Parlette había contratado por su cuenta a una firma de construcciones, pagándole de su fortuna personal; eventualmente impulsaría un proyecto de ley a través del Consejo para resarcirse. Ahora los trabajadores pintaban el nuevo muro exterior de la oficina, que el domingo por la noche había quedado abierta al espacio.

Su problema inmediato era que la mitad de la Consolidada quería renunciar.

Librodot

Los acontecimientos de la semana anterior habían tenido un efecto desastroso en la moral de la Consolidada. La acusación de traición contra su Jefe, y el hecho de que hubo de ser depuesto por la fuerza eran sólo parte de ello. Elaine Mattson y Matthew Keller habían hecho la otra parte, cauterizando el Hospital por medio de bombas y furtividad. Los prisioneros del vivero habían llevado a cabo una matanza en los pasillos del Hospital. La destrucción de la *Planck* había afectado no sólo al personal del Hospital, sino a toda la meseta Alfa, ya que esa nave representaba la mitad de su historia.

Ahora la Consolidada se enfrentaba a una terrible confusión. Toda incursión sobre las mesetas colonialistas había sido anulada. Conocidos rebeldes se movían libremente por el Hospital, y nadie podía tocarlos; su actitud hacia la policía era grosera y despectiva. Hubo rumores de que Millard Parlette redactaba nuevas leyes para restringir en adelante el poder de la policía…, y no ayudó en nada el hecho de que los rumores eran fundados.

Parlette hizo lo que pudo. Le habló a cada hombre que pensaba en dimitir, y consiguió persuadir a algunos de quedarse. A medida que las filas de la Consolidada disminuyeron, encontró nuevos modos de aprovechar a los hombres que había dejado marchar.

Al mismo tiempo, debía tratar con los cuatro bloques de poder sobre la Meseta.

El Consejo de la Tripulación había seguido a Parlette en el pasado. Con algo de suerte, habilidad y mucho trabajo, lograría que lo siguieran de nuevo.

La Tripulación en conjunto obedecería normalmente al Consejo. Pero una revuelta colonista, en estos días de una policía débil y desalentada, podría hacerles entrar en pánico, y el Consejo podría ser lo mismo que nada para ellos.

Los Hijos de la Tierra seguirían a Harry Kane. Pero Kane estaba más allá del control de Parlette, y el anciano sabía que el rebelde no confiaba en él en absoluto.

La mayoría de los colonos permanecería sin rebelarse, si Kane los dejaba en paz. Pero los Hijos de la Tierra, con su privilegiado conocimiento de los presentes del ramrobot, podrían moverlos a la ira en cualquier momento. ¿Esperaría Harry Kane lo suficiente por la Nueva Ley?

Cuatro bloques de poder, y también la Consolidada. Ser el nuevo Jefe significaba ahora enfrentarse con un laberinto interminable de detalles, quejas menores, reparto de reprimendas, papeleo, pequeñas internas… Podría perderse en tal laberinto y nunca saberlo, hasta que un ejército de colonos viniera dando alaridos para asaltar el Hospital.

Sería un milagro que pudiera visitar alguna vez a Matt Keller.

Matt yacía sobre su espalda, con su costado derecho enterrado en hormigón y su pierna de ese lado flotando en el espacio. Le dieron píldoras que redujeron los fuertes dolores a unos achaques permanentes e irritantes.

La mujer en la bata del banco de órganos lo examinaba de vez en cuando. Matt sospechaba que ella lo miraba como potencial material para el banco, aunque de dudoso valor. El miércoles oyó por casualidad a alguien llamándola doctora Bennet. Nunca pensó en preguntarle su nombre, como si ella nunca hubiera transigido en darlo.

Temprano a la mañana, cuando los somníferos perdían su fuerza, o durante las siestas por la tarde, las pesadillas lo molestaban. En una de ellas le rompía la nariz a un hombre de un codazo, y otra vez hubo un choque terrible de terror y triunfo a la vez. En otra preguntaba el camino al vivero, se daba vuelta, y levantaba su brazo para ver la piel adornada con unas cuentas de brillante sangre. Otra vez estuvo de pie en el banco de órganos, incapaz de correr, y despertó empapado en transpiración. Con un sónico robado hacía caer a muchos hombres uniformados, hasta que el contragolpe hizo que su brazo se sintiera como madera. Despertó, y resultó que tenía el brazo insensible debajo de él.

Sentía nostalgia por su familia. Solía ver a Jeannie y su marido cada pocos meses; vivían a no más de quince kilómetros de la principal área minera de Gamma. Pero no había visitado a su madre y padre por años. ¡Qué bueno sería verlos otra vez!

Librodot

Incluso el recuerdo de los gusanos mineros lo llenó de nostalgia. Eran imprevisibles, sí, pero si se comparaban con Hood, Polly o Laney… Al menos, él podía entender a los gusanos.

Su curiosidad había estado tan muerta como su pierna derecha. Pero el miércoles por la tarde volvió en un arrebato.

¿Por qué lo trataban en el Hospital? Si había sido capturado, ¿por qué no lo habían desmontado? ¿Cómo habían conseguido visitarlo Laney y Kane?

Se puso frenético de impaciencia. La doctora Bennet no apareció hasta el mediodía del jueves, y para su sorpresa, no estaba poco dispuesta a conversar con él.

—Yo misma no lo entiendo del todo —le dijo a Matt—. Sé que todos los rebeldes vivos han sido dejados en libertad, y por ahora no conseguiremos más material para el banco de órganos. El viejo Parlette es el Jefe de la Consolidada ahora, y la mayor parte de sus parientes también está aquí. Son tripulantes puros, pero trabajan en el Hospital…

—Debe ser extraño para usted.

—Sí, es extraño. El viejo Parlette es el único que realmente entiende lo que sucede, si es que lo sabe. ¿Lo sabrá, acaso?

¿Lo sabrá? Matt tanteó la pregunta.

—¿Qué le hace pensar que yo lo sé?

—Ha dado órdenes de que usted sea tratado con el mayor de los cuidados. Debe haber alguna razón, Keller.

—Supongo que así será.

Cuando era obvio que eso era todo lo que él iba decir, ella sugirió:

—Si tiene más preguntas, puede hacerlas a sus amigos; vendrán a verle aquí el sábado. Verá, hay otra cosa extraña. Todos esos colonos que vagan por el Hospital… Tenemos órdenes de no molestarlos, ya sabe, aunque me he enterado de que algunos de ellos son probados rebeldes…

—Yo mismo lo soy.

—Hum. Pensé que así podría ser.

—Después de que mi pierna se cure, ¿seré liberado?

—Es de suponer que sí, al menos por el modo en que se preocupan por usted. Aún Parlette… —la forma en que la médica trataba a Matt se había hecho curiosamente ambivalente. Por momentos él era su inferior, y otros su confidente, más que su paciente—. ¿Por qué no le pregunta a sus amigos el sábado?

Esa noche conectaron un soñador a la cabecera de su cama.

—¿Por qué no lo hicieron antes? —preguntó Matt a uno de los técnicos—. Eso debe ser más seguro y efectivo que las píldoras.

—Usted no lo ve del modo correcto —le dijo el hombre—. La mayor parte de los pacientes de aquí son de la Tripulación. No pensará que un tripulante usaría un soñador como los que hay en el vivero, ¿verdad?

—Demasiado orgullo, ¿eh?

—Ya le dije. Son tripulantes.

Pero había un insecto colado en el aro del soñador.

Para Parlette, Matt era parte del papeleo. El suyo era uno de los expedientes que habían quedado sobre el escritorio de Jesús Pietro. Su tapa estaba algo chamuscada, como la de los demás; pero la oficina del Jefe, ubicada en el primer piso, había evitado la mayor parte del daño provocado por el fuego incontrolable de la *Planck*.

Parlette revisó todos aquellos expedientes y muchos más. Ya sabía que la peor amenaza para su Nueva Ley sería la defección de los Hijos de la Tierra. Sólo ellos, con su supuesto control de los colonos, podrían hacer que esto fuera posible… y sólo ellos estaban más allá de su control.

El expediente de Matthew Keller era insólito por lo pobre. No había siquiera registro de su anexión a la organización rebelde. Aún así, él tenía que pertenecer a los Hijos: las notas de

Librodot

Castro le informaron que había sido Keller quien liberó a los prisioneros del vivero, que había sido malherido en oportunidad de su segunda intrusión en el Hospital, que debía ser al menos en parte responsable del desastre de la *Planck*…, y parecía estar muy relacionado con el misterioso símbolo del corazón sangrante. Un rebelde muy activo, el tal Matthew Keller.

Luego había ese interés desmedido en él, por parte de Harry Kane.

El primer impulso de Parlette fue hacer que muriera por sus heridas. El hombre había causado ya demasiada destrucción; probablemente la biblioteca de la *Planck* nunca podría ser sustituida. Pero hacerse de la confianza de Harry Kane era mucho más importante.

El jueves, la doctora Bennet le había informado que Keller recibiría invitados ese sábado. La instalación de un aparato de escucha era una precaución obvia. Millard Parlette tomó nota de la próxima entrevista —mediodía del sábado—; luego lo olvidó hasta entonces.

Cuando Hood hubo terminado de hablar, Matt sonrió y dijo:

—Ya os dije yo que eran pequeños hígados y corazones.

Esto no los acercó. Los cuatro le miraban solemnemente, como un jurado, rodeando su cama de hospital.

A medida que entraban, él se había preguntado si estarían todos emplazados para el banco de órganos. Estaban tan mortalmente serios…, y se movían coordinadamente, como si lo hubieran ensayado.

Hood había hablado durante casi media hora, con ocasionales interrupciones de Harry Kane y ningún comentario en absoluto por parte de Laney y Lydia Hancock. Todo parecía una puesta en escena. Tú llevarás el peso de la conversación, Jay, debía haber dicho alguien. Rompe el hielo con suavidad; luego… Pero a juzgar por lo que le habían contado hasta ahora, todo estaba bien.

—Todavía tenéis aspecto de malas noticias —dijo Matt—. ¿Por qué tan solemnes? Todas son rosas. Vamos a vivir para siempre. Ya no habrá más incursiones de la Consolidada. No más amenazas de caer en el banco de órganos sin un proceso. Hasta podemos construir cabañas de troncos, si somos lo bastante locos como para quererlas. El milenio al fin ha llegado.

Harry Kane habló entonces:

—¿Y qué le impide a Parlette romper todas sus imprudentes promesas?

Matt todavía no podía ver por qué esto debería implicarlo a él.

—¿Piensas que podría hacerlo?

—Míralo desde la lógica, Matt. Parlette tiene el trabajo de Castro ahora. Es el nuevo Jefe. Él dirige la Consolidada.

—Es lo que querías, ¿verdad?

—Sí —respondió Kane—. Quiero que tenga todo el poder que pueda conseguir, porque es el único hombre que puede lograr que la Nueva Ley triunfe… si es que elige eso. Pero mirémoslo desde un poco más lejos, y veamos cuánto poder tiene realmente.

»Él dirige la Consolidada —Kane enfatizó alzando un dedo— y ha entrenado a su propio clan en el uso de las armas de caza. Eso le reporta la mayor parte de las armas sobre Monte Lookitthat. Además, puede enroscarse el Consejo alrededor del meñique. ¡Parlette está en camino a ser el primer emperador del mundo!

—Pero… podríais detenerlo. Habéis dicho que podríais levantar la colonia contra él en el momento en que os pareciera.

Kane negó con énfasis.

—No podemos hacerlo. Por supuesto que es una buena amenaza, sobre todo después del daño que hemos hecho ya a la Consolidada. Pero, al igual que Parlette, o al menos así lo dice, no queremos más matanzas. No, necesitamos algo más para mantenerlo en su sitio.

Cuatro caras solemnes esperaron sus comentarios. Por los Demonios de la Niebla, ¿de qué se trataba?

—Bien, ya planteaste el problema; ahora dame una respuesta —dijo Matt.

Librodot

—Nos hace falta un asesino invisible.

Matt se levantó sobre un hombro y miró detenidamente a Harry Kane, tras del pilar blanco de su pierna bajo tracción. No, Kane no bromeaba. El esfuerzo lo agotó, y se dejó caer.

Laney puso una mano en su brazo.

—Es la única respuesta posible, Matt. Y es perfecto. No importa qué tan poderoso políticamente se haga Millard Parlette; nunca tendrá una defensa contra ti.

—Eres tú… o la guerra civil —insistió Kane.

Matt encontró su voz:

—No dudo que lo digáis en serio —dijo, con asombro—. De lo que dudo es de vuestra cordura. ¿Parezco un asesino, acaso? No he matado nunca a nadie. Y nunca lo haré.

—Lo has hecho bastante bien el fin de semana pasado.

—¿Qué? ¡Usé un aturdidor! ¡Golpeé a algunas personas con los puños! ¿Eso me hace un asesino profesional, acaso?

—Comprende —aclaró Hood— que no tenemos la intención de usarte como tal. Configuras una amenaza, Matt, nada más. Serás un factor en el equilibrio de fuerzas entre los Hijos de la Tierra y Millard Parlette.

—Yo soy un minero —dijo Matt, acentuando el parlamento con su mano izquierda, la que no tiraba de sus rajadas costillas derechas—. Un minero, nada más. Uso gusanos entrenados para buscar metales. Mi patrón vende el metal, y compra más gusanos y alimento para ellos, y con suerte hace bastante diferencia para pagar mi sueldo. Esperad un momento… ¿Le habéis hablado a Parlette acerca de esto?

—No, por supuesto que no. Y no lo sabrá nunca, a menos que tú estés de acuerdo, e incluso entonces esperaremos a que salgas fuera del Hospital.

—Por los Demonios de la Niebla, al menos deberíais esperar hasta entonces. Si Parlette se entera de que soy un peligro para él… ¡y yo aquí, sin poder moverme! Quiero estar en Delta antes de que le digáis nada a Parlette. Infiernos, quisiera estar en la Tierra antes de…

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

—¡No, Kane! ¡No, no estoy para nada de acuerdo! ¿No comprendes que tengo una familia? ¿Y si Parlette los tomara como rehenes?

—Sus padres, y una hermana casada —amplió Hood—. Los padres viven en Iota.

—No te preocupes —dijo Laney, en tono conciliador—. Los protegeremos, Matt. Ellos estarán seguros.

Kane asintió con la cabeza.

—Si alguien toca un pelo de sus cabezas, o siquiera amenaza a algún miembro de tu familia, declararé la guerra total. Tendré que decir esto a Parlette; y para que me crea, tendré que decirlo muy en serio. Y lo hago en este momento.

Matt pensó muy seriamente en llamar a gritos a la doctora Bennet, pero no serviría de nada. Si ella los echaba ahora, sólo sería para que volvieran otra vez, más tarde.

Y Matt Keller era un hombre herido. Se podía mover cinco centímetros a un lado si le molestaba el dolor. Pero diez centímetros, no. Era un auditorio cautivo.

—Habéis pensado en todo, ¿verdad? ¿Por qué esperasteis tanto para decírmelo?

Jay Hood le contestó:

—Yo pedí estar aquí, cuando te lo dijeran. Hoy es mi día libre.

—¿Has vuelto a enseñar en la escuela, Jay?

—Parece apropiado enseñar historia mientras estamos haciéndola.

En su seca voz había un júbilo apenas oculto. Hood estaba en su elemento. Era extraño que Matt nunca hubiera sospechado el tamaño del ego del hombrecillo.

—Tú me metiste en esto —lo acusó Matt.

—Lo siento. Acepta mis disculpas. Créeme, Matt, sólo te escogí como un probable recluta… —como Matt no contestaba, Hood prosiguió—. Pero realmente te necesitamos. Permíteme mostrarte cuánto: te estabas muriendo, Matt…

—Detente, Jay.

Librodot

—Él tiene derecho a saberlo, Laney. Matt, esas costillas que se te rompieron, perforaron tu pulmón y diafragma. Harry tuvo que pedir a Parlette…

—Jay, ¡cierra la boca!

—De acuerdo, Laney —dijo Hood, dolido.

—Matt, no íbamos a decírtelo. Realmente no queríamos…

La carne de algún muerto sería parte de él, para siempre. Viviría dentro de su tórax una resurrección extraña, parcial.

—Está bien, Laney —dijo Matt—. Dime, ¿cómo soportas estar metida en esto?

Laney miró al suelo, luego buscó sus ojos.

—Es tu elección, Matt. Pero si no te tenemos a ti…, no tenemos nada —pareció que iba a callar, luego habló apresuradamente—. Escucha, Matt, haces de esto una cosa terrible. No te estamos pidiendo que vayas corriendo y asesines a alguien. Seríamos absolutamente felices de verte volver a tus gusanos de minería. Por todo lo que nos compete, puedes quedarte allí el resto de tu vida, con un pequeño ingreso extra…

—Oh, muchas gracias.

—…por mantenerte alerta. Tal vez Parlette sea honesto. Tal vez realmente quiera hacer un paraíso de la Meseta. Tal vez todo sea color de rosas. Pero si acaso… —se inclinó adelante en la incómoda silla de hospital, sujetando su mano, mirando en lo profundo de sus ojos; sus uñas le lastimaban la piel— …si acaso Parlette se vuelve demasiado ambicioso…, entonces te necesitaremos para detenerlo. Nadie más sería capaz de hacerlo.

»Debemos apoyarle ahora. Alguien tiene que asumir el poder, o estallará una guerra civil. Parlette es el hombre. Pero si ha de ser detenido en el futuro, y tú no lo haces… no serás más que un cobarde.

Matt trató de retirar su brazo. Sus lastimados músculos reaccionaron; fue como si le hubieran propinado una patada en el costado con una bota de plomo.

—¡Sois unos malditos fanáticos! ¡Todos vosotros, los cuatro! —y se sintió atrapado, atrapado…

Laney lo dejó ir. Lentamente se recostó en el respaldo de la silla, con ojos suaves y soñadores, y las pupilas como puntas de alfiler.

Matt se relajó. Los demás miraban hacia la nada. Jay Hood tarareaba en voz baja. Lydia Hancock fruncía el ceño bajo algún pensamiento desagradable.

El «don» de Matt Keller le había dado un nuevo respiro.

El don de Matt Keller. Una broma cargante, un chiste mal contado. Si no hubiera usado su poder para «rescatar» a Polly, ella podría estar viva ahora. Si no hubiera acudido corriendo a Jay Hood por explicaciones, hoy Matt estaría de vuelta con sus gusanos de minería. No le extrañó que esta facultad psi nunca hubiera aparecido antes. Quizás nunca lo haría otra vez.

Era una mutación perjudicial. Lo había mantenido casto hasta los veintiún años. Había matado a Polly y había hecho que Laney lo viera como un instrumento, en lugar de como un hombre. Le había introducido en la *Planck*, algo que nunca hubiera intentado sin su invisibilidad psicológica, y en la *Planck* debió morir; sin embargo, por suerte aciaga, viviría con el pulmón de un muerto.

Un hombre debía tener el tino de esconder sus diferencias.

Pero era demasiado tarde ya. Ellos lo olvidarían, una y otra vez, tan a menudo como lo deseara… Pero siempre volverían. Matt Keller, un instrumento, un asesino cautivo…

¡Ni en sueños!

—Usted —dijo—. Lydia Hancock.

Los demás giraron para afrontarlo, devueltos al mundo en el cual Matt Keller era un factor para ser considerado.

—Lydia, ¿tiene usted algo que decirme?

—No lo creo —dijo la rebelde de mediana edad, que debía haber sido una regañona ama de casa.

—No dijo una palabra mientras los demás me atosigaban. ¿Para qué vino usted?

Librodot

Ella se encogió de hombros.

—Sólo para ver lo que pasaría. Keller, ¿perdió alguna vez a alguien a quien amaba?

—Oh, seguro.

—¿En el banco de órganos?

—A mi tío Matt.

—Hice todo de mi parte por evitarle el trasplante, Keller. La doctora Bennet dice que usted igual habría sobrevivido, pero, por supuesto, hubiera quedado lisiado.

—Lo hubiera preferido así —dijo Matt, aunque no estaba seguro de que fuera verdad.

—Quise destruir el banco de órganos apenas tuvimos la posibilidad, pero nadie más pareció dispuesto a seguir ese camino. Tal vez nadie sufrió que su marido fuera troceado para el banco…

—Vaya al punto, por favor.

Ella se encogió de hombros otra vez.

—No sé si es usted tan importante como Harry dice. A mi modo de ver, nadie puede ser tan importante. Usted nos sacó del Hospital, de acuerdo. Por otra parte, de no ser por usted, Parlette nunca nos hubiera encontrado; de acuerdo. Estamos agradecidos. Pero ¿teníamos que cortar a un hombre en trozos para mostrarnos agradecidos? No le hicieron nada bueno.

»Bien, quien le dio ese pulmón está muerto, y aún no podemos destruir el banco de órganos. Pero tratamos de cambiar las leyes, para que menos personas vayan al banco, y luego sólo quienes realmente más lo merezcan. Si usted fuera alguna clase de hombre, debería estar deseoso de ayudarnos. Digo que es todo lo que usted puede hacer por aquel muerto que le dio ese pulmón. Por caridad, al menos.

La boca de Lydia Hancock se cerró como una trampa.

—Voy a unirme a vosotros —dijo Matt—. Pero no por caridad. Y ahora os daré mis motivos.

—Continúa —dijo Harry Kane. Fue el único que no mostró sorpresa.

—No puedo volver a mis gusanos de minería. Eso es seguro. Pero no soy ningún asesino, y eso es seguro también. Nunca he cometido asesinato. Tampoco he tenido intención de ello, al menos no muy a menudo. Si alguna vez he de matar a un hombre, querré saber por qué he de hacerlo.

»Hay sólo un modo en que pueda estar seguro de ello. De aquí en adelante, nosotros cinco vamos a ser los líderes de los Hijos de la Tierra —eso sacudió hasta a Harry Kane—. Necesitaré vuestra ayuda en todas las decisiones. Recibiré obligatoriamente toda la información disponible de cualquiera de vosotros. ¿Qué dices, Harry?

—Sigue hablando.

La boca de Matt estaba seca. A Harry Kane no le gustaba el asunto, y era malo tenerlo como enemigo.

—Los Hijos de la Tierra no podrán cometer ningún asesinato sin mi consentimiento, y no lo daré a menos que yo particularmente decida que tal asesinato es necesario. Para tomar esa decisión, yo tendré que saberlo todo, siempre. Una cosa más: si alguna vez me entero de que uno de ustedes trata de engañarme, le mataré, porque el castigo por ocultarme o falsearme información será la muerte.

—¿Qué te hace pensar que puedes manejar tanto poder, Keller? —la voz de Harry no sonaba pasional, sino simplemente interesada.

—Tengo que intentarlo —apuntó Matt—. Es *mi* poder.

—Parece justo —Harry se levantó de su silla—. Uno de nosotros vendrá aquí por la mañana, con copias de la Nueva Ley de Parlette, en su totalidad. Si más tarde decidimos hacerle cambios, te informaremos.

—Tendréis que informarme antes de que hagáis los cambios.

Kane vaciló, luego asintió con la cabeza. Luego se fueron.

Millard Parlette suspiró y apagó el receptor.

Librodot

¿Asesino invisible? Una frase rara para provenir de un hombre práctico como Harry Kane. ¿Qué habrá querido decir?

Eventualmente Kane se lo diría, por supuesto.

Pero, incluso entonces, ya no importaba. Tendría la confianza de Kane ahora, y eso era lo que realmente valía. Kane había conseguido algo para usar contra Millard Parlette, pero, fuera real o imaginario, sólo lo usaría en caso de peligro de guerra civil.

Y Millard Parlette podía ahora concentrarse en el hombre que esperaba afuera. La Consolidada había seleccionado a uno de su numerario para que presentara una serie de quejas. El hombre debía estar bastante molesto por la larga espera.

Parlette usó el intercomunicador.

—Dígale que pase, señorita Lauessen.

—Muy bien.

—Espere. Dígame el nombre otra vez.

—Cabo Halley Fox.

—Gracias. Por favor, envíe a las mesetas Gamma, Delta y Iota una solicitud por todo archivo sobre Matthew Keller.

—Lo haré, bisabuelo.

¡Demonios de la Niebla! ¿Cómo habrá soportado Castro a esta mujer?

Parlette sonrió ante el futuro. ¿Por qué no? Me encargaré de la Consolidada y el Consejo, y Harry Kane se cuidará del resto.

Un «asesino invisible» acababa de quitar la mitad del peso sobre sus espaldas.

—Será un extraño equilibrio de fuerzas —dijo Harry Kane—. Parlette tiene todas las armas del planeta, excepto las que hemos incorporado a nuestros sótanos. Él ha conseguido todas las instalaciones eléctricas y médicas, y la mayor parte de la riqueza. ¿Y qué hemos conseguido nosotros? A Matt Keller.

—Y hemos sido muy afortunados al conseguirlo —dijo Laney.

Una joven pelirroja en un vestido iridiscente los pasó, andando rápidamente por el pasillo; una muchacha de la Tripulación, probablemente visitando a un pariente. Suspendieron su charla hasta que ella hubo pasado. Harry Kane sonrió abiertamente después, por su expresión asustada y el modo en que ella había acelerado el paso para alejarse. Tendrían que acostumbrarse algún día a la presencia de colonos en los sagrados pasillos del Hospital.

—Bien, de todos modos, lo tenemos —dijo Jay Hood—. ¿O nos tiene él, en realidad? —dio unas palmadas en el muro, provocando ecos que sonaban como disparos—. ¿Podéis imaginar lo que dirán los historiadores en el futuro? Nunca lo comprenderán.

Matt yacía sobre sus espaldas, contemplando el techo.

Había tomado la decisión correcta, estaba seguro de ello. Si tenía un poder, entonces alguien debía tener un uso para él.

Él mismo no tenía ninguno que darle.

Una mutación perjudicial es aquella que impide al organismo sobrevivir lo bastante como para reproducirse. La única esperanza de Matt de ser padre estaba en suprimir su «don» completamente, al menos en su vida privada. Un hombre invisible no va a ninguna parte en una sociedad civilizada.

Alguien entró. Los ojos de Matt se sacudieron, capturados por el azul iridiscente de un vestido.

—Oh, perdón —dijo ella, y dio la vuelta para marcharse.

Era alta, delgada y muy joven, con el pelo rojo oscuro curvado en formas imposibles. Su vestido era de un tipo nunca visto sobre Delta, suelto pero adherido a la piel, y brillaba. Una cara encantadora en su extrañeza, con amplias fosas nasales y pronunciados pómulos, la marcaba como tripulante pura.

—Sólo un minuto —dijo Matt.

Ella se giró con sorpresa, no por lo que él había dicho, sino por su acento de colono. Enderezó la espalda, alzó la barbilla y su boca se transformó en una dura línea de disgusto. Matt se sonrojó.

Pero antes de que sus ojos lo abandonaran con frialdad, él pensó: «Mírame».

Los ojos de la chica no lo dejaron. Su barbilla se aflojó, y su cara se volvió suave y soñadora.

Mantén tus ojos en mí, pensó hacia ella. Te fascino, ¿verdad? Muy bien. Sigue mirando.

Ella dio un lento paso hacia él.

Matt dejó caer su control. Ella dio aún otro paso, pero luego pareció horrorizada. Se dio vuelta y corrió fuera del cuarto, seguida por la repentina carcajada de Matt.

¿Mutación perjudicial?

Tal vez no lo fuera…

La nave de los Forasteros era una decoración de Navidad, una pelota hecha de brillantes cintas cruzándose por encima, debajo y alrededor una de la otra, pero nunca tocándose. Tenía el diámetro de Nueva York, y aproximadamente la misma población de seres, aunque parecidos a látigos de nueve colas con gruesos mangos.

Varios kilómetros más allá del extremo de las cintas, una unidad de fusión extendía su débil luz sobre la nave. Las rampas de tomar sol lanzaban las agudas sombras del vacío unas sobre otras, y en las áreas fronterizas entre luz y sombra yacían los tripulantes de la extraña nave. Estaban dispuestos con sus cabezas en la luz de fusión y sus ramificadas colas en la sombra, absorbiendo energía por medio de la termoelectricidad. La radiación de fusión pasaba a través de sus cuerpos, inadvertida. Era una época pacífica y perezosa.

Entre estrellas había poco que hacer.

De repente, una actínica llama azul brilló cruzando el curso de la nave, esparciendo partículas de gran energía y fuertes campos electromagnéticos con despreocupado abandono.

En breves momentos el objeto estuvo fuera de la vista, hasta para el sensible ojo de un Forastero. Pero no para los instrumentos de la nave. En una hora, los Forasteros lo tenían perfectamente definido: posición, velocidad, masa, diseño, empuje. Era metálico, mecánico, impulsado por fusión nuclear, y repostaba del hidrógeno interestelar. No era un dispositivo primitivo, sino… construido por potenciales clientes.

En cada brazo de la galaxia había Forasteros, usando todo tipo de impulsores —desde velas de fotones hasta impulsores inertes, sin reacción— para empujar sus naves; pero siempre viajaban por el espacio einsteiniano. El hiperimpulso era… vulgar. Los Forasteros nunca usaban el hiperimpulso.

Pero otras especies eran diferentes. Preferían no holgazanear en el espacio; no disfrutaban del viaje, no se tomaban su tiempo. Por lo general, preferían la conveniencia del Hiperimpulsor de Punto Ciego. Cientos de veces antes, muchas razas ajenas habían comprado el secreto del hiperimpulso a los Forasteros que pasaron cerca de sus sistemas.

La nave comercial giró fácilmente hacia Proción y la colonia humana de Lo Conseguimos, siguiendo al ramrobot #144. No tenían posibilidad de ponerse al pairo del ramrobot, no si seguían viajando a los 0,01 g acostumbrados. Pero no llevaban la menor prisa. Había mucho tiempo…

Mediante dos chispazos de la luz de fusión, una revolución industrial se encaminó hacia Lo Conseguimos.